MAS QUE VENCEDORES

WILLIAM HENDRIKSEN



MAS QUE

VENCEDORES

La interpretación que el Dr. Hendriksen ofrece acerca del Apocalipsis continúa sirviendo como un recurso sólido y una fuente de inspiración para muchas generaciones de estudiantes de la Biblia. Nos complace poder volver a ofrecer este clásico en una nueva edición revisada.

«Hermoso en estilo, en simbolismo, en propósito, y en significado» —escribe William Hendriksen. Por medio del uso de sólidos principios de interpretación, Más que vencedores revela gradualmente los misterios apocalípticos, guardando siempre en mente que «somos más que vencedores por medio de Cristo que nos ama».

En su calidad de pastor, maestro y escritor, el Dr. Hendriksen fue ampliamente reconocido por su habilidad para combinar la erudición con la sencillez y el calor humano. Esta obra iluminará e inspirará tanto a estudiantes que recién dan sus primeros pasos en la Biblia, como a estudiantes más avanzados. En este comentario, el Dr. Hendriksen nos desafía a que enfrentemos un mundo plagado de incertidumbre y confusión, y que lo hagamos con un espíritu gozoso y seguro, afirmado en la convicción de que Dios reina y viene pronto.

Esta interpretación directa y fácil de entender ha producido un medio de ayuda para pastores, maestros, dirigentes de grupos de estudio y cualquiera que lea la Biblia con frecuencia.



2850 Kalamazoo Ave. SE
Grand Rapids, Michigan 49560, EE.UU.



MAS QUE VENCEDORES

Más que vencedores

Título original en inglés: *More Than Conquerors: An Interpretation of the Book of Revelation*
Autor: William Hendriksen © 1940, 1967
Publicado por Baker Books
Grand Rapids, Michigan

Primera edición en castellano publicada por
T.E.L.L., Grand Rapids, Michigan © 1977

Título de la nueva edición: *Más que vencedores*
Traducción: Benjamín Galán
Revisión del texto: Derk Oostendorp y Alejandro Pimentel
Diseño de cubierta: Josué Torres

Para las citas de la Biblia hemos recurrido a la versión Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas. Diseño de caracteres griegos: Michael S. Bushell © BibleWorks.

Publicado por

LIBROS DESAFÍO
2850 Kalamazoo Ave SE
Grand Rapids, MI 49560
EE.UU.
info@librosdesafio.org
www.librosdesafio.org

ISBN 1-55883-411-7

Impreso en los EE.UU.
Printed in the United States of America

Contenido



CAPÍTULO I



Propósito, tema y autoría del libro de Apocalipsis

El último libro de la Biblia es incomparablemente hermoso en estilo, en simbolismo, en propósito y en significado. ¿Pudiéramos encontrar alguna obra literaria que exceda a la descripción majestuosa del Hijo del Hombre andando en medio de los siete candeleros de oro (Ap. 1:12-20), o una descripción más vívida y pintoresca que la del Cristo victorioso, llamado Fiel y Verdadero, sentado sobre un caballo blanco, vestido de una ropa teñida en sangre, seguido de los ejércitos celestes (Ap. 19:11-16)? ¿Y dónde encontramos un mayor contraste que el de la ruina de Babilonia y el gozo de la Jerusalén de oro (Ap. 18:19; 21:22)? ¿Y quién describe el trono celestial y la bendición de la vida celestial de una manera más sencilla y apacible y, sin embargo, hermosa en su misma sencillez (Ap. 4:2-5:14; 7:13-17)? ¡Qué abundancia de consolación; qué discernimiento en cuanto al futuro; y sobre todo, que revelación del amor de Dios se encuentran en las palabras de la profecía de este libro!

A. Propósito del libro

El propósito principal del libro es el de consolar a la iglesia militante en el conflicto que lleva contra la fuerza del mal. El libro abunda en consolaciones y apoyo para los creyentes perseguidos y afligidos. Les ofrece la certeza que: Dios ve sus lágrimas (7:17; 21:4); ¡sus oraciones impactan los eventos mundiales! (8:3, 4); y su muerte es preciosa a

los ojos de Dios. Su victoria final está asegurada, (15:2); su sangre será vengada (19:2); ¡su Cristo vive, y reina eternamente! Cristo gobierna el mundo a favor de su iglesia (5:7, 8). Viene otra vez para tomar su pueblo a sí mismo en «la cena del Cordero» (Ap. 19:9) y para morar con ellos para siempre en un universo renovado (21:22).

Al pensar en esa gloriosa esperanza de la segunda venida, nuestros corazones se llenan de gozo; nuestras almas se consumen con una gran impaciencia. Nuestros ojos intentan traspasar el velo que cubre el futuro, con la esperanza de que el glorioso descenso del Hijo del Hombre aparezca repentinamente. Es un anhelo intenso expresado en las palabras: «El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven» (Ap. 22:17).

Sin embargo, al considerar estas verdades, nos damos cuenta de que ya está con nosotros —con nosotros *en el Espíritu,* caminando en medio de los siete candeleros de oro (1:12-20). «Y él puso su diestra sobre mí diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades». ¡En verdad que somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó!

B. Tema del libro

El tema del libro es la victoria de Cristo y de su iglesia sobre el dragón (Satanás) y sus ayudantes. La intención del Apocalipsis es la de mostrarnos que las cosas no son como *parecen*! La bestia que sube del abismo *parece* ser victoriosa. «Hará guerra contra ellos, y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres estarán en la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. Y los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio, y no permitirán que sean sepultados. Y los moradores de la tierra se regocijarán sobre ellos y se alegrarán, y se enviarán regalos unos a otros; porque estos dos profetas habían atormentado a los moradores de la tierra» (11:7-10). Pero este júbilo es prematuro. En realidad es el creyente quien triunfa. Leemos: «Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado de Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron... Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos» (11:11, 15).

Las profecías a través de este maravilloso libro describen a Cristo como el Vencedor, el Conquistador (1:18; 2:8; 5:9-14; 6:2; 11:15; 12:9-

11; 14:1, 14; 15:2-4; 19:16; 20:4; 22:3). Conquista a la muerte, al Hades, al dragón, a la bestia, al falso profeta y a las personas que adoran a la bestia. Es victorioso; y por ello nosotros también lo somos, aún cuando pareciera que estamos vencidos y sin esperanza.

Veamos, por ejemplo, la gran compañía de creyentes que nos presenta el capítulo 7. Sus vestiduras estaban sucias, pero las han lavado y blanqueado en la sangre del Cordero. Aunque se encontraban en gran tribulación, han salido de ella (7:14). Fueron muertos pero se mantienen de pie (11:11). El dragón, la bestia y el falso profeta los persiguen, pero al final los vemos vencedores, de pie sobre el monte Sión. Más bien vemos al Cordero, y con él, ciento cuarenta y cuatro mil personas que tienen su nombre y el nombre de su Padre escrito sobre sus frentes (14:1). Alcanzan la victoria sobre la bestia (15:2).

¿*Parece* que sus oraciones no fueran oídas? (6:10). Los juicios contra la tierra son la respuesta de Dios a sus plegarias (8:3-5). Estas mismas oraciones constituyen la clave que revelará los misterios de cualquier filosofía de la historia adecuada.

¿*Parecieran* estar vencidos? ¡En realidad están reinando! Sí, reinan sobre la tierra (5:10); en el cielo con Cristo por mil años (20:4); en el cielo y la tierra renovados por siempre jamás (22:5).

¿Y qué ocurre a los que *parecen* ser vencedores, al dragón (12:3), a la bestia (13:1), al falso profeta (13:11) y a Babilonia (14:8)? Son derrotados —y justo en orden invertido. Babilonia cae en 18:2, la bestia y el falso profeta son terriblemente castigados en 19:20 y el dragón es confinado a tormento eterno en 20:10.

En resumidas palabras, el tema del libro se expresa de manera gloriosa y completa en estas palabras: «Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles» (17:14).

C. La gente a quien el libro se dirige

Sobre mi escritorio yace un comentario recién publicado sobre el Apocalipsis. Es un libro muy «interesante» que considera el Apocalipsis como si fuese un especie de historia escrita de antemano. Descubre en este último libro de la Biblia copiosas y detalladas referencias a Napoleón, a las guerras en los Balcanes, a la I Guerra Mundial de 1914-1918, al ex emperador alemán, Wilhelm, a Hitler, a Mussolini, etc. Este tipo de explicaciones deben descartarse de inmediato, al igual que otras semejantes.[1] Porque a los cristianos tan severamente perseguidos en la época de Juan, ¿de qué provecho les habrían sido

predicciones tan específicas y minuciosas de las condiciones europeas que predominarían unos *dos mil años más tarde*?

Una interpretación correcta del Apocalipsis tiene que tomar como su punto de partida la posición de que el libro fue destinado para los creyentes que vivían en el día y en la época de Juan. El libro debe su origen, a lo menos en parte, a las condiciones contemporáneas. Es la respuesta de Dios a las oraciones y a las lágrimas de los cristianos severamente perseguidos y esparcidos en las ciudades de Asia Menor.[2]

Sin embargo, si bien es cierto que nuestro punto de partida debe ser la época en que Juan vivía, y que aun se debe recalcar que esta profecía responde a condiciones sociales específicas de finales del siglo primero, también es cierto que este libro fue destinado tanto para sus lectores originales *como* para todos los creyentes durante toda esta dispensación.

Presentamos los siguientes argumentos a favor de esta posición:

Primero, la aflicción a la cual la iglesia fue sometida en los días del apóstol Juan es típica de la persecución que todos los creyentes verdaderos tienen que sufrir durante toda la dispensación (2 Ti. 3:12) y especialmente inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo (Mt. 24:29, 30).

Segundo, muchas de las predicciones que abundan en este libro se refieren a principios y sucesos que son tan extensos en envergadura que no se les puede restringir a un año o a un siglo definido —es decir, los sellos, las trompetas y las copas— sino que se extienden a través de los siglos hasta la gran consumación.

Tercero, las cartas en los capítulos 2 y 3 se dirigen a las siete iglesias. El número siete simboliza la idea de algo completo. Indica que las advertencias y consolaciones de este libro fueron destinadas a la iglesia entera a lo largo de todos los siglos.

Finalmente, a todos los que en cualquier época leen y estudian este libro se les llama bienaventurados (1:3). Así como al principio, también al final del libro el autor se dirige no sólo a un grupo de personas en determinada época, sino a «todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro» (22:18).

D. El autor del libro

El autor nos dice que su nombre es *Juan,* (1:1, 4, 9; 22:8). Pero el problema es: ¿cuál Juan? ¿El apóstol o algún otro? Algunos niegan que el autor del libro haya sido Juan, el discípulo amado. Notan que el autor del cuarto evangelio y de las tres epístolas del amor no menciona

su propio nombre, pero el autor del Apocalipsis nos dice que su nombre es Juan.

Además, estos escépticos señalan que hay una diferencia notable entre el estilo y el tono general del Evangelio y de las epístolas, por una parte, y el del Apocalipsis, por otra. Lea el Evangelio de Juan, y al terminar la lectura, lea también el Apocalipsis. ¿Ha notada la diferencia? En el primero las ideas fluyen suavemente; en el segundo son introducidas precipitadamente; no se sabe lo que el autor va a decir a continuación. El primero acentúa el amor de Dios; el segundo —así dicen— acentúa su justicia severa. El primero describe la condición interior del corazón; el segundo trata de la marcha externa de los sucesos. El primero está escrito en un griego hermoso e idiomático; el segundo está escrito en un supuesto «griego hebraizado, bárbaro e inculto».[3]

Muchos encuentran una diferencia notable entre la *doctrina* del Evangelio y la del Apocalipsis. El primero es amplio y universal. Predica un Evangelio para «todo aquel» y la salvación por gracia. El segundo, consideran, es fanático y exclusivo; es judaico en su doctrina de la salvación y hace énfasis en la necesidad de las buenas obras.[4]

Finalmente, notan que alrededor del tercer siglo d.C. Dionisio de Alejandría atribuyó el libro de Apocalipsis a «otro Juan». El historiador de la iglesia, Eusebio, adoptó esta opinión.

Estos argumentos de que un «Juan» diferente al discípulo amado habría escrito el Apocalipsis han convencido a muchos.[5] Algunos todavía creen que Juan, el apóstol, fue el autor del cuarto Evangelio. Otros creen exactamente lo contrario: aceptan a Juan como el autor del Apocalipsis, pero mantienen que otra persona, tal vez otro «Juan», o quizá uno que ni siquiera se llamaba Juan, escribió el Evangelio.[6] Y, por supuesto, están los radicales que niegan que el apóstol Juan haya escrito el Evangelio o el Apocalipsis.[7]

Pero, examinemos por un momento los argumentos. El primero es muy débil. El simple hecho de que el autor del Apocalipsis sencillamente se identifica como *Juan,* nos indica que era muy bien conocido no sólo en una localidad sino en todas las iglesias de Asia. Al llamarse solamente *Juan,* sin ningún otro calificativo, el autor sabía que todos lo reconocerían. ¿No es razonable concluir que esta persona que era tan bien conocida tenía que ser el apóstol Juan? Supongamos que el autor de este libro que estás leyendo ahora sencillamente se identificara a sí mismo como *William.* ¿Será que cualquiera pudiera adivinar de inmediato la identidad de este autor? Estamos enteramente convencidos

de que había sólo un Juan que no tenía que añadir a su nombre el título de «apóstol», por la sencilla razón de que él era apóstol. Además, el autor no se identifica a sí mismo como «el Apóstol» por la sencilla razón de que escribió este libro en la capacidad de vidente, a quien le fueron reveladas visiones. (Véase Jn. 15:27; Hch. 1:22, 23; 1 Co. 9:1).

Debemos admitir las diferencias en gramática, en estilo y en el tono general. ¿Pero, es esto una prueba de que Juan, el apóstol, no pudo haber escrito el Apocalipsis? Consideramos que no lo es. ¿Cómo, pues, explicaremos estas diferencias? Algunos mantienen que cuando Juan escribió el Evangelio, tenía ayudantes, tal vez los ancianos en Éfeso (Juan 21:24); y que la gramática peculiar y las características del estilo del Apocalipsis se explican por la ausencia de estos ayudantes cuando Juan estaba en Patmos.[8]

Otros elementos pueden ser importantes para la explicación. Primero, no debemos exagerar estas diferencias de estilo y lenguaje. Existe un importante conjunto de similitudes entre el Evangelio y el Apocalipsis que muchos han notado. Estas similitudes son impresionantes; similitudes aun en las construcciones gramaticales peculiares y también en las expresiones características (compare Jn. 7:37 con Ap. 22:17; Jn. 10:18 con Ap. 2:27; Jn. 20:12 con Ap. 3:4; Jn. 1:1 con Ap. 19:13; y Jn. 1:29 con Ap. 5:6).[9]

Además, con respecto al estilo, ¿acaso deberíamos esperar el mismo estilo en una narrativa (el evangelio), en una carta personal (las epístolas), y en el Apocalipsis (revelación)? No olvidemos que cuando Juan escribió el último libro de la Biblia, su alma se encontraba en una condición de tan profunda emoción interior, de sorpresa y de éxtasis (estaba «en el Espíritu») que su educación judaica anterior pudo manifestarse con más fuerza y es posible que hubiera podido influir en su estilo y lenguaje.

Sin duda, la naturaleza trascendental del tema, el estado profundamente emocional del autor al recibir y escribir estas visiones, y sus frecuentes referencias al Antiguo Testamento (hebreo y griego)[10] explican satisfactoriamente las diferencias de estilo, una vez que se hayan tomado en cuenta las similitudes sorprendentes.

No hay necesidad de considerar demasiado la supuesta diferencia de énfasis doctrinal. La realidad es que el cuarto Evangelio y el Apocalipsis no están en desacuerdo en ningún punto. En realidad, el acuerdo doctrinal es extraordinario.[11]

Así, el Evangelio llama a Jesús «el Cordero de Dios» (ἀμνός) en Juan 1:29. El Apocalipsis le llama también así (ἀρνίον) ¡veintinueve veces!

Las Epístolas y el Evangelio usan el título «el Logos» en relación con nuestro Señor (Jn. 1:1-14; 1 Jn. 1:1). El Apocalipsis también lo usa (19:13). En el Evangelio, se representa a Cristo como el Ser pre-temporal y eterno (1:1-2). De la misma manera en el Apocalipsis (22:13; cotéjese 5:12,13). En el Evangelio de Juan, se atribuye la salvación del hombre a la gracia soberana de Dios y a la sangre de Jesucristo (1:29; 3:3; 5:24; 10:10,11). El Apocalipsis también lo hace muy enfáticamente (7:14; 12:11; 21:6; 22:17). Y la doctrina de la salvación para «todo aquel» se halla en ambos (Juan 3:16; Apocalipsis 7:9; 22:17). ¡No hay diferencias doctrinales!

Y, finalmente, aquella opinión de Dionisio aceptada por Eusebio está fundada en una interpretación equivocada de cierta declaración muy cuidadosa de Papías,[12] y probablemente influenciado por la oposición a la doctrina del quiliasmo[13] o milenarismo, la cual trató de justificarse usando el libro del Apocalipsis.[14]

La iglesia primitiva casi unánimemente atribuye el Apocalipsis al apóstol Juan. Ésta era la opinión de Justino Mártir (140 d.C.), de Ireneo (180 d.C.) quien fuera discípulo de un discípulo del apóstol Juan, del Canon Muratoriano (200 d.C.), de Clemente de Alejandría (200 d.C.), de Tertuliano de Cartago (220 d.C.), de Orígenes de Alejandría (223 d.C.), y de Hipólito (240 d.C.).[15]

Cuando añadimos a todo lo arriba mencionado el hecho de que, según una tradición muy convincente, el apóstol Juan fue desterrado a la isla de Patmos (cotéjese 1:9), y que pasó los últimos años de su vida en Éfeso, a donde fue dirigida la primera de las siete epístolas del Apocalipsis (2:1) la conclusión innegable es que el último libro de la Biblia fue escrito por «el discípulo al cual Jesús amaba».

E. La fecha del libro

Ahora, surge la pregunta: ¿Cuándo escribió Juan el Apocalipsis? ¿En el año 69 (o aún antes) o tenemos que revocar la fecha al año 96 (o tal vez 95)? No hemos hallado ningún argumento convincente a favor de la primera fecha. Los argumentos expuestos buscan su apoyo en testimonios recientes e inciertos, en la idea completamente imaginaria de que Juan no sabía aún el griego cuando escribió el Apocalipsis, y en una interpretación literal y muy dudosa de ciertos pasajes cuyo significado es sin duda simbólico. Por ejemplo, se nos dice que el templo de Jerusalén estaba todavía en pie cuando el Apocalipsis fue escrito, porque el capítulo 11:1 dice: «Levántate y mide el templo de Dios».

La última fecha tiene un apoyo muy fuerte. Dice Ireneo: «Porque fue vista hace poco tiempo (es decir, la visión apocalíptica), casi en nuestros propios días, hacia el final del reino de Domiciano», y también dice: «...la iglesia en Éfeso fundada por Pablo, en la cual Juan quedó permanentemente entre ellos hasta los tiempos de Trajano (98-117 d. C., el reino de Trajano), es un verdadero testigo de la tradición de los apóstoles».[16]

Cuando en conexión con estas fuertes y definidas pruebas recordamos que el Apocalipsis refleja una época en la cual Éfeso ya había perdido su primer amor; Sardis ya estaba «muerta»; Laodicea, la cual fue destruida por un terremoto durante el reino de Nerón, había sido reedificada y estaba jactándose de sus riquezas espirituales (3:17); Juan había sido «desterrado», una forma de persecución muy común durante el reinado de Domiciano; la iglesia ya había sufrido persecuciones en el pasado (20:4); y el Imperio Romano había llegado a ser el antagonista principal de la iglesia (17:9), nos vemos forzados a la conclusión de que la última fecha (95 ó 96 d.C.) es correcta.[17] El Apocalipsis fue escrito por el apóstol Juan casi al final del reino de Domiciano.

Sin embargo, el verdadero autor no es Juan, sino el mismo Dios Todopoderoso. Leemos: «La revelación de Jesucristo *que Dios le dio...* y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan...» (1:1). Es cierto que Juan, el apóstol, escribió el Apocalipsis. Pero Dios, por medio de Cristo, es su verdadero autor. Por tanto, lo que este libro predice no es el producto de la imaginación humana, propensa a equivocarse, sino la revelación de la mente y del propósito de Dios respecto a la historia de la iglesia.

En Copenhague, entre las muchas esculturas nobles de Thorwaldsen, hay una del apóstol Juan. Su rostro refleja la serenidad del cielo. En realidad está mirando hacia el cielo. Delante de él está su tablilla. Tiene en la mano su pluma. Sin embargo la pluma del apóstol no está tocando la tablilla. No se atreve a escribir ni siquiera una palabra hasta que le sea dada de lo alto.[18]

CAPÍTULO II



Análisis general

A. Las siete secciones paralelas

1. *Cristo en medio de los candeleros* (1:1-3:22)

El tema central de estos capítulos es Cristo en medio de los siete candeleros de oro. Estos candeleros representan a las siete iglesias (1:20). Juan fue comisionado a escribirle una carta a cada iglesia (véase los capítulos 2, 3). Debido a que el número siete aparece muchas veces en el Apocalipsis y es siempre símbolo de entereza o perfección, podemos dar por sentado que tal es el caso aquí y que el número representa a la iglesia entera a través de toda su existencia hasta el fin del mundo. Así interpretada, cada iglesia es, por decirlo así, un tipo, el cual no está representando un período definido en la historia, sino las condiciones que se repiten continuamente en la vida real de las distintas congregaciones.[1] Por tanto, parece que esta sección atraviesa la dispensación entera desde la primera venida de Cristo para salvar a su pueblo (1:5), hasta su segunda venida para juzgar a todas las naciones (1:7). La última de estas siete epístolas está escrita a la iglesia de Laodicea. Es evidente que el capítulo cuarto introduce un nuevo tema aunque estrechamente relacionado.

2. *La visión del cielo y los sellos* (4:1-7:17)

Los capítulos 4-7 constituyen la siguiente división natural del libro. El capítulo cuatro describe al que está sentado en el trono y la adoración

de los que le rodean. En la mano derecha del Señor hay un libro sellado con siete sellos (5:1). El Cordero toma este libro y recibe adoración. Leemos en el capítulo 6 que el Cordero abre los sellos uno por uno. Entre los sellos sexto y séptimo, tenemos la visión de los ciento cuarenta y cuatro mil sellados y la innumerable compañía que está delante del trono.

Notemos con atención el hecho de que esta sección también describe la dispensación entera, desde la primera hasta la segunda venida de Cristo. La primera referencia respecto a Cristo le describe como inmolado y reinando desde el cielo (5:5, 6). Hacia el final de esta sección encontramos el juicio final. Notemos la impresión que la segunda venida de Cristo produce sobre los incrédulos. «Y decían a los montes y a las peñas: ¡Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero! Porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?» (6:16, 17). Ahora, notemos la felicidad eterna de los creyentes: «Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos» (7:16, 17). Ésta es una imagen de la iglesia triunfante reunida de entre todas las naciones, y así en su totalidad delante del trono y en la presencia del Cordero. Tal ideal no será realizado hasta el día de la gran consumación. De nuevo, hemos atravesado todo el período evangélico desde la primera hasta la segunda venida de Cristo.

3. *Las siete trompetas* (8:1—11:19)

La siguiente sección consta de los capítulos 8-11. Su tema central es las siete trompetas que afectan al mundo. Los capítulos 10 y 11 describen lo que le sucede a la iglesia: el ángel que tenía en su mano el librito, los dos testigos. También al fin de esta sección hay una referencia clarísima al juicio final. «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos... Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos» (11:15, 18). Al haber llegado al fin de la dispensación, la visión se termina.

4. *El dragón perseguidor* (12:1—14:20)

Ahora, llegamos a los capítulos 12-14: La mujer y el hijo varón perseguidos por el dragón y sus ayudantes. Notemos que esta sección cubre también la dispensación entera. Empieza con una referencia muy

clara al nacimiento del Salvador (12:5). El dragón está listo a devorar al hijo varón. El hijo es llevado hacia Dios y a su trono. Ahora, el dragón persigue a la mujer (12:13). Emplea como sus agentes a la bestia que sube del mar (13:1), a la bestia que sube de la tierra (13:11, 12) y también a la gran ramera, Babilonia (14:8). Esta sección también termina con una descripción conmovedora de la segunda venida de Cristo para hacer juicio. «Y miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en su cabeza una corona de oro, y en su mano una hoz aguda... y el que estaba sentado sobre la nube echó su hoz sobre la tierra, y la tierra fue segada».

5. *Las siete copas* (15:1—16:21)

La siguiente sección describe a las copas de la ira de Dios. Aquí también hay una referencia muy clara al juicio final y los eventos concomitantes. Leemos en 16:20: «Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados».

6. *La caída de Babilonia* (17:1—19:21)

Después, hallamos una descripción muy vívida de la caída de Babilonia y el castigo infligido sobre la bestia y el falso profeta. Notemos la descripción de la venida de Cristo para el juicio (19:11-21), «Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea...»

7. *La gran consumación* (20:1—22:21)

Y ahora, llegamos a la sección final, capítulos 20-22. Apocalipsis 20:1 es definidamente el principio de una sección nueva, en la cual se introduce un tema nuevo.[2] Este tema nuevo es la ruina del diablo. Además, haciendo una comparación con el capítulo 12, vemos que al principio del capítulo 20 nos encontramos de nuevo a la entrada de la nueva dispensación. En tanto que en 12:9 leemos acerca de la *expulsión* del diablo en conexión con la ascensión y coronación de Cristo, aquí en 20:2, 3 leemos que después de haber sido arrojado al abismo, ahora es atado por mil años. Los mil años son seguidos por un breve periodo en que Satanás es desatado de su prisión (20:7). Les sigue una descripción de la caída final de Satanás en conexión con la venida de Cristo para el juicio (20:10, 11-15). A su llegada el universo actual dejará lugar para el cielo nuevo y la tierra nueva, la nueva Jerusalén (20:11ss).

Una lectura cuidadosa del libro del Apocalipsis nos ha aclarado que el libro consta de siete secciones y que estas siete secciones son paralelas. Cada sección describe la dispensación entera desde la primera hasta

la segunda venida de Cristo. Este período se ve desde diversas perspectivas.[3]

B. Otros argumentos a favor del paralelismo

Además, hay otro método de razonamiento que corrobora nuestra posición de que cada una de las siete secciones se extiende desde el principio hasta el fin de la dispensación nueva y que las siete son paralelas.[4] Distintas secciones atribuyen al período descrito la misma duración. Según el tercer ciclo (capítulos 8-11), la duración del período principal descrito aquí es de cuarenta y dos meses (11:2), o de mil doscientos sesenta días (11:3). Es extraordinario que hallemos el mismo período de tiempo en la sección siguiente (capítulos 12-14), a saber, mil doscientos sesenta días (12:6) correspondientes a un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo (tres años y medio) (12:14). Las tres designaciones —cuarenta y dos meses, mil doscientos sesenta días, y un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo— son exactamente equivalentes. Por tanto, la sección relativa a las trompetas (capítulos 8-11) tiene que ser paralela a la sección que nos da una descripción de la batalla entre Cristo y el dragón (capítulos 12-14).

Un estudio minucioso del capítulo 20 del Apocalipsis revelará que este capítulo describe un período que es sincrónico con aquel del capítulo 12. En consecuencia, por este método de razonamiento también se vindica el paralelismo.

Cada sección nos da una descripción de toda la era evangélica, desde la primera hasta la segunda venida de Cristo, y se arraiga en la historia de Israel bajo la antigua dispensación, a la cual hace referencias frecuentes.

Hemos indicado que la sección relativa a las trompetas (capítulos 8-11) es paralela a la sección que se relaciona con la mujer y el dragón (capítulos 12-14) y a la sección final (20-22), la cual a la vez representa un período aun más largo (en los capítulos 21, 22). Ahora, vamos a comprobar que esta misma sección (capítulos 8-11) tiene la apariencia absoluta de ser paralela a la sección relacionada con las copas de la ira de Dios (capítulos 15, 16). Notemos, por consiguiente, que la primera trompeta (8:7) así como la primera copa (16:2), afecta a la tierra. La segunda trompeta y también la segunda copa afectan al mar. Tanto la tercera trompeta como la tercera copa afectan a los ríos. La cuarta, en ambos casos, afectan al sol. La quinta se refiere al abismo o al trono de la bestia; la sexta, al río Éufrates; y la séptima, a la segunda venida para el juicio.[5]

Notemos de nuevo que en la sección cuarta, capítulos 12-14, el dragón, las dos bestias, y la ramera (Babilonia) son presentados como los enemigos de Cristo y de su iglesia. Los cuatro se levantan simultáneamente, y es sólo natural inferir que caen simultáneamente. Esto se aclara cuando entendemos que el significado de las bestias y de la ramera, Babilonia, es el siguiente: La bestia que sube del mar representa la persecución anticristiana de Satanás, personificada en los gobiernos del mundo y dirigida contra los cuerpos de creyentes. En los días de Juan el gobierno romano era el perseguidor de la iglesia.

La bestia que sube de la tierra es la religión anticristiana de Satanás, cuyo designio es el de engañar la mente y esclavizar la voluntad de los creyentes. Cuando estas visiones aparecieron a Juan, aquella bestia que subió de la tierra estaba personificada en la religión pagana de Roma y en el culto al emperador romano.

La gran ramera, Babilonia, es la seducción anticristiana de Satanás, por medio de la cual él hace todo lo posible por ganar el corazón y pervertir la moral de los creyentes. En aquel entonces la ramera se manifestaba como la ciudad de Roma. Por tanto, cuando cae Satanás, las bestias y la ramera también caen. Se levantan simultáneamente y caen simultáneamente. Ahora, en la sexta sección (capítulos 17-19) se halla una descripción de la caída de la gran ramera, Babilonia (capítulos 17-18), y de las bestias (19:20), mientras que el séptimo ciclo describe la caída de Satanás (20:10) y su derrota final en el día de juicio. Dos secciones distintas describen el mismo juicio final sobre estos cuatro enemigos: el dragón, la bestia que sube del mar, la bestia que sube de la tierra, y la gran ramera. Por tanto, las secciones tienen que ser paralelas. Cada una describe un período que se extiende hasta el mismo conflicto final y hasta el mismo juicio final cuando todos los enemigos de Cristo y de su iglesia reciban el castigo eterno y final.[6]

Además, en conexión con esto, hay otro argumento convincente a favor del paralelismo de estas secciones que terminan, cada una, con la venida del Señor para el juicio. La evidencia a que nos referimos no es muy clara en nuestras versiones castellanas. La sección acerca de las copas de la ira de Dios (capítulos 15, 16) termina con la referencia a una batalla. (Véase 16:14, donde este conflicto es llamado la batalla del gran día de Dios Todopoderoso). La sección que sigue (capítulos 17-19) también termina con la escena de una batalla (véase 19:19). Según el original ésta es la misma batalla que se menciona en 16:14, porque leemos, «reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo...» Y en la última sección, capítulos 20-22, leemos de nuevo,

«a fin de reunirlos para la batalla» (véase 20:8). Por tanto, las tres secciones describen acontecimientos que conducen a la misma gran batalla del SEÑOR. Todas ellas son paralelas.

Las siete secciones son paralelas. Nuestro argumento final a favor de este paralelismo es que hallamos lo mismo en las profecías del libro de Daniel, el cual ha sido llamado el Apocalipsis del Antiguo Testamento. Así, las distintas partes del sueño de Nabucodonosor (capítulo 2) corresponden exactamente con las cuatro bestias del sueño de Daniel (capítulo 7).[7] Se describe dos veces el mismo período de tiempo, y lo vemos desde perspectivas diversas.

La división del Apocalipsis en siete secciones[8] tiene el apoyo de muchos autores, aunque no hay unanimidad respecto a los límites exactos de cada sección.[9] Estamos de acuerdo con la división que L. Berkhof, S. L. Morris, B. B. Warfield, y otros han dado, aunque con pequeñas variaciones. Es con mucho la división más natural. Se origina del libro mismo, terminando cada sección, como hemos mostrado, con al menos una referencia a la venida de Cristo para el juicio. Esto es cierto aún con la sección final (capítulos 20-22, véase 22:20), aunque ésta alcanza hasta un período de tiempo que se extiende más allá del juicio final y nos da una descripción del nuevo cielo y de la nueva tierra (compare 7:9-17). Además, interpretada así, cada sección tiene un tema que se puede distinguir fácilmente de todos los demás. Por tanto, y en resumen, nuestra división es la siguiente:

1. Cristo en medio de los siete candeleros de oro (1-3).
2. El libro con los siete sellos (4-7).
3. Las siete trompetas del juicio (8-11).
4. La mujer y el hijo varón perseguidos por el dragón y sus ayudantes (las bestias y la ramera) (12-14).
5. Las siete copas de la ira de Dios (15, 16).
6. La caída de la gran ramera y de las bestias (17-19).
7. El juicio sobre el dragón (Satanás), y después el cielo nuevo y la tierra nueva, la nueva Jerusalén (20-22).

Ahora, estamos listos para formular la primera proposición:

> PROPOSICIÓN 1. *El Libro del Apocalipsis consta de siete secciones, que son paralelas y abarcan toda la nueva dispensación, desde la primera hasta la segunda venida de Cristo.*

C. Las dos divisiones mayores

De acuerdo a la opinión de muchos comentaristas, las siete secciones están colocadas en dos grupos.[10] Parece que Apocalipsis 12:1 (u 11:15) es el punto donde el primer grupo o serie de visiones termina y el segundo principia.[11] En el primer grupo (capítulos 1-11) vemos el conflicto entre los hombres, es decir, entre los creyentes y los incrédulos. El mundo ataca a la iglesia. La iglesia sale victoriosa, es vengada y protegida. El segundo grupo de visiones (capítulos 12-22) nos enseña que este conflicto aquí en la tierra tiene un significado más profundo. Es la manifestación exterior del ataque del diablo contra el Hijo varón. El dragón ataca al Cristo. Siendo rechazado dirige toda su furia contra la iglesia. En forma de ayuda, emplea a las dos bestias y a la gran ramera, pero al final todos estos enemigos de la iglesia son derrotados. Por tanto, es evidente que las secciones que pertenecen al segundo grupo (capítulos 12-22), aunque son sincrónicas, presentan una historia continua. El dragón, las bestias y la ramera —notemos el orden— asaltan a la iglesia. La ramera, las bestias y el dragón —notemos de nuevo el orden— son derrotados.

Se puede notar que la primera de estas dos divisiones principales consta de tres secciones:1-3; 4-7; 8-11; y que la segunda consta de cuatro: 12-14; 15-16, 17-19; 20-22. En la primera de estas dos divisiones principales (1-11) vemos la superficie exterior: la iglesia perseguida por el mundo. En la segunda, vemos el conflicto fundamental entre Cristo y el dragón (Satanás). El libro del Apocalipsis, por consiguiente, revela un progreso en la profundidad o intensidad del conflicto espiritual.

Algunos argumentan que esta división del libro en dos partes principales es artificial,[12] pero definitivamente es la división que el libro mismo sugiere. Los candeleros, los sellos, las trompetas, las copas, etc., constituyen distintas secciones del libro, ¡ya sea que nos guste o que no nos guste! Ésta es la división hecha por el propio apóstol.

Además, en esta conexión hay otro hecho digno de consideración especial. El autor del Apocalipsis escribe continuamente en términos de siete. Ese número aparece cincuenta y cuatro veces. Y aun más notable es el hecho de que arregla muchas veces el número siete en grupos de tres y cuatro o de cuatro y tres.[13] Nuestro arreglo, en lugar de ser artificial, concuerda perfectamente con el genio del libro.

Ahora, estamos listos para presentar el siguiente bosquejo completo del Apocalipsis que tiene por tema: La victoria de Cristo y de su iglesia sobre Satanás y sus ayudantes.

1. *El Conflicto en la tierra.* La iglesia perseguida por el mundo. La iglesia sale victoriosa y es vengada y protegida (capítulos 1-11):
   a. Cristo en medio de los siete candeleros de oro (1-3).
   b. El libro sellado con siete sellos (4-7).
   c. Las siete trompetas de juicio (8-11).
2. *El significado espiritual más profundo.* Cristo (y la iglesia) perseguido por el Dragón (Satanás) y sus ayudantes. Cristo y su iglesia salen victoriosos (capítulos 12-22).
   a. La mujer y el hijo varón perseguidos por el dragón y sus ayudantes, (las bestias y la ramera) (12-14).
   b. Las siete copas de la ira de Dios (15, 16).
   c. La caída de la gran ramera y de las bestias (17-19).
   d. El juicio sobre el Dragón (Satanás) seguido por el cielo nuevo y la tierra nueva, la nueva Jerusalén (20-22).

> PROPOSICIÓN 2. *Podemos agrupar las siete secciones en dos divisiones principales. La primera división principal (capítulos 1-11) consta de tres secciones. La segunda división principal, capítulos (12-22) consta de cuatro secciones. Estas dos divisiones principales revelan un progreso en la profundidad o intensidad del conflicto espiritual. La primera división principal (capítulos 1-11) revela a la iglesia —la morada de Cristo— perseguida por el mundo. La iglesia sale victoriosa y es vengada y protegida. La segunda división principal (capítulos 12-22) revela el trasfondo espiritual más profundo de este conflicto. Es un conflicto entre el Cristo y el dragón, en el cual el Cristo —y, por tanto, su iglesia— salen victoriosos.*

Una observación final. Hemos concentrado nuestra atención en la división del libro. Sin embargo, no debemos acentuar la división del libro sino su unidad y la relación muy estrecha que existe entre todas sus partes, algo que con frecuencia olvidamos. Por tanto, dedicaremos el capítulo siguiente a una discusión acerca de esta unidad.

CAPÍTULO III



La unidad del libro

Habiendo presentado nuestro análisis del libro de Apocalipsis, ahora contestaremos a los autores que afirman que el libro es una mezcolanza de fantasías; que el Apocalipsis no es ni siquiera un libro, sino la compilación de varios fragmentos de otros libros.[1]

¡Por el contrario! Lejos de ser una mezcolanza, este libro revela un arreglo muy organizado y sistemático. Las dos divisiones principales se complementan mutuamente. Pertenecen a la misma unidad. Las siete secciones revelan una unidad muy gloriosa. La transición de visión a visión se hace con facilidad, y ver esto es entender el libro. No verlo así es privarse de su significado profundo.

Con la Biblia abierta y a la mano, repasemos de nuevo el libro. En lugar de determinar la división del texto, ahora preguntemos ¿Cuál es el significado del libro entero? ¿Cómo están relacionadas entre sí sus distintas partes?

A. Cristo en medio de su iglesia

Teniendo presente la segunda interrogante, regresemos a la primera sección (capítulos 1-3). Primero, se nos presenta la visión de Cristo en medio de los siete candeleros de oro (1:12ss.). Vemos al Hijo del Hombre, sus ojos como llama de fuego y de su boca sale una espada aguda de dos filos. Viene para juzgar a los que persiguen furiosamente a la iglesia y a los que tratan de descarriar a los verdaderos creyentes.

Llegamos al capítulo 2. Tengamos cuidado de no equivocarnos erigiendo una barrera entre estos dos capítulos, ¡porque pertenecen a la misma unidad! En esta sección se revela a la iglesia, la morada de Cristo (capítulos 1-3). El tema es la presencia constante y permanente de Cristo en su iglesia. El exaltado Hijo del Hombre, quien fuera muerto y que, sin embargo, vive por los siglos de los siglos, consuela a su iglesia por medio de su presencia (1:13). Está revelando cosas ocultas (3:1), reprobando el error (2:4), amenazando con castigo a los que se oponen a la verdad y a la justicia y que tratan de descarriar a otros (2:16), aprobando lo que es ensalzable (2:2, 3), prometiendo galardones (2:7), e implorando encarecidamente a sus discípulos errados para que se arrepientan (3:18, 19). Al leer esta sección (capítulos 1-3) pareciéramos escuchar la voz de Cristo: «He aquí yo estoy contigo todos los días, hasta el fin del mundo».

Note la conexión tan estrecha entre el capítulo 1 y los dos capítulos siguientes. En el capítulo 1 vemos la visión del Cristo. Los dos capítulos siguientes revelan al mismo Cristo y aun le describen en términos casi idénticos a los que se encuentran en el capítulo 1. Con el fin de aclarar este punto coloquemos estas dos descripciones en columnas paralelas:

DESCRIPCIÓN DE CRISTO EN EL CAPÍTULO 1:	DESCRIPCIÓN DE CRISTO EN LOS CAPÍTULOS 2 y 3:
«Tenía en su diestra siete estrellas... y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre». 1:16, 13.	«El que tiene las siete estrellas en su diestra, el cual anda en medio de los siete candeleros de oro». 2:1.
«Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos». 1:17, 18.	«...el primero y postrero, el que estuvo muerto y vivió». 2:8.
«De su boca salía una espada aguda de dos filos». 1:16.	«El que tiene la espada aguda de dos filos». 2:12.
«...sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al latón fino». 1:14, 15.	«...ojos como llama de fuego, y pies semejantes al bronce bruñido». 2:18.

«...y de los siete espíritus que están delante de su trono; ...Tenía en su diestra siete estrellas». 1:4, 16.	«El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas». 3:1.
«El testigo fiel... Y tengo las llaves de la muerte y del Hades». 1:5, 18.	«...el Verdadero, el que tiene la llave de David». 3:7.
«Y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra». 1:5.	«El Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios». 3:14.

B. El conflicto entre la iglesia y el mundo

Así, la primera sección (capítulos 1-3) nos revela a la iglesia, en quien Cristo mora, representada por el símbolo de los siete candeleros de oro, y el Hijo del Hombre andando en medio de ellos. La iglesia revela la luz del cielo a un mundo que se encuentra en las tinieblas.

La iglesia y el mundo —un conflicto inevitable. Las tinieblas aborrecen la luz. Por lo tanto, habrá persecución para la iglesia. De consiguiente, en la visión de los sellos (capítulos 4-7), vemos a la iglesia oprimida por el mundo. La luz brilla en medio de las tinieblas (capítulos 1-3), y las tinieblas aborrecen a la luz (capítulos 4-7). Así sucede siempre, exactamente en este orden.

Pero, aun antes de la descripción de estas aflicciones, recibimos la seguridad fortificante de que están incluidas en el decreto de Dios. Forman parte de su plan. La iglesia necesita aflicción para que sea purificada. La iglesia revela la luz del cielo a un mundo que está en tinieblas, aunque un estudio cuidadoso de los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis nos enseña que hay variación en el grado de la pureza y la brillantez de esta luz. En la iglesia de Esmirna la gloria del Cristo vivo resplandece en toda su pureza, pero en Sardis hay solamente unas pocas personas que no han ensuciado sus vestiduras: la luz está vacilante. La iglesia de Filadelfia irradia el esplendor de su maravilloso y admirable Salvador, y recibe una puerta abierta, pero Laodicea es tibia. Repetimos: la iglesia necesita aflicción para que sea purificada y limpiada, y para que los creyentes verdaderos estén más cerca de Dios. Por medio de la aflicción y cargando la cruz de Cristo, los hijos de Dios progresan en la santificación. El Cristo en el trono vence con el bien el mal. Es por esta razón que la sección principia con la gloriosa visión del trono

puesto en el cielo (capítulo 4) y del libro en la mano derecha de Aquel que está sentado sobre el trono (capítulo 5). Es Cristo quien toma este libro y abre sus sellos (5:7-14). El Hijo del Hombre, exaltado en gloria, gobierna al mundo en favor de su iglesia. ¡Somos más que vencedores! ¡Ahora, que vengan las aflicciones!

En el capítulo 6 tenemos una descripción de estas aflicciones: la persecución y la tribulación en todas sus variedades. Cristo siempre trae consigo la espada. Note la conexión notable entre los capítulos 5 y 6:

5:5: «La raíz de David ha vencido».

6:2: «Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer».

El jinete que cabalga sobre el caballo blanco es Cristo.[2]

Las aflicciones se dejan ver durante toda esta época, desde la primera hasta la segunda venida de Cristo. Dondequiera que y siempre que Cristo se manifieste en la plenitud de su poder salvador en la escena de la historia, la espada también aparece sin falta, y, como consecuencia, los discípulos de Cristo participan de sus padecimientos. La paz de la tierra se desvanece y la tierra se empapa con la sangre de los seguidores del Cordero.[3] Observe la conexión tan estrecha entre Apocalipsis 6:2, 4 y Mateo 10:34, 38:

Apocalipsis 6:2, 4: «... un caballo blanco; y el que lo montaba... y salió venciendo, y para vencer... Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada».

Mateo 10:34, 38: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada... Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí».

Este pasaje de Mateo 10:34-38 está de continuo en la mente del vidente,[4] y lo menciona de una manera definida no sólo aquí en Apocalipsis 6:2, 4, sino también en 3:5, un paralelo notable a Mateo 10:32.

Sin embargo, la sección respecto a los sellos no solo describe persecuciones. Es mucho más amplia. *Todas* las angustias y aflicciones de la iglesia, y asimismo las que la iglesia padece junto con el mundo,

son incluidas en la visión. No obstante, la cuestión principal es: ¿De qué manera afectan a la iglesia estas aflicciones? (compare Ez. 14:21-23; 16:20-63; Mt. 24:13).

En completa armonía con esta interpretación y con la unidad del libro entero, el quinto sello revela las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y el testimonio que tenían (6:9). Muchos comentaristas imaginan que empieza aquí «una visión completamente nueva», que tiene poca o ninguna conexión con las visiones anteriores. Según nuestra interpretación —que está fundada sobre la base sólida de una comparación de paralelos pertinentes— no hay dificultad alguna. Los sellos anteriores simbolizaban la aflicción y persecución que afectan a la iglesia. Además de otras aflicciones, los creyentes eran perseguidos y asesinados. Por lo tanto, es muy natural que se vieran ahora debajo del altar las almas de los que fueron asesinados. Habiéndose abierto el sexto sello, hemos llegado al fin, al día del juicio final.

Estos sellos de aflicción y de persecución se muestran durante toda esta dispensación y, en un sentido, durante toda la historia del mundo. Sin embargo, los santos no tienen que temer. Los juicios que están por caer sobre el mundo no harán daño alguno a los creyentes verdaderos aquí en la tierra (7:1-8). Además, en el futuro la iglesia saldrá de «la gran tribulación», la suma total de todas las tribulaciones. En el cielo la iglesia triunfante —aquella multitud innumerable de entre todas las gentes, linajes, pueblos y lenguas, con palmas en sus manos— celebrará su victoria en el gran día de la consumación de todas las cosas (7:9-17). *¡Somos más que vencedores!*

C. El juicio contra los perseguidores

Pero, ¿qué de los perseguidores? ¿Escapan sanos y salvos? ¿No será vindicada la iglesia? Nuestro Dios ve las lágrimas de sus hijos perseguidos. Sus oraciones, olor fragrante por la intercesión de Cristo, ascienden al cielo. El Señor contesta. El incensario es llenado con el fuego del altar y este fuego es arrojado a la tierra (8:5). «Y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto». En otras palabras, en respuesta a las oraciones de sus hijos perseguidos, Dios está enviando constantemente sobre el mundo sus juicios. Por esta razón el séptimo sello introduce de inmediato a las trompetas del juicio. Los sellos de aflicción y persecución hacen necesarias las trompetas de juicio.[5] Es necesario que la injusticia sea vengada.

Así, esta sección acerca de las trompetas de juicio nos enseña que por medio de las plagas sobre la tierra (8:7), el mar (8:8), los ríos (8:10), el sol, la luna, y las estrellas, (8:12), las influencias inicuas de los demonios (9:3, 11), el campo de batalla (9:16), y la expectativa terrible del juicio final (11:15), nuestro Redentor resucitado y exaltado está constantemente vindicando a su iglesia y enviando juicios sobre los perseguidores. Pero, el propósito de Dios al enviar estos juicios, aunque severos, es el de amonestar; no son los juicios finales. Destruyen solamente a la tercera parte. Por medio de ellos, Dios llama al arrepentimiento. La función de las trompetas es la de advertir.

Pero, ¿en realidad conducen al arrepentimiento? Generalmente no, y nunca conducen al arrepentimiento aparte de la obra salvadora del Espíritu Santo. «Y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos» (Apocalipsis 9:21). Así sucedió también en la época de Juan, ha continuado sucediendo desde entonces, y siempre sucederá así. El Apocalipsis es un libro aplicable a todas las edades. Siempre es moderno.

Mientras que estos juicios caen sobre el mundo ¿qué ocurre con la iglesia? Su seguridad, su testimonio a otros, su poder, sus padecimientos, y su victoria final se describen en los capítulos 10 y 11.

D. Victoria por medio de Cristo

La sección termina con un peán de victoria, con un canto de triunfo. «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos» (11:15). Los santos reciben su galardón. Dios destruye al destructor (11:18). ¡Somos más que vencedores!

Y aquí se termina la primera división del libro (capítulos 1-11).[6] Pero el libro no se termina aquí. Además, no es cierto que el libro hubiera podido terminar convenientemente aquí. Hay dos preguntas que demandan una respuesta. (1) ¿Cuál es la causa fundamental de esta persecución de la iglesia por el mundo? En otras palabras, ¿por qué son aborrecidos los creyentes con tanta vehemencia por los incrédulos? ¿Cuál es el motivo de este odio? (2) ¿Qué acontecerá a estas personas impenitentes (9:21) que no escuchan la voz de Dios quien por medio de las trompetas de juicio está amonestándolas?

Ahora, estas mismas preguntas son contestadas en la segunda división (capítulos 12-22). Los capítulos 1-11 nos muestran la superficie: La iglesia llena del Espíritu de Cristo resplandece en medio de las tinieblas de este mundo (capítulos 1-3). El mundo aborrece la luz y persigue a

la iglesia, de modo que las almas de los santos asesinados aparecen debajo del altar (capítulos 4-7). La sangre de los santos es vengada, sus oraciones contestadas; toda clase de juicios caen sobre el mundo, pero la iglesia sale triunfante (capítulos 8-11).

Los capítulos 12-14 nos enseñan que este conflicto entre la iglesia y el mundo es solamente la manifestación externa del conflicto entre Cristo y Satanás. Aquí Cristo es llamado el Hijo Varón.[7] Satanás es llamado el dragón.[8] El propósito del dragón es el de devorar al Hijo (12:4). Frustrado en su propósito, persigue a la mujer, o sea a la iglesia (12:13). Para ayudarle el dragón emplea a la bestia que sube del mar (13:1-10), es decir, la persecución anticristiana, que en la época de Juan estaba concentrada en el imperio y gobierno de Roma; a la bestia que sube de la tierra, o sea, la propaganda religiosa anticristiana, que en la época de Juan estaba concentrada en la religión pagana romana y en la adoración dada al emperador romano; y a la gran ramera, Babilonia, es decir, la seducción anticristiana, que en la época de Juan procedió de la ciudad de Roma, la cual procuró satisfacer la concupiscencia de la carne.[9] Su propósito es el de destruir a la iglesia. ¿Tienen buen éxito estas fuerzas inicuas? ¿Quién sale victorioso, el dragón o el Cordero? El capítulo 14 nos da la respuesta: ¡el Cordero como Vencedor está de pie sobre el monte de Sión, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil santos! La doble siega, de creyentes y de incrédulos (14:14-20), nos trae de nuevo al juicio final.

Nos alegramos al leer de esta victoria de Cristo y de su iglesia. Nos llena de consuelo. Pero, naturalmente, preguntamos: ¿qué ocurre al enemigo? Los capítulos 12-14 introducen a cinco enemigos de la iglesia, a saber: (1) El dragón mismo; (2) la bestia que sube del mar; (3) la bestia que sube de la tierra, que se llama también el falso profeta; (4) la gran ramera, Babilonia; y (5) «los hombres que tienen la marca de la bestia», (13:16; 16:2). ¡Todos estos enemigos caen simultáneamente! Cuando se lanza a Satanás en el lago de fuego y azufre, sus aliados también son lanzados al mismo lugar. Esto sucede en el día del juicio final. Sin embargo, se describe uno a uno el fin de todos estos cinco enemigos con la excepción de las dos bestias, que son lanzadas al lago de fuego juntas (19:20).

Primero, el vidente nos muestra lo que sucede a los que tienen la marca de la bestia (capítulos 15, 16, note especialmente 16:2). Estos son los impenitentes de 9:21. ¿La prueba? Véase 16:9, 11.

Recordará que la segunda pregunta que no se contesta en la primera división del libro es: ¿Qué sucederá con estas personas impenitentes?

Ya hemos notado una conexión muy estrecha entre esta sección respecto a las copas de la ira (capítulos 15 y 16) y la sección acerca de las trompetas de juicio (capítulos 8-11). Estas dos secciones son exactamente paralelas, como ya hemos probado en el capítulo 2.[10] Y, además, esta sección acerca de las copas de la ira (capítulos 15 y 16) es una continuación directa de la sección precedente; las personas que tienen la marca de la bestia son presentadas como tales en 13:16; en tanto que 16:2 nos dice lo que les sucederá.

Por consiguiente, se presenta la pregunta: Cuando en la historia del mundo las trompetas de juicio de Cristo, es decir, sus plagas iniciales, no conducen a la penitencia y conversión, ¿qué sucede? ¿Deja impunes el Gobernante del universo tal impenitencia, tal dureza de corazón? La respuesta, según los capítulos 15 y 16, es que en la historia entera del mundo, siempre que continúe impenitente y endurecida cualquier persona en medio de los juicios iniciales que manifiestan la indignación de Dios, el derramamiento final de la ira divina seguirá tarde o temprano. Cuando las diez plagas no produjeron una obediencia voluntaria y alegre en Faraón, sino que revelaron un corazón endurecido, entonces el ejército entero de Egipto se ahogó en el mar Rojo (compare Apocalipsis 15:2, 3). Debido a que los de la nueva dispensación se endurecen a pesar de los privilegios y las oportunidades mayores, este principio del gobierno moral divino se manifiesta hoy más que nunca, y se dejará ver aún más hasta que llegue a su manifestación culminante en el día del juicio final. Esto, brevemente, es el significado de las copas de la ira (capítulos 15, 16). Recuerde que las trompetas sirven para advertir, y las copas para ser derramadas.

¿Y qué de los otros enemigos de Cristo y de su iglesia? El dragón, las dos bestias, y la gran ramera fueron presentados en este orden (capítulos 12-14). La gran ramera, las dos bestias y el dragón caen en este orden, exactamente inverso. Recuerde, sin embargo, lo que fue dicho anteriormente; todos son vencidos simultáneamente. A través de toda la historia del mundo siempre que uno de estos enemigos cae, todos necesariamente caen. Su derrota final se efectúa en el día del juicio. Sin embargo, el tema es tan extenso y los conceptos tan potentes y comprensivos que el vidente en su descripción de lo que sucede, nos muestra primeramente la caída de la gran ramera; en seguida, la caída de las dos bestias; y por último, la ruina del dragón.

Así, Apocalipsis 17-19 describe la caída de Babilonia, la gran ramera. Se nos muestra el carácter inevitable, completo, y terrible de la caída de Babilonia, el gozo resultante en el cielo y, finalmente, el autor de

esta victoria sobre el mundo como el centro de la seducción. El Cristo ha vencido (19:11-21).

Esta misma sección nos muestra también la ruina de las dos bestias (19:20). Queda un enemigo más cuya derrota final no se ha descrito todavía, a saber, el dragón, el más grande, el jefe y líder de ellos, quien fue el primero presentado. La sección final del libro (capítulos 20-22) describe la derrota absoluta del dragón. El dragón está ya atado (20:2). Luego, en el día del juicio final, se le lanzará en el lago de fuego y azufre y será atormentado por la eternidad.

¿Y los santos? Las almas de los mártires ya están vivas y reinando con Cristo, el Vencedor, sentadas sobre tronos celestiales. Después del juicio final (20:11-15) estos santos reinarán para siempre (22:5) en el cielo nuevo y la tierra nueva (21:1). ¡El Cordero está sentado sobre el trono (22:1, 3)! Es victorioso. Por lo tanto, ¡somos más que vencedores!

E. El libro constituye un todo orgánico

Hemos visto que este libro es una hermosa unidad que se desenvuelve gradualmente. ¡Cada sección del libro está colocada perfecta y correctamente! Además, el libro describe los principios de la conducta humana y del gobierno moral divino que siempre operan, y siempre en este orden. La iglesia funciona siempre como una portadora de luz, resplandeciendo en medio de las tinieblas de este mundo (capítulos 1-3). Resplandece porque Cristo la habita, y por ello el mundo persigue a la iglesia (capítulos 4-7), con el resultado inevitable que los juicios divinos de todas clases caen siempre sobre el mundo, pero la iglesia sale victoriosa (capítulos 8-11). Este conflicto entre la iglesia y el mundo revela siempre el conflicto más profundo entre Cristo y Satanás. Satanás emplea siempre a los mismos aliados ya mencionados en los capítulos 12-14. Siempre son derrotados, especialmente en el día del juicio. ¡La victoria es siempre nuestra! Por supuesto, no hay nada mecánico respecto a estas siete secciones. No son siete «trozos de pensamiento». No constan de siete divisiones «impermeables». El libro es un organismo, con todas sus partes relacionadas entre sí de una manera vital. Así, por ejemplo, en 14:8 la caída de Babilonia ya es anunciada. Sin embargo, no es descrita hasta que llegamos a la sección compuesta por los capítulos 17-19. Asimismo, la persecución contra la iglesia por el mundo y aun el juicio sobre el mundo se anticipan y se presentan en la primera sección (1:9, 13-18). Pero el tema principal de aquella sección es la iglesia, la morada de Cristo, resplandeciendo en medio del mundo.

Las enseñanzas de estas siete secciones, las cuales revelan una unidad tan gloriosa y un desarrollo gradual de pensamiento, concuerdan con toda la Biblia.

Los capítulos 1-3. Cotéjese Mateo 28:20: «...y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Mateo 5:14: «Vosotros sois la luz del mundo».

Los capítulos 4-7. Cotéjese Juan 16:33: «En el mundo tendréis aflicción; mas confiad, yo he vencido al mundo».

Los capítulos 8-11. Cotéjese Lucas 18:7: «¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche?...»

Los capítulos 12-14. Cotéjese Génesis 3:15: « Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar».

Los capítulos 15, 16. Cotéjese Romanos 2:5: « Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios». Cotéjese Éxodo 14:17, 18.

Los capítulos 17-19. Cotéjese 1 Juan 2:17: « Y el mundo pasa, y sus deseos...».

Los capítulos 20-22. Cotéjese Romanos 8:37: «...somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó». Cotéjese Judas 6.

> PROPOSICIÓN 3. *El libro es uno. Los principios de la conducta humana y del gobierno moral divino se revelan progresivamente; los candeleros dan ocasión a los sellos, los sellos a las trompetas, etc.*

Capítulo IV



Enseñanza progresiva acerca del juicio final

El libro del Apocalipsis revela una armoniosa unidad interior. Nos instruye acerca de los principios de la conducta humana y del gobierno moral divino. Estos principios se dejan ver siempre y por todas partes. En consecuencia, este libro es tan relevante hoy día como lo era en el año 1000, y lo continuará siendo en el futuro. Es aplicable a las condiciones en las iglesias de Europa, de América, de Asia y de todos los continentes.

Dondequiera que haya una iglesia, ésta es un candelero, una portadora de luz, de modo que vemos resplandecer en medio de las tinieblas la luz de Cristo (capítulos 1-3). Dondequiera que esta luz resplandezca, el mundo aborrece a la iglesia, las tinieblas se rehúsan a ser conquistadas por la luz, y como consecuencia ocurren toda clase de persecuciones y aflicciones (capítulos 4-7). Sin embargo, estas aflicciones son dirigidas para el provecho de la iglesia. El trono está siempre en el cielo, no en la tierra. Los creyentes son siempre victoriosos. Salen de la tribulación, la gran tribulación.

Dondequiera y siempre que la iglesia sea perseguida, el Señor oye y contesta las oraciones de sus hijos perseguidos. Al ver la sangre de los santos mártires, las trompetas de juicio advierten a los malvados (capítulos 8-11).

Este conflicto exterior entre la iglesia y el mundo indica siempre un conflicto más profundo entre Cristo y el dragón (capítulos 12-14). Para los impenitentes, las copas de ira siguen siempre a las trompetas de

juicio (capítulos 15, 16). Sucede así hoy, sucedió así ayer, y sucederá así mañana, sea que usted viva en África, Europa, América o en cualquiera otra parte del mundo. Satanás y todos sus ayudantes parecen salir siempre victoriosos, pero en realidad son siempre vencidos (capítulos 17-19; también 20-22).

Interpretado de esta forma, y estamos convencidos de que ésta es la única explicación defendible, es fácil entender el libro del Apocalipsis. Es un libro sencillo y, sin embargo, muy profundo. ¡Nos ofrece la verdadera filosofía de la historia! Nos muestra los principios de la conducta humana y satánica y del gobierno moral divino como se están revelando constantemente. ¡Nos indica cómo debemos interpretar las noticias que leemos en los periódicos y los acontecimientos que estudiamos en los libros de historia!

Hemos visto a lo largo de la historia del mundo que las copas de la ira final siguen siempre a las trompetas de juicio cuando las advertencias de las trompetas son desatendidas. El orden nunca se invierte.[1] Las trompetas advierten. Las copas son derramadas. Así mismo, en el día del juicio final estas copas de la ira serán completamente vaciadas sobre los pecadores impenitentes y endurecidos. Asimismo, todas las veces que fracasa un reino del mundo, sea el reino babilónico, asirio, o romano, «Babilonia» cae. La caída grande y final de Babilonia sucederá en conexión con la segunda venida de nuestro Señor para juzgar al mundo.

Entendiéndolo de esta forma, notamos que las secciones finales del Apocalipsis, aunque sincrónicas con las otras secciones y aplicables a la marcha entera de la historia, describen especialmente lo que sucederá en conexión con el juicio final.

Por tanto, aunque todas las secciones del Apocalipsis son paralelas y atraviesan el período que se encuentra entre la primera y la segunda venida de Cristo, y están arraigadas en el terreno de la dispensación antigua, sin embargo, hay también un cierto grado de progreso. Cuanto más nos acercamos al fin del libro, tanto más se dirige nuestra atención al juicio final y a lo que está más allá. Las siete secciones están arregladas, por decirlo así, en un orden ascendente que nos lleva al gran clímax. El libro revela un progreso gradual en el énfasis escatológico.[2]

Un examen cuidadoso del Apocalipsis aclarará esto. En la primera serie, Cristo en medio de los siete candeleros de oro, no tenemos más que un mero anuncio de la venida de Cristo para el juicio (1:7). No hay ninguna descripción del juicio. En la segunda sección (capítulos 4-7) el juicio final no es meramente anunciado, sino definitivamente

presentado; tenemos solamente un vistazo del horror que sienten los inicuos al mirar al Juez que se les acerca (6:12-17). Todavía no hay ninguna descripción del juicio. Unos cuantos versículos se dedican a una descripción de la iglesia triunfante después del juicio final (7:9-17). La siguiente visión (capítulos 8-11) asimismo introduce el juicio final y el gozo de los redimidos (11:15-19).

En estas tres secciones que forman la primera división principal del libro (capítulos 1-11), no vemos nada más que un mero anuncio o introducción al juicio final. Pero tan pronto como entramos en la segunda división principal del libro, hay un cambio. En la primera sección de esta división principal, tenemos una verdadera descripción del juicio final (14:14-20), la cual es, no obstante, una representación simbólica. Bajo el simbolismo de una siega doble, el juicio final nos es revelado. En la siguiente visión (capítulos 15, 16) tenemos una descripción del derramamiento de la ira final de Dios, de modo que esta sección, aunque sincrónica en relación con las otras, es en un sentido especial descriptiva del juicio final. En la siguiente división menor, la caída de Babilonia (capítulos 17-19), este énfasis sobre la segunda venida de Cristo para el juicio y lo que ésta significa respecto al mundo y a la iglesia militante y triunfante es aun mayor y más pronunciado (véase especialmente 19:11-12). La sección final, o sea la séptima (capítulos 20-22), no solamente describe el juicio final, sino que en esta descripción omite mucho del simbolismo de las visiones anteriores, de modo que en estos capítulos no hay nada vago e indefinido y no hay casi nada vestido del simbolismo de las primeras visiones (20:12-15). El gozo de los redimidos que se encuentran en el cielo nuevo y en la tierra nueva es descrito de una manera mucho más minuciosa que, por ejemplo, en 7:9-17. El libro ha llegado a su clímax glorioso.

> PROPOSICIÓN 4. *Las siete secciones del Apocalipsis se organizan en un orden ascendente que nos lleva al gran clímax. Hay progreso en el énfasis escatológico. El juicio final es primeramente anunciado, después presentado; y por último descrito. Asimismo, el cielo nuevo y la tierra nueva son descritos en forma mucho más completa en la sección final que en las anteriores.*

A este concepto del Apocalipsis, tal como se explica en estos capítulos, lo hemos denominado «paralelismo progresivo».

CAPÍTULO V



Simbolismo en el libro

El libro del Apocalipsis se compone de una serie de imágenes. Las imágenes se mueven. Están llenas de acción. Todo se mantiene en constante actividad. Vemos una imagen, y pronto da lugar a otra, en seguida otra y otra, y así sucesivamente. Veamos estas escenas cambiantes.

Siete candeleros de oro; alguien anda en medio de estos candeleros. Está vestido con una ropa que le llega hasta los pies, y ceñido por el pecho con una cinta de oro. Sus cabellos son blancos como la nieve, sus ojos como llama de fuego. Tiene en su diestra siete estrellas; y de su boca sale una espada aguda de dos filos. Luego, cambia la escena. Vemos un trono, y alrededor del trono un arco celeste. Y del trono salen relámpagos y truenos y voces. En la mano derecha de aquel que está sentado sobre el trono hay un libro sellado con siete sellos. Ahora, alguien se acerca al trono. ¿Quién es? Es el León de la tribu de Judá, quien toma el libro. Inmediatamente los cuatro seres vivientes alrededor del trono, así como los veinticuatro ancianos, se postran delante del Cordero. Cada uno tiene arpas y copas de oro llenas de incienso y cantan un nuevo cántico. Cuando la música cesa, vemos cuatro caballos, blanco, bermejo, negro y amarillento. Cuando estos caballos y sus jinetes salen, vemos también a gente matándose una a otra. Algunas parecen estar con hambre. En realidad su aspecto es de estarse muriendo de inanición. Otras están siendo arrojadas a las fieras. Vemos ahora las almas de las personas que han sido muertas.

Claman debajo del altar en voz alta. Luego el sol se vuelve negro como un saco de cilicio. La luna llena se vuelve del color de la sangre. Las estrellas del cielo caen sobre la tierra. El cielo se aparta como un rollo que es envuelto. Todo monte y las islas son removidos de sus lugares. La gente, incluso los reyes, los príncipes, los oficiales, todos los ricos y todos los pobres, se esconden en las cuevas y entre las peñas de los montes. Cuatro ángeles detienen los cuatro vientos de la tierra, para que por el momento no hagan daño alguno a la tierra ni al mar. Luego, ciento cuarenta y cuatro mil personas son marcadas con un sello, y aparece una gran multitud incontable de entre todas nacionalidades y regiones de la tierra, con palmas en sus manos. ¿Qué están haciendo? Claman en voz alta: «Nuestra salvación es la obra de nuestro Dios que está sentado sobre el trono y del Cordero».

Aparecen siete ángeles con siete trompetas. Otro ángel está ofreciendo incienso. Llena con fuego el incensario y lo echa en la tierra. Y esto es seguido de truenos, voces, relámpagos y terremotos.

El libro entero contiene escenas cambiantes como éstas, de películas cinematográficas, de símbolos activos.[1] Además, hay sonidos, voces, cánticos, respuestas, coros (Cotéjese 4:8, 11; 5:9, 10, 12, 13, 14; 11:15-18; 12:10, 15:3, 4;19:1-8; 22:17).[2] El Apocalipsis, por decirlo así, es una magnífica «película de cine».

A. La necesidad de concentrarse en el tema central

Ahora, surge la pregunta: ¿Qué significan estas imágenes? ¿Cómo debemos interpretarlas? Con el fin de contestar esta pregunta, vamos a rodear un poquito.

Usted se acuerda, por supuesto, de la parábola del buen samaritano (Lc. 10:30-37). Hay algunos que interpretan esta hermosa historia de la siguiente manera: «El hombre que desciende de Jerusalén a Jericó representa a Adán, cabeza de la raza humana. Aquel ha dejado la ciudad celestial y desciende a la ciudad terrenal, la ciudad profana. Pero, al dirigir sus deseos hacia la tierra, cae en manos de ladrones, es decir, es vencido por Satanás y sus ángeles perversos. Estos ladrones le despojan del vestido de justicia original. También le golpean, dejándole herido y medio muerto. Sí, medio muerto en pecados y transgresiones. El sacerdote y el levita representan la ley y los sacrificios. No pueden salvar al pecador. Son incapaces de ayudarlo. Pero, el Buen Samaritano, a saber, Jesucristo, viaja por ese mismo camino. Ayuda al pecador,

venda sus heridas, las unge con el aceite del Espíritu Santo y con vino, es decir, con la sangre de su pasión. Luego, el buen samaritano (Jesucristo) coloca al pobre hombre sobre su propia bestia de carga, es decir, sobre los méritos de su propia justicia. Lleva al pobre hombre hasta un mesón, es decir, a la iglesia. Al día siguiente, el buen samaritano le entrega al mesonero dos denarios, o sea, la Palabra y los Sacramentos, para que por medio de ellos pueda suplir las necesidades espirituales del pobre pecador. Luego, este Buen Samaritano se marcha, pero promete volver más tarde».

Ahora, hay personas con una mentalidad que se goza en espiritualizar las explicaciones de esta manera. En ese caso, sería mejor cerrar este libro, porque nunca entenderá realmente las parábolas de nuestro Señor, ni tampoco podrá entender nunca el libro del Apocalipsis. Acentuemos el hecho de que la susodicha explicación es totalmente incorrecta de principio a fin. Es absolutamente incorrecto preguntar ¿Cuál es el significado de este pobre hombre que cayó en manos de ladrones? ¿Cuál es el significado de los ladrones, del sacerdote, del levita, del buen samaritano, del vino, del aceite, de la bestia, del mesón, de los dos denarios? ¡Ninguna de estas cosas posee un significado espiritual más «profundo»! Si la bestia de carga tiene que ser espiritualizada, ¿quién va a determinar precisamente lo que ella significa? ¿Y qué de los dos denarios? ¿Representan a los dos sacramentos, la palabra y los sacramentos, o tal vez los dos testamentos? ¿Quién va a determinar esto? El contexto del pasaje donde se encuentra esta parábola no dice nada respecto a este asunto, y dado que el contexto no dice nada, ¡nosotros tampoco debemos decir nada!

Por supuesto, todos estos elementos de la parábola, es decir, el vino, el aceite, el sacerdote, el levita, el mesón, los dos denarios, etc., tienen su importancia debida. Pertenecen a la parábola. Sin ellos la parábola estaría incompleta y sin significado. Pero usted no debe atribuir a cada una de estas características ningún significado espiritual distinto, porque solamente sirven para completar la parábola. Pues, habiendo leído la parábola entera, debe preguntarse: ¿Cuál es el significado de esta parábola vista desde su totalidad?[3] Cada parábola enseña una sola lección central. Con un estudio breve del contexto, casi siempre se aclara perfectamente esta lección central. Según Lucas 10:25-29 y 36, 37, vemos que el significado de esta hermosa historia es que en lugar de preguntarnos: «¿Quién es mi prójimo?», debemos ser prójimos de todo aquel que el Señor tenga a bien poner en nuestro camino.

B. La necesidad de distinguir entre principio y detalle

De una manera semejante, tenemos que interpretar los símbolos del Apocalipsis. No debemos acentuar demasiado los detalles. Por ejemplo, respecto al símbolo de las langostas que salieron del pozo del abismo (9:1-11), no debemos preguntar, ¿cuál es el significado *individual* de sus cabellos, sus dientes, sus corazas, etc.? Al hacerlo fragmentamos el símbolo, perdiendo así la unidad. Estos detalles pertenecen a la imagen lo mismo que la bestia, el vino, el aceite, etc. pertenecen a la parábola del Buen Samaritano. Debemos preguntar en primer lugar, ¿qué significa la imagen vista desde su totalidad? Y, en segundo lugar, ¿cuál es el único significado central de esta imagen?[4]

Por regla general,[5] los detalles pertenecen a la imagen, al símbolo. No intente dar a los detalles una interpretación «más profunda», sino hasta donde su interpretación sea necesaria para descubrir el pleno significado de la idea central del símbolo. Por ejemplo, respecto al símbolo de la Nueva Jerusalén (capítulos 21, 22), la idea central es la perfecta convivencia con Dios. Los detalles —el muro, los cimientos, las puertas, el río, etc.— describen el glorioso carácter de esta convivencia. Lo que estamos buscando es la impresión total, la idea central, de cada símbolo completo. Así como en las parábolas, el contexto nos ayuda a explicar el significado de la imagen. También es necesario un estudio cuidadoso de todos los detalles para poder determinar la idea central.

> PROPOSICIÓN 5. *La estructura del libro consiste en imágenes móviles. Los detalles que pertenecen a la imagen deben ser interpretados en armonía con su pensamiento central. Debemos hacer dos preguntas. La primera: ¿En qué consiste toda la imagen? La segunda: ¿Cuál es su idea predominante?*

C. ¿Qué significan los símbolos?

Habiéndose establecido esto, surge inmediatamente otra pregunta. Concediendo que debemos interpretar el símbolo en su totalidad y sus detalles en armonía con el símbolo entero, ¿cuál es el significado de este símbolo? ¿Se refiere a un acontecimiento específico en la historia, a un suceso particular, a un detalle cronológico, o tal vez a una fecha importante?

Con respecto a esto, debemos distinguir entre dos clases de símbolos. Hay símbolos que describen el principio o el fin del curso de la nueva dispensación. Según el contexto, es muy evidente que estos símbolos se refieren generalmente a un suceso específico. Así, por ejemplo, la mujer radiante, que dio a luz un hijo varón, representa a la iglesia dando a luz al Cristo, es decir, su naturaleza humana (12:1-5). Y la doble siega (14:15-20) se refiere al juicio final, a ese gran acontecimiento específico.

Pero, hay otros símbolos también, a saber, aquellos que parecen ocurrir entre la primera y la segunda venida de Cristo. Estamos pensando en símbolos tales como los candeleros, los sellos, las trompetas, las copas, etc. ¿Se refieren estos símbolos a sucesos específicos, a acontecimientos individuales, a fechas o a personas en la historia? Si es así, entonces tenemos que admitir que no podemos interpretarlos,[6] porque entre las miles de fechas y sucesos y personas de la historia que demuestran ciertos rasgos de semejanza al símbolo en cuestión, ¿quién puede escoger la única y específica fecha, el suceso, o la persona pronosticada por este símbolo particular? El resultado es confusión, miles de «interpretaciones» pero ninguna certeza. Y el Apocalipsis continúa siendo un libro cerrado.

Sin embargo, no creemos que éste sea un libro cerrado. Creemos firmemente que es una *revelación,* un *descubrimiento.* Por tanto, tenemos que buscar otra regla de interpretación.

Afirmamos que esta regla, lejos de ser impuesta sobre los símbolos, se deriva de ellos. Es sobre la base de los símbolos mismos, como son descritos en el Apocalipsis, que llegamos a esta conclusión muy importante, a saber, que los sellos, las trompetas, las copas y otras imágenes semejantes, no se refieren a sucesos específicos o detalles de la historia, sino a principios que están operando durante toda la historia del mundo, especialmente a través de toda la dispensación nueva.

Presentemos evidencias a favor de esta importante regla de interpretación. Note primeramente que es muy extensa la esfera en la cual operan los sellos, las trompetas, y las copas. Estos símbolos afectan respectivamente la cuarta parte de la tierra, la tercera parte de la tierra, del mar, de los árboles, toda la tierra, todo el mar, etc. (lea los capítulos 6, 8 y 9, 16). Ahora, esto apenas podría ser verídico si cada sello, cada trompeta, y cada copa se refiriere a un solo suceso en la historia o un acontecimiento que sucede en una fecha específica en un lugar definido. Pero, si en cambio consideramos el símbolo como indicando una serie completa de acontecimientos desde el principio hasta la

terminación de la dispensación, estas descripciones de la esfera en que los símbolos operan empiezan a tener un significado. Así, por ejemplo, podemos entender la expresión «una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar», si ésta se refiere a todos los desastres marítimos que ocurren a lo largo de toda la dispensación.

Repito, estos símbolos no afectan a un solo grupo muy limitado de gente, sino a una multitud innumerable. Las trompetas, por ejemplo, afectan a la humanidad. No se refieren sencillamente a unas cuantas personas que viven en Europa y que da la casualidad de que tienen algún litigio contra el Papa. Lea usted 9:20: «Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas...» Esta descripción es aun más general, porque parece que estos símbolos afectan no solamente a todos los no regenerados de una sola era, sino también a los de las generaciones anteriores. Note usted 16:6: «Porque ellos derramaron la sangre de los santos y de los profetas...» Por lo tanto, no podemos escapar a la impresión de que los símbolos se refieren a una *serie* de acontecimientos, a los principios de la conducta humana y satánica y del gobierno moral divino. Se refieren a cosas que suceden muchas veces, de modo que el libro del Apocalipsis es siempre moderno. Los símbolos describen principios de conducta y del gobierno moral divino que son evidentes tanto hoy como lo fueron en el primer siglo d.C.

Con respecto a esto, no debemos olvidar que aparentemente cada una de estas series, ya sean los candeleros, los sellos, las trompetas, o las copas, incluyen el largo período empezando con la primera y terminando con la segunda venida de nuestro Salvador.[7] También, parece que este punto de vista concuerda mejor con la idea de que los símbolos indican los principios siempre operativos más bien que la teoría de que significan ciertos acontecimientos específicos y aislados en Europa.

Además, tenemos que tener en cuenta que los símbolos ocurren generalmente en grupos de siete. El número siete aparece cincuenta y cuatro veces. El libro está dirigido a siete iglesias, representadas por siete candeleros. Hay siete estrellas que simbolizan a siete ángeles de las iglesias. Hay siete espíritus de Dios representados por siete lámparas. También hay siete sellos, un cordero que tiene siete ojos y siete cuernos. Siete ángeles tocan siete trompetas, y otros siete derraman las siete copas llenas de las siete plagas postreras. Siete truenos hablan voces. La bestia que sube del mar tiene siete cabezas. Hay siete montes, siete reyes, etc.[8] El número siete indica perfección y concuerda muy bien con la idea de que los símbolos se refieren a principios de la conducta

humana y del gobierno divino que operan siempre, especialmente a lo largo de toda esta dispensación.

Nuestra última línea de evidencia es, tal vez, la más concluyente. Debemos tener en cuenta continuamente que el propósito de Dios y del vidente es el de hacer a las personas sabias para la salvación. El libro tiene un propósito ético y espiritual. Ahora, si estos símbolos indican y predicen meramente sucesos futuros y aislados, es posible que pueda satisfacer la curiosidad de alguien, pero apenas se puede decir que se edifica a la gente en general. En cambio, si creemos que el libro revela los principios del gobierno moral divino, los cuales operan siempre, de modo que sea cual fuere la era en que estamos viviendo, podemos ver la mano de Dios en la historia y su brazo fuerte protegiéndonos siempre y dándonos la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo, en tal caso, y solamente en tal caso, somos edificados y confortados.[9]

Se puede resumir todo esto en la sexta proposición:

> PROPOSICIÓN 6. *Los sellos, las trompetas, las copas de ira y los otros símbolos semejantes no se refieren a sucesos específicos, a acontecimientos individuales, a detalles de la historia, sino a principios de la conducta humana y del gobierno moral divino, los cuales operan a lo largo de toda la historia del mundo, especialmente a lo largo de la nueva dispensación.*[10]

Capítulo VI



Antecedentes y bases para la interpretación

El Apocalipsis se arraiga en los sucesos contemporáneos y en las Sagradas Escrituras que Juan y sus lectores sabían bien, y en la revelación especial directa de la mente y propósitos de Dios. Todo esto debe ser considerado con cuidado si el libro ha de interpretarse de manera correcta.

A. La necesidad de notar los antecedentes contemporáneos

No podremos entender nunca el libro del Apocalipsis a menos que lo interpretemos a la luz de los sucesos contemporáneos. Debiéramos preguntar siempre: ¿Cómo entendieron los primeros lectores este libro? Debemos hacer un esfuerzo diligente para entender las condiciones y circunstancias de las cuales emanó esta profecía. El propósito inmediato del Apocalipsis es el de fortalecer el corazón agitado de los creyentes perseguidos del primer siglo d.C.[1] Por tanto, cada párrafo de esta gloriosa profecía esta lleno de significado, instrucción y consuelo para las siete iglesias de Asia proconsular. Este libro es una respuesta a la urgente necesidad de aquella época específica, y tenemos que permitir que las circunstancias contemporáneas derramen su luz sobre los símbolos y las predicciones que se encuentran en él. Es cierto, este libro tiene un mensaje para hoy. Pero no podremos entender «lo que el Espíritu dice a las iglesias» de hoy si no estudiamos primeramente

las necesidades y las circunstancias específicas de las siete iglesias de «Asia» del primer siglo d.C.

Encontramos, por consiguiente, que el Apocalipsis está repleto de referencias acerca de sucesos y circunstancias contemporáneas. Se estaba persiguiendo severa y amargamente a los creyentes. Su sangre estaba siendo derramada (6:10; 16:6; 17:6; 19:2). Algunos se sentían desfallecer en las mazmorras obscuras o estaban a punto de ser encarcelados (2:10). Tenían hambre y sed, y carecían de las cosas necesarias para el sostenimiento de la vida (6:8; 7:16). Otros fueron arrojados a las fieras (6:8). Muchos habían sido degollados (20:4). En Pérgamo, Antipas fue asesinado (2:13). Juan se encontraba desterrado en la isla de Patmos (1:9). El gobierno romano promovía la persecución; el culto al emperador incitaba la religión falsa; su capital era el centro de la concupiscencia (13:7, 15; 17:18). Los maestros falsos y las sectas afectaban a las iglesias (2:2, 14, 20, 24). Sin embargo, los creyentes verdaderos hacían brillar la luz de Cristo en las tinieblas de la superstición e incredulidad. Filadelfia tenía una «puerta abierta» (3:8).

Todas estas cosas eran verdaderas; eran realidades —duras realidades— para la iglesia de aquella época. Estos creyentes no estaban interesados principalmente en los grandes acontecimientos de siglos futuros. Estaban interesados intensamente en la lucha entre la luz y las tinieblas, entre la iglesia y el mundo, entre Cristo y el dragón, entre la verdad y el error, una guerra que se llevaba a cabo en sus días. El Apocalipsis es una respuesta a las necesidades urgentes de estos creyentes perseguidos y afligidos penosamente.[2]

Esto no quiere decir que el vidente estaba limitado a cosas dentro de su propio horizonte histórico. Recuerde que el verdadero autor del libro no es el apóstol Juan, sino el propio Dios Omnisciente. Como hemos probado abundantemente, este libro atraviesa la dispensación entera y ha sido destinado para nosotros lo mismo que para los creyentes del primer siglo d.C. Pero fue ocasionado por la necesidad y el sufrimiento de los cristianos del primer siglo d.C. Se arraiga definitivamente en los sucesos y las circunstancias contemporáneas y tiene que ser interpretado en armonía con ellos. Es cierto que el libro habla de las fuerzas que se mantienen constantemente activas en la historia del mundo —por ejemplo, la bestia— pero las discute en términos que dan a conocer la forma contemporánea en que estas fuerzas se manifestaban —por ejemplo, Roma.

PROPOSICIÓN 7. *El Apocalipsis se arraiga en los acontecimientos y las circunstancias contemporáneas. Sus símbolos deben interpretarse a la luz de las condiciones que prevalecían cuando el libro fue escrito.*

B. La necesidad de tomar en cuenta todo el contexto de las Escrituras

Debemos interpretar este libro a la luz de los antecedentes. Sin embargo, es un poco extraño que los mismos intérpretes que insisten vehementemente en este método de interpretación no pongan a plena prueba este principio.[3] Ven, por decirlo así, solamente el suelo superficial, es decir, las circunstancias y los sucesos contemporáneos. Pero hay un subsuelo también. ¡El Apocalipsis está firmemente arraigado en este subsuelo, a saber, las Sagradas Escrituras! La mente del vidente estaba, por decirlo así, sumergida en estas Escrituras. Las conocía a fondo. Las *vivía*. Las tenía guardadas en el corazón. Por lo tanto afirmamos que el Apocalipsis se arraiga no sólo en el suelo superficial de los eventos contemporáneos, sino también, y especialmente, en el subsuelo de las Sagradas Escrituras. Es cierto que los acontecimientos del día particular y de la época en que el apóstol estaba viviendo determinaron, hasta cierto punto, la forma de esta profecía. Sin embargo, no se puede empezar aún a compararlo con las épocas de la historia y de la profecía conocidas tan perfectamente por el vidente. Tenemos que explicar este libro no solamente a la luz de los sucesos externos, sino también a la luz de toda la herencia religiosa reverenciada por los creyentes que vivieron durante la época en que estas visiones fueron vistas y escritas.

Doy un ejemplo muy notable. Cuando estudiamos Apocalipsis 13:1-10, notamos inmediatamente que su simbolismo se radica en el libro de Daniel 7:2-8. En ambos casos se hace referencia a los mismos animales, aunque en Daniel ocurren separadamente, uno a uno, mientras que en el Apocalipsis están unidos. Así, el Apocalipsis nos da el cuadro de una bestia compuesta. Era «semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león...» Ahora, en el libro de Daniel estas bestias —el león, el oso, el leopardo y la «anónima»— no indican reyes, sino reinos, imperios que se levantan en oposición al pueblo de Dios. Se refieren a la gran potencia mundial en cuatro aspectos sucesivos de su manifestación. Ahora, ¿no es cierto que es sólo lógico inferir que la bestia compuesta, descrita en el Apocalipsis, también significa la misma cosa, es decir, que se refiere a la potencia

anticristiana, al movimiento perseguidor anticristiano, en sus aspectos y expresiones concretas sucesivas? Respecto a esta bestia, leemos que cinco de sus cabezas ya habían caído cuando el apóstol vio la visión, pero una, a saber, la sexta, se levantó en aquel tiempo mismo. La otra aun no había venido (17:9, 10). Ahora, en base a una comparación con el libro de Daniel, ¿no es muy evidente que las cabezas de esta bestia compuesta y descrita en el Apocalipsis tienen que indicar imperios en los cuales la potencia perseguidora del mundo está personificada sucesivamente? Por ejemplo, los Imperios de la Babilonia Antigua, Asiria, Nueva Babilonia, Medo-Persia, Greco-Macedonia y Roma. Sin embargo, muchos intérpretes que insisten en explicar el Apocalipsis a la luz de sus circunstancias contemporáneas consideran que estas cabezas representan a gobernantes individuales, a saber, Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Estos intérpretes no consideran suficientemente el hecho de que el Apocalipsis se arraiga en el Antiguo Testamento. Ven el suelo superficial de la historia contemporánea. Olvidan que hay un subsuelo también, a saber, las Sagradas Escrituras.

Dejemos que las Escrituras interpreten a las Escrituras.

Primero, y ante todo, debemos examinar y leer con cuidado el contexto inmediato de cualquier pasaje que estemos considerando. A veces se olvida esto. Pero, si no interpretamos los distintos símbolos en armonía con el contexto en el cual se encuentran, jamás veremos la maravillosa unidad orgánica del libro. No comprenderemos el «hilo» de la discusión.

Después que el contexto haya sido determinado de una manera definida y haya recibido la justa atención, se deben consultar los pasajes paralelos. ¡Primero que todo, los paralelos que se encuentran en el Apocalipsis mismo! Cuando, por ejemplo, interpretamos Apocalipsis 20 a la luz de lo que, en algunos respectos, es su paralelo, a saber, Apocalipsis 12, entendemos mejor el significado. La pregunta, ¿cuándo fue atado el diablo? será contestada sin dificultad.[4]

También, hay pasajes paralelos que se encuentran en otros libros del Nuevo Testamento, Ya se han indicado algunos de los que se encuentran en el Evangelio de Juan.[5] Hay otros en los Evangelios sinópticos. Algunos de los pasajes paralelos más notables del Nuevo Testamento son los siguientes:

Apocalipsis 1:3.	Mateo 24:6; Lucas 21:9.	Apocalipsis 12:9.	Lucas 10:18.
Apocalipsis 1:5.	Colosenses 1:18.	Apocalipsis 13:8.	1 Pedro 1:19, 20.
Apocalipsis 1:7.	Mateo 24:30.	Apocalipsis 16:19.	1 Pedro 5:13.
Apocalipsis 1:16.	Mateo 17:2.	Apocalipsis 17:14.	1 Timoteo 6:15.
Apocalipsis 2:10.	Santiago 1:12.	Apocalipsis 18:4.	2 Corintios 6:17; Efesios 5:11.
Apocalipsis 2:20-24.	Hechos 15:28.		
Apocalipsis 3:3.	Mateo 24:42.	Apocalipsis 18:24.	Lucas 11:50.
Apocalipsis 3:5.	Mateo 10:32.	Apocalipsis 21:4, 5.	2 Corintios 5:17.
Apocalipsis 6.	Mateo 24; Lucas 21.	Apocalipsis 22:21.	Efesios 6:24.

Finalmente, el Apocalipsis está lleno de los pensamientos e ideas del Antiguo Testamento.[6] Mencionamos aquí unos cuantos pasajes que, al menos en cuanto a su forma, son modelados de acuerdo con lo que se encuentra en el Antiguo Testamento y están basados en éste.

	APOCALIPSIS	ANTIGUO TESTAMENTO
Capítulo 1	La descripción del Hijo del Hombre.	Dn. 7:9-14; 10:5, 6; Ez. 1:7, 26-28; 43:2
Capítulo 2		Note algunas expresiones del Antiguo Testamento, tales como: el árbol de la vida, el paraíso de Dios, Balaam y Balac, Jezabel, la vara de hierro.
Capítulo 3	El libro de la vida. La llave de la casa de David.	Éx. 32:33; Sal. 69:28; Mal. 3:16. Is. 22:22.
Capítulo 4	Un trono establecido en el cielo. Los cuatro seres vivientes.	Is. 6:1; Ez. 1:26, 28. Ez. 1:10; 10:14; Is. 6:1.
Capítulo 5	El rollo. El león de la tribu de Judá.	Ez. 2:9; Zac. 5:1-3. Gn. 49:9; Is. 11:10.
Capítulo 6	Los caballos y sus jinetes.	Sal. 45:3, 4; Zac. 1:8; 6:3.
Capítulo 7	Sellando en sus frentes a los siervos de Dios. La felicidad de los redimidos.	Ez. 9:4. Is. 49:10; 25:8; Jer. 20:13, 31:16; Ez. 34:23
Capítulo 8, 9	Las trompetas de juicio.	Éx. 7-12, las plagas.
Capítulo 10	El juramento del ángel. El librito.	Dn. 12:7. Ez. 2:9; 3:3.
Capítulo 11	La vara de medir. Los dos testigos.	Ez. 40:3; Zac. 2:1-2. Zac. 4:2-3.
Capítulo 12	La mujer, su hijo y el dragón. El ángel Miguel.	Gn. 3:15. Dn. 10:13, 21; 12:1.
Capítulo 13	La bestia que sube del mar.	Dn. 2:31; 7:3.
Capítulo 14	La nube blanca; Uno semejante al Hijo del Hombre. El lagar.	Dn. 7:13; 10:16. Is. 63:3.

Capítulo 15	El cántico de Moisés.	Éx. 15.
Capítulo 16	Armagedón.	Jue. 5; 2 Cr. 35.
Capítulo 17-19	La caída de Babilonia. La invitación a todas las aves.	Is. 13; 14; 21; 46; 47; 48; Jer. 25; 50; 51; Dn. 2; 7; Hab. 3. Compare también Ez. 27; la caída de Tiro. Ez. 39:17-20.
Capítulo 20	Gog y Magog. Los libros del juicio.	Gn. 10:2; Ez. 38; 39. Dn. 7:10; 12:1; Sal. 69:28.
Capítulo 21	El nuevo cielo y la nueva tierra. La nueva Jerusalén.	Is. 65:17-25; 66:22-24. Ez. 48:30-35.
Capítulo 22	El río de agua de vida; el árbol de la vida.	Gn. 2; Ez. 47:1-12.

Y esto es solamente un comienzo. Westcott y Hort ofrecen casi cuatrocientas[7] referencias o alusiones al Antiguo Testamento, y un estudio cuidadoso de cualquier capítulo del Apocalipsis revelará pronto que esta lista de cuatrocientas referencias está incompleta.

Es sobre la base de estas Sagradas Escrituras que tenemos que interpretar el Apocalipsis. Sin embargo, es necesario que tengamos cuidado: el vidente no es un copista. ¡Él recibe visiones! Sin duda estas visiones son de un carácter tal que pueden ser recibidas por un apóstol de Jesucristo, cuya mente y conocimiento moral están saturados con las enseñanzas del Antiguo Testamento. Sin embargo, Juan escribe lo que él ve y oye. Además, las enseñanzas del Antiguo Testamento, muchas veces, son derramadas en nuevos moldes y en el Apocalipsis éstas adquieren un significado ligeramente modificado. Que sea o que no sea cierto en cualquier caso citado, tendrá que ser resuelto por el contexto inmediato.[8]

Ahora, al acentuar el hecho de que las visiones apocalípticas se arraigan en el subsuelo de las Sagradas Escrituras, tenemos que tener presente a la vez que es sabio proceder siempre desde lo más claro hasta lo más oscuro y jamás viceversa.[9] Muchas veces se ha olvidado esto. Se toma un pasaje que en sí mismo es algo oscuro, por ejemplo, Apocalipsis 20:2, y se le da una interpretación muy literal. Y después, para colmo, ¡todos los pasajes claros en las porciones más didácticas de las Escrituras son tergiversados a fin de que concuerden con el significado que el intérprete ha dado al pasaje oscuro!

La consecuencia es ésta: recibimos muchas novedades, es decir, detalles de información que no se derivan con claridad de las sencillas enseñanzas que se encuentran en otras partes de las Escrituras. Un método bueno de interpretación procurará evitar las invenciones. El método histórico de interpretación provee miles de ejemplos que nos

sirven de advertencia. Incluso intérpretes paralelistas que han escrito comentarios excelentes, no han podido evitar por completo estas invenciones.[10]
Esto nos lleva a la octava proposición que formulamos así:

> PROPOSICIÓN 8. *El Apocalipsis se arraiga en las Sagradas Escrituras. Debe interpretarse en armonía con las enseñanzas de la Biblia entera.*

C. El origen del libro en la mente de Dios

El Apocalipsis se radica en circunstancias contemporáneas y en las Sagradas Escrituras. En esencia, se arraiga en la revelación especial directa. Tiene su origen en la mente de Dios. Fue Dios quien preparó y formó el alma del apóstol Juan para que él pudiera recibir esta gloriosa profecía. Fue Dios quien le entregó esta visión. El Dios que inspiró todas las Sagradas Escrituras es también el autor del Apocalipsis.

> PROPOSICIÓN 9. *El Apocalipsis se radica en la mente y en la revelación de Dios. Dios en Cristo es el verdadero autor. En consecuencia, este libro contiene el propósito de Dios con respecto a la historia de la iglesia.*[11]

Capítulo VII



Apocalipsis 1: El Hijo del Hombre

A. La introducción (versículos 1-3)

El primer capítulo del Apocalipsis consta de siete partes que son fácilmente reconocidas. La introducción incluye los primeros tres versículos. Contiene el título del libro, una declaración de su origen, y la primera bienaventuranza. El título del libro es: «La revelación de Jesucristo». Es una revelación o descubrimiento del plan de Dios respecto a la historia del mundo, especialmente respecto a la historia de la iglesia. Por tanto, es una comunicación directa de Dios y no se deriva de ninguna fuente humana.[1] Se llama La revelación de Jesucristo, porque Jesucristo se la mostró a Juan y por medio de él a la iglesia.

Note usted los diversos eslabones en la cadena tanto de origen como de comunicación. Primero, Dios. Leemos: «que Dios le dio».[2] Dios fue quien exaltó altamente al Mediador y le encomendó el gobierno del mundo para el beneficio de la iglesia (1 Co. 15:24-28; Fil. 2:9). También Dios dio al Mediador el plan para la historia del mundo y de la iglesia (Ap. 5:1, 7). Dios le dio este plan para que lo manifestara, en sus principios generales, a sus siervos. Este plan se relaciona con las cosas que deben suceder pronto. Empiezan a suceder inmediatamente.[3]

Segundo, Jesucristo. Ésta no es la revelación de Juan. Es la revelación de Jesucristo. Manifiesta este plan a su iglesia y también, como el Mediador entronizado en gloria, hace que se lleve a cabo en la historia. Jesús reina en las alturas.

Tercero, su ángel. Jesús, a su vez, comisiona a un ángel para que guíe a Juan y le muestre, por medio de visiones, los elementos del plan, los cuales le irán siendo revelados. Este guía angelical le muestra a Juan una visión del cielo, luego de la tierra, del desierto, del nuevo cielo y de la nueva tierra.

Cuarto, su siervo Juan, es decir, el apóstol Juan.[4] Juan no encubrió estás visiones, sino que «dio testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que vio».[5]

Quinto, el lector: «bienaventurado el que lee». Los libros tenían que ser copiados a mano. De aquí que había solamente unos cuantos y eran muy costosos. Además, muchos de los cristianos no sabían leer. Por esto se nombraba un lector para que les leyese a las personas que se reunían para el culto. Se declara bienaventurado al lector que lee con corazón sincero. Ésta es la primera de siete bienaventuranzas.[6]

Sexto, los que oyen las palabras de esta profecía y guardan las cosas en ella escritas. Se declara bienaventurados a todos los creyentes que leen y estudian este libro con la debida actitud de corazón. Recuerde que el tiempo está cerca; las predicciones empiezan a cumplirse inmediatamente.

B. La salutación y la adoración (versículos 4-6).

El libro está dirigido a «las siete iglesias que están en Asia». Estas iglesias son mencionadas en el versículo 11. Estaban situadas en la provincia proconsular romana de Asia, es decir, la parte occidental de Asia Menor. Empezando con la iglesia de Éfeso, la más cercana a Juan en Patmos, y tal vez la que él más amaba; después procediendo hacia el norte hasta Esmirna y Pérgamo, y luego al sudeste hasta Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea, estas siete iglesias formaron en cierto modo un círculo irregular. Es provechoso usar un mapa bíblico. Estas siete iglesias representan a toda la iglesia a lo largo de toda esta dispensación.[7]

Note usted la forma extraordinaria y hermosísima de la salutación: «Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir». Gracia es el favor de Dios conferido sobre los que no lo merecen, es decir, el perdón de sus pecados y la dádiva de la vida eterna. Paz, la reflexión de la sonrisa de Dios en el corazón del creyente que ha sido reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, es el resultado de la gracia. Esta gracia y esta paz las provee el Padre, las reparte el Espíritu Santo, y las merece el Hijo por nosotros. Por tanto, los tres son mencionados en la salutación. Leemos literalmente: «Gracia sea con vosotros y paz

del que es y que era y que está por venir». Esto es tanto griego correcto como castellano correcto.[8] Esta expresión nos señala al inmutable Dios del pacto (cotéjese Éxodo 3:14-18). La expresión, «los siete espíritus», se refiere al Espíritu Santo en la plenitud de sus operaciones e influencias en el mundo y en la iglesia. Respecto a Cristo, notamos que se le describe primero en cuanto a su ministerio en la tierra como el testigo fiel; luego, en conexión con su muerte y resurrección como el primogénito de los muertos; y finalmente, en términos que expresan su exaltación actual como el príncipe de los reyes de la tierra.

En esta salutación tenemos el orden: Padre, Espíritu, Hijo. Probablemente la razón de este orden se deba a que Dios es visto morando en su tabernáculo o templo celestial (7:15). La gracia y la paz están representadas como viniendo del Padre, quien moraba sobre el arca en el lugar santísimo; y del Espíritu, indicado por el candelero con sus siete lámparas en el lugar santo; y de Jesucristo, cuya propiciación era simbolizada por la sangre debajo del altar del holocausto en el atrio.

El hecho de que se mencione a Jesucristo en la salutación, produce esta adoración espontánea: «Al que nos amó... sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén». Se dice respecto a los creyentes que ellos no son meramente lavados de sus pecados, sino libres de ellos. En esta sola observación, si se entiende correctamente, hay material para un sermón entero. Observe también que la descripción, «reino de... sacerdotes», aplicada antiguamente a Israel (Éx. 19:6) es aplicable ahora colectivamente a los creyentes, es decir, a la iglesia. En la iglesia, Israel continúa viviendo. ¿Puede leer alguien estas palabras e insistir todavía que Cristo no es el Rey de la iglesia?

Desde el principio hasta el fin de este libro se atribuye la gloria no a la criatura sino a Dios en Cristo (1:6; 4:8, 11; 5:9, 13; 7:10, 12 etc.).

C. El anuncio de la segunda venida de Cristo (versículo 7).

Éste no es el tema principal del libro.[9] Sin embargo, constituye una verdadera fuente de consuelo para los creyentes afligidos. Es la esperanza de los creyentes y la consternación de los enemigos de la iglesia. Jesús viene «con las nubes», es decir, con gloria (Dn. 7:13; Mr. 14:62; Ap. 14:14; Ez. 1:4-28), y con angustia, ira, juicio (Sof. 1:15; Sal. 97:2). La Biblia desconoce acerca de una segunda venida invisible o secreta. Al contrario, «todo ojo le verá». Los que le traspasaron el costado y le clavaron en la cruz también le verán. Es posible que esta expresión

indique también a todos los otros que, por medio de su vida desobediente, han traspasado al Cristo. Se toma esta expresión de Zacarías 12:10-13 (compare también Jn. 19:34, 37; 20:25, 27).[10] ¡En aquel tiempo los judíos que le rechazaron verán que Jesús de Nazaret, a quien crucificaron, es de verdad el Cristo!

«Y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él». Éste no es el llanto del arrepentimiento, sino el de la desesperación: «como se llora por hijo unigénito» (Zac. 12:10). Esta expresión se refiere al acto de golpearse el pecho como señal de duelo y desesperación. Los incrédulos se esconderán en las cuevas y entre las peñas de los montes, y dirán: «Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero...» (6:16).

D. La auto-designación de Cristo (versículo 8)

No se debe dudar de que este glorioso título se refiere a Cristo. El contexto inmediatamente anterior y asimismo el subsiguiente se refieren a Cristo (véanse los versículos 7, 13). La expresión, «Yo soy el Alfa y la Omega», se encuentra en una forma un poco modificada en el versículo 17: «Yo soy el primero y el último» refiriéndose al que estuvo muerto y que vive por siglos de siglos. Observe también los siguientes pasajes paralelos: 21:6-8 y 22:13.

Juan oye al propio Señor Jesucristo hablándole y diciendo: «Yo soy el Alfa y la Omega». El alfa y la omega son respectivamente la primera y la última letra del alfabeto griego. Por tanto, aquí Cristo se describe a sí mismo como la completa, perfecta y eterna revelación de Dios. Es como si estuviera diciendo: «Yo soy desde el principio hasta el fin, es decir, el Ser Eterno. Sé valiente; tu enemigo no puede destruir a tu Cristo». También nos dice que es completamente igual al Padre, porque añade, «dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso». Note usted que la misma frase que en el versículo 4 describió al Padre, aquí designa al Hijo. «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10:30). ¿Fue ésta, tal vez, la voz que hizo que Juan estuviese «en el Espíritu»?

E. La comisión de Juan para que escribiera el Apocalipsis (versículos 9-11)

En el versículo 8, Cristo era el que hablaba. Aquí en el versículo 9, el propio Juan empieza a hablar otra vez. Observe la manera amable del apóstol al dirigirse a sus compañeros cristianos, con el fin de ganar

su plena confianza y hacerles sentir que él se ha identificado completamente con ellos: «Yo, Juan, vuestro hermano, y coparticipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo». Nos dice que estaba en la isla que se llama Patmos, por la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. ¿Quiere decir esto que se había sentenciado al apóstol a trabajos forzados porque había rehusado ofrecer incienso sobre el altar de un sacerdote pagano en señal de adoración al emperador?[11] No estamos seguros, pero sabemos que de una manera u otra su fidelidad a Cristo y a su evangelio le había conducido a este destierro cruel.

Es el día del Señor, es decir, el domingo, el primer día de la semana, día en que conmemoramos la resurrección del Señor.[12] Es posible que Juan pensara en Éfeso y en las otras iglesias de Asia Menor. De repente pareciera que la tierra se hundiese, y que el alma de Juan se librase de las limitaciones del tiempo y del espacio. Es quitado del contacto con el mundo físico que le rodea; está «en el Espíritu». Ciertamente ve, pero no con los ojos físicos. Oye, pero no con los oídos físicos. Está en contacto directo y espiritual con su Salvador. Está solo... ¡con Dios! (Cotéjense Dn. 8:2; Is. 6:1; Ez. 1:4; Hch. 10:10; 11:5). Está bien despierto y toda su alma está abierta de par en par a la comunicación directa que viene de Dios.

En estas condiciones, Juan oye detrás de sí una gran voz como de trompeta. Cuando Dios tenía algo para impartir a su pueblo durante la dispensación del Antiguo Testamento, los reunía llamándolos con el sonido de trompeta (Éx. 19:16, 19; Lv. 25:9; Jos. 6:5; Is. 58:1, etc.). Pero note: «*como de* una trompeta».

La voz le dijo: «Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia, etc.». La voz era la de Jesucristo mismo. Le ordenó a Juan escribir lo que viera y enviar a las iglesias lo que había escrito. Creemos que Juan escribió estas visiones al momento de recibirlas (10:4) o inmediatamente después (1:19).

F. La visión del Hijo del Hombre (versículos 12-16)

«Y vuelto, vi siete candeleros de oro...». Y en medio de estos candeleros Juan ve... ¡qué torrente de memorias y qué éxtasis de sorpresa!... ¡al Salvador mismo en cuyo pecho él se había recostado! Es el mismo Salvador, y, sin embargo, diferente de lo que fue en los días de su humillación. Juan describe esta visión del Hijo del Hombre en los versículos 13-16.[13] No destruyamos la unidad del símbolo. Por ejemplo, no interprete la espada aguda de dos filos que sale de la boca

de Cristo como si fuese simbólica de las dulces y tiernas influencias del Evangelio en su misión de conversión. Note que en 2:16 leemos: «Y pelearé contra ellos con la espada de mi boca». Estas palabras son dirigidas a los que se rehúsan a arrepentirse. Es necesario considerar la descripción entera como un todo e interpretarla como tal.[14]

Tratemos de verla de este modo. Note que aquí se describe al Hijo del Hombre como vestido de poder y majestad, de asombro y terror. Aquella larga ropa real; aquella cinta de oro ceñida a la altura del pecho; aquellos cabellos tan intensamente blancos que, a semejanza de la nieve cuando el sol deja caer sobre ella sus brillantes rayos, lastima los ojos; aquellos ojos como llama de fuego, ojos que leen cada corazón y penetran hasta el más escondido rincón; aquellos pies ardientes a fin de hollar a los malvados; aquella voz resonante como las enormes olas bramando sobre la peñascosa playa de Patmos; aquella espada larga y aguda de dos filos; sí, aquella apariencia entera «como el sol cuando resplandece en su fuerza», demasiado intenso para la mirada de los ojos humanos. La imagen entera, considerada en su totalidad, es simbólica de Cristo, el santo, quien viene a purificar su iglesia (2:16, 18, 23), y para castigar a quienes persiguen a sus escogidos (8:5-13).

G. El efecto de la visión en Juan (versículos 17-20)

«Y cuando yo le vi, caí como muerto a sus pies» (cotéjense Gn. 3:8; 17:3; Éx. 3:6; Nm. 22:31; Jos. 5:14; Is. 6:5; Dan. 7:15; etc.). Sin embargo, el verdadero propósito de la visión no era el de aterrorizar a Juan, sino de consolarle. Encontramos algo muy semejante en Habacuc 3. Después de una descripción muy vívida de la marcha espantosa de Jehová leemos: «Saliste para salvar tu pueblo». Y éste es el punto aquí: «No temáis, yo estoy con vosotros, rebaño perseguido». El Hijo del Hombre pone con ternura su diestra sobre Juan, una expresión de amor y una dádiva de vigor, de modo que se revivifique el cuerpo debilitado y caído del apóstol, y se ponga en pie. Después, el Salvador pronuncia estas palabras de consuelo: «No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por siglos de siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades».

Cristo, también, habiendo sido muerto, resucitó de la muerte; glorioso consuelo para todos los que estaban siendo perseguidos hasta la muerte. Sus almas vivas iban a estar con el Cristo que vive para siempre. Él tiene las «llaves» de la muerte, es decir, la autoridad y el poder sobre la muerte, de modo que ésta no puede dañar al creyente. Al contrario, debe ser considerada como ganancia para el reino y, por lo tanto,

ganancia para el creyente también. El Hijo del Hombre no sólo tiene las llaves de la muerte, sino también de Hades. ¿No había estado él mismo en el Hades? (Véase Hch. 2:27, 31).

Es evidente que la palabra «Hades», como se usa aquí, no puede significar el infierno ni tampoco el sepulcro. Significa el estado de la existencia sin cuerpo. Se refiere al estado de muerte que resulta cuando cesa la vida y el cuerpo y el alma se separan. Por tanto, Hades sigue siempre a la muerte (Ap. 6:8). Pero Hades no podía guardar preso al Hijo del Hombre. Resucitó gloriosamente. Por tanto, tiene ahora autoridad sobre la muerte y el Hades, y de sus terrores puede liberar a los creyentes por medio del poder de su resurrección (cotéjese 20:13, 14). ¿Acaso no revela el Hijo del Hombre que tiene las llaves de la muerte, cada vez que da la bienvenida al alma de un creyente al cielo? ¿Y acaso no prueba que tiene las llaves del Hades cuando en su segunda venida reúne el alma y el cuerpo del creyente —un cuerpo gloriosamente transformado? ¡Qué consuelo tan maravilloso para los creyentes perseguidos, algunos de los cuales iban pronto a dar sus vidas por causa del evangelio!

Cristo ordena a Juan escribir las cosas que ha visto, es decir, esta visión del Hijo del Hombre; y «las cosas que son», es decir, la condición en aquel tiempo mismo de las siete iglesias de Asia Menor; y «las cosas que han de ser después de estas», es decir, los eventos que sucederán a lo largo de todo el futuro, conforme a sus principios fundamentales.

Ahora, en armonía con el significado central de la visión entera hay dos detalles que necesitan observaciones adicionales. Cristo nos da aquí su propia explicación. Dice a Juan que las siete estrellas que vio en la mano diestra del Hijo del Hombre indican a los ángeles de las siete iglesias. Es necesario considerar a los ángeles en el sentido de pastores o ministros.[15] El Señor los sostiene en su diestra; ejerce sobre ellos una autoridad absoluta; son sus embajadores. Los protege; están seguros cuando le obedecen y son fieles en su servicio. «... y los siete candeleros son las siete iglesias». Las iglesias son candeleros, es decir, portadores de luz. Véase Mateo 5:14: «Vosotros sois la luz del mundo» (cotéjense Éx. 25:31; Zac. 4:2). Es interesante observar que en Mateo 5:15 se usa esta palabra «candelero». Note usted el contexto: «Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, más sobre el candelero (λυχνία, la misma palabra que se encuentra aquí en el Apocalipsis); y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas,

y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos». (Cotéjense también Mr. 4:21; Lc. 8:16; 11:33; Heb. 9:2).

En el tabernáculo había un candelero con siete lámparas; aquí en el Apocalipsis tenemos siete candeleros. La razón: durante la dispensación antigua había una unidad visible, la iglesia-estado judaica. Las iglesias de la nueva dispensación encuentran su unidad espiritual en Cristo, quién está presente y activo entre ellas en y por medio de su Espíritu. Por tanto, no es necesario que teman. «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» (Mateo 18:20).

CAPÍTULO VIII

Apocalipsis 2, 3: Los siete candeleros

El Apocalipsis es una obra de arte, arte maravilloso, arte divino. Por medio de bandas sutiles se unen sus distintas partes. No podemos entender los capítulos 2 y 3 a menos que hayamos leído antes el capítulo 1. Y los capítulos 2 y 3, a su vez, forman el escenario, por decirlo así, de las secciones posteriores del libro. Las promesas que se encuentran en estos dos capítulos se repiten y explican más a fondo en los pasajes subsiguientes.

¿Quiere saber el significado de las palabras: «Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios»? Lea, entonces, Apocalipsis 22:2, 14, 19. ¿Busca una definición de «la muerte segunda» en vista de la gloriosa promesa: «El que venciere, no recibirá daño de la muerte segunda»? Apocalipsis 20:14 le ofrece precisamente lo que está buscando. El «nombre nuevo» prometido a los «vencedores», 2:17, se menciona una y otra vez: 3:12; 14:1; 22:4. Cotéjese 19:12, 13, 16. En 12:5 y 20:4, se encuentra un comentario respecto a «la potestad sobre las naciones», mencionada en 2:26. «La estrella de la mañana» de 2:28, se menciona de nuevo en 22:16, y así sucede con todas las otras promesas.[1] Las siete epístolas pertenecen a la misma esencia del libro. El libro es uno.

Además, estas siete epístolas revelan —con pequeñas modificaciones— un modelo único. Este modelo aparece muy claramente en las epístolas a Éfeso, Pérgamo, Tiatira y Sardis. Note usted las siete partes:

1. La *salutación o saludo,* por ejemplo: «Al ángel de la iglesia en Éfeso...»
2. El *título* que Cristo se da a sí mismo: «El que tiene las siete estrellas en su diestra...»
3. El *encomio* de Cristo: «Sé tus obras, y tu trabajo y paciencia...»
4. La *condenación* de Cristo: «Pero tengo contra ti que...»
5. La *advertencia* y la *amenaza* de Cristo: «Recuerda por tanto... pues si no...»
6. La *exhortación* de Cristo: «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias».
7. La *promesa* de Cristo: «Al que venciere... le daré a comer del árbol de la vida».

En cada iglesia —con la sola excepción de Laodicea— Cristo encuentra algo digno de recomendación. En cinco de las siete, encuentra algo que condenar. Las excepciones laudables son Esmirna y Filadelfia.

Estas siete epístolas están divididas en dos grupos: uno de tres y otro de cuatro.[2] En las tres primeras cartas la promesa viene después de la exhortación. En las cuatro siguientes el orden está invertido.

La opinión de que estas siete iglesias representan siete períodos sucesivos de la historia de la iglesia apenas necesita refutación.[3] Ni siquiera mencionemos la casi chistosa —si no fuese tan lamentable— exégesis que, por ejemplo, hace que la iglesia de Sardis, la cual estaba muerta, represente la gloriosa época de la Reforma. Debe quedar muy claro a cada estudiante de la Biblia que no hay ni un átomo de evidencia en todas las Sagradas Escrituras que corrobore este método enteramente arbitrario de despedazar la historia de la iglesia y de asignar los pedazos resultantes a las respectivas epístolas de Apocalipsis 2 y 3.

Las epístolas describen las condiciones que ocurren no solamente en una época especial de la historia de la iglesia, sino repetidas veces.

A. La carta a Éfeso (2:1-7)

La ciudad de Éfeso era rica, próspera, magnífica y famosa a causa de su templo de Diana. Estaba situada cerca de la costa occidental de Asia Menor, en el mar Egeo, y cerca de la embocadura del río Cayster. Su puerto —en sus días de gloria— tenía capacidad para albergar las naves más grandes. Además, era fácilmente accesible por tierra, ya que por medio de carreteras Éfeso se hallaba conectada con las más importantes ciudades de Asia Menor. Por mucho tiempo Éfeso fue el centro comercial de Asia. El templo de Diana era a la vez una tesorería,

un museo, y un lugar de refugio para los criminales. Suplía de empleo a muchos, inclusive a los plateros que hacían templecillos de Diana.[4]

Pablo visitó esta ciudad (Hch. 18:19-21) cuando iba de Corinto hacia Jerusalén, es decir, en su segundo viaje misionero alrededor del año 52 d.C. Dejó allí a Priscila y Aquila (Hechos 18:26), y en este lugar Apolos, de espíritu ferviente, enseñaba diligentemente (18:25). En su tercer viaje misionero Pablo se detuvo por tres años en Éfeso (Hechos 20:31). Su obra fue grandemente bendecida, no sólo en Éfeso, sino también en la región circunvecina. La venta de los templecillos de plata empezaba a disminuir, y cuando el templo de Diana fue incendiado en 262 d.C. nunca volvió a ser reconstruido. Al regreso de su tercer viaje misionero, Pablo, de una manera muy conmovedora se despidió de los ancianos de la iglesia en Éfeso (Hch. 20:17-38). Esto sucedió alrededor del año 57 d.C. Durante su primer encarcelamiento, 60-63 d.C., Pablo envió desde Roma su carta a los Efesios.[5] Después de su liberación, es muy probable que el apóstol hiciera otras breves visitas a Éfeso y dejó a Timoteo encargado de esta iglesia (1 Ti. 1:3). Unos pocos años después, probablemente poco después del principio de la guerra de los judíos, digamos en el 66 d.C., encontramos al apóstol Juan en Éfeso.[6]

Fue durante el reinado de Domiciano, 81-96 d.C., que Juan fue desterrado a Patmos. Fue puesto en libertad y murió durante el reinado de Trajano. La tradición relata que cuando Juan, ya muy anciano y demasiado débil para caminar, era llevado a la iglesia, amonestaba a los miembros diciéndoles: «Pequeños, amémonos unos a otros».

Así, es evidente que la iglesia en Éfeso tenía más de cuarenta años de fundada cuando Cristo dictó esta epístola. Otra generación ya había surgido. Los hijos no experimentaban aquel entusiasmo intenso, aquella espontaneidad y ardor que demostraban sus padres cuando conocieron primeramente el evangelio. Además, no tenían esa antigua devoción para con Cristo. Compare usted y vea una condición semejante en Israel después del tiempo de Josué y de los ancianos (Jue. 2:7, 10, 11)[7]. La iglesia se había apartado de su primer amor.

Note las palabras con que Cristo se designa a sí mismo: «El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro». ¿Por qué esta designación? Recuerde usted que las siete estrellas representan a los ministros de las iglesias, los verdaderos embajadores de Cristo. Ahora, «falsos apóstoles» habían perturbado a la iglesia en Éfeso (2:2) intentando de impedir la obra de los verdaderos ministros. De aquí que a esta iglesia se le da la seguridad de que el Hijo del Hombre, exaltado en gloria, gobierna a

los ministros y sabe lo que sucede en las iglesias: Tiene las siete estrellas en su diestra y anda en medio de los candeleros. Así, encontramos que en cada caso particular la designación que Cristo se da a sí mismo es aplicable a la iglesia a la cual se dirige la epístola.[8]

La iglesia en Éfeso es elogiada por su obra, su trabajo y su paciencia. Respecto a estas cosas, esta iglesia era un candelero que hacía resplandecer la luz del Salvador en medio de las tinieblas del mundo. Que ella fuera elogiada también por su «intolerancia» es una cosa digna de atención especial. Había probado a los seudo apóstoles y, hallándolos mentirosos, los había rechazado. En todas estas pruebas esta iglesia había sido leal a la verdadera doctrina y no había desfallecido. Había prestado atención a la advertencia de Pablo (Hch. 20:28, 29; Cotéjese 1 Juan 4:1).

Luego, leemos de repente la acusación: «Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor». Ya hemos explicado el significado de este reproche serio. Sin duda había obra, trabajos y paciencia en la iglesia en Éfeso, pero todas estas cosas pueden estar presentes aunque haya una decadencia en el amor. Una esposa, por ejemplo, puede ser muy fiel a su esposo y puede dar evidencias de una gran asiduidad en todas las cosas que se relacionan con él y, sin embargo, puede haber una decadencia en su amor. El sentido del deber puede hacerla fiel en todos los detalles de su atención para con su marido. Asimismo, un miembro de la iglesia puede ser muy fiel respecto a su asistencia a los cultos pero, a pesar de esto, no ser tan devoto al Señor como era antes.

Se exhorta a la iglesia a darse cuenta de su caída y «arrepentirse», para que pueda hacer de nuevo las primeras obras. La amenaza de, «Pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar», se cumplió, porque hoy no hay iglesia en Éfeso. El lugar está en un estado de devastación.[9]

Luego, el Señor resume muy tiernamente su recomendación: «Mas tienes esto, que aborreces los hechos de los nicolaítas; los cuales yo también aborrezco». Es probable que estos nicolaítas y «los que tienen la doctrina de Balaam» (2:14) y los seguidores de la mujer Jezabel (2:20) representan, en general, el mismo grupo o escuela de herejes. Por tanto, nos encontraremos con ellos de nuevo. Parece que eran individuos que no sólo se negaban a ausentarse de los inmorales e idolátricos banquetes de los paganos, sino también trataban de justificar sus costumbres pecaminosas.[10] El Señor aborrece cualquier compromiso con el mundo. Por tanto, alaba a la iglesia en Éfeso por su firme resistencia contra las obras de los nicolaítas.

Sigue después la exhortación: «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias». Observe la frase: «a las iglesias». Cada epístola tiene que ser leída no solamente por la iglesia a la cual se dirige principalmente, sino también por todas las iglesias.[11]

La expresión, «al que venciere», quiere decir «al conquistador». Es la misma palabra usada en 6:2 «y salió venciendo, y para vencer». El conquistador es la persona que lucha contra el pecado, el diablo y todo su dominio y que en su amor por Cristo se mantiene firme hasta el fin. A tal conquistador el Señor promete algo mejor que el alimento ofrecido a los ídolos, con el cual los paganos en sus fiestas licenciosas trataban probablemente de tentar a los miembros de la iglesia. Al conquistador se le daría a comer del árbol de la vida (Gn. 3:22; Ap. 22:2, 14), es decir, heredaría la vida eterna en el paraíso celestial. Así, se adapta la promesa al carácter general de la epístola como se hace con respecto a cada uno de estos siete mensajes.

B. La carta a Esmirna (2:8-11)

Esta ciudad, situada en un brazo del Mar Egeo, era rival de Éfeso. Pretendía ser la «primera ciudad de Asia en cuanto a belleza y dimensión». De manera gloriosa y pintoresca se inclinaba desde el mar, y sus espléndidos edificios públicos estaban situados en la cumbre redonda de la colina Pagos, formando lo que se llamaba «la corona de Esmirna». La brisa occidental, el Céfiro, venía del mar y soplaba por toda la ciudad, manteniéndola fresca aún en el verano. Desde el principio del ascenso de Roma al poder, incluso antes de su grandiosa era, Esmirna fue su aliada leal y era reconocida como tal por Roma. La fidelidad y la lealtad de los ciudadanos de Esmirna llegó a ser proverbial.[12]

Según toda probabilidad, la iglesia en Esmirna fue fundada por Pablo durante su tercer viaje misionero, 53-56 d.C. De esto no estamos seguros, pero parece que es una conclusión cierta de acuerdo con lo que leemos en Hechos 19:10, «... de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús».

Es posible que Policarpo fuera obispo de la iglesia en Esmirna en aquel tiempo. Era un discípulo de Juan. Fiel hasta la muerte, este venerable obispo fue quemado vivo en una pira en el año 155 d.C. Se le pidió que dijera, «César es Señor», pero rehusó hacerlo. Llevado al estadio, el procónsul le instó diciendo, «Jura, maldice a Cristo y te pongo en libertad». Policarpo le respondió, «Ochenta y seis años le he servido y nunca me ha hecho sino bien, ¿cómo entonces puedo maldecir

a mi Rey y Salvador?» El procónsul seguía insistiendo, y el anciano le respondió, «Puesto que estás insistiendo inútilmente a que jure por la fortuna de César, y pretendes no saber quién soy y lo que soy, escúchame declarar con toda intrepidez que soy cristiano». Luego el procónsul le respondió, «Tengo aquí cerca unas fieras, a las cuales te arrojaré a menos que te arrepientas». Después, agregó, «Puesto que desprecias las fieras, si no te arrepientes, haré que seas consumido por el fuego». Pero Policarpo respondió, «Tú me amenazas con fuego que quema por una hora y después de un poco se apaga, pero ignoras respecto al fuego del juicio venidero y del castigo eterno, reservado para los malos. Pero, ¿por qué te demoras? Haz lo que quieras». Poco después la gente empezó a traer leña, los judíos especialmente, conforme a su costumbre, asistiéndolos con entusiasmo. Así Policarpo fue quemado vivo en una pira.[13]

Intencionalmente hemos incluido esta breve narración del martirio de Policarpo para que pueda tener el lector un mejor conocimiento de las verdaderas condiciones que existían en la iglesia durante los primeros dos siglos de la era cristiana.

Es a esta iglesia que Cristo se dirige de la siguiente manera: «El primero y postrero, el que estuvo muerto y vivió, dice esto»,[14] es decir, el que estaba vivo aún cuando estaba muerto, el ser eterno. Como en todas las otras epístolas, así es aquí: la designación que Cristo se da a sí mismo armoniza hermosamente con el carácter general del mensaje. Cristo, el conquistador de la muerte, el Ser eterno, podía decir, tal como dice en esta carta, «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida» (2:10).

«Yo sé tu tribulación, y tu pobreza». Esto quiere decir pobreza en sumo grado. Además de vivir por lo general en un estado de pobreza respecto a las posesiones terrenales, a estas personas, debido al mismo hecho de su conversión, se les despojaba muchas veces de su empleo. Considerado desde un punto de vista terrenal, el hacerse cristiano era un sacrificio verdadero, porque las consecuencias eran la pobreza, el hambre, la prisión y muchas veces la muerte por medio de fieras o siendo quemado vivo en una pira.[15]

El Señor dice a estos creyentes de Esmirna que no deben compadecerse de sí mismos. Aunque parezcan ser pobres, en realidad son ricos, a saber, en cuanto a las posesiones espirituales, la gracia y sus gloriosos frutos (Mt. 6:20; 19:21; Lc. 12:21). ¡Qué consuelo tan grande para estos creyentes perseguidos es darse cuenta de que su Señor «sabe» todo esto!

«...y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, mas son sinagoga de Satanás». Probablemente estos judíos habían escogido a Esmirna como su lugar de residencia porque era una ciudad comercial, o de negocios. Ellos no solamente difamaban al Mesías, sino que delante de los tribunales romanos acusaban con entusiasmo a los cristianos. Como siempre, estaban llenos de un antagonismo maligno contra los cristianos. (Cotéjense Hch. 13: 50; 14:2, 5, 19; 17:5; 24:1). Estos supuestos judíos habrían podido considerarse como «la sinagoga de Dios», pero en realidad eran «la sinagoga de Satanás», el principal acusador de los hermanos. Que alguien diga que los judíos de hoy son todavía, en un sentido muy especial, glorioso y preeminente, el único pueblo de Dios, trasciende nuestro entendimiento. En general, todos los que rechazan al Salvador —sean judíos o gentiles— y persiguen a los verdaderos creyentes son llamados por Dios mismo «la sinagoga de Satanás».

«El diablo ha de enviar algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados». Detrás de los perseguidores romanos vemos a los judíos llenos de envidia maligna y de odio contra los creyentes, acusándolos delante de los tribunales romanos. Y estos judíos, a su vez, son los instrumentos del mismo diablo. El diablo iba a enviar algunos a la cárcel, lo que muchas veces significaba para ellos la muerte. Ahora, Satanás iba a tentar a los creyentes, pero al mismo tiempo y por medio de esta idéntica aflicción Dios iba a probarlos, a examinarlos y a ensayarlos: «para que seáis probados». Iban a tener tribulación de «diez días», es decir, durante un tiempo definido y completo, pero breve.[16] El hecho de que la prueba es por «un poco de tiempo» es a menudo presentado como un incentivo a la paciencia (Is. 26:20; 54:8; Mt. 24:22; 2 Co. 4:13; 1 P. 1:6).

«Sé fiel hasta la muerte» no quiere decir meramente «ser leal hasta que mueras», sino: «sé fiel aunque te cueste la vida». Dijo un cierto piloto guiando su buque en medio de un mar tempestuoso: «Padre Neptuno, puedes hundirme si quieres; puedes salvarme si quieres, pero, pase lo que pase, mantendré derecho mi timón». Y así es aquí: «suceda lo que suceda, mantén derecho tu timón; sé fiel hasta la muerte». Se promete a los fieles la corona de victoria, a saber, una vida gloriosa en el cielo.[17] Aunque los creyentes sean asesinados, es decir, aunque experimenten la muerte *primera,* no recibirán daño de la muerte *segunda,* es decir, no serán lanzados cuerpo y alma en el lago de fuego al momento de la segunda venida de Cristo (Apocalipsis 20:14).

Esmirna fue leal a su vocación de ser una lumbrera. El testimonio de Policarpo, dado en la presencia de los judíos y de los paganos, fue imitado por otros.[18]

C. La carta a Pérgamo (2:12-17)

Esta ciudad estaba situada en una enorme colina rocosa, la cual se encontraba en el inmenso valle circunvecino. Los romanos la hicieron capital de la provincia de Asia. Allí bajo el emblema de una serpiente, la cual para los creyentes en Cristo era el verdadero símbolo de Satanás, se adoraba a Escolapio, dios de la sanidad. Allí se podían ver muchos altares paganos y el gran altar de Zeus.[19] Posiblemente Cristo estaba pensando en todas estas cosas cuando llamó a Pérgamo el lugar «donde está el trono de Satanás». Sin embargo, a nosotros nos parece que el propósito evidente del autor es el de llamar la atención al hecho de que Pérgamo era la capital de la provincia y, como tal, era también el centro de la adoración al emperador. Allí el gobierno funcionaba, y allí estaban los templos dedicados a la adoración del César. Allí se pidió a los creyentes que ofrecieran incienso a las imágenes de los emperadores y que dijeran, «César es Señor». Por tanto, Satanás tenía allí su trono; tenía allí completa libertad. «El que tiene la espada aguda de dos filos, dice estas cosas». De nuevo la descripción que Cristo da de sí mismo concuerda con el tono general de la carta. Dice aquí que Cristo tiene la espada aguda de dos filos porque va a pelear contra los nicolaítas, a menos que se arrepientan (versículo 16).

Aunque el trono de Satanás estaba allí y a pesar de que Antipas había sido asesinado allí porque rehusó ser infiel a su Señor, los creyentes en Pérgamo mantenían con tenacidad la confesión de su fe en Cristo.

Sin embargo, se equivocaron grandemente en una cosa. Descuidaron la disciplina, probablemente porque hicieron hincapié en la salvación personal y olvidaron que el deber del cristiano es interesarse también por el bienestar de la iglesia entera.[20] Algunos de los miembros de la iglesia habían asistido a las fiestas paganas, y muy probablemente participaron en las inmoralidades que caracterizaban estos banquetes. Lo mismo había sucedido con los hijos de Israel en los días de Balaam (Nm. 25:1, 2; 31:16). Como en Israel, Pérgamo también tenía sus nicolaítas. No pensemos en esta tentación como si fuese de poca importancia. Las personas que rehusaban comer la carne ofrecida a los ídolos y especialmente aquellas que rehusaban asistir a las fiestas paganas tenían que retirarse de casi toda la vida social de aquel tiempo. Por ejemplo, los distintos negocios tenían sus deidades tutelares que

eran adoradas en las fiestas. Frecuentemente, la persona que se rehusaba a participar en estos banquetes perdía su empleo, su negocio y se volvía un paria.[21] Por tanto, algunas personas empezaron a argumentar que después de todo uno podía asistir a las fiestas y comer la carne ofrecida a los ídolos, y tal vez aun ofrecer incienso a los dioses de los paganos, con una condición, la de tener en cuenta (una clase de reserva mental) que un ídolo no es nada. Tal vez otras personas podían continuar esta forma de pensar y decir: «¿Cómo puede uno condenar y vencer a Satanás sin tener un conocimiento completo de él?»

La iglesia en Pérgamo no estaba consciente de los peligros de esta actitud comprometedora, esta semi-alianza con el mundo. Debía disciplinar a estos miembros errados, pues de no hacerlo, Cristo pelearía contra ella con la espada aguda de dos filos que sale de su boca. No creemos que esto signifique una mera condenación verbal. La condenación verbal está incluida en esta epístola. Significa destrucción. Cristo destruirá a los que persisten en sus costumbres carnales; llevará a cabo su sentencia de condenación.

En cambio, el vencedor recibirá «el maná escondido», a saber, a Cristo en toda su plenitud (Jn. 6:33, 35), escondido del mundo pero manifestado a los creyentes aún aquí mismo en la tierra, y especialmente en la vida venidera. En otras palabras, aquellos triunfadores que vencen la tentación de participar en las fiestas paganas y de comer los alimentos ofrecidos a los ídolos, recibirán su alimento del mismo Señor. La gracia de Cristo y todos los gloriosos frutos de ella serán su alimento invisible, espiritual y oculto, pero, sin embargo, muy real y muy bendito. Reciben el pan que viene del cielo.[22]

«Y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe». Los comentaristas están muy divididos en sus opiniones respecto al significado de estas palabras. Después de mucho estudio hemos llegado a la conclusión de que hay solamente dos interpretaciones dignas de seria consideración. Todas las demás son objetables en la superficie.[23]

Estas dos teorías tienen tanto a su favor que no hemos podido hacer una decisión definida. Por tanto, expondremos las teorías y los argumentos a favor de cada una, y el lector puede escoger por sí mismo.

Según la primera interpretación, la piedrecita representa la persona que la recibe, semejante a las doce tribus de Israel que eran representadas por doce piedras preciosas en el pectoral del sumo sacerdote (Éx. 28:15-21). Ahora, esta piedrecita es blanca, indicando santidad, hermosura, gloria (Ap. 3:4; 6:2). La piedrecita misma simboliza

durabilidad, estabilidad. La piedrecita blanca, por tanto, señala a una persona libre de culpa, limpia de todo pecado, y permaneciendo en este estado por siempre jamás. El nombre nuevo escrito en la piedrecita indica a la persona que recibe la piedrecita. Es simbólico del verdadero carácter interior de la persona, de su precisa e individual personalidad. Cada uno de los bendecidos tendrá un conocimiento particular y único de aquella personalidad; un conocimiento dado solamente al mismo que lo recibe.[24]

Se pueden presentar los siguientes argumentos a favor de esta opinión:

1. Las palabras, «el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe», tienen que significar, «el cual ninguno conoce sino aquel que recibe el nombre», no la piedrecita. El creyente mismo recibe este nombre. Por tanto, tiene que ser su propio nombre nuevo. Esto armoniza completamente con Apocalipsis 19:12, donde leemos lo siguiente respecto a Cristo: «y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo». El nombre, entonces, representa a la persona que lo recibe.

2. Si este nombre nuevo indicaba el nombre de Dios o el de Cristo, esto habría sido sencillamente declarado, como en los otros casos (3:12; 14:1; 22:4).

3. Esta explicación está fundada sobre la firme base de los pasajes paralelos del Antiguo Testamento. Por ejemplo:

«Y te será puesto un nombre nuevo, que la boca de Jehová nombrará» (Is. 62:2).

«Y a sus siervos llamará por otro nombre» (Is. 65:15).

4. Según las Escrituras el nombre indica el carácter o la posición de la persona que lo lleva. Por tanto, muy a menudo una persona recibe un nombre nuevo para indicar su carácter nuevo cuando se cambia. Ahora, en la gloria recibiremos una santidad nueva, una visión nueva, etc. Por tanto, recibiremos un nombre nuevo.

Según la segunda interpretación, la preciosa piedra diáfana —¿un diamante?— está inscrita con el nombre de Cristo. Recibir esta piedrecita con su nombre nuevo quiere decir que en la gloria el vencedor recibirá una revelación de la dulzura de la fraternidad con Cristo —en su carácter nuevo como el recién coronado Mediador— una fraternidad que solamente los que la reciben pueden apreciarla.[25]

A favor de esta explicación se han ofrecidos los siguientes argumentos:

1. En todos los demás pasajes del Apocalipsis, sin excepción, el nombre nuevo se refiere a Dios o a Cristo. Se dice que este nombre nuevo está escrito en las frentes de los creyentes (3:12; 14:1; 22:4).

2. La opinión de que este nombre se refiere a Cristo es confirmada por los contextos anteriores y subsiguientes. El maná escondido se refiere a lo que Cristo es para el creyente; además en esta misma serie de epístolas hallamos un pasaje paralelo (3:12) en el cual se dice definidamente que el nombre, aunque escrito sobre el creyente, pertenece a Cristo.

3. Asumiendo que la expresión, «el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe», quiere decir «aquel que recibe el nombre», esto no es una prueba de que el nombre sea la propia designación nueva del creyente. Se puede decir que el creyente recibe el nombre de Cristo porque lo tiene inscrito sobre su frente. En este sentido es interesante observar que los incrédulos reciben del diablo una imitación del nombre nuevo. Se dice que ellos «reciben una marca en sus frentes» (20:4), lo mismo que los creyentes reciben el nombre de Cristo en sus frentes (14:1), pero aquella «marca» indica a «otra persona», a saber la bestia. Es la marca de la bestia, la cual se dice que los incrédulos reciben. Asimismo, según nuestro lenguaje actual (2:17), los creyentes reciben el nombre de Cristo, es decir, su nombre está escrito en sus frentes en el sentido explicado en el siguiente párrafo.

4. Esta opinión armoniza con el simbolismo del Antiguo Testamento, la cual está incorporada en muchos pasajes del Apocalipsis. Sobre la frente del sumo sacerdote, es decir, para ser exacto, en la parte frontal de la mitra, estaba escrito un nombre. Era el nombre, no del sumo sacerdote mismo, sino el de Jehová. Este nombre designaba al sumo sacerdote como el siervo consagrado de Jehová y como perteneciéndole. Leemos: «Harás además una plancha de oro fino, y grabarás en ella grabadura de sello, SANTIDAD A JEHOVÁ. Y la pondrás con un cordón de azul, y estará sobre la mitra; por la parte delantera de la mitra estará. Y estará sobre la frente de Aarón...» (Éx. 28:36-38).

Entonces el significado es el siguiente. Así como en la dispensación antigua el nombre de Jehová estaba escrito sobre la frente del sumo sacerdote para indicar que era su siervo especial y consagrado, así también los creyentes, que en el Apocalipsis son llamados sacerdotes continuamente, tendrán escrito en sus frentes un nombre nuevo, a saber, el nombre nuevo de Cristo. No está escrito este nombre en una plancha de oro fino sino, aun mejor, en una piedra preciosa diáfana.

Significa que el vencedor pertenece a Cristo, que es su siervo, que se regocija en su compañerismo y en su nueva gloria y dominio. Además, así como en la dispensación antigua sólo el sumo sacerdote sabía pronunciar el nombre Jehová, y había aprendido los secretos relacionados con este nombre, así también en la nueva dispensación sólo los creyentes saben el significado bendito del nombre: el Señor Jesucristo. Ellos, y sólo ellos, conocen lo que significa el compañerismo con él. En principio, ya lo conocen aún aquí en la tierra, pero una revelación más completa del significado de este nombre les espera en el cielo donde los que aquí en la tierra fueron sellados en sus frentes con el sello del Dios vivo, serán designados para siempre jamás como propiedad exclusiva de Cristo. Reciben su nombre, es decir, su nombre nuevo está sobre sus frentes.

No exageremos la diferencia entre estas dos opiniones. Según la primera, el creyente recibe un nombre nuevo, es decir, una relación nueva con su Salvador revelada en un carácter gloriosamente transformado. Según la segunda interpretación, Cristo revela al creyente su nombre nuevo, especialmente en el futuro. Quisiéramos preguntar, por tanto, «¿no es verdad que el nombre nuevo de Cristo, el cual ciertamente él ha recibido, implica el nombre nuevo del creyente, el cual éste indudablemente recibirá?»

D. La carta a Tiatira (2:18-29)

Este lugar estaba situado en un valle que a su vez conectaba otros dos valles. Al no tener la ciudad fortificaciones naturales y al estar expuesta a ataques e invasiones, había por lo general allí una guarnición no sólo con el fin de defender el pueblo, sino también para impedir la llegada del enemigo hasta Pérgamo, la capital. Puesto que era un centro de comunicación por el cual pasaba mucha gente, Tiatira llegó a ser una ciudad comercial. Aquí se podían hallar algunos gremios obreros, tales como los cardadores, las lencerías, los sastres, los tintoreros, los vendedores de cueros, los curtidores, los alfareros, etc.[26] Estos gremios obreros estaban asociados con la adoración de las deidades tutelares. Cada uno de estos gremios tenía su deidad tutelar. Por tanto, la situación era más o menos así: si quieres progresar en este mundo, tienes que hacerte miembro de un gremio obrero y esto implica adorar a su deidad tutelar. Se espera que asistas a las fiestas del gremio y comas los alimentos que sirvan; de estos, una porción se ofrecerá a la deidad tutelar, y luego tendrás que recibir en tu mesa los alimentos como un regalo de este dios. Luego, cuando se termine la fiesta, y

empiece la verdadera diversión —groseramente inmoral— no tendrás que marcharte, a menos que desees hacerte objeto del ridículo y la persecución.

¿Qué tiene que hacer un cristiano en esta situación tan difícil? Si sale del gremio, pierde su posición y reputación en la sociedad. Puede sufrir privaciones, hambre y persecución. En cambio, si permanece en el gremio y asiste a las fiestas inmorales, comiendo las cosas ofrecidas a los ídolos y cometiendo fornicación, niega a su Señor.

En esta situación difícil la profetisa Jezabel fingió saber la solución verdadera del problema, la salida de la dificultad. Aparentemente arguyó así: para poder vencer a Satanás, tienes que conocerle. Jamás podrás vencer el pecado a menos que lo hayas conocido a fondo por medio de la experiencia. En pocas palabras, un cristiano debe aprender a conocer «las cosas profundas de Satanás». Por tanto, ¡asiste sin falta a las fiestas de los gremios y comete fornicación... y continúa siendo cristiano, o mejor dicho aún, llega a ser un cristiano mejor!

Pero si los miembros de la iglesia pueden persuadirse de que este procedimiento es correcto, no pueden engañar a Aquel que tiene ojos como «llama de fuego» y cuyos pies están listos a hollar a los malos. El Señor recomienda todo lo que es digno de alabanza: obras, caridad, fe, ministerio —el servicio de amor dado a los hermanos— y paciencia. También los elogia por esto: «que tus obras postreras son más que las primeras». Respecto a todas estas cosas, Tiatira era en verdad un candelero, una portadora de luz. Pero todo esto no constituye ninguna excusa para descuidar la disciplina respecto a los miembros que se comprometen con el mundo. Por tanto, leemos: «Pero tengo unas pocas cosas contra ti; que toleras que esa mujer Jezabel». El nombre Jezabel es un sinónimo de seducción a la idolatría e inmoralidad (1 R. 16:31; 18:4, 13, 19; 19:1, 2). Si esta mujer Jezabel continúa impenitente —¡cuán misericordioso era Dios, que le dio a ella tiempo para que se arrepintiera!— será arrojada en cama, es decir, será atacada por alguna enfermedad; sus hijos naturales morirán violentamente, y sus seguidores espirituales también serán castigados. Así toda la iglesia sabrá que Cristo es quien escudriña las entrañas y los corazones. Sus ojos penetrantes pueden ver los motivos ocultos que causan que la gente siga a Jezabel, es decir, la falta de voluntad para sufrir persecución por causa de Cristo.

Sobre los que permanecen fieles, Cristo no les impondrá ninguna nueva carga (Hch. 15:28, 29). En sus relaciones con el mundo, tienen que abstenerse de fornicación y de cosas sacrificadas a los ídolos.

Con el tiempo, la situación cambiará. Ahora el mundo oprime al miembro de la iglesia que desea guardar limpia su conciencia. Luego el miembro de la iglesia que ha permanecido leal a su Señor gobernará al mundo y, estando asociado con Cristo en el juicio final, condenará al pecador. Tendrá parte en el dominio de Cristo sobre las naciones — el cual Cristo a su vez había recibido del Padre (Sal. 2:8, 9); y en el día del juicio final los malos serán «quebrantados» como vaso de alfarero. Los alfareros de Tiatira podían entender el significado de este símbolo.

«Y le daré la estrella de la mañana». Aquí de nuevo la referencia principal es a Cristo mismo (Ap. 22:16). Como la estrella de la mañana rige los cielos, así los creyentes regirán con Cristo; tendrán parte en su esplendor real y en su dominio. La estrella es siempre simbólica de realeza, estando asociada con el cetro (Nm. 24:17; cotéjese Mt. 2:2).

E. La carta a Sardis (3:1-6)

Sardis, la ciudad impugnable, se situaba sobre una colina casi inaccesible, vigilante del valle Hermus, y fue en tiempos antiguos la orgullosa capital de Lidia. Sus habitantes eran orgullosos, arrogantes, demasiado confiados. Tenían confianza —¡ay, demasiada confianza!— de que nadie podía subir esta colina con sus laderas tan perpendiculares. Había un solo punto de acceso, a saber, una angosta península hacia el sur, la cual se podía fortificar fácilmente. Pero vino el enemigo en 549 a.C. y de nuevo en 218 a.C. y tomó a Sardis. Un solo punto inseguro, inadvertido y desguarnecido, una hendidura oblicua en la muralla de roca, la única manera de realizar un ataque de noche por diestros escaladores, presentó al enemigo la oportunidad de dar un golpe triturador a la arrogancia de los demasiado confiados habitantes de esta capital orgullosa. La colina sobre la cual Sardis estaba situada era demasiado pequeña para acomodar una ciudad creciente. Por tanto, la antigua Sardis, la acrópolis, empezaba a ser abandonada y una nueva ciudad se levantó en la vecindad. Cuando se escribía el Apocalipsis, Sardis estaba en decadencia hacia una muerte lenta pero segura.[27] En el año 17 d.C., la ciudad fue destruida en parte por un terremoto. Así, muchas veces los jactanciosos habitantes de Sardis que estaban tan satisfechos de sí mismos habían visto venir sobre ellos la destrucción, como «ladrón de noche», de repente e inesperadamente.

Sardis estaba cayendo en un estupor espiritual. De aquí la descripción que Cristo da de sí mismo: «El que tiene los siete Espíritus (vivificantes) de Dios». También tiene en su diestra las siete estrellas. Por medio de

los ministros de la Palabra y su mensaje los espíritus vivificantes pueden avivar a una iglesia muerta.

«Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto». Sardis *gozaba* de una buena reputación pero no la *merecía.* Mientras que en Pérgamo y en Tiatira unos cuantos de la congregación habían caído en la tentación del mundo, en Sardis la congregación entera había «ensuciado sus vestiduras». Sardis, también, estaba en el mundo. Debió haber sido una lumbrera, pero falló en su deber. Por tanto, parece que ni los judíos ni los gentiles molestaban mucho a la gente de Sardis. Sardis era una iglesia muy «tranquila». Gozaba de paz, es decir, ¡la paz del cementerio! Cristo dice a estos miembros muertos de la iglesia que tienen que despertar, que tienen que mantenerse despiertos, y que tienen que afirmar las otras cosas que están por morir. La luz del candelero está alumbrando cada vez menos. Muy pronto la pequeña llama se extinguirá por completo.

«Porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios». Había las ceremonias, las costumbres religiosas, las tradiciones, los cultos, pero faltaba la esencia verdadera. Las ceremonias eran vacías. No estaban llenas de esencia. Faltaban la fe, la esperanza y el amor verdaderos y sinceros. En los ojos de los hombres, Sardis puede parecer como una iglesia espléndida, pero «delante de Dios» está muerta. Por tanto, la gente de Sardis debía acordarse del pasado, del ardor y de la sinceridad con que había recibido el evangelio. Debían volver a una vida de obediencia al evangelio como les había sido predicado y como ellos (sus padres) lo habían recibido.[28]

«Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti» (Mt. 24:43, 44). ¡Ciertamente Sardis podía entender lo que esto significaba!

«Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas». Unos pocos nombres. El Padre Celestial conocía por nombre a estas personas. Él las conocía individual y separadamente. Dios sabía precisamente quiénes eran y lo que eran. Él conoce a los suyos. Son como luces resplandecientes en medio de las tinieblas de este mundo. Estas pocas personas que no ensuciaron sus vestiduras de gracia aquí, luego serían vestidas de las vestiduras blancas de gloria. Blanco significa santidad, pureza, perfección y alegría (Is. 61:10; Ap. 19:8).

Cuando los habitantes terrenales mueren, se borran sus nombres de los registros; los nombres de los vencedores espirituales jamás serán borrados; su gloriosa vida permanecerá. ¡Cristo mismo los confesará

públicamente como suyos! Hará esto delante del Padre y delante de sus ángeles. (Véase Mt. 10:32; Lc. 12:8, 9).

F. La carta a Filadelfia (3:7-13)

Esta ciudad estaba situada en un valle, en una carretera importante. Recibió su nombre de parte de Attalus II, 159-138 a.C., cuya lealtad a su hermano Eumenes le ganó el epíteto de «amador fraternal». Fue fundada con el propósito de hacerla un centro para el desarrollo del idioma y las costumbres griegas en Lidia y en Frigia. Por tanto, desde el principio fue una ciudad misionera y de grande éxito en su propósito.[29]

A esta iglesia Cristo se dirige, designándose a sí mismo como el Santo y el Verdadero. Por tanto, las pretensiones de los falsos judíos —es decir de los judíos incrédulos— no le agradan. *Sólo* Cristo tiene «la llave de David», esto es, el poder y la autoridad más altos en el reino de Dios (cotéjense Is. 22:22; Mt. 16:19; 28:18; Ap. 5:5). Cristo sabe que aunque esta iglesia tiene solamente un poco de poder, siendo numéricamente pequeña y con pocas riquezas, se ha mantenido leal al evangelio y no ha negado el nombre de su Señor.

«He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar». La puerta abierta significa, primero, una maravillosa oportunidad de predicar el evangelio, y segundo, la operación de la gracia de Dios, creando oídos dispuestos a escuchar y corazones ansiosos de recibir (cotéjense 2 Co. 2:12; Col. 4:3; Hch. 14:27). La iglesia de Filadelfia, aunque insignificante a los ojos humanos, era grande a los ojos de Dios. A pesar de los mofadores y acusadores judíos, había «guardado la palabra de la paciencia de Cristo», que probablemente significa el evangelio de la cruz, en el cual se exponen los padecimientos que Cristo sobrellevó con tanta paciencia. Por esto, la iglesia ya había obtenido en las pruebas una corona de victoria que debía retener. Note que la protección divina, «yo también te guardaré», y el esfuerzo humano, «retén lo que tienes», van juntos. Un glorioso galardón cuádruple se promete a esta iglesia que demuestra de una manera tan adecuada lo que es ser una portadora de luz.

Primero, la iglesia en Filadelfia no solamente prevalecerá a sus mofadores y acusadores como la de Esmirna, sino también ganará la victoria, una victoria en la cual los vencidos, por medio de su conversión, participarán. Segundo, será guardada de la hora de la prueba (véase Is. 43:2; Mr. 13:20). Tercero, el que venciere será hecho «columna» en el templo de Dios. Una columna es algo permanente. Obtendrá la «única cosa» que David deseaba (Sal. 27:4). Ningún terremoto los

llenará jamás de temor ni los hará huir de la ciudad celestial. ¡Allí permanecerán! Finalmente, Cristo escribirá sobre él el nombre de su Dios, el nombre de la ciudad de su Dios, la nueva Jerusalén... y su propio nombre nuevo. En otras palabras, al vencedor se le dará la seguridad de que pertenece a Dios, a la nueva Jerusalén y a Cristo, y que participará eternamente de todas las bendiciones y privilegios de estos tres.

G. La carta a Laodicea (3:14-22)

Esta ciudad estaba situada cerca de aguas termales. Emitir de la boca agua tibia era un símbolo que los habitantes de esta ciudad podían entender fácilmente. Aquí se levantó una escuela famosa de medicina. Entre otras cosas producía un remedio para los de vista débil. En esta ciudad se tejían varias vestiduras de la negra y suave lana de las ovejas del valle. Pero Laodicea era especialmente famosa a causa de sus riquezas. Situada en la confluencia de tres grandes caminos —véase un mapa— crecía rápidamente y llegó a ser un gran centro comercial y financiero. Era el hogar de los millonarios. Había, por supuesto, teatros, un estadio y un gimnasio equipado con baños. Era una ciudad de banqueros y de operaciones financieras. Tan rica era esta ciudad que sus habitantes rechazaron el auxilio del gobierno cuando el lugar fue destruido parcialmente por un terremoto.[30]

Los habitantes de Laodicea eran ricos —y lo sabían. Eran intolerables. Aun las gentes de la iglesia manifestaban esta misma actitud orgullosa, obstinada y vanidosa. Quizá imaginaban que sus riquezas eran una señal del favor especial de Dios. Pero sea como fuere, empezaron a pensar que eran «los únicos». Se habían empapado en el espíritu que caracterizaba a la ciudad entera. Se jactaban de sus riquezas espirituales.[31] Si los habitantes de Laodicea hubiesen expresado lo que estaban pensando, habrían hablado como sigue. Escuche con cuidado lo que dice uno de estos intolerables fanfarrones, uno que representa a los demás. «Yo soy rico (en las cosas espirituales), y desde el principio me he ido enriqueciendo cada vez más. Lo que he ganado, lo poseo todavía, y por lo tanto no tengo necesidad de ninguna cosa» (versículo 17).

Es fácil ver que estas gentes no se sentían incomodadas por ningún conocimiento de pecado. Jamás pensaron en seguir el ejemplo del publicano que «estando lejos, no quería ni aún alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador». ¡Creían saberlo todo! Por tanto, según su propia manera de pensar, no

necesitaban de ninguna amonestación y les convenía ser tibios respecto a cualquier exhortación. Sí, «tibios», ésta es la palabra. La gente de Laodicea conocía precisamente lo que significaba esto. Tibios, flojos, sin entusiasmo, débiles de carácter, siempre listos para dar el brazo a torcer, indiferentes, descuidados, en aquella actitud de corazón que les hacía pensar, «Aquí en Laodicea todos somos personas buenas». El autor de este libro ha visto personalmente esta actitud en algunos miembros de la iglesia. Uno no puede hacer nada con tales personas. Con los paganos, es decir, los que jamás han conocido el evangelio y que, por tanto, son «fríos», uno puede hacer algo. Con cristianos sinceros y humildes uno puede trabajar con gozo. Pero, con aquellas personas semejantes a las de Laodicea, que dicen, «aquí todos somos personas muy buenas», uno no puede hacer nada. Aun Cristo mismo no puede tolerarlas. Aquí se atribuye al Señor una emoción, un sentimiento, que no se le atribuye en ninguna otra parte de la Biblia. No dice que él se siente afligido a causa de ellos. Tampoco dice que está enojado con ellos. No. Está hastiado con estos cristianos tibios, no algo disgustado, sino completamente asqueado. Dice Cristo: «Mas porque eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca». Sabiendo muy bien que su religión no es sino fingimiento, simulación e hipocresía, el Señor se presenta a sí mismo como Aquel cuyo carácter es enteramente opuesto a lo que ellos son: «He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero». En otras palabras, el Señor se revela aquí como Aquel cuyos ojos no solamente ven precisamente lo que está sucediendo en el corazón de esta gente de Laodicea, sino cuyos labios también declaran la verdad exactamente como es. Además, Cristo dice que él es «el principio de la creación de Dios», es decir, que es el origen de la creación entera (cotéjense 21:6; 22:13; Jn. 1:1; Col. 1:15-18). «Habitantes de Laodicea, vosotros necesitáis ser nuevas criaturas; necesitáis un corazón nuevo. Por tanto, venid a mí y sed salvos».

Aunque el Señor se siente completamente indignado de esta iglesia porque no cumple con su responsabilidad como portadora de luz, se puede notar su gracia aquí: maravilloso y tierno amor, así como amonestación. Cristo no dice realmente, «Te *vomitaré* de mi boca», sino, «Estoy a punto de vomitarte de mi boca». El Señor está esperando todavía. Envía esta epístola con el fin de acabar con ese espíritu tibio. Él es muy severo en su condenación, porque es muy bondadoso y compasivo, amante y benigno.

Dice el Señor a esta congregación y, por tanto, a su miembro típico: «Tú dices: Yo soy rico y he continuado enriqueciéndome. He guardado

lo que he ganado, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que *tú,* sí, *tú mismo,* eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo». Note que más que *miserable* la palabra es *lastimoso.* ¿A quién se debe compadecer más que a un individuo que imagina que es un cristiano muy bueno, mientras que en realidad Cristo mismo está completamente harto con él? Lea usted muy despacio aquellas palabras y procure ver el cuadro de un individuo que tiene todas estas cinco características unidas: desventurado, miserable, un mendigo rastrero, ciego y desnudo.

«Yo te aconsejo». Cuán compasivas, cuán amigables son estas palabras. No dice, «Yo te mando», sino «Yo te aconsejo». Cristo aconseja a esta iglesia que compre de él —«de mí» es muy enfático— oro afinado en fuego, vestiduras blancas y colirio. En pocas palabras: «compra de mí la salvación». Pues, la salvación es oro porque nos hace ricos (2 Co. 8:9); es una vestidura blanca, porque cubre la desnudez de nuestro pecado y nos viste de virtud, santidad y gozo en el Señor; es colirio porque cuando la poseemos ya no somos ciegos espiritualmente. La salvación tiene que ser comprada, es decir, tenemos que obtener legítima posesión de ella. Pero, ¿cómo pueden los pobres, etc. comprar algo? Lea Is. 55:1-13, y tendrá la gloriosa respuesta.

¿Acaso en toda la Biblia se encuentra algo más maravilloso que esto? A estas personas tibias, con quienes el Señor se siente completamente indignado, y está por vomitarlas de su boca, se dirige ahora por medio de las siguientes palabras: «Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé pues celoso, y arrepiéntete». Además de eso: «Sé pues siempre celoso, y arrepiéntete de una vez por todas». Y luego: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo».

Note que el Señor, por decirlo así, empuja la puerta para que se abra, y además —como es evidente según la frase siguiente— no solamente llama muchas veces a la puerta, sino llama también al pecador. Note: «Si alguno oyere mi voz...» No es la persona que está adentro que ejerce la iniciativa. No. Este texto concuerda completamente con la Biblia entera en su enseñanza acerca de la gracia soberana. El Señor es quien está a la puerta. Nadie le ha llamado; es él quien llama a la puerta, no solamente una vez sino muchas veces; es él quien llama al pecador, y esta voz del Señor en el evangelio aplicada al corazón por medio del Espíritu es el poder de Dios para salvación. Por tanto, encontramos que este pasaje nos muestra claramente la divina y soberana gracia y también la responsabilidad humana.[32]

«Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo». Note lo que dice: «si alguno...» El Señor se dirige a individuos. La salvación es un asunto muy personal. «...Oye mi voz y abre la puerta». Cuando el corazón ha sido abierto por la voz del Señor, este principio de la regeneración llega a ser activo, de modo que, por el poder del Espíritu Santo, el individuo regenerado abre la puerta y recibe a Cristo. Este abrir la puerta es lo que generalmente se llama conversión. No confundamos la regeneración (Jn. 3:3-11; Hch. 16:14) con la conversión. Aquí la frase, «Si alguno abre la puerta» se refiere a la conversión, al arrepentimiento y a la fe en Cristo, como el contexto indica claramente. El Señor entra (Jn. 14:23). ¡Cuán maravilloso! Desciende del trono de su gloria para cenar con este individuo que en sí mismo es tan pobre y lastimoso. Cristo y el creyente comen juntos, lo que en el Oriente era una indicación de amistad especial y de una relación de pacto. En otras palabras, el creyente tiene una fraternidad bendita con su salvador y Señor (Jn. 14:23; 15:5; 1 Jn. 2:24). Tal fraternidad comienza aún en esta vida. Se perfeccionará en el futuro cuando el vencedor se sentará con Cristo en su trono, lo mismo que Cristo, el Vencedor, se sentó con su Padre en su trono. No solamente reinará en el futuro el vencedor, sino que reinará con Cristo (Ap. 20:4) en la más íntima fraternidad con él.

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias».

Las siete condiciones de estas iglesias existían realmente en aquel tiempo. Existen hoy. Han existido durante todo el período intermedio. Estas siete iglesias representan a la iglesia entera durante toda la dispensación. Es muy evidente que la cuestión principal sea ésta: ¿Son fieles a su responsabilidad estas iglesias? ¿Retienen el nombre del Señor en medio de las tinieblas de este mundo? (Ap. 2:13). En otras palabras, ¿Son esas iglesias candeleros, portadores de luz? En Sardis y en Laodicea, parece que el mundo ha triunfado. Vemos solamente una pequeña llama vacilante; la luz casi se ha apagado, pero no por completo. En Éfeso la luz está resplandeciente todavía, pero la llama se está consumiendo. En Pérgamo y en Tiatira, donde las tentaciones del mundo eran muy reales, la luz está resplandeciendo, pero no tanto como debiera resplandecer. En Esmirna y en Filadelfia se revela el verdadero carácter de la iglesia como portadora de la luz y allí se encuentra lealtad a Cristo; por tanto una verdadera y buena influencia está ejercitándose sobre el mundo. ¿Es esta iglesia una verdadera portadora de la luz? Esta es la cuestión principal en todas estas epístolas. ¿Es ella fiel a su Señor en medio del mundo?

La tentación de llegar a ser mundana y de negar a Cristo provenía de tres direcciones.[33] Primero, venía de la persecución anticristiana, la espada, las fieras, la pira, la prisión (2:10, 13; 2:9; 3:9). Los judíos estaban continuamente acusando a los cristianos delante de los tribunales romanos. La segunda tentación, que estaba muy estrechamente relacionada con la primera, venía de la religión romana, la adoración al emperador (2:13). La primera fuente de la tentación no se puede separar de la segunda, sin embargo, los dos pueden ser y deben ser distinguidos. Tercero, existía la tentación de la carne, es decir, la invitación continua de participar en las fiestas inmorales de los paganos con el fin de asegurarse una posición social y de gozar de los placeres mundanos. Y esta clase de tentación, como hemos visto, estaba muy estrechamente relacionada con la segunda, es decir, la religiosa. La iglesia está en el mundo. Estaba en el mundo en aquel tiempo, y todavía está en el mundo hoy. La iglesia debe resplandecer en medio de las tinieblas.

«Vosotros sois la luz del mundo»; y «los siete candeleros son las siete iglesias».

Capítulo IX



Apocalipsis 4-7: Los siete sellos

Siempre que en la historia la iglesia es fiel a su llamado y da testimonio de la verdad, es seguro que la tribulación ocurrirá. Además de esto, la iglesia está en el mundo y, por tanto, sufre juntamente con el mundo. Los hijos de Dios no se escapan de los horrores de la guerra, del hambre y de la pestilencia. La iglesia necesita estas tribulaciones. Necesita de ambos, del antagonismo directo del mundo y de la participación en las angustias comunes que pertenecen a esta vida terrenal producto del pecado. La iglesia también es pecaminosa. Necesita una constante purificación y santificación.

Por tanto, estas tribulaciones son empleadas por nuestro Señor como sus instrumentos para nuestro propio avance espiritual. Vemos solamente el estrado de Dios. ¡No olvidemos su trono! Decimos que a los que a Dios aman todas las cosas les ayudan a bien, pero ¿lo creemos realmente? Con frecuencia hablamos y actuamos como si el control de los eventos y el destino del mundo estuvieran en manos de humanos en lugar de las manos de Dios. Pero los capítulos 4 y 5 nos enseñan que nuestro destino no está en las manos de los hombres sino de Dios y nos da una visión del trono que gobierna el universo.

En medio de las pruebas y la tribulación, fijemos la mirada en aquel que es el Rey de reyes y Señor de señores.

A. La visión del trono (4:1-6)

«Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo» (4:1). Luego de haber oído los mensajes a las iglesias, Juan regresó a su estado mental común. No sabemos la duración de este intervalo. Después vio una visión. Todavía no está «en el Espíritu». Cuando una persona ve una visión, puede estar todavía sensible a sus alrededores. Así, por ejemplo, Esteban estaba enteramente consciente de la presencia de aquellos hombres malvados que lo apedreaban. Es más, les hablaba a la vez que observa la visión de los cielos abiertos y del Hijo del Hombre que estaba a la diestra de Dios (Hch. 7:54-60; véase también Mt. 3:16). Asimismo, el apóstol Juan ve ahora una visión. Atónito, ve una puerta abierta en el cielo (cotéjese Ez. 1:1). Mientras que él está mirando, la misma voz que le habló antes (1:10) le habla de nuevo. Es la voz de Cristo. El Señor le dice: «sube acá». El espíritu del vidente recibe una invitación de subir al trono celestial. Queremos decir, por supuesto, al trono que aparece en la visión. Es solamente cuando miramos todas las cosas, inclusive nuestras tribulaciones (capítulo 6) desde el aspecto del trono, que logramos un verdadero discernimiento de la historia.

«... Y yo te mostraré las cosas que han de ser después de éstas». Por supuesto esto no quiere decir: «Yo te mostraré las cosas que han de acontecer después de esta dispensación».[1] Así como en 1:19, así también aquí, «después» significa «en el futuro».

«Y al instante yo estaba en el Espíritu». ¿Era esto el resultado de la voz que oyó el apóstol? Producto de la condición de simplemente ver una visión, el alma de Juan entra ahora en el más alto estado extático de «estar en el Espíritu». Seguramente, lo que el apóstol está por ver es también una visión. Si lo que él ve no es una visión, entonces tenemos que imaginar que en el cielo hay un trono material, que alrededor del trono hay veinticuatro tronos literales y físicos, y que el Cordero literal tiene siete cuernos y siete ojos. Esto, por supuesto, es absurdo. ¡Juan ve una visión! Es una continuación de «la puerta abierta en el cielo». Pero ésta es más que una visión, es decir el vidente entra ahora en un estado extático más avanzado, a saber, el de «estar en el Espíritu». Uno puede ver una visión sin estar en el Espíritu, como ya hemos indicado respecto a Esteban. Cuando una persona está «en el Espíritu» y estando en ese estado ve una visión, hay una suspensión del contacto consciente con el ambiente físico. Juan ya no ve con los ojos físicos; ya no oye con los oídos físicos. Su alma es removida de todos los objetos que le rodean y se concentra fijamente en las cosas que le son mostradas

en la visión. Es «llevada» a la región del trono (compare 17:3), es decir, a la región del trono tal como aparece en la visión.[2]

Pero aunque los diferentes objetos vistos por Juan no existen en aquella forma material y física, sin embargo, expresan una importante verdad espiritual. Enseñan una sola lección principal. No nos confundamos tratando de interpretar los detalles. No tratemos de hallar un «significado más profundo» pues no existe. Repetimos: Los capítulos 4 y 5 enseñan una sola lección principal. Hay una sola imagen y una sola lección.

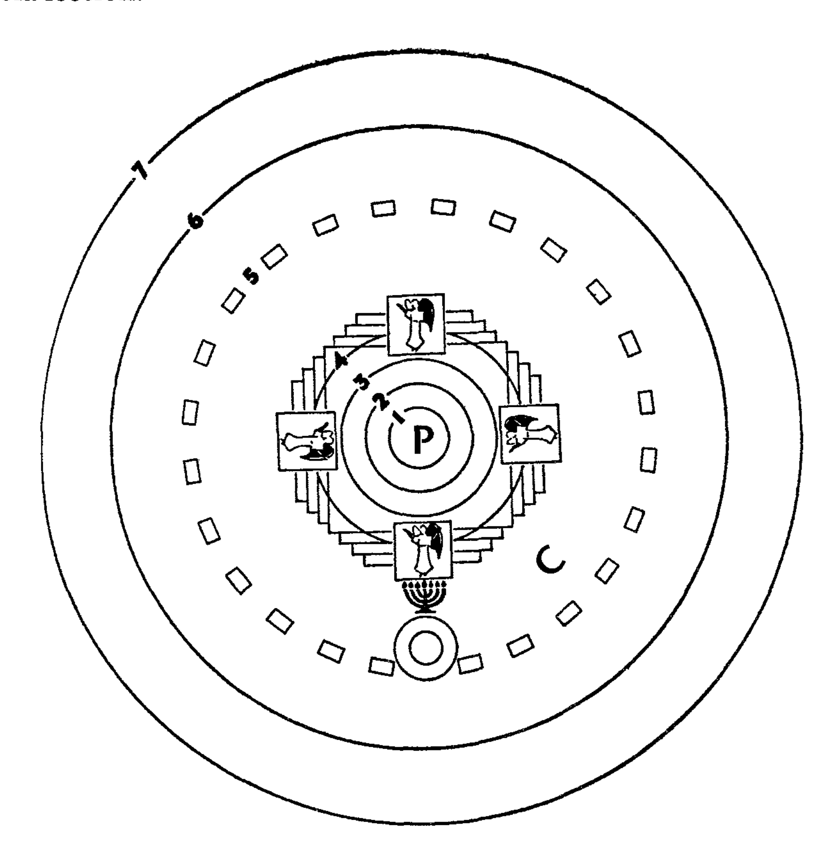


Diagrama de la visión descrita en Apocalipsis 4 y 5:
El universo gobernado por el trono

Explicación

Es un solo cuadro. Enseña una lección principal. El rectángulo que está en el centro representa el trono, al cual se asciende por medio

de las escaleras. En el centro del trono está sentado el Padre [P] *(Ap. 4:2).*

El círculo señalado con el número 1 representa el diamante blanco resplandeciente (4:3); el círculo 2 la cornalina (4:3). El círculo número 3 representa el arco iris semejante en su aspecto a la esmeralda (4:3). El círculo número 4 representa los cuatro seres vivientes o querubines (4:6). Los veinticuatro tronos con sus ancianos son representados por el círculo número 5 (4:4). El círculo número 6 representa a «muchos ángeles» (5:11). El círculo número 7 representa todas las demás criaturas en el universo entero (5:13).

Note también las siete lámparas y el mar de vidrio delante del trono (4:5, 6). El Cordero [C] está de pie entre el trono y los seres vivientes de una parte y los veinticuatro ancianos de la otra (5:6). Pero el Cordero no quedó allí. Se acercó al trono (5:7) y está sentado en el trono junto al Padre (22:1). ¡El trono gobierna sobre todas las cosas! ¡Tomemos a pecho esta lección!

Estos capítulos no nos dan meramente una imagen del cielo, sino también describen el universo entero desde el aspecto del cielo. El propósito de esta visión es el de enseñarnos por medio de un hermoso simbolismo que todas las cosas son gobernadas por el que está sentado en el trono. «Todas las cosas» debe incluir nuestras pruebas y tribulaciones. Ésta es la lección. Por esto, la descripción del trono antecede a la predicción simbólica de las pruebas y tribulaciones que la iglesia tiene que experimentar aquí en la tierra, las cuales se describen en el capítulo 6. En conexión con la lectura del Apocalipsis 4 y 5, estudie usted con cuidado el diagrama de esta visión y nuestra explicación.

Los capítulos 4 y 5 enseñan una sola lección principal. Si no entendemos bien este punto, jamás veremos a la gloriosa unidad del Apocalipsis. Nos confundiremos tratando de alegorizar. Aquella única lección principal se puede expresar en las palabras del salmista: «Jehová reina; temblarán los pueblos. Él está sentado sobre los querubines, se conmoverá la tierra» (Salmo 99:1). La confianza en esta verdad debe impartir consuelo a los creyentes cuando son probados por fuego. Por lo tanto, esta visión del universo gobernado por el trono precede a la descripción simbólica de las pruebas por las cuales la iglesia tiene que pasar, capítulo 6. ¡Un arreglo muy hermoso!

Con la ayuda de nuestro diagrama estudiemos ahora esta visión.

«¡He aquí *un trono*!» El trono es el verdadero centro del universo, ¡no el centro fisiográfico, sino el centro espiritual! Aquí tenemos el

verdadero fundamento de la astronomía. El universo de la Biblia no es geocéntrico, ni heliocéntrico, ni sagitariocéntrico, sino coelocéntrico, es decir, teocéntrico.[3] Aquí también tenemos la verdadera filosofía de la historia. Los periódicos y las radiodifusoras nos dan los titulares y las noticias. Las revistas añaden las explicaciones. Pero estas explicaciones, después de todo, se nos dan en términos de causas secundarias. ¡La mente verdadera, la voluntad verdadera que dirige este universo es la mente, la voluntad del Dios Todopoderoso! Sin embargo, al mismo tiempo, él mantiene completamente la responsabilidad y libertad de los instrumentos individuales. No hay nada excluido de su dominio.

De aquí que la palabra «trono», se encuentra diecisiete veces en estos dos capítulos. Aquel trono no está en la tierra, sino en el cielo. Está en el lugar santísimo del templo celestial, semejante al arca del testimonio que estaba en el lugar santísimo del tabernáculo o templo terrenal (Éx. 25:22). En esta visión vemos muy definidamente la escena de un tabernáculo o templo.[4] Dios es rey y como rey habita en el templo. La representación de que su trono está en el templo se basa claramente sobre el simbolismo bíblico (Is. 6:1; Jer. 3:17; 14:21; Ez. 1:26; 8:4; 43:7).

«... Y en el trono, uno sentado». En el trono está sentado —en majestad— Dios el Padre. Lo que el apóstol describe no es a Dios mismo, sino su fulgor, su, esplendor, porque a él no se le puede describir (Éx. 20:4). En la visión se le representa como rodeado del lustre resplandeciente del diamante, claro como cristal (21:11), blanco, consumidor,[5] simbolizando la santidad de Dios, y con el carmesí del sardio, color como de sangre, indicando que este santo carácter de Jehová se expresa por medio de los juicios. No puede tolerar pecado. Por esto, vemos también estas siete lámparas de fuego, y estos relámpagos y truenos, y voces que salen del trono (4:5). Tal es Dios, el Santo. Tal es su trono de Majestad. ¡Temblad delante de él, tierra y todos sus habitantes!

Sin embargo, ¡qué consolación tan gloriosa! Alrededor del trono hay un arco iris semejante en aspecto a la esmeralda, es decir, de color verde translúcido. En otras palabras, para los hijos de Dios la tempestad ya ha pasado, porque Cristo se dio a sí mismo en precio del rescate por el pobre pecador. Ahora, el sol, escondido por mucho tiempo, resplandece en medio de las nubes. Aunque la santidad de Dios no puede tolerar el pecado y tiene que expresarse por medio de juicios, sin embargo, el propósito de estas aflicciones es la salvación y santificación del pecador. A los que a Dios aman, todas las cosas

—inclusive la mortandad, la pobreza, la guerra, el hambre, y la pestilencia— les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados (Ro. 8:28).

«Y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor de él, así como el arco iris que está en las nubes el día que llueve» (Ez. 1:27, 28).

B. Los ancianos y los seres vivientes (4:7-11)

Alrededor del trono central Juan ve veinticuatro tronos, y sentados sobre estos tronos veinticuatro ancianos que probablemente representan a la iglesia entera de la antigua y de la nueva dispensación. Piense usted en los doce patriarcas y los doce apóstoles (cotéjese Ap. 21:12-14). Están vestidos de ropas de santidad, y tienen sobre sus cabezas coronas de oro de victoria. Se menciona primero a estos veinticuatro ancianos por la sencilla razón de que son primeros en importancia y en gloria entre todas las criaturas que están en el cielo (Gn. 1:26; Heb. 2:8). Sin embargo, no debemos olvidar que la verdadera razón porque se mencionan aquí estos veinticuatro tronos con sus ocupantes es con el fin de acrecentar la gloria del trono que está en el centro. Ese trono representa la soberanía de Dios. Los veinticuatro ancianos están constantemente dando homenaje al Ser sentado sobre el trono. ¡Cuan grande es el trono!

¿A quién adoran estos ancianos? ¿Solamente al Padre? No, adoran al Trino Dios. Como en 1:4, 5, así también aquí tenemos una descripción de la Trinidad en términos del simbolismo del templo. *El Padre* está sentado sobre el trono del cual salen relámpagos, y truenos, y voces. Él está representado aquí como habitando en el lugar santísimo celestial.[5] Además, así como en el lugar santísimo del tabernáculo terrenal, así también aquí son vistas por Juan siete lámparas de fuego. Aquí las ve como ardiendo delante del trono. (Véase el diagrama). Simbolizan al *Espíritu Santo* siempre activo, superlativamente sabio, que todo lo ve, que está lleno de fuego para, los malos, y lleno del poder santificador para los piadosos. Además, así como el atrio del tabernáculo terrenal tenía su fuente o «mar», así también aquí Juan ve un mar, el cual está delante del trono. Este mar es de vidrio semejante al cristal, indicando el poder santificador. Debemos considerarlo como si estuviese lleno, simbólicamente, de la sangre purificadora de Cristo, *el Hijo,* en la cual los santos han «lavado sus ropas, y las han blanqueado» (7:14).

«Y junto al trono, y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás» (4:6). Cada uno de estos «seres vivientes»

está de pie a un lado del trono, y en medio de las escaleras que conducen al trono, de modo que hay un «ser viviente» para cada lado del trono y los cuatro rodean el trono (Consulte el diagrama). Estos cuatro «seres vivientes» que están listos a prestar servicio a Dios en cualquiera de las cuatro direcciones, es decir, en cualquier parte del universo, representan a todos los «seres vivientes», así como los veinticuatro ancianos redimidos representan el ejército entero de los redimidos. Pero, ¿quiénes son estos «seres vivientes»?

Para poder responder esta pregunta debemos tener presente que hay una conexión muy estrecha entre esta visión entera del trono y los capítulos uno y diez de Ezequiel. Sugerimos al lector que estudie con cuidado estos capítulos. Nótense los siguientes parecidos sorprendentes.[6] En ambos casos estos seres son llamados «seres vivientes» (cotéjense Ez. 1:5; Ap. 4:6). En ambos casos el número simbólico es el mismo, a saber, cuatro (cotéjense Ez. 1:5; Ap. 4:6). En ambos casos se compara la figura de sus rostros al rostro del hombre, del león, del buey y del águila (cotéjense Ez. 1:10; Ap. 4:6). En ambos están estrechamente asociados con el trono (cotéjense Ez. 1:26; Ap. 4:6). En ambos casos fuego se mueve de un lado a otro entre los «seres vivientes» (cotéjense Ez. 1:13; Ap. 4:5). En ambos casos se dice que estos «seres vivientes» están llenos de ojos (cotéjense Ez. 1:18; 1:21; 10:12; Ap. 4:8). En ambos casos hay un arco iris alrededor del trono con el cual los «seres vivientes» están asociados (cotéjense Ez. 1:28; Ap. 4:3). Las pocas diferencias menores en la descripción de los «seres vivientes» no deben sorprendernos. En realidad debemos esperarlas, porque concuerdan perfectamente con el propósito preciso que cada autor tiene presente.[7]

No obstante, Ezequiel 10:20 nos dice claramente que estos «seres vivientes» son los querubines. Por tanto, creemos que aquí en el Apocalipsis también estos «seres vivientes» son los querubines.[8] Son ángeles de un orden superior, de uno de los más superiores. Esta conclusión es enteramente razonable. Los querubines guardan las cosas santas de Dios (Gn. 3:24; Éx. 25:20). Por tanto, aquí en esta visión es enteramente normal y natural encontrarlos muy cerca del trono. Además, los vemos aquí en el lugar santísimo celestial, precisamente donde esperamos verlos (Éx. 25:20).

Observe también que la canción de estos «seres vivientes» es la canción de los ángeles. En Isaías los serafines la cantan (Is. 6:1-4). Entonces, ¿no pueden los querubines también cantarla?

Esta conclusión se corrobora aún más por la descripción dada de estos «seres vivientes». Se les describe como semejantes al león en

su fortaleza, al becerro en su capacidad para servir, al ser humano en su inteligencia —note usted también sus muchos ojos, indicando su penetración intelectual— y al águila en su presteza, siempre listos a obedecer los mandamientos de Dios y a prestar servicio. Ahora merece atención el hecho de que las características de fortaleza, servicio, inteligencia y presteza se atribuyen siempre a los ángeles (véanse Sal. 103:20, 21; Heb. 1:14; Dn. 9:21; Lc. 12:8; 15:10; etc.).

Cuando leemos en 5:11 que «muchos» ángeles rodeaban a los veinticuatro ancianos, esto no contradice de ninguna manera la conclusión de que los «seres vivientes» que están en las escaleras del trono son los querubines.[9] Y cuando leemos en 7:11 que «todos» los ángeles estaban alrededor de los veinticuatro ancianos, la palabra «todos» se refiere, por supuesto, a los «muchos» de 5:11, es decir, todos los «muchos» ángeles estaban alrededor de los veinticuatro ancianos.

No creemos que haya un significado más profundo respecto a estos querubines. No creemos que ellos representen a toda criatura. Cuando el vidente quiere aludir a toda criatura, lo hace en lenguaje muy claro (Ap. 5:13).

Surge la pregunta: ¿para qué estos querubines? La respuesta: son presentados, lo mismo que los veinticuatro ancianos, con el fin de acrecentar el significado del trono.[10] Tan grande es el trono que aun los querubines santos y gloriosos se agrupan alrededor de él con reverencia, humildad y sumisión, siempre listos a cumplir la voluntad del Soberano del universo. Dan la gloria y la honra y la acción de gracias al Ser eterno que está sentado sobre el trono (Ap. 7:12). Lo hacen no solamente una sola vez, sino repetidas veces. Continuamente dicen: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir». Así estos querubines glorifican a Dios, el Padre, el cual representa la Trinidad (véase Is. 6:3). Esto no es extraño, porque habitan en su misma presencia, ven su gloria, observan su sabiduría, y entienden mejor que nosotros, en este mundo tan pecaminoso, que la historia es la realización o el cumplimiento de su voluntad. Así, pues, se postran en un acto de adoración (5:8).

Cada vez que dicen, «Santo, Santo, Santo», sus palabras son seguidas inmediatamente por la canción de los ancianos. Es la canción de alabanza al Padre, el Creador. Estos ancianos que representan al ejército entero de los redimidos, se postran sobre sus rostros y con profunda humildad rinden homenaje divino (5:14; 7:11); adoran, reverencian, echan sus coronas de victoria delante del trono, porque comprenden bien que deben su victoria al ocupante del trono, y dicen: «Señor, digno

eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas» (véase Ap. 7:12). Es la canción de la creación. La voluntad soberana de Dios es la razón verdadera y fundamental de la existencia de todas las cosas. Toda criatura «era», es decir, existía idealmente en la mente de Dios desde la eternidad. «Fue creada», es decir, su verdadera existencia siguió a su existencia ideal en la mente de Dios.

C. El rollo sellado que el Cordero toma (5:1-7)

«Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos».

A la mano derecha del Padre se encuentra un rollo (véase 6:14), el cual representa el plan eterno de Dios, su decreto que es exhaustivo y completo. Simboliza el propósito de Dios respecto al universo entero a lo largo de toda la historia, y respecto a toda criatura de todos los tiempos y hasta toda la eternidad. ¡Por tanto, está escrito por dentro y por fuera!

Este rollo es descrito aquí como sellado con siete sellos. Es probable que estos sellos estuvieran colocados en fila por fuera del rollo. Vistos así sellaban el contenido del rollo.[11] El significado es este: El rollo sellado indica el plan no revelado y no cumplido de Dios. Si permanece sellado ese rollo, pues los propósitos de Dios no serán realizados, no se llevará a cabo su plan. Abrir aquel rollo, desatando sus sellos, significa no solamente revelar el plan de Dios, sino llevarlo a cabo. Por tanto, un fuerte ángel proclama en alta voz: «¿Quién es digno de abrir el libro, y de desatar sus sellos?» La voz es alta y fuerte para que toda criatura en el universo entero pueda oírla.

Nadie en todo el universo —ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra— podía abrir el rollo ni aun mirar su contenido. Por causa de esto, Juan llora mucho.[12] Usted entenderá el significado de estas lágrimas si tiene en mente que en esta hermosa visión abrir el rollo desatando sus sellos indica el cumplimiento del plan de Dios. Cuando se abre este rollo y sus sellos son desatados, entonces el universo es gobernado a favor de la iglesia, pues el glorioso propósito redentor de Dios está realizándose, su plan está llevándose a cabo, y el contenido del rollo llega a ser una realidad en la historia del universo. Por tanto, si no se abre el rollo, no habrá para los hijos de Dios ninguna protección en las horas de las pruebas amargas; no habrá juicios sobre un mundo perseguidor; no habrá triunfo final para los creyentes; no habrá cielo nuevo ni tierra nueva; no habrá una herencia futura.

«Y uno de los ancianos me dijo: No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos».

Y ahora le toca a un anciano hablar. No es un ángel fuerte y poderoso quien ahora habla, sino un anciano, es decir, uno que ha experimentado en su propia alma los efectos de la redención; a él le toca comunicar a Juan el maravilloso mensaje de alegría.

«Él ha vencido». En la cruz, Cristo venció el pecado. Se había quitado el gran obstáculo. La sangre se había derramado. Se había logrado la victoria sobre el pecado, Satanás, la muerte, etc. Note con cuidado los nombres dados a Cristo. Se le llama «el León de la tribu de Judá», una referencia muy clara a Génesis 49:9, 10. Al vencer a Satanás y llevar la carga completa de la ira de Dios, Cristo ciertamente demostró ser el León. Sin embargo, también era el Señor de David, la misma raíz a la cual David debía su origen (Mt. 22:41-45).[13] Este León de Judá, esta raíz de David, había vencido sobre la cruz y ganado el derecho de abrir el libro y de desatar sus sellos, es decir, de gobernar el universo de acuerdo con el plan de Dios.

«Y miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Y vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono».

En la visión Juan ve... ¿qué ve? Sin duda usted diría que ve «al León». Pero leemos más bien que el apóstol ve a «un Cordero». Cristo en sus sufrimientos y muerte demostró las características tanto del león como del cordero. Es el verdadero León, es el verdadero Cordero. Como cordero fue llevado al matadero y sacrificado. El apóstol ve a este Cordero de pie entre el trono y los cuatro querubines de una parte, y los ancianos de la otra. (Véase el diagrama). El Cordero (cotéjense Jn. 1:29; Hch. 8:32; 1 P. 1:19; Éx. 12:3; Is. 53) está allí «como inmolado», es decir, su muerte posee un valor permanente. Este Cordero, a saber, nuestro Señor Jesucristo, tiene siete cuernos, indicando su poder y autoridad, y siete ojos, porque está lleno del Espíritu Santo.

El Cordero vino y tomó el rollo de la mano derecha de aquel que estaba sentado sobre el trono. Esto se refiere muy claramente al hecho de que Cristo, como Mediador, al momento de su ascensión recibió autoridad de gobernar el universo de acuerdo con el decreto eterno de Dios.[14] Se refiere a la coronación del Cristo ascendido (Heb. 2:8, 9); vemos a Jesús coronado con gloria y con honor. Como galardón por

su obra redentora, Cristo, al ascender al cielo, recibió para sí el reino (Lc. 19:12; Heb. 2:8, 9; Fil. 2:6-11), conforme a lo que había sido predicho y prometido durante la dispensación antigua (Sal. 2; 110; Dn. 7:9-14).

Esto no quiere decir que Dios, el Padre, desciende del trono. Lo que quiere decir es que Cristo, el Mediador, está sentado en el trono juntamente con el Padre. Desde este momento en adelante es el trono de Dios y del Cordero (22:1). Dios gobierna el universo por medio del Cordero. Ésta es la recompensa dada a Cristo, y es nuestra consolación. Quiere decir que en el cielo principia una era nueva (20:4), y también en la tierra (20:2, 3).[15] Un momento muy significativo en la historia es esta coronación, esta investidura del Mediador con el oficio de Rey del universo.

D. La adoración del Cordero (5:8-14)

Tan pronto como el Cordero toma el libro, aceptando así el oficio de Rey del universo, hay, por medio de tres doxologías, una gran exclamación de triunfo y gozo exuberante.[16] Los que están más cerca del trono principian, o sea los querubines y los veinticuatro ancianos. Se postran delante del Cordero rindiéndole adoración divina. Cada uno de los ancianos tiene un arpa, un instrumento de música alegre (18:22), y copas de oro llenas de incienso, simbolizando la oración y la acción de gracias en su sentido total. Cantan un nuevo cántico. Es nuevo porque jamás se había realizado una salvación tan grande y gloriosa, y nunca antes había recibido el Cordero este gran honor. Las palabras del cántico son las siguientes: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra».[17] Es el cántico de redención.

Aquí se dice muy definidamente que el gobierno o dominio actual del Mediador sobre el universo es la recompensa de sus sufrimientos y muerte. Tanto el aspecto individual como el aspecto universal de la expiación están hermosamente unidos. El Cordero no compró la salvación de cada individuo. No, pagó el precio a favor de sus elegidos, es decir, a favor de personas «de todo linaje y lengua y pueblo y nación». Sin embargo, en cambio, no hay nada limitado ni nacional en cuanto a esta redención. Es mundial en su alcance e incorpora a todos los grupos: el grupo étnico (tribu), el grupo lingüístico (lengua), el grupo político (pueblo), y el grupo social (nación).[18] Juntamente, todos los redimidos forman un reino y son sacerdotes (véase Ap. 1:6). Por medio

del incienso de sus oraciones los santos reinan aún ahora sobre la tierra.

Así como los veinticuatro ancianos forman un círculo alrededor de los cuatro seres vivientes, así también a su turno los ángeles rodean a los ancianos. (Véase el diagrama).[19] La palabra «ángel» no incluye a los querubines aquí, ni tampoco en Apocalipsis 7:11, sino que significa a los demás ángeles. El apóstol los ve como una multitud muy grande: millares de millares y millones de millones. En voz alta dicen: «El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza»; siete excelencias representando todas las virtudes y excelencias en el cielo y en la tierra (véase Ap. 7:12). Primero, los ancianos cantan, porque han experimentado la salvación. Después cantan los ángeles, porque por medio de los ancianos han sido instruidos en los misterios de la redención (véase Ef. 3:10).

Finalmente el universo entero en todas sus partes y con todas sus criaturas se une al coro de alabanza (versículo 13). (Véase el diagrama). Tenemos en este versículo el clímax de lo que se encuentra en los capítulos 4 y 5. El capítulo 4 se refiere a Dios y a la creación; el capítulo 5:1-12 se refiere al Cordero y a la redención. Por tanto, estos últimos dos versículos, 5:13, 14, se refieren a la gloria y adoración dadas tanto a Dios como al Cordero.[20] El universo entero alaba a Dios y al Cordero a causa de sus obras de creación y de redención.

Y los cuatro querubines constantemente dicen «amén». Después de cada atribución de alabanza dada por el resto del universo, estos cuatro seres vivientes dicen «amén». De esta manera colocan sobre esta adoración universal el sello de su aprobación y el de Dios. Y los ancianos cayeron sobre sus rostros y adoraron, rindiendo homenaje divino no sólo al trino Dios sino también específicamente al Cordero. ¡Una antífona sumamente gloriosa!

Así el universo entero es gobernado por el trono, es decir, por Dios por medio del Cordero. Cuando el Cordero ascendió al cielo, se sentó a la diestra de Dios, «sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y (Dios Padre) sometió todas las cosas bajo sus pies (de Cristo), y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Ef. 1:20-23). Todas las cosas finalmente tendrán que glorificar a Dios: Su voluntad se lleva a cabo en el universo. El trono gobierna.

El Cordero reina. Por tanto, los creyentes no tienen por qué temer en tiempos de tribulación, persecución y angustia.

E. Los cuatro jinetes y sus caballos (6:1-8)

Los sellos del capítulo seis son simbólicos de tales momentos de tribulación y persecución. Una vez que el Cordero toma el rollo, inmediatamente empieza a abrir los sellos, y cada sello al ser abierto revela su simbolismo. Los primeros cuatro sellos dan ocasión al simbolismo de los caballos y sus jinetes lo mismo que en Zacarías 1:8-11; 6:1-8. En las Escrituras se menciona generalmente el caballo en conexión con los conceptos de fuerza, terror, guerra y conquista (véase Is. 30:16; 31:1; Job 39:22-28). En el Apocalipsis tenemos la misma asociación de ideas (9:7; 14:20; 19:11).

Cada uno de los cuatro querubines a su turno presenta a un jinete. Con una voz como de trueno el primero dice, «¡Ven!». En cada caso se dirige este llamamiento al jinete.

1. *El caballo blanco.* «Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer». Estamos de acuerdo con la opinión de muchos intérpretes eminentes en que el jinete montando el caballo blanco simboliza a Cristo. Hemos llegado a esta conclusión después de un estudio minucioso, y basamos nuestra opinión sobre las siguientes consideraciones.

Primeramente, esta opinión armoniza con el contexto. Tenga presente que en los primeros tres capítulos vimos a la iglesia, la morada de Cristo, resplandecer en medio del mundo. Recordará, sin duda, la descripción muy vívida del Hijo del Hombre manifestándose en medio de los candeleros (1:13-20). Todas las veces que Cristo aparece, Satanás hace de las suyas: se avecinan pruebas para los hijos de Dios. Ahora, en la sección que estamos estudiando, capítulos 4-7, ya hemos visto a este mismo Cristo descrito como el Cordero que toma el rollo del decreto de Dios y abre sus sellos. Respecto a este Cordero leemos: «He aquí que el León de la tribu de Judá... ha vencido...».

Esta declaración se encuentra en 5:5. El resto de ese capítulo contiene la descripción de la adoración dada al Cordero. Ahora el capítulo 6 empieza con el simbolismo del jinete que «salió venciendo, y para vencer». ¿No es razonable concluir que en ambos capítulos el «Vencedor» es la misma persona?

En segundo lugar, esta opinión armoniza con un estudio minucioso de palabras.

a. Este caballo es «blanco». El color «blanco» va asociado siempre con lo que es santo, celestial. Piense en los vestidos blancos, la nube blanca, el trono blanco, la piedra blanca, etc. Es cierto, por tanto, que el jinete sentado sobre el caballo blanco no puede ser el diablo ni el anticristo.[21]

b. El jinete recibe una corona. Esto armoniza hermosamente con 14:14 donde leemos que Cristo tenía en su cabeza una corona de oro.

c. Finalmente, en este libro, con dos excepciones,[22] siempre que aparece la palabra, «vencer», se refiere a Cristo o a creyentes. Los dos pasajes más parecidos al que estamos considerando son Apocalipsis 3:21b y 5:5. En ambos casos esta conquista está asociada con Cristo. En su Evangelio el apóstol Juan usa la palabra una sola vez (16:33) y aquí también se refiere a Cristo. Repetimos los cuatro pasajes consecutivamente:

Juan 16:33: «En el mundo tendréis aflicción; mas confiad, yo he vencido al mundo».

Apocalipsis 3:21b: «... así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono».

Apocalipsis 5:5: «He aquí que el León de la tribu de Judá... ha vencido...».

Apocalipsis 6:2: «Y salió venciendo, y para vencer». Medite usted en esta gloriosa frase. Si jamás hubiese oído otra interpretación, estamos seguros de que después de haber leído esta frase habría dicho inmediatamente, «éste es el Cristo Vencedor».

En tercer lugar, el pasaje paralelo en el mismo libro de Apocalipsis nos obliga a esta interpretación. En Apocalipsis 19:11, tenemos otro caso de un jinete sentado encima de un caballo blanco. En este pasaje se nos dice claramente que el jinete es el Cristo, el Verbo de Dios, Fiel y Verdadero. Su nombre es Rey de reyes y Señor de señores. Los mejores comentaristas creen que la fuerza de este argumento es innegable.[23] Decir que el jinete montado sobre el caballo blanco en 19:11-16, no es la misma persona que el jinete montado sobre el caballo blanco en 6:2, porque los detalles de las dos descripciones no están de acuerdo, demuestra falta de comprensión. Es de esperar que los detalles difieran, y estas diferencias no son un argumento contra nuestra opinión sino que corroboran nuestra postura. En Apocalipsis 5:5, leemos que

Cristo «ha vencido». Esto se refiere a la redención consumada en la cruz del Gólgota. En 6:2 se presenta al jinete que está montado sobre el caballo blanco como él que salió «venciendo, y para vencer». Esta conquista se sigue llevando a cabo hasta el presente. En 19:13 se describe al jinete montado sobre el caballo blanco como vestido de una ropa «teñida en sangre», es decir, la sangre de sus enemigos. Por tanto, él va a vencer en aquel gran día del juicio. Así mismo, también se nos dice que tiene ahora una corona (6:2). Luego tendrá en su cabeza «muchas diademas» (19:12), porque habrá vencido a muchos. Francamente, no entendemos cómo se puede decir que el Jinete que monta el caballo blanco significa una cosa en 6:2 y otra en 19:11-16. Dejemos que el Apocalipsis explique su propio simbolismo.

En cuarto lugar, la idea de que el Vencedor montado sobre el caballo blanco es el Cristo concuerda con el mismo genio y propósito del libro de Apocalipsis. Hemos indicado que el mismo tema de este libro es la victoria de Cristo y de su iglesia. Por tanto, a nuestro Señor Jesucristo se le representa muchas veces como Aquel que ha vencido, que vence y que vencerá. (Lea usted con cuidado los siguientes pasajes: Ap. 1:13-18; 2:26, 27; 3:21; 5:5; 6:16; 11:15; 12:11; 14:1-12, 14-20; 17:14; 19:11). La idea del Cristo Vencedor es como un hilo que pasa a través de este libro desde el principio hasta el fin. Si es difícil creer esto, entonces lea y estudie las referencias que acabamos de ofrecer.

De todas estas referencias escogemos una sola para citarla completamente, a saber, 17:14: «Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores, y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles».[24]

Por tanto, cuando decimos que en 6:2 el jinete que monta el caballo blanco es el Cristo, estamos sencillamente expresando una idea que está de acuerdo con todo el libro.

En quinto lugar, la opinión de que el jinete montado sobre el caballo blanco en 6:2 es el Cristo, concuerda con lo que se encuentra en Mateo 10:34. Así como en aquel pasaje Cristo es quien trae la espada, de modo que Cristo y la espada siguen la una al otro, así también aquí en Apocalipsis 6:2, 3, el jinete montando el caballo blanco es seguido por el jinete montando el caballo bermejo, el cual recibe una espada.[25]

En sexto lugar, esta interpretación es corroborada fuertemente por su paralelo en el Salmo 45:3-5.

> «Ciñe tu espada sobre el muslo, oh valiente,
> Con tu gloria y tu majestad.

En tu gloria sé prosperado;
Cabalga sobre palabra de verdad, de humildad, y de justicia,
Y tu diestra te enseñará cosas terribles.
Tus saetas agudas,
Con que caerán pueblos debajo de ti».

La Septuaginta (LXX) dice, «Y en tu majestad cabalga, y dobla el arco, y prospera y reina...»

Note las semejanzas notables. Apocalipsis 6:2 describe al jinete como saliendo victorioso y para vencer; así mismo el Salmo 45 le describe de la misma manera, «En tu gloria sé prosperado». Apocalipsis 6:2 nos dice que el jinete tenía un arco; asimismo el Salmo 45 en la versión griega (LXX) nos dice la misma cosa. ¿Pero se refiere el Salmo 45 a Cristo? Respecto a esta cuestión no hay duda. Las mismas Escrituras repiten en Hebreos 1:8 una porción de esta descripción del jinete del Salmo 45 y nos dice que se refiere al «Hijo».

Por tanto, vemos que el Antiguo Testamento (y recuerde que el Apocalipsis está inmerso en los simbolismos del Antiguo Testamento)[26] describe al Mesías equipado con un arco (véase Ap. 6:2) y con una espada (véase Ap. 19:15), saliendo prósperamente. Entonces, ¿por qué no conceder que aquí en Apocalipsis 6:2 el jinete que monta el caballo blanco se refiere a la misma persona?[27]

En séptimo lugar, otro pasaje paralelo que se puede citar en apoyo de nuestra opinión es el de Zacarías 1:8-11. No es improbable que en la visión de Zacarías el jinete que monta el primer caballo se identifique con Cristo (véanse también Hab. 3:8, 9; Is. 41:2).

Nuestro Señor Jesucristo se encuentra venciendo es estos momentos, es decir, durante toda esta dispensación su causa se está adelantando porque ejerce su monarquía tanto espiritual como universal. Por medio de la Palabra (el evangelio, Mt. 24:15), y el Espíritu, los testimonios y las lágrimas de sus discípulos, su propia intercesión y las oraciones de ellos, los ángeles del cielo y los ejércitos en la tierra, las trompetas del juicio y las copas de la ira, nuestro Señor es victorioso, y sale venciendo y para vencer. Es muy probable que éste sea el significado del jinete montando el caballo blanco.[28]

Y ahora se presentan los otros caballos y sus jinetes. Tengamos cuidado con nuestra interpretación del significado de estos símbolos. Un método muy popular de interpretar el simbolismo de los cuatro caballos del Apocalipsis es el de arreglar en columnas paralelas Apocalipsis 6 y Mateo 24.[29] Luego se considera Mateo 24 como un

comentario completo sobre Apocalipsis 6. Es sumamente sencillo, tal vez demasiado sencillo. Ciertamente hay semejanzas notables entre Mateo 24 y Apocalipsis 6, pero también hay diferencias.[30] Recordemos que el simbolismo del Apocalipsis se arraiga en el Antiguo Testamento.[31] Para poder entender el simbolismo de los caballos y sus jinetes, es necesario considerar pasajes como Ezequiel 5:17; 14:21; Zacarías 1:8-11.

Ahora, ¿qué aprendemos precisamente de estos pasajes del Antiguo Testamento que podría ser útil en la explicación del significado de Apocalipsis 6?

En el libro de Ezequiel es Babilonia la que aflige a Judá, pero Babilonia a su vez es un instrumento en las manos de Jehová quien manda las pruebas con el fin de purificar a Jerusalén y santificar a su pueblo (véanse especialmente Ez. 11:19; 33:11). Asimismo, en el libro de Zacarías los jinetes segundo, tercero y cuarto están asociados con el primero, es decir, están a su servicio.

Posiblemente esto también sea cierto de los jinetes descritos en Apocalipsis 6. En base al Antiguo Testamento, no nos sorprendería que el segundo, tercero y cuarto jinete estuvieran subordinados al primero, es decir, son los instrumentos de Cristo para purificar y fortalecer a su pueblo. Ciertamente, es el mundo perverso que persigue a la iglesia.[32] Pero ese mundo a su vez no es más que un instrumento en la mano de aquel que ha tomado el rollo. Por tanto, Satanás fracasa debido a sus propias armas. Lo que fue destinado como un instrumento de exterminio, se convierte en un instrumento para fortalecer a la iglesia y para el avance del reino de Dios y la salvación de su pueblo.[33]

Leamos el discurso escatológico de Cristo relatado en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21. Aunque estos capítulos no nos dan una explicación completa y sencilla de Apocalipsis 6, sin embargo, debemos considerarlos. Cualquiera que lea este discurso de nuestro Señor Jesucristo, observará inmediatamente que entre las señales que anuncian la segunda venida de Cristo hay algunas que se refieren a la humanidad en general y otras que se refieren más directamente a los creyentes. (Véanse Mt. 24:6-10; Mr. 13:7-9). Citemos Lucas 21:10-13:

a. Las señales que se refieren a la humanidad en general: «Entonces les dijo: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá grandes terremotos, y en varios lugares hambres y pestilencias» etc.

b. Las señales que se refieren más directamente a los creyentes: «Pero antes de todas estas cosas os echarán mano, y os perseguirán,

y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre».

Aunque las calamidades que pertenecen al primer grupo y que los creyentes también experimentan son predichas aquí desde la perspectiva de su significado para los creyentes, la distinción entre los dos grupos es clara.

Si el simbolismo de Apocalipsis 6 revela una distinción semejante, de modo que, digamos, el segundo y tercer jinete describen particularmente lo que sucede a los creyentes porque se mantienen leales a su Señor, mientras que el cuarto jinete revela lo que los hijos de Dios experimentan junto con el resto del mundo, esto no nos sorprendería. Si Apocalipsis 6 está relacionado con Mateo 24, Marcos 13, y Lucas 21, entonces tal distinción es de esperarse.

2. *El caballo rojo.* Puesto que hemos estudiado ahora los pasajes que forman el contexto de Apocalipsis 6, dirijamos nuestra atención al segundo caballo y su jinete. El segundo «ser viviente» dice al segundo jinete, «Ven y mira». «Y salió otro caballo bermejo (o como de fuego); y al que lo montaba le fue dado poder de quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada (μάχαιρα)».

Creemos que este caballo y su jinete se refieren a la persecución religiosa contra los hijos de Dios más bien que a la guerra entre las naciones; que se refieren a la matanza y al sacrificio más bien que al militarismo. Los creyentes son matados «por causa de su nombre». El caballo y su jinete pertenecen a la categoría de señales más directamente relacionadas con los creyentes, es decir, la persecución que sufren de parte del mundo. Exponemos los siguientes argumentos a favor de este punto de vista.

En primer lugar, esta explicación concuerda hermosamente con el contexto inmediato. El segundo caballo sigue al primero, es decir, dondequiera que Cristo entra por medio de su Evangelio, su Espíritu, etc., allí sigue la espada de la persecución. Este pasaje concuerda también notablemente con Apocalipsis 10:9.

En segundo lugar, esta opinión se corrobora por el pasaje paralelo, Mateo 10:34: «... no penséis que he venido para traer paz a la tierra... sino espada (μάχαιρα). Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre... y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará».[34]

En tercer lugar, no debemos olvidar que leemos en nuestro pasaje «y que se *matasen* unos a otros». Este término no es el que Juan comúnmente usa para expresar el hecho de matar o hacer guerra. En los escritos del apóstol Juan, con una sola excepción (Ap. 13:3), esta palabra se refiere a la muerte de Cristo o a la ejecución de los creyentes. A continuación, estos son todos los pasajes donde Juan usa esta palabra, que en su forma verbal es muy peculiar de Juan. «Caín... mató a su hermano» (1 Juan 3:12): es este caso, es un hijo de Dios (Abel) el que fue asesinado. «... un Cordero como inmolado» (Ap. 5:6): en este caso, es Cristo en calidad de sacrificio por el pecado. «... porque tú fuiste inmolado» (Apocalipsis 5:9): en este caso, también la palabra se refiere a Cristo. «El Cordero que fue inmolado» (Ap. 5:12): la referencia se aplica claramente a Cristo. «Las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios» (Ap. 6:9): en este caso, la palabra se refiere a los creyentes. «Cordero que fue inmolado» (Ap. 13:8): la referencia se aplica a Cristo. «Y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra» (Ap. 18:24): la referencia se aplica claramente a los creyentes.

Sin embargo, en Apocalipsis 13:3 la «cabeza herida de muerte» pertenece a la bestia, que se adjudica el honor y el poder de Cristo.

Por tanto, es probable que también en el único pasaje restante (Ap. 6:4) la referencia principal se aplique a los creyentes. Parece que el pasaje se refiere a la persecución religiosa y no a la guerra en general.

En cuarto lugar, leemos que cuando se abre el quinto sello, Juan ve «las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios». Como ya se ha indicado, se usa en la versión original exactamente la misma palabra «muerto». Pero aquí se nos dice definitivamente que los que habían sido muertos, son creyentes. Habían sido muertos por causa de la palabra de Dios. ¿No es razonable suponer que los que vemos bajo el segundo sello *siendo* muertos, son los mismos que bajo el quinto sello *habían sido* muertos?

En quinto lugar leemos: «Y se le dio una gran espada (ma,caira)». La palabra «μάχαιρα» se usa en un sentido muy amplio, como puede observarse por medio de un estudio de las Escrituras con la ayuda de una concordancia. Sin embargo, significa estrictamente el cuchillo del sacrificio[35] el instrumento natural para la matanza mencionada. Es la palabra que se usa en la LXX, en Génesis 22:6, 10, en la historia del sacrificio de Isaac donde también se usa la palabra, «matar».[36]

Finalmente, tengamos presente que en este libro el Señor Jesucristo se dirige a los creyentes, los cuales cuando esta visión había sido dada,

estaban siendo perseguidos hasta la muerte. La matanza de creyentes era el problema más urgente que tenían, mucho más que la guerra en general.

Cada vez que aparece el jinete montado sobre el caballo blanco —el Cristo— le sigue el jinete montando el caballo bermejo (véase Mt. 5:10, 11; Lc. 21:12; Hch. 4:1; 5:17, etc.). Piense en Esteban y Pablo, Publio y Policarpo, Perpetua y Felícita, la Inquisición y la Noche de San Bartolomé, Armenia y Rusia, los esposos Stam (misioneros martirizados en la China).[37] El jinete montado sobre el caballo bermejo no representa a una persona específica, ni tampoco pertenece a una era particular. No hay ni un solo siglo que no tenga su jinete montado sobre el caballo bermejo: el mundo siempre persigue a la iglesia. Cristo siempre trae consigo la espada. La paz es quitada de la tierra (Mt. 10:34).

Sin embargo, ¡gloria a Dios! porque el cuchillo del sacrificio o la gran espada ha sido dada a este jinete. Todas las cosas están en las manos de Dios. El Cordero reina.

3. *El caballo negro.* El tercer «ser viviente» se dirige al tercer jinete y le dice: «Ven y mira», y este jinete sale cabalgando en su caballo negro. Este jinete tiene en su mano una balanza o romana (véase Ez. 4:10). El comer pan por peso indica una condición de dureza económica. Se oye en medio de los cuatro seres vivientes una voz diciendo: «Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario...» En otras palabras, equivale al salario de un día entero por una cantidad de trigo suficiente para sostener una sola persona solamente por un día (véase Mt. 20:2). Esto quiere decir que bajo tales condiciones un hombre podía sostenerse a sí mismo pero ¿qué de su familia? Es verdad que podía comprar cebada, el alimento más común, por una tercera parte del precio y así proveer alimentación para su familia, pero ¿es alimento todo lo que necesita una familia? ¿Qué de todas las demás necesidades? Cuando tales precios están en vigencia es muy difícil pagar uno sus gastos. Aquí no se habla del hambre porque estos precios, aunque subidos, de ninguna manera son precios que están en vigor durante tiempos de hambre. [38] Además, uno puede obtener todo el trigo que quiera, si tiene con que pagarlo. Pero este es precisamente el punto. ¿Cómo puede un hombre que está ganando tan poco proveer lo necesario para su familia cuando los precios están tan elevados? Para cierta gente va a ser muy difícil. Luego vamos a saber precisamente cuál grupo de personas es el que va a sufrir de esta manera.

La voz continúa hablando: «pero no dañes el aceite ni el vino». ¡Hay abundancia de vino y de aceite, que representan todas las comodidades de la vida! Sin embargo, están absolutamente fuera del alcance del hombre que apenas puede ganar lo suficiente para suministrar el alimento más ordinario para su familia. Ahora tenemos la imagen completa: vemos a los ricos disfrutando de abundancia de alimentos y también de todas las comodidades de la vida. Pero los pobres apenas tienen suficiente para mantener el cuerpo y el alma juntos.

Surge la cuestión: Cuando el vidente habla de esta pobre gente que sufre tanto, ¿en quién está pensando? La respuesta es clara. Es muy evidente según el libro del Apocalipsis que los creyentes eran pobres y, por lo tanto, carecían de las comodidades que otros tenían. Los primeros lectores de este libro habrían comprendido inmediatamente este símbolo. Del mismo Apocalipsis recibimos la siguiente información respecto a las condiciones económicas que existían en la iglesia en aquel tiempo.

En primer lugar, aprendemos que uno difícilmente podía seguir siendo miembro de un gremio obrero sin haber tenido que sacrificar sus principios y convicciones religiosas.[39] ¿Supongamos que una persona se retirara de tal organización? No se requiere una gran imaginación para darse cuenta que el resultado sería pérdida material y sufrimiento físico.

Aprendemos también que cualquiera que no tuviese «la marca de la bestia» no podía comprar ni vender (véase Ap. 13:17).

¿Acaso no ha sido así a lo largo de todos los tiempos? ¿No es verdad que el comportamiento humano tiende como regla a oprimir a los creyentes y de hacerlos sufrir necesidades físicas? ¿Cuántas veces los hijos de Dios han sido echados del trabajo, de su negocio o de su ocupación, porque insisten en mantenerse leales a sus convicciones? Por ejemplo, una persona se rehúsa a trabajar en el Día del Señor y se le despide. Por eso, se ve obligada a aceptar otro trabajo con menos sueldo. Tiene que sostener a su familia. No espere encontrar comodidades y lujo en su hogar. Otra por razones de conciencia se rehúsa a unirse a una organización de obreros que se adhiere a un sistema de violencia. La consecuencia: también pierde su puesto de trabajo, y mientras tanto, el rico opresor goza de abundancia, nadie daña su vino y su aceite.

El segundo y tercer jinete van de la mano. Ambos describen la persecución contra el pueblo de Dios. Algunos creyentes son asesinados. Su sangre es vertida. Estos son los mártires en el sentido más limitado

de la palabra. El segundo caballo (bermejo) y su jinete los describe. Pero no todos los creyentes sufren el verdadero martirio en este sentido. Sin embargo, en un sentido más general, los demás también son mártires. Sufren pobreza y opresión (véase 1 Co. 1:26). Durante todos los siglos de existencia de la iglesia, se puede ver al caballo negro y su jinete en su misión de infortunio esparciendo opresión, injusticia y aflicción económica.

Pero esta forma de persecución también es un instrumento en las manos de Cristo para el avance de su reino. El individuo tan duramente perseguido se da cuenta de su dependencia de Dios.

Así pues, el segundo y tercer jinete describen aquellas aflicciones que de una manera muy especial afectan a los creyentes. Simbolizan que a través de toda la dispensación, el mundo perseguirá a la iglesia en todas las maneras posibles. Recordemos que las dos formas de persecución mencionadas aquí, es decir, la matanza y la injusticia o la opresión económicas, representan todas las formas de opresión.

4. *El caballo amarillo.* ¿Pero son éstas las únicas pruebas que la iglesia tiene que experimentar en su camino hacia la gloria eterna? Sabemos que no. Así como en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21 se menciona un segundo grupo de tribulaciones, así también aquí. Hay ciertas tribulaciones que los creyentes sufren juntamente con el mundo, por la sencilla razón de que están en el mundo. El cuarto caballo y su jinete llaman nuestra atención a esta clase de pruebas.

Se abre el cuarto sello. El cuarto ser viviente dice: «Ven y mira», y ahora se ve un caballo amarillo verdoso,[40] un color pálido o más bien lívido y horrible, símbolo de enfermedad y de la muerte. El que monta[41] este caballo es un jinete que tiene por nombre Muerte. Quiere decir la muerte en general; sí, la muerte en su forma más universal, porque los instrumentos de muerte mencionados aquí afectan a los creyentes y a los incrédulos también. Y como sucede siempre, siguiendo a la Muerte, se ve al Hades.[42] La Muerte mata y el Hades —que simboliza el estado de existencia separado del cuerpo— recoge a los muertos.[43] Sin embargo, la Muerte y el Hades no pueden hacer lo que quieran. Actúan bajo el permiso divino. Se hace hincapié sobre esto para consuelo de los creyentes. Leemos que a la Muerte y el Hades *se les da* autoridad. Además, su círculo de acción es claramente limitado. Pese a que el territorio es muy grande, la cuarta parte de la tierra, sin embargo, sus límites han sido determinados claramente por el decreto divino, el cual es llevado a cabo por el Cordero. ¡Es la cuarta parte y nada más!

A éstos se les da potestad para matar «con espada, con hambre (o escasez), con mortandad (o muerte), y con las bestias de la tierra». Éstas son cuatro aflicciones que no han sido descritas bajo los sellos segundo y tercero. Este pasaje se basa claramente en Ezequiel 14:21, 22. Note la semejanza tan notable: «Por lo cual así ha dicho Jehová el Señor: ¿Cuánto más cuando yo enviare contra Jerusalén mis cuatro juicios terribles, espada, hambre, fieras y pestilencia, para cortar de ella hombres y bestias? Sin embargo, he aquí quedarán en ella un remanente...». Aquí en Apocalipsis 6:8, se mencionan casi en el mismo orden los mismos juicios.

Primero, matar con la espada. Aquí la palabra «matar» no significa matanza como en el segundo sello, sino que se refiere a la guerra. También la palabra traducida «espada» es diferente. No es μάχαιρα, sino ῥομφαία. No es el cuchillo del sacrificio, o la espada corta, sino la espada grande, semejante a la usada por David para cortarle a Goliat la cabeza. En la versión griega (LXX) de Ezequiel 14:21 encontramos la misma palabra (ῥομφαία) que se usa aquí en Apocalipsis 6:8. ¡Aquí se habla de guerra! Los comentaristas que insisten en que el segundo caballo y su jinete se refieren a la guerra, se meten en problemas cuando tienen que explicar el cuarto caballo. Y si, además de esto, han interpretado el tercer sello como indicador del hambre, entonces no saben qué hacer con el cuarto sello que también indica hambre. Buscan una salida al problema enseñando que las tribulaciones de los sellos segundo y tercero se repiten bajo el cuarto —una repetición algo improbable e ininteligible— o diciendo que mucho de lo que se describe bajo el cuarto sello es una interpolación.[44] Esto, por supuesto, es una manera muy conveniente para despachar un problema, es decir, echarle la culpa al escriba.

Sin embargo, un estudio cuidadoso revela que estos cuatro sellos indican ciertas clases de tribulaciones que se pueden distinguir fácilmente. Además, el cuarto sello describe cuatro tribulaciones universales.[45] Se las considera aquí con respecto a su significado para la iglesia. Se menciona primero la guerra, no solamente una guerra en particular, sino la guerra entre las naciones por dondequiera y todas las veces que suceda a lo largo de toda la dispensación. Según Apocalipsis 2:16 y 19:21, es evidente que la espada (ῥομφαία) se refiere a la guerra.

Después, se menciona el hambre. Ésta también es una tribulación muy general, mencionada muchas veces en la Biblia. Cuando una ciudad es sitiada en tiempos de guerra, la hambruna es una consecuencia lógica.

Y el hambre, a su vez, es seguido muchas veces por la pestilencia o se le asocia con ella. La pestilencia aquí y también en la traducción griega (LXX) en Ezequiel 14:21, se llama «muerte», así como aun hoy es llamada por nosotros «la muerte negra». Puesto que se menciona aquí en conexión con el hambre, es probable que se refiera a la verdadera pestilencia, la peste bubónica.[46] Cualquiera que desee una descripción muy interesante de la peste bubónica, debe leer 1 Samuel 5-7.[47] Para entender la conexión muy definida que existe entre el hambre y la pestilencia, véase Jeremías 21:6-9; Lucas 21:11.

Finalmente, así como en Ezequiel, aquí también se mencionan las bestias de la tierra (véase 2 R. 17:25). Estas bestias no saben distinguir entre creyentes e incrédulos. Despedazan y devoran todo lo que encuentran, sea adentro o afuera de los anfiteatros romanos.

Por consiguiente, estas cuatro tribulaciones —guerra, hambre, pestilencia y bestias de la tierra— son generales en carácter. Además, estas cuatro son simbólicas de todas las tribulaciones universales que los creyentes sufren junto con el resto de la humanidad a lo largo de toda la dispensación. Sin embargo, con respecto a la iglesia estas tribulaciones significan algo muy específico. Nuestro Señor Jesucristo usa estas tribulaciones como instrumentos para la santificación de su iglesia y para la extensión de su Reino.[48]

Hemos llegado a la siguiente conclusión respecto al significado de los cuatro jinetes del Apocalipsis:

El jinete que monta el caballo blanco es nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio.

El jinete que monta el caballo bermejo es la matanza.

El jinete que monta el caballo negro representa dificultad económica y pobreza debida a la injusticia.

El segundo y tercer sello simbolizan la persecución dirigida directamente contra la iglesia por parte del mundo.

El jinete que monta el caballo amarillo representa la muerte, la espada (la guerra), el hambre, la pestilencia, las bestias. Éstas son las tribulaciones comunes a la humanidad descritas aquí desde el aspecto de su efecto sobre el reino de Dios.

F. El clamor de los mártires (6:9-11)

«Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor,

santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?»

No olvide que lo que Juan ve no es el cielo ni el universo mismo, sino una visión simbólica. En esta visión el apóstol ve el altar, que aquí aparece como el altar del holocausto, al pie del cual tenía que ser derramada la sangre de los animales degollados (Lv. 4:7). Debajo de este altar Juan ve la sangre de los santos que han sido muertos. Vio sus almas, porque «la vida de la carne en la sangre está» (Lv. 17:11). Habían ofrecido sus vidas como un sacrificio, habiéndose adherido con tenacidad al testimonio que habían recibido respecto al Cristo y la salvación en él. Éstas son las almas que bajo el segundo sello estaban siendo asesinadas.[49] Estas almas claman en voz alta venganza contra sus asesinos.

Surge la pregunta: ¿cómo podemos armonizar este clamor por juicio y venganza con la oración de Cristo a favor de sus enemigos (Lc. 23:34), y con la oración de Esteban: «Señor, no les imputes este pecado» (Hch. 7:60)? Contestamos: estos mártires no piden retribución para su propio bien sino por consideración a Dios. Estos creyentes fueron muertos porque pusieron su fe y confianza en Dios, ¡Al matarlos el mundo le ha despreciado a él! ¿No es verdad que Dios mismo afirma que la voz de la sangre de sus santos clama por juicio? (Gn. 4:10; véase Heb. 11:4). Individuos insignificantes, meros habitantes de esta tierra, han desafiado al santo, verdadero y soberano Señor del universo. Han retado sus atributos. Si no se hace plena retribución, la justicia y soberanía de Dios no resplandecerán en todo su perfecto esplendor. No, el santo en gloria no desea venganza personal, como tampoco la deseaba Esteban, pero anhela la llegada de aquel gran día cuando la majestad y la santidad, la soberanía y la rectitud de Dios en Cristo serán reveladas públicamente.

A cada uno de estos muertos se les da un ropaje blanco, simbolizando la rectitud, la santidad y la alegría. Se les da la seguridad de que sus oraciones serán contestadas, pero el tiempo del día de juicio no ha llegado todavía. Por tanto, estas almas de los mártires tienen que gozarse por «un poco de tiempo» en su reposo celestial, hasta que se haya introducido en el redil a todos los elegidos y haya sido completado el número de los mártires. Dios sabe el número preciso. Ha sido determinado desde la eternidad en su decreto. Hasta que aquel número se haya cumplido en la tierra, el día del juicio final no puede venir.

G. El juicio final (6:12-17)

El sexto sello, por consiguiente, introduce[50] el día del juicio. Describe la única gran catástrofe al fin de esta época. El miedo y el terror, el espanto y la consternación de aquel día se describen bajo el doble simbolismo de un universo despedazándose estrepitosamente y una raza humana completamente aterrorizada.

El terror de aquel gran día se refiere, por supuesto, solamente a los malos. Pero, puesto que en la segunda venida de Cristo habrá en la tierra solamente unos cuantos creyentes (Lc. 18:8), podemos decir que el mundo en general estará sobrecogido de alarma. En esta conexión es interesante observar que este derramamiento final de la ira divina sobre la humanidad se describe bajo el sexto sello —seis, o más bien, seiscientos sesenta y seis, que es el número del hombre (Ap. 13:18)— y está representado aquí como afectando seis objetos de la creación y como distribuido entre seis clases de hombres.[51]

Note los seis objetos enumerados en esta descripción simbólica del terror del día del juicio:

Primero, hay un gran terremoto (véase especialmente Ez. 38:19; Am. 8:8; Jl. 2:10; Mt. 24:29). Imagínese a la tierra subiendo y bajando en rápido oleaje como una indicación del poder y la ira de Dios.

Entonces, en conexión con este terremoto, el sol se oscurece como un saco de cilicio, y la luna llena se torna toda como de sangre. Muchas veces en conexión con los terremotos el cielo se oscurece, pero se da a entender más que esto en esta descripción simbólica. Ésta no es una oscuridad ordinaria, tampoco un eclipse, no, aun la luz del sol es borrada, y el color de la luna es semejante al de la sangre. En la imagen que Juan ve todo esto es muy real. Sin embargo, debemos tener cuidado en llegar a conclusiones precipitadas. Consideremos la imagen entera.[52] No tenemos derecho, basados en esta descripción, de sacar conclusiones acerca de los cambios exactos que sucederán en los cielos al final de esta época. Lo que tenemos aquí es un cuadro simbólico del terror del día del juicio. El símbolo entero nos enseña *una* sola lección, es decir, que la efusión final y completa de la ira de Dios sobre un mundo que ha perseguido a la iglesia será verdaderamente terrible.

Ya se han mencionado tres objetos, a saber, el terremoto, el sol y la luna. Ahora, el cuarto: las estrellas del cielo caen sobre la tierra, como la higuera echa sus higos no maduros cuando es sacudida por viento violento. Sin duda Juan había visto estos higos de invierno escondidos debajo de las hojas hasta que se secaron y cayeron como la lluvia durante un chubasco cuando la higuera era movida por fuertes

vientos. Asimismo se ven las estrellas cayendo de sus órbitas. Caen sobre la tierra, no cometas ni meteoros, sino estrellas. Tal vez dirá, «¿Cómo es posible esto? Es demasiado pequeña la tierra para que caiga sobre ella aún una sola estrella». Volvemos a decir que esto es una imagen. Hay cosas que son posibles en las imágenes pero no son posibles en la realidad. Pero al decir esto, no negamos, por supuesto, que en conexión con el fin de esta época presente habrá una dislocación completa de los cielos, un rejuvenecimiento del universo. Las Escrituras lo enseñan muy claramente (2 P. 3:10-13, etc.). Tampoco negamos que este pasaje se refiera a este hecho (véase Mt. 24:39). Pero el objeto principal del pasaje es el de dar énfasis al terror que sentirán los malos en el día del juicio. Los elementos desechos, el terremoto, las estrellas cayendo, etc., todo esto añade a la imagen aún más terror.

En esta imagen tan vívida y terrible Juan ve el mismo cielo enrollándose como un pergamino (véase Is. 34:4). El sexto y último objeto mencionado es «todo monte y toda isla». Estos montes e islas desaparecen completamente, siendo removidas de sus lugares.

De nuevo, tomando el cuadro en su totalidad, trate de representarse lo que Juan vio: el cielo mismo enrollándose como un pedazo de papel o como un pergamino; el sol con su luz borrada de modo que parece un saco de cilicio; la luna llena como una inmensa y espantosa bola sangrienta; las estrellas echadas de sus órbitas y precipitadas sobre la tierra en grandes chubascos; la tierra misma temblando con gran violencia, haciendo que todas las casas sean derribadas estrepitosamente; y todo monte y todas las islas de repente desaparecen. ¡Que imagen tan terrible de horror y desesperación, de confusión y consternación para los malos!

Observemos cuáles son las seis clases de personas sobre las cuales cae este terror.

Primero, los reyes de la tierra, los dictadores y los supremos gobernantes políticos. Después, los príncipes, los que siguen a los reyes en autoridad. Tercero, los oficiales, los dictadores y generales militares. Cuarto, los ricos, los líderes del comercio y de la industria. Estos son los capitalistas, los magnates del dinero. Quinto, los fuertes, los que ejercen una influencia poderosa en cualquiera esfera ya sea física o educativa. Sexto, todo esclavo y todo libre, las clases inferiores en su totalidad, consistiendo en los que todavía estaban sirviendo como esclavos o los libres de la esclavitud.

Así bajo el simbolismo de estas seis clases Juan ve a todo el mundo impío sobrecogido de un miedo repentino, aterrorizado y huyendo

de algo mucho más terrible que montañas desmoronándose y rocas cayendo. Buscan refugio en la misma muerte. Si solamente les sobreviniera ahora mismo la muerte; Juan oye voces y gritos de agonía dados por miles de voces. Reyes y esclavos, príncipes y siervos se sienten sobrecogidos por la misma agonía y desesperación. Se escucha este lamento tan terrible: «Montes y peñas, caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?» ¡Una vez llegado aquel día se cerrará para siempre la puerta de la gracia!

Pero aunque no se llevará a cabo hasta el día del juicio la retribución final y completa, aun ahora durante esta época actual los juicios son enviados sobre la tierra porque los malos persiguen a los hijos de Dios. A lo largo de toda la historia, los sellos de persecución son siempre seguidos por las trompetas de juicio. Éste es un principio en el gobierno moral divino de este mundo. Debemos tener en cuenta este principio cuando leemos los acontecimientos del día.

H. La multitud sellada (7:1-17)

Estas trompetas de juicio son descritas en los capítulos 8 y 9. Pero aun en el principio del capítulo 7 parece que todo está listo para la ejecución de estos juicios. Entonces, ¿por qué no caen sobre los incrédulos? Todo está preparado: los vientos de calamidad están por empezar su misión destructiva; los cuatro ángeles —cuatro porque ellos controlan los instrumentos de destrucción por toda la tierra, y en todas las direcciones, norte, sur, oriente y occidente —todos están listos para llevar a cabo su labor de hacer daño a la tierra y al mar (Ap. 7:2). Luego, repentinamente, Juan ve otro ángel subiendo del oriente. Tiene el sello del Dios viviente. Clama a los cuatro ángeles que están controlando o deteniendo los cuatro vientos del juicio, y con gran voz les dice: «No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios».

Querido lector, si el sello de Dios está en su frente, no hay necesidad de temer las trompetas del juicio. Estos juicios son los castigos que recibirá el mundo impío y perseguidor. No le harán ningún daño. Jehová ha cargado en Cristo el pecado de todos los creyentes (Is. 53:6). Descanse en la seguridad de que «a los que a Dios aman, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme al propósito son llamados» (Ro. 8:28).

Este acto de sellar es la cosa más preciosa debajo del cielo. Las Escrituras hablan del sello en un sentido triple. Primero, un sello *protege* contra la manipulación o tratar de forzar algo. Así, el sepulcro de Jesús fue asegurado o sellado con una guardia (Mt. 27:66, véase también Ap. 5:1). Segundo, un sello *marca* propiedad. Así, leemos en el Cantar de los Cantares 8:6, «Ponme como un sello sobre tu corazón». Tercero, un sello *certifica* un carácter genuino. Así, el decreto de que todos los judíos tenían que ser destruidos fue sellado con el anillo del rey Asuero (Est. 3:12).

El cristiano está sellado en este sentido triple. El Padre le ha sellado, porque el creyente goza de la protección del Padre durante toda su vida. El Hijo le ha sellado, porque con su propia sangre preciosa ha comprado y redimido al creyente. Por tanto, somos suyos. El Espíritu le ha sellado (Ef. 1:13) porque certifica que somos hijos de Dios (Ro. 8:16).

En el pasaje que estamos estudiando el énfasis se halla en la posesión y su consecuente protección. Note que los hijos de Dios son sellados «en sus frentes». En el capítulo 14 encontramos de nuevo esta misma multitud sellada, los ciento cuarenta y cuatro mil. En ese capítulo leemos que tienen en sus frentes el nombre del Cordero y el nombre del Padre. Aquel nombre, muy probablemente, es el sello.[53] (Véase también Ap. 22:4).

Juan escucha el número de los sellados. No ve el número exacto porque los sellados están todavía en la tierra. Sólo Dios sabe cuántas personas verdaderamente selladas hay en la tierra. El número es ciento cuarenta y cuatro mil. Esto, por supuesto, es simbólico. Primero el número tres, que indica la Trinidad, es multiplicado por cuatro, que indica la creación entera, porque los sellados vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur. Tres multiplicado por cuatro son doce. Por tanto este número indica: la Trinidad (3) operando en el universo (4).[54] Cuando el Padre por medio del Hijo en el Espíritu realiza su obra salvadora en la tierra —lo divino (3) operando en el universo (4)— vemos en la antigua dispensación a los doce (3 x 4) patriarcas y en la nueva a los doce apóstoles. Para tener una idea de la iglesia de la antigua y de la nueva dispensación, tendremos que multiplicar este número doce por doce. Esto nos da ciento cuarenta y cuatro.

En completa armonía con esta representación, leemos en Apocalipsis 21 que la santa ciudad Jerusalén tiene doce puertas y doce fundamentos. En estas doce puertas están escritos los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. Y en los doce fundamentos están escritos los nombres

de los doce apóstoles del Cordero (Ap. 21:9-14). Leemos también que la altura del muro es de ciento cuarenta y cuatro codos (Ap. 21:17).

Por tanto, es claro que la multitud sellada en Apocalipsis 7 simboliza a la iglesia militante entera de la antigua y de la nueva dispensación. Con el objeto de acentuar el hecho de que esto significa no una pequeña parte de la iglesia, sino a la iglesia militante entera, este número ciento cuarenta y cuatro es multiplicado por mil. Mil es 10 x 10 x 10, lo que indica un cubo perfecto, entereza reduplicada.[55] (Véase Ap. 21:16). Los ciento cuarenta y cuatro mil sellados de las doce tribus del Israel literal simbolizan al Israel espiritual, la iglesia de Dios en la tierra.

Es una equivocación decir que, en última instancia, el símbolo indica Israel según la carne. El apóstol sabía sin duda que diez de las doce tribus habían desaparecido en Asiria, al menos en sumo grado, mientras Judá y Benjamín habían perdido su existencia nacional cuando Jerusalén cayó en el año 70 d.C. Además, si el símbolo significa a Israel según la carne, ¿por qué omitir a Efraín y Dan? Seguramente no todos los de la tribu de Dan estaban perdidos. Note de nuevo el orden en que las tribus están ubicadas. Se menciona primero no a Rubén, sino a Judá. Recuerde que nuestro Señor Jesucristo era de la tribu de Judá (Gn. 49:10). Aun el hecho de que exactamente doce mil fueron señalados de cada tribu —armonía en medio de la variedad— debe bastar para indicar que estamos tratando con un símbolo, como ya se ha indicado. En cuanto al significado de este símbolo, no se nos deja en la ignorancia. En primer lugar, el número mismo, siendo el producto de ciento cuarenta y cuatro multiplicado por mil, se explica completamente en Apocalipsis 21, como hemos mostrado. Según este capítulo, este número indica la iglesia de la antigua y de la nueva dispensación. Además, en el capítulo 14 vemos de nuevo esta misma multitud, los ciento cuarenta y cuatro mil. Aquí nos dice claramente que son aquellos que han sido comprados de entre los de la tierra. Representan a los que siguen al Cordero por dondequiera que vaya. Por tanto, representan a la iglesia militante entera, como se enseña claramente también en Apocalipsis 22:4.[56] Son la propiedad de Cristo, porque los compró con su preciosa sangre, y el Padre (por medio de Cristo, en el Espíritu) los protege. ¡Que soplen los vientos; no podrán hacer daño al pueble de Dios! ¡Que vengan los juicios; no podrán herir a sus elegidos!

Después de estas cosas Juan mira la visión más gloriosa de todas. Es una visión de la iglesia triunfante en la eternidad, cuando more para siempre en la misma presencia de Dios y de su trono. Es una gran compañía, la cual ninguno puede contar, aunque el Señor conoce el

número exacto (2 Ti. 2:19). Son los redimidos de todas naciones, y linajes, y pueblos, y lenguas.[57] Es claro que se incluye a los elegidos de Dios del pueblo judío; están representados tanto judíos como gentiles. Están delante del trono y del Cordero, quien está sentado ahora sobre el trono (Ap. 5:7). Estar delante del trono y del Cordero significa tener compañerismo con el Cordero, servirle y participar en su honor. La grande e innumerable compañía está vestida con ropas blancas. Estas ropas indican alegría y felicidad; su blancura simboliza virtud y santidad (véase 7:14). Juan ve a estos bendecidos con palmas en sus manos. Estas palmas indican salvación (Jn. 12:13). Por consiguiente se oye a esta gran multitud clamando en alta voz: «La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero». Leemos literalmente «la» salvación, no salvación en general, sino aquella salvación muy especial (del pecado y de todas sus consecuencias) de la cual estos redimidos están gozando ahora. Atribuyen esta obra de salvación no a su propia sabiduría y bondad, sino a Dios y al Cordero. De la misma manera nosotros cantamos:

> «Tú eres, oh Dios, nuestra exaltación, la gloria de nuestro poder;
> Tu soberana gracia es siempre nuestra fortaleza y nuestro castillo.
> Levantamos en alto nuestras cabezas, porque Dios nuestro amparo, nos encubre;
> Por él, sólo por él, cuya presencia está delante de nosotros,
> Recibiremos la corona del vencedor, no más asaltados por los enemigos,
> Venceremos por medio de nuestro Rey, exaltado por el Dios de Israel».

Los ángeles rodean esta compañía de redimidos (véase el diagrama al principio de este capítulo). Rinden homenaje a Dios y por medio de un doble «amén» y una séptupla atribución de alabanza (7:12) dan testimonio de que están de acuerdo con la adoración de la iglesia triunfante (véase 5:11). «Y respondió uno de los ancianos, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes».

Ahora es un anciano el que habla (7:13; véase 5:5). Es uno que sabe por experiencia lo que es la salvación. Le pregunta a Juan, no para ser informado por el apóstol, sino para que la atención de Juan sea fijada en aquella multitud innumerable; especialmente en este milagro sorprendente, a saber, que todos éstos que una vez fueron pecadores

ahora son justos y santos, vestidos de ropas blancas. El apóstol, al decir, «Señor, tú lo sabes», indica su deseo de oír la explicación respecto a este gran milagro.

Esta sección, que comprende los capítulos 4-7, se termina con la explicación dada de una manera sublime y hermosísima por el anciano. Tenga en cuenta que el tema de esta sección es *la iglesia en tribulación.* Hemos visto al caballo bermejo de la matanza, al caballo negro del hambre y de la injusticia, al caballo amarillo de la muerte. Hemos oído los gritos de las almas de los que habían sido muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que mantenían. Hemos visto que todas estas pruebas son controladas por aquel que está sentado sobre el trono. Ahora, nos queda claro también que la iglesia no permanece en medio de la tribulación. La compañía innumerable consta de personas que salen de la gran tribulación. Leemos, «Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos».

El anciano le dice a Juan que estas gentes vestidas con ropas blancas salen de «la gran tribulación». Esta tribulación es grande porque lo incluye todo. Todas las persecuciones y pruebas del pueblo de Dios, simbolizadas por los sellos, están incluidas en ella. Por consiguiente, vemos la unidad que existe en esta sección entera, capítulos 4-7. La enseñanza principal es que los santos «superan» sus tribulaciones. En español se dice que una persona «ha pasado a mejor vida» para indicar que ha dejado de sufrir. Esto es lo que sucede cuando muere un creyente.

Estos santos que Juan ve en la visión han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero (véase 1 Jn. 1:7; Heb. 9:14). En otras palabras, han puesto toda su confianza en la sangre salvadora de Jesucristo. Esta sangre, que representa la expiación perfecta que nuestro Señor ha provisto, los ha limpiado de toda culpa y de la contaminación del pecado. Han sido blanqueados por la sangre carmesí de Cristo.

Por esto están delante del trono de Dios. Aparecen delante del trono sólo aquellos que han puesto su confianza en Cristo y en su expiación. Lo adoran, es decir, le rinden la espontánea, alegre y completa devoción del corazón. Es una adoración incesante. Además, estos santos redimidos

en la gloria, experimentan el más dulce, perfecto e íntimo compañerismo con Dios por medio de Cristo. Le adoran en su santuario, es decir, en su misma presencia. El que está sentado sobre el trono los trata como a sus propios y queridos hijos, porque son tales por su gracia. Su presencia como una tienda los cubre. Negativamente, su salvación consiste en esto, son librados de toda preocupación y aflicción, de toda prueba y persecución, no les afligirá más el hambre, ni sed, ni calor. Positivamente, su salvación significa esto, gozan de la felicidad más perfecta; el Cordero es ahora su Pastor (véase Sal. 23; Jn. 10:11, 14). ¡Piénselo, un *Cordero* actuando como *pastor*! Este Cordero guía a su rebaño a fuentes de aguas de vida. El agua simboliza la vida eterna y la salvación (Is. 55:1; Jn. 7:38, 39). Las fuentes de agua indican el origen de la vida, porque por medio del Cordero los redimidos tienen para siempre compañerismo continuo con el Padre.

Finalmente, la cosa más preciosa de todas: «Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos». ¡Las lágrimas no son meramente limpiadas ni aun secadas, sino que son enteramente quitadas de sus ojos, de modo que no queda nada sino el perfecto gozo, la felicidad, la gloria, el compañerismo más dulce y la vida en abundancia! Y Dios mismo es el autor de esta salvación tan perfecta.

CAPÍTULO X

Apocalipsis 8-11: Las siete trompetas

Dos veces hemos contemplado con admiración cómo fue desarrollándose el panorama de la historia de la iglesia. Vimos los candeleros y en medio de ellos al Hijo del Hombre. Oímos su voz amonestar con ternura, reprobar encarecidamente y prometer con generosidad. Al leer las siete bellísimas epístolas, parecía como si el Señor estuviera acercándose cada vez más a nosotros hasta que le vimos llamar a la puerta misma. Luego, cuando estábamos anhelando el pleno cumplimiento de su promesa de entrar y cenar con nosotros, cesó la visión, pero su impresión sobre nuestra alma es indeleble. A través de nuestras lágrimas amargas, vemos a nuestro Salvador muy cerca de nosotros, lleno de un tierno amor y de ese poder sustentador. Lo vemos como la luz del mundo. Esa luz está resplandeciendo por medio de nosotros: las iglesias son los candeleros (véanse los capítulos 1-3).

De nuevo las edades volvieron atrás en su vuelo... hasta el momento mismo de la ascensión de nuestro Señor. Sorprendidos, vimos una puerta abierta en el cielo. Mirando por esta puerta vimos un trono del cual salían relámpagos, truenos y voces. Por medio de antífonas de gratitud, los seres celestiales que rodeaban el trono estaban testificando de la soberanía de aquel cuyo semblante quedó oculto detrás del lustre brillante del diamante y el rojo ígneo del sardio. De repente, vimos aquel acontecimiento central, es decir, la coronación de Jesús, quien tomó el rollo de la mano derecha del Señor en el trono. Oímos a un

anciano que decía: «No llores. He aquí que el león de la tribu de Judá... ha vencido».

Por lo tanto, cuando se abrió el primer sello, no nos sorprendió ver a este mismo Jesús que salió venciendo y para vencer. Pero este jinete sentado sobre el caballo blanco es seguido siempre por el que está sentado sobre el caballo bermejo; dondequiera que nuestro Señor Jesucristo empieza a esgrimir su cetro espiritual, Satanás comienza a blandir su espada. Los sellos describen la persecución de la iglesia por el mundo, y no solamente la persecución sino toda clase de pruebas y tribulaciones. Por medio de la visión de las almas que están debajo del altar, recibimos la seguridad de que la matanza de los santos será vengada. Aunque se reserva la retribución final y completa para aquel gran día de Jehová, aun ahora los sellos de la persecución son seguidos muchas veces por las trompetas de juicio. Pero antes de la introducción de estas trompetas, la iglesia militante es sellada con el objeto de protegerla de todo daño. Finalmente, vimos a la iglesia triunfante que ha salido de la gran tribulación y se regocija siempre en la presencia inmediata y gloriosa del Cordero (capítulos 4-7). Ahora, todo está listo para las trompetas de juicio.

Estas trompetas de juicio (capítulos 8-11) indican una *serie* de acontecimientos, es decir, calamidades que ocurren muchas veces durante toda esta dispensación.[1] No simbolizan eventos individuales y distintos, sino que se refieren a las calamidades que se pueden ver cualquier día del año en cualquier parte del mundo. Por tanto, las trompetas sincronizan con los sellos.

Además, es evidente que estas trompetas de juicio son retribuyentes en su carácter. Calamidades terribles suceden a los malos con el fin de castigarlos por su oposición a la causa de Cristo y por su persecución a los santos. Sin embargo, aun por medio de estos juicios, Dios está continuamente llamando a los impíos al arrepentimiento. Estas calamidades no simbolizan el disgusto final y completo de Dios. En cambio indican sus juicios *iniciales*. Están llenas de serias admoniciones, pero no simbolizan el juicio final. Recuerde que las trompetas advierten, las copas son derramadas. Es por esta razón que las trompetas no afectan toda la tierra, sino una tercera parte de ella, del mar, de las aguas, del sol, de la luna y de las estrellas. La función misma de la trompeta es la de advertir (Ez. 33:3).

Observe que estas trompetas de juicio afectan a las diferentes partes del universo: la tierra, el mar, etc. No hay refugio alguno para los malos. Sin embargo, se puede ver un cierto orden. Las primeras cuatro

trompetas causan daño a los malos en su ser físico; las últimas tres causan angustia espiritual: ¡el infierno mismo es desatado!

Se expresan estos juicios en un lenguaje que nos recuerda las diez plagas de Egipto. Note «el granizo y fuego» (Ap. 8:7); «la oscuridad» (Ap. 8:12; y «las langostas» (Ap. 9:3). Sin embargo, la descripción que encontramos aquí en el Apocalipsis es mucho más terrible: el granizo y el fuego están mezclados con *sangre;* ¡las langostas no causan daño a la hierba de la tierra ni a ningún árbol, sino solamente a las personas! Estos juicios caen sobre el mundo impío y perseguidor, que espiritualmente se llama Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado (11:8). No causan daño a los creyentes.

A. El séptimo sello (8:1-6)

«Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora».

¿Por qué este silencio? ¿Fue hecho para que se pudiesen oír en el cielo las oraciones de los hijos de Dios perseguidos en la tierra?[2] Es nuestra opinión que aquí, como siempre, tenemos que buscar la interpretación en el simbolismo del Antiguo Testamento. Ahora, en los libros de los profetas, la salida del Todopoderoso con el fin de juzgar es presentada muchas veces con una referencia al silencio. Por ejemplo, en Habacuc 2:20 leemos, «Mas Jehová está en su santo templo: calle delante de él toda la tierra» (véase también Sof. 1:7 y Zac. 2:13). Aquí en Apocalipsis, de una manera semejante, se introduce el silencio con el fin de prepararnos para el carácter terrible de los juicios que se describirán en seguida. Este silencio hace mucho más solemne las manifestaciones de la ira de Dios. Tan espantosa y terrible es esta retribución inicial que está por infligirse sobre los impíos, que los habitantes del cielo por mucho tiempo —media hora— se quedan asombrados, mudos, sorprendidos, atónitos. Además, Dios no aflige «de su corazón», y esto también es otra razón por la que hay silencio en el cielo (Lc. 19:41; Lm. 3:33; Ez. 33:11). Y ahora Juan ve a los siete ángeles que están delante de Dios —una orden muy superior de ángeles— a cada uno de los cuales les es dada una trompeta.[3] Aparece en la escena otro ángel. Está de pie delante del altar, que es aquí el altar de oro del incienso.[4] Este ángel tiene un incensario de oro, y se le da mucho incienso. Observe que se le da el incienso: el ángel no trae su propia ofrenda. ¿Estamos exagerando el significado del símbolo cuando concluimos que este incienso dado al ángel representa la intercesión en el cielo de nuestro Salvador a favor de su iglesia perseguida en la

tierra?[5] ¿No es cierto que aquella intercesión, basada sobre la expiación, es lo que santifica y purifica nuestras oraciones? Traducimos la siguiente cláusula como sigue: «Para que lo diese para las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono».

Estos santos que sufren persecución y tribulación están orando, pero su vida de oración es imperfecta,[6] y es necesario que sea incensada por la intercesión de Cristo. Una vez incensadas estas oraciones, el vidente nota que el humo sube a la presencia misma de Dios, es decir, las oraciones de los santos, las cuales suben con el humo del incienso, son oídas en el cielo. El Señor en el trono ve los suspiros y los sufrimientos de sus hijos que están en medio de la tribulación, y asimismo oye sus peticiones y acciones de gracias. El ángel entiende esto; sabe que las oraciones son oídas. Por lo tanto, toma el incensario, vacío ahora del incienso; lo llena del fuego del altar, y lo echa en la tierra. En otras palabras, *Dios ha oído las oraciones de los santos y los juicios sobre la tierra son su respuesta*. Además, para demostrar que esto no es meramente el modo de ver del ángel, sino que es de Dios, leemos: «y hubo truenos, y voces, y relámpagos, y un terremoto». Debido a esto, los siete ángeles se preparan para tocar las trompetas.

B. Las primeras cuatro trompetas (8:7-13)

El primer ángel toca su trompeta, lo que resulta en tempestad de granizo y fuego. Se ven el granizo y el fuego como mezclados con sangre, lo que acentúa su carácter destructivo. Por lo tanto, leemos que la tercera parte de la tierra, la tercera parte de los árboles y toda la hierba verde fueron quemadas. Probablemente esta primera trompeta indica que a lo largo de todo el período que se extiende desde la primera hasta la segunda venida, nuestro Señor, que está reinando ahora en el cielo, afligirá a los perseguidores de la iglesia con varios desastres que sucederán en el mundo, es decir, contra la tierra. Las palabras, «que fueron lanzados sobre la tierra» indican claramente que estas calamidades, sea cual fuere su naturaleza, son controladas en el cielo, y en cierto sentido orgánico son enviadas por nuestro Señor.

El segundo ángel toca su trompeta. Juan ve lo que parece ser una enorme montaña en llamas lanzada al mar. Note que no ve una montaña real sino *lo que parecía ser* una montaña. Lo que vio simboliza el terror del juicio de Dios sobre el mar. Nuestro Señor no solo usa las calamidades en la *tierra* como instrumento para castigar y advertir al malvado; también usa al *mar* como instrumento contra ellos. Debemos interpretar *todos* los desastres que se dan lugar en el mar

desde esta perspectiva. La imagen de una montaña lanzada al mar es el símbolo más vívido de calamidades marítimas, especialmente cuando la montaña arde en fuego. Simboliza muchos problemas y conmoción (véase Sal. 46:2; Is. 34:3; 54:10; Ez. 38:20; Mi. 1:4; Nah. 1:5; Job 9:5; etc.). Este juicio es más severo que el primero: un tercio del mar se convierte en sangre; un tercio de todas las criaturas vivientes en el mar mueren; un tercio de todas las embarcaciones son destruidas y con ellas, claro, los pasajeros y la tripulación.

El tercer ángel toca la trompeta. Primero, la vegetación (la primera trompeta), después el mar (la segunda trompeta), y ahora las aguas de la tierra son usadas por nuestro Señor Jesucristo como instrumentos contra los impíos. La idea en general es ésta: «Hijos de Dios perseguidos, recordad que vuestro Salvador ve vuestras lágrimas y no olvida vuestras aflicciones. Los perseguidores impíos no encontrarán en ninguna parte verdadero descanso ni tampoco gozo permanente. No solamente la tierra y el mar, sino aun las fuentes y los ríos, durante toda esta era, se usarán contra las personas malignas». Entonces Juan ve una gran estrella ardiendo como una antorcha, que cae del cielo. ¿Qué podría causar un temor más grande que esto? ¿Qué otro símbolo podría adaptarse mejor para llenar de terror el corazón de la humanidad? Además, recuerde usted que se deja caer del cielo esta gran estrella ardiendo como una antorcha. ¡En otras palabras, estos juicios sobre las aguas de la tierra son obras de Dios! Con frecuencia esto se olvida. Los periódicos hablan de inundaciones y también de epidemias que surgen en zonas pantanosas, etc., pero no explican que estos juicios son la voz de Dios amonestando. ¿Recuerda usted los terribles maremotos e inundaciones? ¿Fueron acaso reconocidos éstos, o cualquier otro desastre a lo largo del tiempo, como la trompeta de Dios llamando a los hombres al arrepentimiento? El nombre de la estrella es Ajenjo símbolo de aflicción amarga (Lm. 3:19). El significado es éste, una aflicción amarga llenará los corazones de los impíos como consecuencia de la plaga indicada. Además, muchos hombres morirán a causa de las aguas porque se tornarán amargas.[7]

El cuarto ángel toca la trompeta. La tercera parte del sol es herida y también la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, lo cual produce que no haya luz durante la tercera parte del día y de la noche. Así es que aun las estrellas desde sus órbitas luchan contra los enemigos de la iglesia de Dios (véase Jue. 5:20). No se puede exagerar el efecto que el sol, la luna y las estrellas tienen sobre la vida. Se indican aquí todas las perversidades que son consecuencia del funcionamiento

anormal de los cuerpos celestiales durante todo este período. Así, nuestro Señor usa el universo entero, inclusive el sol, la luna y las estrellas, para amonestar a los que no le sirven y que persiguen a sus hijos.

Cuatro ángeles han tocado sus trompetas, y ahora hay una interrupción.[8] Juan ve y oye un águila (véase 8:13 en la NVI). El águila vuela en medio del cielo, de modo que puede ser visto en todas partes. El hecho mismo de que esta ave sea un águila predice calamidades, porque el águila es un ave de rapiña (Mt. 24:28). Por lo tanto, este águila dice a gran voz: «¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!» La voz habla claramente y a grandes gritos para que pueda ser oída en todas partes. Es fácil entender el significado; las últimas tres calamidades serán peores que las primeras cuatro.

C. La quinta y sexta trompeta (9:1-21)

El quinto ángel toca la trompeta. Juan ve una estrella que ha caído del cielo a la tierra. Véase Lucas 10:18: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo». Esa es la condición actual de Satanás; habiéndose rebelado contra Dios, perdió su santidad, su posición en el cielo y su esplendor. En la visión, el apóstol observa ahora que el príncipe de las tinieblas recibe la llave del pozo del abismo. En otras palabras, recibe poder para abrir el abismo y dejar salir los demonios. El abismo indica el infierno antes del juicio final (Lc. 8:31; Ap. 20:1, 3). Después del juicio, el infierno recibe el nombre de «el lago de fuego» (Ap. 20:14, 15). Cuando leemos que Satanás abre el pozo del abismo, quiere decir que incita a la maldad; llena el mundo de demonios y de sus influencias y operaciones inicuas. Por tanto, Juan ve que al ser abierto el pozo, suben inmediatamente del abismo columnas de humo sucio y negro, semejante al de una grande chimenea. Es el humo de la decepción y del error, del pecado y la tristeza, de la oscuridad y la degradación moral que sube constantemente del infierno. Tan espeso y lóbrego es aquel humo que son entenebrecidos el sol y el aire.[9] Al diablo «se le da» el poder de efectuar todo esto, es decir, por el decreto permisivo de Dios no se le impide el desarrollo de sus propósitos inicuos en el corazón de los hijos de los hombres, una iniquidad de la cual él —no Dios— es responsable. Que tengamos presente que esto también es una de las *trompetas*: Dios usa aún la obra del diablo como un castigo y una admonición a los malos, una admonición dada con el fin de que se arrepientan (9:21).

Ahora, del humo salen langostas sobre la tierra. Es difícil imaginar una plaga más terrible que la de las langostas. En Éxodo 10:4-15, y especialmente en las profecías de Joel, las cuales debemos estudiar con cuidado, tenemos una descripción muy gráfica de tal plaga.[10] Observe usted el efecto de esta plaga sobre la vegetación y sobre las personas (Jl. 1:7-12).

«Asoló mi vid,
Y descortezó mi higuera;
Del todo la desnudó y derribó;
Sus ramas quedaron blancas...
La vid está seca...
Todos los árboles del campo se secaron;
Por lo cual se extinguió el gozo de los hijos de los hombres».

Solo la persona que ha visto y experimentado tal cosa puede entender la destrucción, la devastación total, la desolación y el desaliento causados por una plaga de langostas. Por tanto, estas langostas increíblemente terribles en su poder destructivo, son un símbolo apropiado de las langostas infernales, mucho más terribles y destructivas, las cuales el apóstol describe en seguida. Bajo el simbolismo de una plaga de langostas, Juan describe los poderes e influencias del infierno operando en el corazón y la vida de los hombres inicuos. Éstas no son langostas ordinarias; no destruyen, ni siquiera le hacen daño a la vegetación. ¡Hacen daño a las personas que no tienen el sello de Dios en sus frentes! (véase Ap. 7:1-8). Sin embargo, gloria sea a Dios, la duración de la obra destructora de ellas ha sido determinada definitivamente por el decreto permisivo de Dios: cinco meses solamente.[11]

A continuación, tenemos una descripción muy vívida de estas langostas infernales, (9:7-11). Debemos considerar la imagen en su totalidad.[12] Aquel parecer semejante a caballos aparejados para la guerra; aquellas coronas semejantes al oro, pronosticando victoria; aquellas caras como caras de hombres resueltos a destruir; aquellos cabellos como de mujeres furiosas; aquellos dientes como dientes de leones; aquellas corazas como corazas de hierro, indicando su calidad invencible; aquel estruendo de sus alas como el ruido de carros que con muchos caballos corren a la batalla; y último en orden, pero no en importancia, aquellos aguijones, no para matar, sino para atormentar a los hombres con un tormento como de escorpión cuando hiere, llenando así de terror su corazón, y el alma de un pánico increíble y

una desesperación total, de modo que buscarán la muerte pero no la hallarán. ¿Puede usted imaginar un cuadro más terrible, horripilante *y verdadero* de la operación de las potestades de las tinieblas en el alma de los impíos durante este siglo actual? Aquí están los demonios robándoles a los hombres toda la luz, es decir, toda verdadera justicia y santidad, gozo y paz, sabiduría y entendimiento. Y su rey es «el ángel del abismo», cuyo nombre en los dos idiomas— hebreo y griego— es el Exterminador. La imagen simbólica completa acentúa esta única idea: terror y destrucción, ¡porque ésta es la obra de Satanás!

Escuche la advertencia de Dios: «El primer ay pasó; he aquí, vienen aún dos ayes después de esto».

El sexto ángel toca la trompeta. Y ahora las mismas potestades de las tinieblas, que llevan a cabo la obra de destrucción en el corazón de los hombres, hacen que los hombres se conviertan en demonios, por decirlo así. Porque en los tiempos de guerra, parece que los hombres impíos se convierten en demonios encarnados. La sexta trompeta describe la guerra; no está indicando una guerra en particular, sino todas las guerras, pasadas, presentes y futuras. Sin embargo, estamos convencidos de que el símbolo se refiere especialmente a aquellas guerras más espantosas que se llevarán a cabo alrededor del fin de esta dispensación. Recordará que el cuarto sello también simbolizaba la guerra. Allí fue descrita como una prueba o tribulación que los creyentes, juntamente con el resto del mundo, tienen que sufrir. Aquí en la visión de las trompetas, se describe la guerra como un castigo y una voz de advertencia para los incrédulos. Durante toda esta dispensación Dios oye repetidas veces las oraciones de sus hijos perseguidos, las oraciones que han sido incensadas con los méritos del sacrificio de Cristo y de su intercesión. Vimos aquellas oraciones y aquel incienso ascendiendo del altar del incienso al cielo (8:3, 4). Por lo tanto, aquí en 9:13 se representa del mismo modo la respuesta a estas oraciones, es decir, como saliendo «de los cuatro cuernos del altar de oro».

La voz que sale de los cuernos del altar de oro dice al sexto ángel, «Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates». Este río representa a Asiria y a Babilonia, es decir, al mundo impío. Estos cuatro ángeles no son los mismos que los mencionados en 7:1.[13] Los ángeles mencionados aquí son ángeles malos. A ellos les agrada la idea de precipitar a los hombres a la guerra. Sin embargo, no pueden hacer nada a menos que Dios se lo permita. Y no olvidemos nunca que al permitir finalmente que sean desatados, Dios usa la guerra como una voz de amonestación a los malos (9:20). Así es que la guerra

también está incluida en el decreto de Dios, habiéndose determinado la hora misma, el día, el mes y el año de ella.

Ahora, Juan ve los ejércitos en el campo de batalla. Y el número de los jinetes es tan grande que no puede contarlos. Juan *escucha* su número: ¡doscientos millones! Por supuesto, es un número simbólico, que indica un ejército gigantesco. Además, los jinetes y los «caballos» tienen un solo propósito, destruir. Para indicar la perfecta armonía que existe entre los jinetes y los «caballos» se describe a los jinetes teniendo corazas cuyo color parece fuego, humo, y azufre, mientras respecto a los caballos se dice que de sus bocas sale fuego, humo y azufre. Debe ser ya evidente que estos no son caballos ordinarios. Claramente simbolizan las máquinas e instrumentos de guerra de toda clase. Todos estos terribles instrumentos de muerte y de guerra, que causan destrucción por todas partes (véase el versículo 19), se incluyen en el simbolismo de estos «caballos». Matan la tercera parte de los hombres.

El significado general de estas trompetas es claro. Durante todo este período, desde la primera hasta la segunda venida, nuestro exaltado Señor Jesucristo, que gobierna todas las cosas de acuerdo con el rollo del decreto de Dios, castigará repetidas veces a los perseguidores de la iglesia, infligiendo sobre ellos desastres en cada esfera de su vida, tanto física como espiritual. La sangre de los mártires es preciosa a los ojos del Señor. Escucha las oraciones de todos los santos. Dios ve sus lágrimas y sufrimientos. Sin embargo, a pesar de todas estas voces de amonestación, las personas en general no se arrepienten. Son necias y rebeldes, continúan violando y quebrantando tanto la primera (versículo 20) como la segunda tabla de la ley (versículo 21). El mundo perseguidor llega a ser el mundo impenitente. La impenitencia es la causa no solamente del derramamiento de las copas de la ira final (capítulos 15 y 16), sino también es la razón de la culminación de esta ira en el juicio final. Ya no es posible más dilación.

D. El ángel con el librito (10:1-11)

Con el fin de anunciar aquella tercera y final aflicción —el juicio final— aparece otro ángel. Juan le ve descender del cielo. Este ángel es un gigante. Sus pies son como columnas de fuego, columnas tan inmensas que al mismo tiempo que su pie izquierdo está puesto sobre la tierra, su pie derecho está puesto en un punto muy distante sobre el mar, de modo que, digamos, puede atravesarlo de una sola zancada. Está cercado por una nube, y su rostro es como el sol. Este sol

resplandeciendo sobre aquella nube, produce un arco iris que puede verse alrededor de su cabeza. Este simbolismo indica muy claramente que este ángel está asociado muy estrechamente con Cristo (véase 1:7, 17; 4:3). Lea estas referencias y verá la semejanza notable entre Cristo y el ángel. Sin embargo, las dos figuras no indican la misma persona.[14] Aquí la santidad de Dios es simbolizada por el rostro del ángel, y se indica su juicio por la nube (Sof. 1:15; Sal. 97:2), pero se expresan su misericordia y su fidelidad a su pacto por el arco iris.

¿Por qué está este ángel sobre el mar y sobre la tierra? ¿Por qué clama con gran voz como un león cuando ruge? Porque su mensaje es para el universo entero y tiene que ser escuchado por todos. En respuesta a su grito, los siete truenos alzan sus voces anunciando siete mensajes distintos (véase Sal. 29).[15] Juan está para escribir los mensajes, pero oye una voz del cielo que dice: «Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas». El significado claramente es éste: No podremos nunca saber ni describir todos los factores y agentes que determinan el futuro. Sabemos el significado de los candeleros, los sellos, las trompetas, las copas, etc., pero hay otras fuerzas operando; hay otros principios que operan en este universo, a saber, los siete truenos. Qué son, no lo sabemos. Por tanto, tengamos cuidado en hacer predicciones respecto al futuro, posiblemente omitiremos un factor muy importante.

El ángel, cuya gloria se acentúa de nuevo, levanta ahora hacia el cielo la mano derecha (véase Gn. 14:22; Dn. 12:7) y jura por el Dios omnipotente, que vive por siempre jamás y que creó el universo entero, que ya no habrá más postergación. ¡No habrá más postergación! El juicio final está por venir. El misterio de Dios —*misterio*, no porque es algo enteramente desconocido, sino porque habría permanecido desconocido si Dios no lo hubiera revelado— este misterio del decreto de Dios respecto a la historia del mundo está por llegar a su culminación en el juicio final. Entonces, el pueblo de Dios recibirá su gloriosa herencia final, su plena salvación conforme a la promesa anunciada a sus siervos, los profetas.

Ahora puede venir el juicio final. Esperamos leer en la frase siguiente que «el séptimo ángel tocó». Esperamos el día del juicio. Sin embargo, no es introducido definitivamente hasta 11:15-19. El sexto sello no es seguido inmediatamente por el séptimo; entre los dos hay un párrafo hermosísimo y consolador (capítulo 7) donde la seguridad y la victoria final de la iglesia se manifiestan, y así es aquí respecto a las trompetas. La descripción de la sexta trompeta no es seguida inmediatamente por

la de la séptima. Primeramente, el sufrimiento, el poder, la comisión, y la victoria final de la iglesia tienen que manifestarse para que los creyentes puedan recibir consolación cuando los juicios son infligidos sobre los malos. De nuevo, el carácter inevitable del juicio final será aun más claro cuando se indica que el mundo inicuo no solamente no hace caso de la voz de Dios amonestándolo por medio de las seis plagas, sino que también rechaza el testimonio muy claro y definitivo de «los dos testigos» (capítulo 11).

Pero, ¿no es esto una postergación después de todo? El ángel ha jurado muy solemnemente que no habrá dilación, sin embargo, parece que aquí tenemos una dilación. Respondemos que es solamente una postergación aparente. Lo que tenemos en 10:8 a 11:13 no interviene cronológicamente entre las trompetas sexta y séptima. Es meramente una descripción de la dispensación actual desde un aspecto diferente, a saber, desde el aspecto del sufrimiento, del poder, de la comisión y de la victoria final de la iglesia, como ya se ha indicado.

Cuando Juan vio al ángel, notó que este ser glorioso tenía en la mano un librito abierto (versículo 2). El apóstol recibe ahora la orden de tomar este librito, y por tanto, pide al ángel que se lo dé. El ángel accediendo a su petición dice a Juan: «Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel» (véase Ez. 2:9, 10; 3:1-3). El salmo 119:103 explica claramente el significado de esto: el librito es la Palabra de Dios, su evangelio, en el cual se manifiesta el misterio de la salvación. Ese evangelio en sí mismo es glorioso y dulce, pero su proclamación es seguida siempre por la persecución amarga, lo mismo que el primer jinete (6:2), es decir el Cristo, es seguido siempre por el segundo, a saber, la matanza. Por esto, en la visión, Juan toma el librito de la mano del ángel y lo come. En su boca es, de veras, dulce como la miel, pero al comerlo hace que su vientre sea amargo. El significado es muy claro: el apóstol no solamente tiene que entender y digerir el mensaje del evangelio, sino también tiene que experimentar su dulzura y el sufrimiento, el llevar la cruz, que es siempre la porción de los que lo predican con veracidad. ¿No era Juan un desterrado en la isla de Patmos? ¿No estaba escribiendo a los cristianos que se encontraban en tribulación por la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús? (véase 1:9). Pero el sufrir por Cristo da a los creyentes la capacidad de perseverar en la proclamación de la Palabra. Por lo tanto, mensajeros celestiales anuncian al apóstol que tiene que profetizar de nuevo a muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes (véase Ap. 17). En ese capítulo Juan está en realidad profetizando respecto a naciones y reyes.

E. La medida del templo (11:1, 2)

En estrecha relación con 10:8-11, el capítulo 11 nos ofrece ahora una descripción de las experiencias «amargas» que la verdadera iglesia tiene que sufrir al predicar el «dulce» evangelio de salvación. En una visión,[16] Juan recibe una caña, gruesa y pesada, semejante a una vara. Se le manda medir el santuario de Dios, el altar y a los que adoran en conexión con este lugar. No se le permite medir el atrio exterior. El apóstol tiene que rechazar aquel atrio. Leemos: «pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses».

¿Cuál es la razón de este medir? ¿Qué quiere decir? Sobre la base del contexto inmediato, el versículo paralelo (21:15), y pasajes del Antiguo Testamento (Ez. 40:5; 42:20; Zac. 2:1), concluimos que medir el santuario significa apartarlo de lo que es profano, para que, separado así, pueda estar perfectamente seguro, protegido de todo daño. El santuario es «aceptado», pero el atrio es «rechazado».

Es de suma importancia tener presente que aquí, como en las otras ocasiones, el apóstol recibe una visión. Por consiguiente, carece de fundamento la suposición de que el templo herodiano debió haber estado todavía en existencia en Jerusalén, y que el Apocalipsis debió haber sido escrito antes de la destrucción de la nación judía por los romanos. En una visión se pueden ver cosas que ya no existen en realidad.

De nuevo, a juzgar por el contexto, parece probable que lo que el apóstol ve en la visión es, de veras, el templo herodiano en Jerusalén. De todos modos, él ve el templo de los judíos como había existido en la tierra. Se le manda medir el santuario, es decir, aquella parte del templo donde se encontraban el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. El atrio exterior, a saber, el atrio de los Gentiles, tiene que ser rechazado. Medirlo está prohibido. Había, por supuesto, otros atrios, pero no son mencionados, tal vez porque no tienen ningún significado simbólico. Y fuera del atrio de los gentiles está Jerusalén, que se llama todavía «la ciudad santa», lo mismo que en Mateo 27:53. El apóstol no está pensando en la Jerusalén celestial, sino definitivamente en la ciudad terrenal que había rechazado al Cristo. Aquí y en Mateo 27:53 se la llama la «ciudad santa» por la sencilla razón de que antes había sido santa. Aun hasta hoy Jerusalén es llamada frecuentemente la «ciudad santa». El hecho de que en la visión Juan ve la Jerusalén terrenal —y por tanto el templo terrenal— se percibe claramente de lo que sigue: «Y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses». Ésta es la

Jerusalén que será «hollada» por los gentiles. Lucas 21:24, un paralelo muy semejante, indica claramente que Apocalipsis 11:2 se refiere a la Jerusalén terrenal.

Ésta es la imagen, el símbolo, la visión. Veámoslo claramente. El apóstol ve a la Jerusalén terrenal con su templo terrenal; mide el santuario interior pero rechaza el atrio exterior. La «ciudad santa», Jerusalén, y aun el atrio exterior del templo, son hollados por los gentiles cuarenta y dos meses.

Ahora, surge la pregunta: ¿qué significa esta imagen? Ésta es la cuestión respecto a cada imagen o símbolo. ¿Cuál es su principal significado espiritual? La imagen es una cosa. El significado simbólico principal es otro. Aunque ambos están siempre muy estrechamente relacionados, no se deben confundir. Un significado sumamente espiritual se expresa muchas veces por medio de un simbolismo terrenal. Por ejemplo, según Apocalipsis 1:12, Juan vio siete candeleros de oro. En la visión eran candeleros de oro en el sentido literal de esta palabra. Pero estos candeleros, a su vez, tienen un significado. Tienen un significado simbólico. «Representan» otra cosa. Indican o simbolizan a «las siete iglesias» (1:20). Y así es aquí. En la visión, el apóstol ve, de veras, la Jerusalén terrenal, el templo terrenal, el santuario terrenal, el atrio exterior terrenal, etc. La pregunta siguiente es: ¿qué simboliza todo esto?

La respuesta es que este «santuario de Dios» simboliza a la iglesia verdadera, es decir, todas las personas en cuyo corazón Cristo habita en el Espíritu. Todos los verdaderos hijos de Dios que le adoran en espíritu y en verdad, son medidos, es decir, son protegidos. Son guardados durante el tiempo cuando los juicios recaen sobre el mundo impío y perseguidor. Por supuesto, estos santos van a sufrir severamente pero nunca perecerán; son protegidos de la condenación eterna. Pero esta protección divina no se extiende hasta «el atrio», es decir, hasta los que aparentemente pertenecen a la iglesia, pero que no son verdaderos creyentes. Así como en la visión, los gentiles huellan a Jerusalén e incluso el atrio exterior del templo, así también el mundo huella el atrio exterior de la cristiandad meramente nominal. El mundo invade a esta iglesia falsa y se posesiona de ella. Los miembros mundanos de la iglesia reciben con aprobación las ideas del mundo; se sienten en su elemento asociándose con el mundo; les gusta estar en la compañía mundanal; al votar en elecciones políticas, son impulsados por consideraciones mundanas; aman al mundo. Esta condición existe

durante los cuarenta y dos meses, es decir, a lo largo de toda la época evangélica. Luego, hablaremos más de estos cuarenta y dos meses.

Nuestra interpretación se corrobora por los siguientes argumentos: En primer lugar, observe usted que la frase «santuario de Dios» es un nombre muy común de la iglesia verdadera (véase 1 Co. 3:16, 17; 2 Co. 6:16, 17; Ef. 2:21). Dios mora en su iglesia por medio del Espíritu. Por lo tanto, la iglesia es su templo, o más bien su santuario.

En segundo lugar, en nuestro pasaje, se define la expresión «santuario de Dios» como el altar (del incienso) y los que adoran en conexión con él. Mientras que el incienso estaba ofreciéndose en el altar, los adoradores reverentemente inclinaban sus cabezas en oración. Por tanto, es claro que la frase «santuario de Dios» simboliza a personas, aquellas personas que ofrecen a Dios el incienso de la oración, es decir, todos los verdaderos cristianos.

En tercer lugar, leemos: «Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte». Es claro que la referencia tiene relación con personas, a saber, infieles miembros de la iglesia que tienen que ser echados fuera o excomulgados (véase Jn. 9:34). Por tanto, la frase «santuario de Dios» tiene que referirse a los fieles, aquellos que no son echados fuera, sino que son protegidos.

En cuarto lugar, así como en Apocalipsis 7 todos los creyentes verdaderos en la tierra (véase 22:4) son contados y reciben en sus frentes el sello de Dios, así también aquí en Apocalipsis 11 se dice que todos los que adoran en conexión con el altar, es decir, todos los verdaderos adoradores (véase 8:3), son medidos. El contar y también el medir se refieren a la protección de ellos. Además, lo mismo que en Apocalipsis 7 la iglesia militante fue descrita bajo el simbolismo de las tribus terrenales de Israel, asimismo aquí en Apocalipsis 11 la verdadera iglesia en la tierra es simbolizada por el santuario terrenal de Israel. El santuario físico simboliza el santuario espiritual, a saber, el pueblo de Dios.

En quinto lugar, esta interpretación concuerda con el simbolismo del Antiguo Testamento. El templo de Ezequiel simboliza la iglesia (véase Ez. 43 y 47).[17]

Finalmente, ¡el mejor intérprete de Apocalipsis 11 es el mismo Apocalipsis 11! De acuerdo al versículo 8, es evidente que la Jerusalén terrenal es el símbolo de todo lo que se opone a la verdadera iglesia de Dios. Es el centro y el símbolo del anticristianismo, es decir, de la inmoralidad (Sodoma), y de la persecución contra los hijos de Dios (Egipto). Por lo tanto, parece lógico concluir que la frase «santuario

de Dios» también tiene que ser considerada simbólicamente, es decir, que se refiere al verdadero pueblo de Dios, a sus fieles.

F. Los dos testigos (11:3-14)

Habiéndose establecido este punto, no es difícil entender el significado del resto del capítulo. La verdadera iglesia está ahora representada bajo el simbolismo de dos testigos. Estos testigos simbolizan a la iglesia militante dando testimonio por medio de sus ministros y misioneros durante toda esta dispensación actual. El hecho de que haya dos testigos acentúa la comisión misionera de la iglesia (véase Lc. 10:1). El Señor envía a sus misioneros de dos en dos. Lo que a uno le falta, el otro lo suple. Ahora, la iglesia como una organización, funcionando por medio de sus ministros y misioneros, se ocupará de este trabajo por mil doscientos sesenta días. Éste es el período que se extiende desde el momento de la ascensión de Cristo hasta casi el día del juicio (véase Ap. 12:5, 6, 14). Es, por supuesto, exactamente igual a cuarenta y dos meses, porque cuarenta y dos por treinta es igual a mil doscientos sesenta, y a «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo», que son tres años y medio (Ap. 12:14). Es el período de aflicción, la época evangélica actual. Puede surgir la pregunta siguiente: ¿Por qué se expresa ahora aquel período en términos de meses (versículo 2) y después en términos de días (versículo 3)? Aquí nuestra respuesta es una mera suposición: en el versículo 2 tenemos la imagen de una ciudad que está siendo sitiada y finalmente es tomada y hollada. La duración del sitio de una ciudad se expresa muchas veces en términos de meses. Sin embargo, en el versículo 3 los dos testigos son descritos como profetizando; esto es una actividad ejercida día tras día. Dan testimonio cada día durante la dispensación entera. Predican arrepentimiento, por lo tanto, están vestidos de cilicio.

A fin de que podamos tener una imagen clara de la iglesia como una poderosa organización misionera durante toda la época evangélica presente, se la describe aquí bajo un simbolismo cuádruple.

En primer lugar, así como «los dos olivos y los dos candeleros», Josué y Zorobabel (?) (Véase Zac. 4), representaban a los ministerios por los cuales Dios bendijo a Israel, así también durante toda la época evangélica él bendice a su iglesia por medio de los ministerios, es decir, por medio de la predicación de la Palabra y la administración de los sacramentos.

En segundo lugar, así como los misioneros eran enviados de dos en dos (Lc. 10:1), así también durante esta época evangélica la iglesia, como una organización, cumple su misión en el mundo.

En tercer lugar, así como el fuego del juicio y condenación salió de la boca de Jeremías, devorando a los enemigos de Dios (Jer. 5:14), así también cuando la iglesia de hoy, por medio de sus servidores, condena a los malos, sobre la base de la palabra de Dios, esta condenación realmente resultará en su destrucción (véase Mt. 18:18).

En cuarto lugar, así como Elías recibió poder para cerrar los cielos (1 R. 17:1), para que no lloviese, y así como Moisés recibió autoridad para convertir las aguas en sangre (Éx. 7:20), así también, si su mensaje es rechazado, la poderosa iglesia misionera de esta época evangélica actual tiene autoridad de juzgar y condenar al mundo.

Este poder no es imaginario sino es muy real. El Señor no solamente derrama continuamente aflicciones sobre el mundo impío en respuesta a las oraciones de los santos perseguidos (Ap. 8:3-5), sino también promete a su iglesia que, siempre que esté ocupada en el ministerio oficial de la Palabra y permanezca fiel a la palabra, los juicios de ella son los juicios de él (véase Mt. 16:19; 18:18, 19; Jn. 20:21-23).

¡Ciertamente, en un sentido muy real, la iglesia todavía aflige a la tierra con toda clase de plagas! El mundo impío debe tener muchísimo cuidado porque si alguno está enteramente resuelto a causar daño a la iglesia, sale fuego de la boca de los testigos de Dios. Pero aun cuando alguno tenga el deseo de causar daño a los verdaderos ministros y misioneros, será destruido de manera semejante (véase el versículo 5).[18]

Pero vendrá el fin de esta época evangélica (véase Mt. 24:14). La iglesia como una poderosa organización misionera acabará de dar su testimonio. La bestia que sube del abismo, es decir, el mundo anticristiano, impulsada por el infierno, hará guerra contra la iglesia y la destruirá. Ésta es la batalla del Armagedón.[19] La bestia no matará a todos los creyentes. Cuando Cristo venga otra vez, habrá en la tierra creyentes, aunque pocos en número (Lc. 18:8). Pero la iglesia misma, como una poderosa organización para la diseminación del evangelio y el ministerio continuo de la palabra, será destruida. Por ejemplo, piense usted en las condiciones de China cuando el gobierno comunista quería acabar con la fe cristiana; sin duda había creyentes sinceros en China pero ¿dónde estaba la predicación poderosa, oficial, libre y pública y la diseminación del evangelio? ¿Y no es verdad que esta condición está extendiéndose a otros países? Así es que inmediatamente

antes de la segunda venida de Cristo, el cadáver de la iglesia, cuyo testimonio público y oficial ha sido suprimido por el mundo, yace en la calle principal de la gran ciudad. Ésta es la calle principal de la Jerusalén inmoral y anticristiana. Jerusalén crucificó al Señor. Debido a su inmoralidad y su persecución contra los santos ha llegado a ser, espiritualmente, como Sodoma y Egipto (véase Is. 1:10; 3:9; Jer. 23:14; Ez. 16:46). Ha llegado a ser el símbolo de Babilonia y del mundo inmoral y anticristiano. Por tanto, cuando leemos que el cadáver de la iglesia yace en las anchas avenidas de la gran ciudad,[20] esto quiere decir sencillamente que en medio del mundo la iglesia está muerta; ya no existe como una poderosa e influyente institución misionera. Se ha matado a sus líderes; ha sido suprimida su voz. Esta condición existe por espacio de tres días y medio, es decir, por un tiempo muy breve (véase Mt. 24:22; Ap. 20:7-9). El mundo ni siquiera permite la sepultura de los cadáveres de los testigos. En la calle principal yacen estos cadáveres, expuestos a los insectos, las aves y los perros. El mundo hace fiesta, se regocija. Las gentes se envían regalos unas a otras, y se alegran al ver estos testigos muertos (véase Est. 9:22).

¡Su palabra ya no los atormentará! ¡Mundo necio! Su gozo es prematuro.

De repente, el cadáver empieza a moverse; el espíritu de vida enviado de Dios ha entrado en él; los testigos se ponen de pie. En conexión con la segunda venida de Cristo, serán restituidos a la iglesia vida, honor, poder e influencia. Para el mundo la hora de oportunidad habrá pasado para siempre. En el día del juicio, cuando el mundo vea restituidos a la iglesia su honor y gloria, caerá sobre él un terror grande. La iglesia —todavía bajo el simbolismo de los dos testigos— oye ahora una voz: «Subid acá». Entonces la iglesia sube al cielo en una nube de gloria. «Y sus enemigos los vieron». ¡Esto no es un arrebatamiento secreto!

Y ahora, consideremos de nuevo al mundo impío. El resumen de la historia de la iglesia nos ha llevado hasta el día del juicio y más allá, pero volvamos ahora a los eventos que suceden inmediatamente antes de este día final. Como todos estos eventos se agrupan alrededor de la segunda venida, es evidente que la expresión «en aquella hora» (11:13) no nos prohíbe que hagamos esto. En la visión, el apóstol observa que la tierra está temblando. Tenemos aquí la misma imagen que se encuentra en 6:12. En capítulo 6 también el terremoto precede al juicio final. Inmediatamente la décima parte de la cuidad cae. En otras palabras, empieza la obra de destrucción. Tan terrible es el terremoto que mueren siete mil personas. Probablemente, esto es solamente una

representación simbólica de las cosas alarmantes que suceden en la víspera misma del juicio final. No se debe considerar literalmente el número siete mil; este número indica el número completo de los destinados para ser destruidos por el terremoto. No son destruidos de esta manera todos los malos. Aquellos que quedan vivos se atemorizan y «dan gloria al Dios del cielo». Por supuesto, esto no quiere decir que se convierten. ¡De ninguna manera! Son sencillamente sobrecogidos de terror. El Rey Nabucodonosor, en su día, muchas veces daba gloria al Dios del cielo (Dn. 2:47; 3:28; 4:1-3; 4:34, 37), pero esto no quiere decir que era un hombre convertido.

Ahora, todo está listo para el juicio final, porque a pesar de todas estas trompetas de admonición, el mundo ha permanecido impenitente y además de esto ha rechazado el testimonio de los dos testigos —la iglesia como organización— y los ha matado (versículo 7). Por tanto, la hora de la recompensa final tiene que venir. Por eso, leemos: «El segundo ay pasó; he aquí, el tercer ay viene pronto».

G. La séptima trompeta

El séptimo ángel toca la trompeta. De nuevo, el juicio final no es descrito sino presentado.[21] Además, se indica el significado del día de juicio respecto a Dios, su Cristo, los creyentes y los incrédulos. Note usted el coro doble.

Primero, los ángeles cantan. En el Espíritu, el apóstol oye su antífona gloriosa, creciente y conmovedora de alabanza y adoración. «Los reinos del mundo[22] han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos».

Es cierto que Dios reina siempre. Sin embargo, ese poder y esa autoridad que ejerce respecto al universo no se manifiestan siempre. A veces parece que Satanás es el gobernante supremo. Pero una vez llegado el día del juicio, el esplendor real de la soberanía de Dios será revelado en su totalidad, porque en aquel tiempo toda oposición será suprimida. Será evidente a todos que el mundo le pertenece a nuestro Señor y a su Cristo. Y reinará para siempre jamás. Si quiere usted saber el significado de estas palabras, entonces cuando se le presente la oportunidad, vaya a escuchar «El Mesías» y su coro de Aleluya compuesto por Handel. Mientras escribo, resuenan en mi corazón las palabras de aquella maravillosa composición musical. ¡Y aquello es solamente un gozo anticipado del cielo! Cuando llegue el día del juicio, entonces será revelado el pleno significado del Salmo 2:7-12 y de Daniel 7:14 (véase Lc. 1:33).

Y a este cántico de los ángeles responde la multitud entera redimida, representada por los veinticuatro ancianos. Los ancianos le dan a Dios homenaje de una manera muy humilde al postrarse sobre sus rostros, diciendo: «Te damos gracia, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras, y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra» (11:17-18).

Observe usted que en esta antífona el Señor ya no se llama «El que es y que era y que ha de venir», como en 1:8, porque él ya ha venido. La iglesia se regocija porque el Señor ha llegado al cenit de su poder y autoridad, manifestados ahora públicamente. Las naciones estaban airadas; habían hecho guerra contra los testigos, los habían matado, y se habían gozado sobre su miseria (11:7-10). Pero, por fin, la ira de Dios vino a ser plenamente revelada, a saber, en el día del juicio final, que ahora ha llegado. En aquel mismo día todos los que temen al Señor reciben su galardón, y los que destruyen son destruidos (véase Mt. 25:31-46).

Para poder entender el último párrafo de este capítulo es menester recordar que se habla todavía de una visión. No ve el apóstol el cielo mismo, sino una imagen simbólica. En esta imagen el santuario de Dios en el cielo está ahora abierto de par en par. No hay nada velado. No hay nada encubierto u oculto. Ya se puede ver el arca del testamento, que por tanto tiempo ha permanecido escondida. Esa arca del testamento es el símbolo del compañerismo superlativamente verdadero, íntimo y perfecto entre Dios y su pueblo, un compañerismo basado en la expiación. Piense usted en el propiciatorio. Leemos en Éxodo 25:22, «Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio...»

Por tanto, ahora que el arca ha sido revelada, el pacto de gracia (Gn. 17:7)[23], en toda su dulzura, empieza a realizarse en el corazón y la vida de los hijos de Dios.

Pero, para los malos aquella misma arca, que es el trono de Dios, es un símbolo de ira. Además, se revelará completamente ahora esta ira. Es por esto que aparecen relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo (véase 4:5).

CAPÍTULO XI

Apocalipsis 12-14: El Cristo contra el dragón y sus aliados

Como en cada una de las secciones anteriores, así también aquí volvemos al principio de nuestra dispensación actual para recorrer de nuevo el mismo terreno. En cada visión hacemos un viaje que nos lleva a través del curso entero de esta era, desde la primera hasta la segunda venida de Cristo. Por medio de un simbolismo indudable, el vidente nos trasporta hasta el momento del nacimiento y de la ascensión de Cristo (12:1-5). No se termina la visión hasta que vemos a «uno sentado semejante al Hijo del Hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda» (14:14-20). Ha llegado de nuevo el día del juicio.

Sin embargo, como ya hemos indicado,[1] el capítulo 12 es el principio no solamente de otra sección menor, a saber, la cuarta, sino también de la segunda división principal del libro. Esta división principal abarca los capítulos 12-22, y constituye una unidad. Los caracteres principales que surgen en oposición a Cristo y a su iglesia los vemos introducidos en los capítulos 12-14. Estos son: el dragón, la bestia que sube de la mar, la bestia que sube de la tierra, Babilonia y los hombres que tienen la marca de la bestia. Las visiones que siguen nos muestran lo que sucedió a cada una de estas fuerzas anticristianas: a los que tienen la marca de la bestia (capítulos 15, 16), a Babilonia, la ramera y a las dos bestias (capítulos 17-19); y finalmente al dragón (capítulos 20-22).

Es claro, por tanto, que el tema central de la primera división principal (capítulos 1-11) continúa en la segunda. Como ya se ha indicado,[2] este

tema es la victoria del Cristo y de su iglesia sobre el dragón y sus seguidores. Sin embargo, aunque la primera división principal describe el conflicto exterior entre la iglesia y el mundo, la segunda parte del libro manifiesta el trasfondo más profundo. Vemos ahora más claramente que lo que se vio en la división anterior, que el conflicto entre la iglesia y el mundo es solamente la manifestación exterior de la guerra entre el Cristo y Satanás (el dragón).

Observe que el capítulo 12 nos da primero una imagen del dragón esforzándose por destruir al Cristo (versículos 1-12). Frustrado en su intento, persigue a la mujer debido a que ella había dado a luz al Cristo (vv. 13-17a). Al no lograr su cometido, hace guerra contra el resto de su simiente (v. 17b).

A. La mujer, el niño y el dragón (12:1-6)

Estos versículos contienen la primera imagen simbólica. La escena se desarrolla en el cielo. Juan ve aquí a una mujer gloriosamente ataviada: el sol es su vestido, la luna su escabel, y una guirnalda de doce estrellas su corona. Esta mujer está a punto de dar a luz. Clama con dolores de parto. De repente Juan ve a un dragón escarlata que se ha puesto delante de la mujer. Piense usted en una serpiente alada, cruel, feroz, maligna y viciosa con cabeza encopetada y garras destructoras. Recuerde que esto es una imagen, un símbolo. Esta bestia tiene siete cabezas coronadas y diez cuernos. ¡Tan enorme y descomunal es esta bestia que su inmensa cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las arroja sobre la tierra! ¿Por qué se para este terrible monstruo frente a la mujer que está a punto de dar a luz? ¡Es con el fin de devorar a su hijo luego que éste haya nacido! ¿Logra el dragón su cometido? No. La mujer da a luz un hijo, un varón poderosísimo que regirá a los gentiles con vara de hierro. Luego, de repente... pero escuchemos lo que sucedió según las propias palabras del apóstol: «Y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono». Habiendo fracasado en su propósito de devorar al hijo, el dragón dirige ahora toda su furia contra la mujer radiante y todo gloriosa. Pero la mujer huye al desierto donde Dios le ha preparado comida y abrigo por mil doscientos sesenta días. Luego oiremos más del esfuerzo del dragón por destruir a la mujer (véase v. 13).

Esto, brevemente, es la imagen. Ahora, ¿qué quiere decir esta imagen?

Encontramos tres personajes. En primer lugar, tenemos la mujer radiante. Esta mujer simboliza la iglesia (véase Is. 50:1; 54:1; Os. 2:1; Ef. 5:32). Las Escrituras hacen hincapié sobre el hecho de que en ambas

dispensaciones la iglesia es una sola. Es un solo pueblo escogido en Cristo. Es una sola tienda; una sola viña; una sola familia —siendo Abraham el padre de todos los creyentes sea que estén circuncidados o que no lo estén— un solo olivo; un solo linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido; una sola esposa hermosa; y en su consumación es una sola Jerusalén nueva, en cuyas puertas están escritos los nombres de las doce tribus y en cuyos fundamentos están grabados los nombres de los doce apóstoles (véase Is. 54; Am. 9:11; Mt. 21:33-41; Ro. 11:15-24: Gá. 3:9-16, 29; Ef. 2:11-22; 1 P. 2:9 (Éx. 19:5, 6); Ap. 4:4; 21:12-14).

En la tierra esta iglesia puede parecer muy insignificante y merecedora de desprecio y del ridículo, pero desde la perspectiva celestial esta misma iglesia es toda gloriosa. El cielo derrama sobre ella en abundancia todo lo que puede contribuir para su gloria y esplendor.[3] Está vestida del sol, porque es gloriosa y exaltada. Debajo de sus pies está la luna, porque ella ejerce dominio. Tiene sobre su cabeza una corona de doce estrellas, porque es victoriosa. Estaba en cinta, porque era su misión la de dar a luz al Cristo «según la carne» (Ro. 9:5).

En segundo lugar, tenemos el hijo, la simiente de la mujer. Este poderoso niño es el Cristo.[4] Es el que «ha de regir todas las naciones con vara de hierro». Es evidente que se toma esta expresión del Salmo 2:9,[5] un salmo mesiánico, y en Apocalipsis 2:27 Cristo mismo la usa. Para indicar al Cristo, se usa en otras partes de las Escrituras también el título «el hijo (o la simiente) de la mujer» (Gn. 3:15; Gá. 4:4). Si alguien tiene todavía dudas de que el hijo de la mujer indica al Cristo, entonces que compare el versículo 5 con el versículo 10. Cuando el hijo es arrebatado para Dios y para su trono y el dragón arrojado en tierra, el cielo canta: «Ahora ha venido la salvación... de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo».

En tercer lugar, tenemos el dragón. El dragón simboliza a Satanás (Ap. 20:2). Las siete cabezas coronadas indican el dominio mundial del diablo (véase Ef. 2:2; 6:12). Véase también nuestra explicación de Apocalipsis 13:1 y 17:9. Sin embargo, estas coronas no son guirnaldas de victoria sino simplemente coronas de autoridad usurpada. Los diez cuernos indican el poder destructor de Satanás. Se para frente a la mujer con el fin de devorar a su hijo. Cuando Satanás cayó, arrastró consigo en su caída «la tercera parte de las estrellas del cielo», es decir, un número enorme de espíritus malignos (véase Job 38:7; 2 P. 2:4; Jud. 6).

Estudiemos ahora el pensamiento principal. El dragón se para frente a la mujer que está a punto de dar a luz a fin de devorar a su hijo cuando nazca. En otras palabras, ¡Satanás estaba buscando continuamente la destrucción del Cristo! Considerado de esta manera, todo el Antiguo Testamento viene a ser una sola historia, la historia del conflicto entre la simiente de la mujer y el dragón, entre Cristo y Satanás. En este conflicto Cristo, por supuesto, sale victorioso.

Consideremos desde esta perspectiva la historia del Antiguo Testamento.

1. *La promesa inicial* (Gn. 3:15). Es muy evidente que Apocalipsis 12 se basa sobre Génesis 3:15. Los mismos personajes aparecen en ambos; se proclama en ambos la misma verdad. Las palabras de Génesis 3:15 son las siguientes: «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar». La «serpiente» de Génesis 3 es el «dragón» de Apocalipsis 12. La «simiente» de la mujer de Génesis 3 es el «hijo varón» de Apocalipsis 12. También, en Génesis 3:15 la expresión «la simiente suya» significa el Cristo. Aquí en Génesis 3 se anuncia el conflicto.

2. *De Set hasta el diluvio.* Luego Adán y Eva tuvieron dos hijos, Caín y Abel. Pero Caín mató a Abel. Después nace Set. ¿Sabe Satanás que la familia de Set ha sido predestinada para dar a luz la simiente prometida, el Mesías? Parece que sí, porque el diablo empieza ahora a hacer todo lo posible por destruir a Set. Susurra a oídos de los hijos de Set que tienen que casarse con las hijas de Caín. Procura destruir a las generaciones de Set con el fin de aniquilar la promesa del Mesías. ¿Tiene éxito el dragón? Parece posible el cumplimiento de su propósito. Lea Génesis 6:12. Satanás ha triunfado... No, no ha triunfado del todo. Entre las familias descendientes de Set hay una que teme al Señor, la de Noé. Dios salva esta familia cuando el diluvio destruye las demás. La promesa continúa en esta familia.

3. *Del diluvio hasta Jacob.* Nuevamente el dragón se para frente a la mujer para destruir al niño. En seguida Abraham y su esposa Sara reciben la promesa del Mesías. Sin embargo, hablando humanamente, esta promesa no podrá cumplirse nunca porque Abraham es muy anciano y a Sara «le había cesado ya la costumbre de las mujeres». El dragón casi triunfa, pero sucede el milagro y ¡nace Isaac! A Isaac se le da ahora la promesa. ¡Pero el Señor manda a Abraham que ofrezca

a Isaac en holocausto! «Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo...!» ¿Qué sucederá ahora con la promesa de Dios? Seguramente triunfará ahora el dragón; pero ¿triunfa realmente? No. ¡Aparece el ángel del Señor, es decir, Cristo mismo aparece a fin de proteger su propio nacimiento según la carne! Aun durante la dispensación antigua, Cristo mismo es siempre quien prepara todas las cosas para su propio nacimiento. El ángel del Señor, es decir, el Cristo mismo le dice a Abraham: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único... En tu simiente (el ángel del Señor hubiera podido decir, «en mí mismo») serán benditas todas las naciones de la tierra».

La simiente que iba a destruir la cabeza de la serpiente nacería de las generaciones de Isaac y Rebeca. Pero Rebeca era estéril (Génesis 25:21). De nuevo Jehová, el Dios de la promesa, hace un milagro. Rebeca concibe, y así continúa la promesa por medio del linaje de Jacob.

Pero, ¿qué pasa? Jacob engaña a su padre y recibe la bendición que Isaac había destinado para Esaú. Jacob tiene que huir. Aun después de muchos años cuando vuelve él a su propia tierra, siente mucho temor. Pero Esaú no mata a Jacob. De nuevo es protegida la promesa respecto al hijo de la mujer.

4. *De Jacob hasta los judíos en el desierto*. Otra vez el dragón se para frente a la mujer. Ataca a los descendientes de Jacob, los judíos. Esta vez parece que en verdad tendrá buen éxito, porque aunque el Señor en su tierna misericordia ha sacado a su pueblo de Egipto, le rechazan, y bailan alrededor de un becerro de oro.

«Dijo más Jehová a Moisés... déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma» (Éx. 32:8).

¿Triunfará realmente el dragón? Sí... a menos que... haya un intercesor. Y sí, hay uno. Moisés intercede, y se salva de nuevo la promesa. ¡Y recuerden que fue Cristo el mediador más grande, que creó en el corazón del mediador menor, Moisés, el espíritu de intercesión!

5. *De los judíos en el desierto hasta David, el rey*. De nuevo marcha adelante la historia. De la tribu de Judá, Dios escoge a una familia, la de David. Nacerá el Mesías prometido como la simiente de David (2 S. 7:12-16; Sal. 89:29, 35, 36; Jer. 23:5; Hch. 2:30). Por tanto, el diablo

dirige ahora su flecha hacia David. ¡David tiene que ser destruido! Leemos: «Y tenía Saúl la lanza en la mano. Y arrojó Saúl la lanza, diciendo: Enclavaré a David en la pared» (1 S. 18:10-11). Saúl hizo esto porque un espíritu malo le tomó. ¿Tuvo buen éxito el dragón? No, porque David se escapó de él dos veces. ¡Aun durante la antigua dispensación el Cristo está obrando en la tierra, protegiendo la promesa respecto a sí mismo!

6. *De David hasta la reina Atalía.* Atalía, la hija inicua de padres inicuos —Acab y Jezabel— se encuentra reinando. Para poder ejercer absoluta autoridad, ella concibe en su corazón la destrucción de toda la simiente de David. Así, la venida del Mediador en forma humana corre de nuevo el peligro de no cumplirse. El dragón se ha parado frente a la mujer; su ira se dirige contra el hijo. Y ahora, por fin, Satanás triunfa. Al menos, parece así, porque leemos: «Cuando Atalía madre de Ocozías vio que su hijo era muerto, se levantó y destruyó toda la descendencia real» (2 R. 11:1). ¡Destruyó toda la simiente real! Por supuesto, si está destruida toda la simiente real, entonces el Cristo no puede nacer como hijo y heredero legal de David. Por consiguiente, el plan de Dios se ve frustrado. Ha fracasado la promesa. Atalía destruyó toda la simiente real, es decir, ella pensaba que lo había hecho. Lea lo que sigue (2 R. 11:2): «Pero Josaba... tomó a Joás hijo de Ocozías, y lo sacó furtivamente de entre los hijos del rey a quienes estaban matando, y lo ocultó de Atalía, a él y a su ama, en la cámara de dormir, y en esta forma no lo mataron».

¡Cuán maravillosos son los caminos de Dios! ¡Cuán admirable es su providencia!

Luego, vemos de nuevo a Joás, y sobre su cabeza hay una corona. Oímos a la gente gritando: «¡Viva el rey!» ¡Se salva de nuevo la promesa! Del linaje de David nacerá Cristo, a menos que todavía sea impedido por Satanás.

7. *De Atalía hasta el rey Acaz.* Ahora, las fuerzas combinadas de Israel y Siria se unieron contra Judá. Su propósito es el de exterminar la casa de David, en la cual estaban concentradas las esperanzas y promesas respecto al Mesías, y poner «en medio de Judá» por rey a un extranjero, «el hijo de Tabeel» (véase Is. 7:6). Es un momento peligroso en la historia. ¿No nacerá nunca de la simiente de David el Cristo? Jehová le manda al profeta Isaías que encuentre al rey Acaz de Judá para animarle, pero Acaz se rehúsa con desprecio a pedir una

señal como prueba de la ayuda de Jehová. Ciertamente, el dragón —la serpiente de Génesis 3:15— tendrá ahora buen éxito, porque contra la casa de David están reunidos los ejércitos de Siria y de Israel, y la maldad del mismo rey Acaz. Satanás se ríe, pero de nuevo se ríe anticipadamente, porque leemos: «Por tanto, el mismo Señor os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Is. 7:14). El propósito de Dios tiene que permanecer. ¡Emanuel tiene que nacer de la familia de David!

8. *Del rey Acaz hasta Ester*. Y ahora se encuentra reinando el Rey Asuero. Es el quinto siglo antes de Cristo, a petición de Amán, el rey publica un decreto mandando que sean muertos todos los judíos que se encuentran en todos sus vastos dominios (Est. 3:13). ¡Se sella este decreto con el anillo real! ¡Pero la promesa de Jehová respecto al Mediador, que iba a nacer de la simiente de David, fue sellada con el juramento del Rey de reyes! ¿Es menester contar lo que sucedió? Lea el libro de Ester. ¡Los judíos fueron protegidos de nuevo!

9. *De Ester hasta Belén*. ¡Y ahora el acto final de este gran drama! La escena está en Belén. Allí en un pesebre se encuentra acostado el niño Cristo. Pero aunque ha nacido realmente ahora, el dragón procura destruirle. En realidad, Apocalipsis 12, aunque describe de una sola plumada toda la historia anterior de la guerra de Satanás contra el Cristo, se refiere directa y específicamente a los eventos que sucedieron en conexión con el nacimiento de Cristo. Leemos: «Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese».

Vemos a los magos del oriente. Los vemos en la cámara de recepción de Herodes. «Id allá, y averiguad con diligencia acerca del niño», les dice Herodes, «y cuando lo halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore». Su intención era matar al niño. Pero los magos, avisados por Dios, regresaron a su tierra por otro camino, después de haber hallado y adorado al Cristo. Sin embargo, el dragón todavía se rehúsa a darse por vencido. Los niños menores dos años que viven en Belén y sus alrededores son asesinados. Pero Herodes fracasó, y asimismo el dragón. El niño Cristo se hallaba seguro en Egipto (Mt. 2:13). No se puede frustrar nunca el propósito de Dios. El nacimiento de Cristo en Belén es la victoria de Dios sobre el dragón. La muerte del Salvador en la cruz a favor de su pueblo es una victoria adicional. «Y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono». Esto

se refiere a la ascensión y la entronización de Cristo (Ap. 5:7; véase Fil. 2:9). Los que le resisten serán castigados por medio de «la vara de hierro». Esto estará vigente durante toda la dispensación presente. ¡Cristo triunfa! Y los ángeles cantan: «¡Gloria a Dios en las alturas!»

B. La expulsión del dragón (12:7-12)

La segunda imagen simbólica nos muestra el efecto del nacimiento y de la expiación de Cristo y de su ascensión al trono en el cielo. Como siempre, vamos a ver primero la imagen en su totalidad. Hay una gran batalla en el cielo. Miguel, en calidad de príncipe sobre los ángeles buenos y protector del pueblo de Dios (Dn. 10:13, 21; 12:1; Jud. 9) ataca al dragón, el príncipe de los ángeles malos y enemigo del pueblo de Dios. Dos generales y dos ejércitos se enfrentan en batalla. Sin embargo, observe que Miguel y su ejército son los que dan inicio al ataque. ¿El resultado de la batalla? El dragón es derrotado y expulsado del cielo. Leemos: «Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él».[6]

La imagen que Juan vio se explica completamente por medio de las palabras que escucha. No debemos entender literalmente la batalla en el cielo y la expulsión de Satanás a la tierra. Es «arrojado del cielo» en el siguiente sentido, a saber, ha perdido su puesto como el acusador de los hermanos. En tanto que Cristo nació y dio satisfacción por el pecado, Satanás ha perdido toda apariencia de justicia para sus acusaciones contra los creyentes. Es verdad que continúa acusando. Ésta es su obra aun hoy, pero ya no puede señalar la obra no acabada de Cristo. El sacrificio de Cristo ha sido consumado. Cuando ascendió al cielo logró una completa satisfacción por el pecado (véase Ro. 8:33: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios?» Véase también Ro. 8:1 y Lc. 10:18). Note el efecto triple de esta derrota de Satanás y sus huestes.

En primer lugar, a causa de esta derrota se manifiesta la salvación efectuada por Dios en Cristo; se vindica el poder de Dios; se establece su dominio real en el corazón de su pueblo; se revela su autoridad (v. 10). ¡Por tanto, hay en el cielo una gran aclamación!

En segundo lugar, a causa de esta derrota, el pueblo de Dios triunfa, es decir, los que testifican respecto a su fe —en la sangre del Cordero— y prueban el carácter genuino de su fe por medio de su perseverancia aun hasta la muerte (v. 11). Por tanto, ¡que se regocijen los cielos y los que en ellos moran!

En tercer lugar, por causa de esta derrota Satanás está lleno de ira. Sabe que tiene poco tiempo: ésta, su segunda derrota, pronostica la otra derrota final al acercarse el final de la historia (v. 12). Por tanto, ¡que resuene el cielo con júbilo!

C. El asalto final del dragón (12:13-17)

En la tercera imagen simbólica el dragón, habiendo sido arrojado a la tierra, persigue a la mujer porque dio a luz al hijo varón. ¡Por tanto, su esfuerzo por destruir a la mujer es en realidad otro aspecto de su ira contra su hijo! Tengamos cuidado de notar este punto. La mujer recibe dos alas como de un gran águila (Éx. 19:4; Dt. 32:11; Is. 40:31) y vuela al desierto. En aquel desierto, Dios tiene preparado para ella un lugar (v. 6) donde es mantenida por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo, es decir, por mil doscientos sesenta días (v. 6). Ella reside en este lugar «lejos de la presencia de la serpiente». El dragón, no estando listo todavía para darse por vencido, arroja de su boca tras ella agua como un río, a fin de que sea arrastrada por la corriente, pero la tierra traga el río. En consecuencia, el dragón se pone furioso y se llena de ira contra la mujer. Aunque ha fracasado no solamente en su esfuerzo por destruir al niño, sino también en su ataque contra la mujer, se escabulle para hacer guerra contra el residuo de la simiente de ella, es decir, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús.

Interpretamos la imagen como sigue. Satanás, habiendo fracasado en su esfuerzo por derrotar al Cristo, continúa su ataque contra la iglesia. Se enfurece contra ella porque ha puesto de manifiesto al Cristo. Pero el Señor protege a su pueblo: lo toma sobre alas de águila. En el desierto de aflicción, es decir, durante esta permanencia terrenal, tiene preparado para ellos un lugar, y los sustenta con el maná de la Palabra. Aquí la iglesia reside «alejada de la presencia de la serpiente», es decir, fuera del alcance del ataque más directo y mortal de Satanás. El diablo no la puede destruir. Éste es el milenio de Apocalipsis 20. Es cierto que Satanás hace lo posible para que la iglesia sea absorbida en una corriente de mentiras, de ilusiones, de religiones y filosofías falsas, de utopías políticas y de enseñanzas científicas fingidas, pero la verdadera iglesia no se deja engañar. Pero los del mundo se tragan todo el río de las mentiras. Debido al fracaso de su esfuerzo por ver a la iglesia absorbida, el diablo se enfurece muchísimo. Está resuelto a dirigir su ataque contra «el residuo de la simiente de la mujer», es decir, contra los creyentes individualmente.

Ahora, se describe como «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo» esta época en que la iglesia experimenta tanto lo malo como lo bueno, la persecución de Satanás y la protección especial de Dios, lo que hace imposible al diablo un ataque directo contra la iglesia para destruirla. Éste es el período crepuscular en que el pueblo de Dios es sustentado con el maná de la Palabra y se goza de un poco de tolerancia y seguridad en la tierra, porque el Señor había preparado para ellos un lugar en el desierto.

Éste es el período durante el cual los testigos (capítulo 11) profetizan; se está proclamando el Evangelio por todas partes. Es seguido por «tres días y medio» cuando se mata a los testigos y sus cadáveres yacen en la ancha avenida de la gran ciudad (Ap. 11:7-19). Ésta es la batalla de Armagedón. Estos tres días y medio, a su vez, son seguidos por el día del juicio. Es evidente, por lo tanto, que el período descrito como «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo» empieza en el momento de la primera venida de Cristo —su nacimiento, ministerio, cruz y coronación— y se extiende hasta un tiempo muy cercano a su segunda venida para el juicio. Un estudio cuidadoso de Apocalipsis 20 confirmará nuestro punto de vista. En este capítulo también el período largo, cuando la iglesia es sustentada «lejos de la presencia de la serpiente», de modo que se refrena o restringe la influencia de Satanás —en otras palabras el diablo es «atado»— es seguido por un intervalo corto cuando el diablo congrega a los ejércitos de Gog y Magog contra «el campo de los santos». Y este intervalo corto es seguido por la segunda venida de Cristo para el juicio (Ap. 20:11-15).[7] Por tanto, en todos estos capítulos tenemos el siguiente orden.

1. Un periodo largo (la época evangélica) «Cuarenta y dos meses», «mil años», «un tiempo, tiempos, la mitad de un tiempo», y mil doscientos sesenta días (Ap. 11:2, 3; 12:6, 14; 13:5; 20:2-5).
2. Un periodo muy corto de tres días y medio (Ap. 11:7, 9; 13:7; 20:7-10).
3. El día del juicio (Ap. 11:11, 12, 16-19; 14:14ss, 20:11ss).

Vemos inmediatamente que no hay mucha diferencia entre los tres modos de designar este período que hallamos en los capítulos 11, 12 y 13. En realidad, cuarenta y dos meses son iguales a mil doscientos sesenta días, y ambos son iguales a «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo», si se interpreta la palabra «tiempo» como significando

un año y «tiempos» dos años. En todos los tres casos estamos tratando con un período que se designa como tres años y medio.

Ahora es lógico preguntar: ¿por qué se usa el término «tres años y medio» para caracterizar este período largo? Para responder, tenemos que recordar que durante la dispensación antigua hubo un período de tres años y medio que el pueblo de Dios no podía olvidar nunca. Era un período de aflicción, pero también un período cuando se manifestaba el poder de la palabra de Dios (1 R. 17; Stg. 5:17). Al comparar Santiago 5:17 con Apocalipsis 11:6, se ve inmediatamente que el apóstol estaba pensando en los días de Acab y Elías. Durante aquel período de tres años y medio, la iglesia de Dios era perseguida (1 R. 18:10, 13) pero no fue destruida (1 R. 18:4, 39; 19:18). La palabra de Dios demostraba su gran poder (1 R. 17:1). Elías y otros eran alimentados por Jehová de una manera milagrosa (1 R. 17:4-16). Asimismo, durante el largo período actual de la actividad evangélica, empezando con la primera venida de Cristo y extendiéndose casi hasta su segunda venida, se persigue a la iglesia pero no se la destruye. La palabra de Dios ejerce una poderosa influencia. El pueblo de Dios recibe alimento espiritual.

Ocurre primero en el libro de Daniel 7:25; 12:7 la expresión «un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo». Es el período del anticristo. Ahora, Juan acentúa el hecho de que el espíritu del anticristo ya está en el mundo (1 Jn. 4:3). Por lo tanto, en el Apocalipsis este período de tres años y medio se refiere a la época evangélica entera. Es seguido por los «tres días y medio» cuando «la bestia que sube del abismo» —el mundo anticristiano en su periodo final— matará a los testigos y hará callar la voz del evangelio (véase Ap. 11:7-10).

D. Los ayudantes del dragón (13:1-18).

El capítulo 13 nos muestra los agentes o instrumentos usados por el dragón en su ataque contra la iglesia. Se describen dos bestias. La primera es un monstruo indescriptiblemente horrible. La segunda parece inocua y por esto es aún más peligrosa que la primera. La primera bestia sube del mar. La segunda sube de la tierra. La primera es la mano de Satanás. La segunda es la *mente* del diablo. La primera representa el poder perseguidor de Satanás operando en y por medio de las naciones de este mundo y sus gobiernos. La segunda simboliza las religiones y filosofías falsas de este mundo. Ambas bestias se oponen a la iglesia durante toda esta dispensación; sin embargo, el apóstol las describe por medio de palabras que indican la forma que asumieron durante la última década del primer siglo d.C.[8]

En 14:8, se menciona un tercer instrumento, a saber, Babilonia, la ramera. Así, en total, tres instrumentos son empleados por Satanás en su ataque sobre la tierra. Son la persecución anticristiana, la religión anticristiana y la seducción anticristiana.

Juan nota que el dragón va a la orilla de la mar para conseguir ayuda. Por consiguiente, es menester considerar al dragón como estando en un lugar donde se juntan el mar y la tierra; por un lado está el mar, por el otro está la tierra. El primer aliado sube del mar. El segundo sube de la tierra. Juan ve subir del mar un monstruo indescriptiblemente horrible. La bestia surge gradualmente del agua. Primero, Juan no ve nada más que los cuernos. Hay diez, y sobre ellos hay diademas. Luego, las cabezas también aparecen. Esta bestia tiene siete cabezas y sobre estas cabezas están nombres de blasfemia. Ahora, aparece el cuerpo. Es semejante a un leopardo, grande y feroz, presto para lanzarse sobre su víctima (véase Dn. 7:6; Os. 13:7; Hab. 1:8). Y ahora la bestia está saliendo del agua. Juan ve sus pies. Son pies como de oso. Piense en la figura familiar de una osa a quien le han robado sus cachorros (2 S. 17:8; Pr. 17:12; Os. 13:8); lista para devorar y desmenuzar y ansiosa de hollar con sus grandes y terribles pies a su enemigo. Como la boca es el punto principal de la figura, se le menciona después de las otras cosas. Esta horrible bestia tiene boca como de león, gruñendo, rugiendo, deseando hacer presa, ansioso por destruir (Sal. 17:12; Os. 5:14, 1 P. 5:8). A este monstruo el dragón le da su poder y autoridad. Ahora, observando con cuidado, Juan nota que una de las siete cabezas parece haber recibido una herida de muerte, pero se ha curado la herida. Todo el mundo, maravillado y atónito, va en pos de la bestia, y en el espíritu de adoración y culto a ella dice: «¿Quién es semejante a la bestia, y quién podrá lidiar con ella?» Al adorar a la bestia, los hombres están también rindiendo homenaje al dragón, que dio a la bestia su autoridad. Ahora, la bestia empieza a hablar, y a vanagloriarse pronunciando blasfemias. Esto continúa durante cuarenta y dos meses. Las blasfemias son dirigidas contra Dios y todos los que moran en el tabernáculo celestial. Y con respecto a los habitantes de la tierra, «se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo» (Ap. 13:7, 8).

Interpretamos la imagen de la siguiente manera. El mar significa las naciones y sus gobiernos (véase Is. 17:12, donde se compara el

tumulto de los pueblos al estruendo de los mares, y el estrépito de las naciones al rugir de poderosas aguas).[9] Se prueba este punto en Apocalipsis 17:15. La bestia que sube del mar está muy estrechamente asociada con la bestia que sube del abismo (11:7). Ésta es la forma final tomada por aquella. La bestia que sube del mar simboliza el poder perseguidor de Satanás incorporado en todas las naciones y gobiernos del mundo a lo largo de toda la historia. Dominio mundial dirigido contra el pueblo de Dios dondequiera y siempre que aparezca en la historia; esa es la bestia. Esta bestia toma diferentes formas: tiene siete cabezas. Ahora es Babilonia la antigua; después Asiria; luego, Babilonia la nueva; Medo-Persia; Macedonia; Roma, etc. Pero aunque las formas difieren, la esencia permanece la misma: el gobierno mundano dirigido contra la iglesia. En esta bestia el poder perseguidor de Satanás se manifiesta. Por esto, la semejanza notable entre el dragón y la bestia; ambos son monstruos crueles que tienen diez cuernos y siete cabezas. Observe, sin embargo, que en el caso de la bestia los cuernos —no las cabezas— están coronados, en tanto que el dragón lleva sobre sus cabezas sus diademas de autoridad usurpada. En otras palabras, es el dragón, o Satanás, que manda: sus planes son llevados a cabo por los gobiernos del mundo. Es verdad que los gobernantes terrenales también llevan coronas. Piense en los cuernos coronados, simbólicos de la crueldad coronada. ¡Pero estos gobernantes terrenales están sujetos a Satanás y reciben de él su inspiración! Esto es verdad respecto a cada gobernante mundano que persigue a la iglesia. Estos gobernantes y gobiernos blasfeman contra Dios y exigen para sí mismos títulos divinos. Por ello, en los días de Juan, los emperadores romanos demandaban que sus súbditos los llamasen «Señor» y «Salvador». Cuando observamos que, según el versículo 2, las cuatro bestias vistas por Daniel en su visión (Dn. 7) han sido combinadas aquí en una sola bestia, entonces es muy evidente el hecho de que esta bestia representa todas las formas de gobierno de este mundo que persigue a la iglesia, dondequiera que y siempre que aparezca en la historia. En el libro de Daniel estas cuatro bestias representan a cuatro imperios mundiales sucesivos.[10] Pero, aquí esta bestia compuesta no puede simbolizar simplemente un solo imperio o gobierno. Tiene que indicar a todos los gobiernos anticristianos.

Una de estas siete cabezas había recibido una herida mortal, un golpe de muerte. Sin embargo, la herida había sido sanada. Para poder interpretar correctamente esta declaración, tenemos que tener en cuenta que las siete cabezas simbolizan siete imperios anticristianos que siguen

el uno al otro en la historia (véase 17:10). En consecuencia, la declaración de que una de estas cabezas recibió una herida de muerte y que esta herida de muerte fue sanada, significa necesariamente que uno de estos siete imperios dejó de ser —temporalmente— un poder que perseguía furiosamente, pero que después reanudó su labor. Por consiguiente, según nuestra opinión, la explicación más probable es como sigue. La cabeza, a la cual se refiere Juan, representa a Roma, la Roma de aquel tiempo. Ahora, cuando Nerón era emperador (54-68 d.C.), aquel tirano cruel, con el fin de desviar de sí mismo la sospecha de que el incendio de Roma había sido hecho por él, instigaba la persecución contra los cristianos. Algunos de los creyentes fueron crucificados. Los cuerpos de otros eran untado con alquitrán o petróleo y eran clavados en postes y quemados como antorchas para la diversión del populacho.[11] Pero en el año 68, Nerón se suicidó. Roma como perseguidora recibió una herida mortal. Pero bajo Domiciano empezó de nuevo la persecución de los creyentes. Fue sanada la herida de muerte. Roma inspirada por Satanás aparece de nuevo como la perseguidora de la iglesia.[12] En los días del apóstol el mundo en general adoraba a Roma y rendía culto al emperador.

Durante toda esta era evangélica —los cuarenta y dos meses que ya hemos discutido en este capítulo[13]— los gobiernos de este mundo se colocan en el trono; arrogan para sí la autoridad que pertenece a Dios, y blasfeman contra Dios y el cielo. Piense en los gobiernos totalitarios de la actualidad. Esta condición conducirá finalmente a la destrucción total de la iglesia como una poderosa e influyente organización para la extensión del evangelio, porque en última instancia toda tribu, pueblo, lengua y nación adorarán el gobierno anticristiano (compare Ap. 13:7 y 11:7).[14] Pero aun en estos días tan terribles que precederán la segunda venida de Cristo, habrá creyentes en la tierra, aquellos cuyos nombres han estado escritos desde la eternidad en el libro de la vida del Cordero (véase 17:8).[15] Porque Dios los ha escogido desde la eternidad, por medio de la santificación del Espíritu y fe en la verdad (2 Ts. 2:13), estos individuos no pueden perecer. Puede ser que el gobierno del anticristo destruya sus cuerpos, pero no puede destruir sus almas. Que esperen con paciencia los creyentes este tiempo de la tribulación más severa, sabiendo que todas las cosas están incluidas en el decreto de Dios; y sabiendo, además, que cuando el mundo use la espada para hacer guerra contra la iglesia, Dios mismo vengará esta injusticia. La persona que entiende esto ejercitará paciencia y perseverará en su fe. Si alguno tiene oído, oiga estas admoniciones y considérelas

seriamente (vv. 9 y 10). ¡No es Satanás, sino Dios quien gobierna con poder supremo!

Después Juan ve otra bestia que sube de la tierra. Según Santiago 3:15, la «sabiduría» anticristiana es terrenal (véase Fil. 3:19). Pero, veamos primero el cuadro. Esta bestia no tiene diez cuernos sino simplemente dos: dos cuernos pequeños semejantes a los de un cordero. ¡Pero, habla como un dragón! Esta segunda bestia es sierva de la primera, es decir, coopera completamente con la primera. Hace muchas señales y seudo-milagros con el fin de engañar al pueblo. Hace que descienda fuego del cielo, es decir, hace parecer como si descendiese fuego del cielo. También manda a la gente que haga una imagen o estatua en honor de la primera bestia, y luego hace que la imagen hable. Por fin, el pueblo sumergido en superstición e ignorancia está tan engañado que cree realmente que una voz procede de la imagen. Además, esta segunda bestia manda que sean muertos todos los que se rehúsan a adorar la imagen de la primera bestia. Finalmente, manda que sea puesta la marca de la bestia en la mano derecha o en la frente de todos como evidencia de su lealtad. Los que se rehúsan a recibir esta marca son discriminados. No se les permite comprar ni vender ni ocuparse en ningún negocio. Esta marca de la bestia es su nombre o el número de su nombre. El que tiene entendimiento, o bien, el que ha recibido sabiduría, puede explicar este número, porque es el número de hombre, a saber, 666.

El párrafo anterior es, tal vez, el más difícil en todo el libro de Apocalipsis. Las ideas principales son claras; los detalles son obscuros. De todas las interpretaciones consideramos la siguiente como la más lógica. Sin embargo, acentuamos el hecho de que en la explicación de los detalles, no hay ninguna certeza.

La segunda bestia es el falso profeta (19:20) la cual simboliza a la religión falsa y la filosofía falsa, cualquiera que sea la forma en que aparezcan durante toda la dispensación. Exteriormente, esta bestia se asemeja al Cordero, pero interiormente encubre al dragón.[16] En otras palabras, todo lo que agrada al ojo es muy seductor y atractivo. La bestia parece muy inocente, ¡semejante a un lindo corderito, favorito de los niños! Pero el pensamiento interior, la vida, la esencia, y el carácter se revelan en su modo de hablar. ¡Y este cordero habla como el mismo dragón, el diablo! Por lo tanto, esta segunda bestia es la mentira de Satanás con apariencia de verdad. Es Satanás enmascarándose como ángel de luz (2 Co. 11:14). Simboliza a todos los falsos profetas

en todas las épocas de esta dispensación, «que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt. 7:15).

Las dos bestias —el gobierno anticristiano y la religión anticristiana— trabajan en perfecta cooperación, y siempre es así. Ya estaban trabajando en cooperación en los días del apóstol: el sacerdote pagano era amigo del procónsul. La influencia sacerdotal defendía y ofrecía apoyo al poder secular del estado en su persecución contra los creyentes. La religión pagana y la política pagana cooperaban la una con la otra en su batalla contra la iglesia. Los sacerdotes de los templos paganos hacían todo lo posible para grabar en la mente del pueblo la mentira de Satanás: ¡César es Señor! Recurrían aún a tretas y seudo-milagros con el fin de engañar al pueblo. A los habitantes de los diversos distritos les mandaban que hiciesen estatuas en honor del emperador. Piense en Pérgamo.[17] Se mataba a cualquiera que rehusase hacer un acto de adoración delante de tal estatua o cualquiera que rehusase decir, «El emperador es Señor».[18] ¿Quiere decirnos realmente el apóstol que en sus días los sacerdotes paganos, con el fin de grabar más firmemente en la mente del pueblo la religión del estado o la adoración al emperador, recurrían a tretas, haciendo que reventase fuego sin ninguna causa manifiesta y, por medio del arte de la ventriloquía hacían que saliese una voz de la estatua del emperador, o pertenecen estos detalles meramente al cuadro, de modo que no debemos interpretarlos simbólicamente?[19] Sea cual fuere la contestación, parece que el significado principal es que a lo largo de toda esta dispensación actual —y de una manera más creciente al acercarse la venida del Señor— falsos profetas, dando grandes señales y milagros (Mt. 24:24) procurarán engañar al pueblo y fortalecer la mano del gobierno en su ataque despiadado contra la iglesia. Note, sin embargo, el versículo 15: «y le fue dado». ¡Fuera de la esfera del permiso de Dios, Satanás no puede hacer nada!

Ahora, a todos —pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos— el falso profeta les pone una marca. Es la marca de la primera bestia. Aquí el falso profeta en su apariencia exterior se asemeja al Cordero. ¿No es cierto que los seguidores del Cordero han sido sellados en sus frentes?[20] Por tanto, los seguidores de la bestia tienen que ser señalados o marcados sobre su frente o en su mano derecha. ¿Cuál es el significado preciso de esta «marca de la bestia»? Se han propuesto varias respuestas cómicas.[21] Estas teorías yerran en el siguiente respecto, a saber, interpretan esta marca como una sola señal individual, exterior y visible que aparecerá sobre la frente o la mano de los inicuos en un momento

particular en la historia, y solamente en aquel momento. Pero la bestia *siempre* persigue a la iglesia y es simbólica de toda forma del poder secular que procura destruir a los creyentes. Dondequiera que y siempre que aparezca la bestia, también se encontrará la marca de la bestia. Las dos van juntas y no se pueden separar.

Para poder entender la expresión, «marca de la bestia», es preciso recordar que no solamente el ganado, sino los esclavos también eran señalados o marcados. Aquella marca significaba que este esclavo es la propiedad de su amo. Muy pronto la expresión, «recibir la marca de alguien», empezó a significar pertenecer a alguien o servir o adorar a alguien. Probemos este punto. En Apocalipsis 14:9 leemos: «Si alguno adora a la bestia... y recibe la marca en su frente». Aquí parece que «recibir la marca de la bestia» significa «adorar a la bestia». Asimismo, en Apocalipsis 14:11 «los que adoran a la bestia... reciba la marca de su nombre» (véase también Ap. 20:4). Por lo tanto, parece que «recibir la marca de la bestia» significa «pertenecer y adorar a la bestia». La «marca de la bestia», dondequiera que y siempre que se manifieste, es el espíritu del anticristo que se opone a Dios, rechaza a Cristo y persigue a la iglesia. Se estampa esta marca sobre la frente o en la mano derecha (véase Dt. 6:8). La frente es simbólica de la mente, los pensamientos, la filosofía de una persona. La mano derecha es simbólica de sus hechos, su actividad, su ocupación, su industria, etc. Por tanto, el recibir la marca de la bestia sobre la frente o en la mano derecha indica que la persona señalada de esta manera pertenece al conjunto de aquellos que persiguen a la iglesia. Este espíritu anticristiano puede manifestarse especialmente en lo que este individuo piensa, en lo que dice y en lo que escribe, o más enfáticamente en lo que hace.

Esta interpretación concuerda enteramente con nuestra explicación respecto al sello que el creyente recibe sobre su frente. Este sello significa que el creyente pertenece a Cristo, que adora a Cristo, que manifiesta su Espíritu y que piensa sus pensamientos. Asimismo, la marca de la bestia significa que el incrédulo que persiste en su maldad pertenece a la bestia, y por tanto a Satanás, a quien adora. Sin embargo, observe que hay una diferencia. ¡El creyente recibe un sello; el incrédulo recibe una simple marca![22] Es cierto que a lo largo de toda la dispensación (piense en Tiatira)[23] a todas estas personas que recibieron la marca de la bestia y que no adoraron su imagen, se les ha impedido la práctica de su ocupación o negocio. Son las que han sido excluidas y oprimidas. No se les permite comprar ni vender mientras que continúen leales a sus principios. A medida que nos acercamos al fin, aumentará esta

oposición. Sin embargo, que no se desespere el creyente. Que recuerde que el número de la bestia es número de humano. Ahora, el ser humano fue creado en el sexto día. Seis, por lo tanto, no es siete y nunca alcanza a ser siete. Nunca alcanza la perfección, es decir, no llega nunca a ser siete. Seis significa errar el blanco o fracasar. Siete significa perfección o victoria. ¡Regocíjate, oh iglesia de Dios! ¡Tuya es la victoria! El número de la bestia es 666, es decir, ¡fracaso tras fracaso tras fracaso![24] Es el número de hombre, porque la bestia se gloría en el hombre, por tanto, ¡tiene que fracasar!

E. El triunfo de la iglesia de Dios (14:1-16)

Este capítulo se divide en tres partes. Note las cláusulas, «miré», «vi» en los versículos 1, 6 y 14, las cuales indican el principio de los tres párrafos.

1. *La bendición de los redimidos* (versículos 1-5). El primero de estos párrafos nos muestra al Cordero sobre el monte de Sión. Éste es aquel Sión «que no se mueve, sino que permanece para siempre» (Sal. 125:1). Es el cielo (Heb. 12:22) porque leemos: «Y oí una voz del cielo». Con el Cordero el apóstol ve a ciento cuarenta y cuatro mil que tienen su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes. Éste es el conjunto de los sellados del capítulo 7. En aquel capítulo estos santos estaban todavía viviendo en la tierra, rodeados de enemigos. Aquí están gozándose de la gloria del cielo después del juicio final. Aunque el dragón ha hecho todo posible con el fin de hacerlos infieles a su Señor, y aunque ha empleado a las dos bestias para que le ayuden, ni siquiera uno solo de los ciento cuarenta y cuatro mil está ausente «cuando allá se pase lista».

El apóstol oye un sonido procedente del cielo: los ciento cuarenta y cuatro mil cantan el cántico nuevo. Es como el ruido de muchas aguas y la voz de un gran estruendo continuo, majestuoso y sublime. Piense en las poderosas cataratas del Niágara. Su ruido es como un crescendo que aumenta hasta que se convierte en un bramido atronador cuando las aguas dan contra el fondo. Así es respecto al cántico nuevo. No existirá en él nada que sea trivial e insignificante. Sin embargo, aunque este cántico será majestuoso, sublime y continuo, será al mismo tiempo el cántico más hermoso, dulce y tierno que jamás se haya oído. Será como tañedores tañendo sus arpas. Lo majestuoso y lo tierno, lo sublime y lo bello están hermosamente combinados en este cántico. Será un cántico nuevo, porque relata una experiencia nueva: los ciento cuarenta

y cuatro mil han sido comprados de entre los de la tierra. Cada uno de los redimidos canta este cántico delante del trono —porque sobre él están sentados Dios y el Cordero— y delante de los querubines y delante de la iglesia entera en gloria. Como este cántico relata la experiencia de los que han sido comprados de entre los de la tierra por medio de la sangre preciosa del Cordero, es natural que solamente aquellos que han tenido esta experiencia podrán aprenderlo. Estos ciento cuarenta y cuatro mil son vírgenes, es decir, no están contaminados. No han sido infieles a Cristo. Siguen al Cordero por dondequiera que vaya (véase 2 Co. 11:2). «Fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero». Cristo murió por ellos. Uno de los resultados de su muerte por ellos fue la obra purificadora del Espíritu Santo en sus corazones, por lo cual fueron separados de las vidas y conversaciones pecaminosas de las personas (véase 1 Co. 6:20).

Observe especialmente que estos ciento cuarenta y cuatro mil son las primicias para Dios y para el Cordero en el sentido de que fueron redimidos de entre las personas. En otras palabras, hubo una separación; las primicias eran para el Señor y como tal fueron puestas aparte de los hombres en general (véase Stg. 1:18). El mundo de los humanos, que está madurándose para el juicio final, se compara muchas veces a una cosecha (Mt. 9:37; 13:30; Lc. 10:2; Jn. 4:35). En este capítulo (Ap. 14:14-20) tenemos este simbolismo. Aquí también las primicias son para el Señor (vv. 14-16); el resto es para Satanás (vv. 17-20). El simbolismo se basa sobre la ley del Antiguo Testamento respecto a las primicias. Todas las primicias eran ofrecidas al Señor, y después el israelita tenía la libertad de usar el resto (Éx. 23:19; Nm. 18:12). Asimismo, aquí tenemos un contraste entre las primicias por una parte y los hombres en general por otra parte. Por tanto, todos los redimidos, el número completo de los elegidos, están incluidos en estas primicias. Todo lo que no pertenece a estas primicias no es para el Señor, no es elegido. Estos ciento cuarenta y cuatro mil no son primicias apartadas de entre otros creyentes. Ellos no forman un grupo selecto en el cielo, un grupo de santos superiores. Son las primicias redimidas «de entre los hombres». Esto es evidente también por el hecho de que estos ciento cuarenta y cuatro mil «tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en sus frentes», de modo que son lo contrario a «los pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos» que reciben la marca de la bestia en su mano derecha o sobre su frente (13:16). Todos los creyentes sin excepción alguna son sellados con el nombre de Dios y del Cordero. Asimismo, todos los réprobos, todos lo que se endurecen en el pecado

y la incredulidad, son marcados o señalados. Repetimos, todos los redimidos —no solamente un número selecto de santos superiores— cantan en gloria el cántico nuevo. Ninguno de los otros puede aprenderlo. En el capítulo 7, versículos 1-8, se describe a la iglesia militante aquí en la tierra. En los versículos 9-17 del mismo capítulo se describe a la iglesia triunfante en el cielo. Aquí en el capítulo 14, se describe a la misma iglesia triunfante desde la perspectiva de su gloria y santidad celestial.[25] Estos ciento cuarenta y cuatro mil no han aceptado la mentira de Satanás. Por tanto, en Cristo, se encuentran sin tacha (véase Éx. 12:5; Lv. 1:3; 9:2; Mt. 5:48).

2. *Advertencias a la humanidad* (vv. 6-13). Así como en Apocalipsis 11:12 se describe a los creyentes como «subiendo al cielo en una nube», mientras el versículo siguiente nos lleva atrás hasta las condiciones existentes en la tierra antes del día del juicio, así también aquí en el capítulo 14, después de describir la felicidad de los redimidos, nos volvemos a los eventos que ocurrirán inmediatamente antes de la segunda venida. Los tres ángeles de los versículos 6, 8 y 9 pertenecen juntamente. Tienen un solo propósito, el de advertir a la humanidad respecto al juicio venidero para que los hombres con verdadera fe acudan a Dios.

El primer ángel es enviado a los que «moran en la tierra», o literalmente según el texto griego, «los que están sentados en la tierra». Esto es característico de los hombres en general en vísperas del juicio: están sentados en la tierra. Están serenos, indiferentes, impasibles, desatentos y descuidados. Piense en el artista que ha hallado sobre una roca oceánica un sitio a propósito donde retratar la belleza de la aldea y sus alrededores. No se da cuenta que la marea está creciendo en derredor de la base de la roca. Se encuentra tan intensamente ocupado en su pintura que no se da cuenta del embate de las olas contra la roca. No presta atención a las voces de advertencia. Está sentado y continúa sentado ocupado en su pintura, pero poco a poco será sumergido por las olas. Asimismo, inmediatamente antes del juicio final, las gentes en general estarán de tal manera fascinadas con los encantos terrenales que no se darán cuenta de que el juicio está acercándose, ignorado así su peligro... hasta que sea demasiado tarde (véase Lc. 17:26-37). A esta gente indiferente se le aparece un ángel volando en medio del cielo para ser oído de todos, y diciendo, «Temed a Dios y dadle honra; porque la hora de su juicio ha llegado». Ninguno que continúa en la incredulidad escapará, porque Dios es el

Todopoderoso, aquel que hizo «el cielo y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas». Sin embargo, para el pueblo de Dios son «buenas nuevas eternas» este anuncio del acercamiento del día del juicio porque significa su salvación (Hab. 3:13-18; Mal. 4:1-6). Además, todas las promesas de Dios alcanzarán en aquel tiempo una feliz cumplimiento que permanecerá para siempre.

Sigue el segundo ángel diciendo: «Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación».

Babilonia representa al mundo como el centro de seducción. Su ruina es tan cierta que se habla aquí de su caída futura como si hubiese ocurrido ya. Por tanto, que los inicuos se conviertan de su adulterio, apostasía y adoración a la bestia. Note que el dragón tiene ayudantes; la bestia que sube del mar y la bestia que sube de la tierra, y Babilonia.

Sigue un tercer ángel. Anuncia muy solemnemente (véanse los vv. 9 y 10) que todos los que están ligados a este mundo, perecerán con el mundo. Si usted ha escogido servir a Satanás, tendrá que sufrir las consecuencias. No puede pecar y evitar las consecuencias de su pecado. La ira de Dios vendrá sobre los que adoran a la bestia. Aquí en la tierra esta ira está todavía mezclada con la gracia. El Señor hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueva sobre justos e injustos (Mt. 5:45). ¡Luego, en el infierno la ira estará sin mezcla! Allí habrá un tormento con fuego y azufre. Sin embargo, tan enteramente justo será este castigo que los ángeles y el Cordero consentirán en él. Y, según el lenguaje muy gráfico del versículo 11, este juicio no termina nunca. El hecho de que este castigo eterno espera a los que persiguen a la iglesia y aborrecen al Señor, debe animar a los creyentes a perseverar bajo la aflicción y las pruebas (v. 12). Y aunque se mate a estos creyentes porque guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, su felicidad está asegurada.

3. *La cosecha del fin* (vv. 14-16). «Y oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen». Ya se ha descrito la felicidad de los redimidos (véase los capítulos 2, 3, 7 y 14:1-5). Los que mueren en el Señor de aquí en adelante ven cara a cara a aquel que murió por ellos y que vive siempre para interceder por ellos. Le ven ahora como el Cordero inmolado. Le ven en la gloria de su naturaleza humana que ha llevado consigo al cielo. Le ven como aquel que ha conquistado el pecado, la muerte y a Satanás. Descansan de sus trabajos. Sin

embargo, sus obras con ellos siguen. Esto es verdad no solamente en el sentido de que sus obras son el resultado de su carácter, el cual, enteramente santificado, los acompaña al cielo, sino también es verdad en el sentido de que estas obras están para ser premiadas con el galardón de gracia y gloria.

Y así el juicio final ha llegado de nuevo. Se describe[26] bajo el símbolo de una siega doble. El apóstol ve una nube blanca, el color significa santidad, la nube significa juicio (véase 1:7). Sobre la nube está sentado «uno semejante al Hijo del Hombre», Jesús (véase Dn. 7:13 y véase también nuestra explicación de Ap. 1:13). En su cabeza no tiene la corona de espinas, sino la guirnalda de victoria, el «estefanos» de oro.[27] En su mano derecha tiene una hoz aguda. Está preparado para la siega. Esta siega le pertenece, porque los hombres simbolizados por ella son las primicias. Puesto que el tiempo del juicio final ha llegado ahora, un ángel sale del santuario, el lugar de la santidad de Dios. Comunica al Mediador, Cristo, el mensaje de Dios. Dice este ángel, clamando en alta voz: «Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura». Mateo 3:12 sirve como comentario suficiente: «y recogerá su trigo en el granero». Por consiguiente, la hoz fue echada sobre la tierra, y la tierra fue segada, los elegidos fueron recogidos para Él.

F. El juicio de los malvados (14:17-20)

Finalmente, el juicio de los inicuos es llevado a cabo por dos ángeles. Un ángel sale del santuario, es decir, después de haber recibido órdenes del Dios Santo. Este ángel también tiene en su mano una hoz aguda. Sale ahora otro ángel del altar (véanse 6:9, 10; 8:3-5). Éste es el altar en conexión con el cual las oraciones incensadas de todos los santos han ascendido al trono. El juicio de los inicuos es la respuesta final de Dios a estas oraciones. El segundo ángel clama al primero: «Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras» (véase Is. 63:1-6). La viña de la tierra simboliza a la multitud entera de los hombres inicuos; sus uvas son los incrédulos. Así como las uvas son holladas y pisadas, así también los inicuos van a ser destruidos y castigados eternamente. Las uvas son echadas en el grande lagar de la ira de Dios, y pisadas. En la imagen que Juan vio, aparece un lago de sangre tan profundo que los caballos pueden nadar en él. Se extiende por todos lados hasta por mil seiscientos estadios. Recuerde que cuatro es el número del universo o la tierra. Éste es el juicio sobre la tierra, sobre los malvados. Diez es el número de entereza. [28] Por

tanto, parece que mil seiscientos, que es el producto de cuatro multiplicado por cuatro, multiplicado por diez, multiplicado por diez, significa que éste es el juicio enteramente completo sobre la tierra y sobre los inicuos. Y el lagar de la ira de Dios fue hollado fuera de la Santa Cuidad.

CAPÍTULO XII



Apocalipsis 15, 16: Las siete copas

En la historia del mundo se manifiesta muy claramente un orden muy definido de eventos que siempre se repite.

Iglesias se establecen por medio de la predicación de la palabra que el Espíritu Santo aplica al corazón de la gente. Esto sucede repetidas veces. Estas iglesias son portadoras de luz —candeleros— en medio de un mundo que está en tinieblas. Son bendecidas por la continua presencia espiritual de Cristo (capítulos 1-3).

El pueblo de Dios es perseguido repetidas veces por el mundo, y expuesto a muchas pruebas y aflicciones (capítulos 4-7). Los juicios de Dios son enviados repetidas veces al mundo perseguidor; estos juicios no han podido conducir a las personas al arrepentimiento (capítulos 8-11).

Este conflicto entre la iglesia y el mundo indica frecuentemente el combate más profundo y fundamental entre Cristo y Satanás, entre la «simiente de la mujer», y «el dragón» (capítulos 12-14).

Surge ahora esta pregunta: ¿qué sucede cada vez que en la historia las trompetas de juicio, las plagas iniciales, no conducen a penitencia y conversión? ¿Permite Dios que tal impenitencia y dureza de corazón continúen impunes hasta el día del juicio final? ¿Debemos acaso pensar que la ira de Dios está detenida completamente hasta la segunda venida, hasta la vendimia descrita en el capítulo 14? Esta pregunta halla respuesta en la visión que consideramos ahora. En pocas palabras, la respuesta es: en la historia, cuando los inicuos no se arrepienten en

respuesta a la manifestación parcial e inicial de la ira de Dios por medio de los juicios, lo que sigue es la efusión final de la ira. Es final aunque no completa hasta el día del juicio. Estas plagas son las últimas. No dejan más oportunidad para el arrepentimiento. Cuando los impíos son advertidos frecuentemente por las trompetas del juicio y continúan endureciendo el corazón, la muerte los precipita finalmente en las manos de un Dios airado. Pero, aun antes de morir, es probable que ya hayan cruzado la línea divisoria, la línea entre la paciencia de Dios y su ira (Éx. 10:27; Mt. 12:32; Ro. 1:24; 1 Jn. 5:16).

A través de toda la historia del mundo se manifiesta repetidas veces la ira final de Dios. Se derrama sobre los impenitentes (9:21; 16:9). Así, se establece una conexión muy definida entre la visión de las trompetas (capítulos 8-11) y la de las copas (capítulos 15, 16). Las trompetas advierten; las copas son derramadas. Sin embargo, la conexión entre los capítulos 12-14 y los capítulos 15 y 16 es igualmente estrecha. Estos impenitentes son los hombres que aceptan la marca de la bestia (16:2; 13:16). Adoran al dragón y son los amigos de las dos bestias y de Babilonia, la ramera.

Interpretada de esta manera, notamos que la visión de las copas de ira es paralela a todas las otras, y así como ellas se relaciona con la dispensación entera. Probemos este punto.

En primer lugar, parece que la semejanza muy notable entre la visión de las trompetas y la de las copas —que ya indicamos en el capítulo 2 de este comentario— significa que las dos se refieren al mismo período de tiempo.[1] Si la visión de las trompetas se refiere a esta dispensación actual, la visión de las copas lo hace también.

En segundo lugar, esta visión de las copas termina exactamente como las anteriores, a saber, con una escena de juicio (Ap. 16:15-21). Por tanto, parece que las primeras seis copas se refieren a una serie de acontecimientos que preceden al juicio final.

En tercer lugar, observe el hecho muy interesante de que la quinta visión de las copas tiene una introducción que es casi idéntica a la que abre la cuarta visión (véase Ap. 12:1 y 15:1). Es claro que Apocalipsis 12 nos hace retroceder hasta el momento del nacimiento de Cristo y de su ascensión. ¿No es lógico concluir que los capítulos 15 y 16 de Apocalipsis también lo hacen y que describen también el período entero entre la primera y la segunda venida?

En cuarto lugar, note que se derraman las copas sobre los hombres que tienen la marca de la bestia. Esa representación es muy general y

se aplica a todos los que adoran al dragón durante toda la historia del mundo, especialmente durante toda la dispensación actual.

Finalmente, llamamos la atención al hecho de que tenemos en esta quinta visión una descripción de las mismas fuerzas de maldad que se encuentran en la cuarta. El dragón, la bestia subiendo del mar, y la bestia subiendo de la tierra en la cuarta visión, corresponden exactamente al dragón, a la bestia, y al falso profeta en la quinta visión (véase Ap. 16:13). Por lo tanto, las dos visiones atraviesan evidentemente el mismo período, la época entera entre la primera y la segunda venida de Cristo.

Sin embargo, este espíritu de independencia se manifiesta cada vez más claramente al acercarnos al día final. Por tanto, la visión de las copas, aunque atraviesa esta dispensación entera, es especialmente aplicable al día del juicio y a las condiciones que lo preceden inmediatamente.

Juan ve otra señal en el cielo, una señal grande y admirable. Había visto la señal de la mujer radiante y su niño (Ap. 12:1, 2), y también la señal del enorme dragón rojo que se oponía a ella y a su hijo (Ap. 12:3). Ahora ve otra señal, que completa el trío, a saber, las siete últimas plagas por medio de las cuales Dios aflige a los que adoran al dragón. Siete ángeles derraman estas siete plagas por medio de las cuales se manifiesta la ira ardiente de Dios. El objetivo es el juicio final. Estas siete plagas —siete simboliza la perfección divina y la idea de que algo está completo— conducen a este objetivo. Cuando Dios quite su Espíritu de los malvados, de modo que lleguen a endurecerse, realmente no hay nada que pueda detener la perdición de ellos en el día del juicio final. Por tanto, por medio de estas siete plagas que se suceden durante esta dispensación entera, la ira de Dios llega hasta su meta u objetivo.

A. El mar de cristal mezclado con fuego (15:1-4)

El apóstol nos va a decir algo respecto a estos siete ángeles con sus copas de ira. Pero antes de hacerlo nos muestra la iglesia triunfante después del último día. Después de haberse derramado estas copas de ira ¿qué va a decir esta compañía de vencedores? Juan ve un mar. En la playa hay una multitud victoriosa. Están tañendo sus arpas y cantando el cántico de Moisés y del Cordero. Es claro que esta visión se basa en la historia del ahogamiento de las huestes de Faraón en el mar Rojo. En aquella ocasión también un pueblo victorioso estaba en la playa del mar y cantó el cántico de salvación y victoria:

«Cantaré yo á Jehová, porque se ha magnificado grandemente;
Ha echado en el mar al caballo y al jinete». Éxodo 15:1.

Esta victoria sobre los egipcios era una indicación de la victoria de todos los redimidos de Dios sobre la bestia, sobre su imagen y sobre su número. Por tanto, el cántico que la iglesia triunfante está cantando se llama el cántico de Moisés y del Cordero. En ambos casos era el Cordero el que dio la victoria. Moisés simplemente realizaba la voluntad de Dios y, por tanto, es llamado el siervo de Dios.

Sin embargo, observe que el mar visto por Juan es de vidrio mezclado con fuego: simboliza la rectitud transparente de Dios revelada por medio de sus juicios sobre los inicuos (véase el versículo 4b: «Porque tus juicios se han manifestado»).

Ahora, así como Israel atribuyó su victoria a Dios, así también esta compañía victoriosa vista por Juan proclama en voz alta que Dios es el que ha otorgado el triunfo a su pueblo. Aún sus arpas pertenecen a Dios; Él se las ha dado a estos vencedores. Por tanto, alaban las obras del juicio de Dios, sus caminos, es decir, los principios que sostienen las obras, y su nombre, o revelación. Declaran, además, que en el final el universo entero tendrá que admitir el carácter justo de todas las sentencias de Dios. ¿No han sido advertidos los malvados por medio de las trompetas de juicio? Por tanto, cuando, en lugar de arrepentirse, se endurecen, ¿no es la culpa enteramente de ellos? Así, se manifiesta la justicia de las sentencias finales de Dios, de sus copas de ira. Después del juicio final, la iglesia triunfante verá esto claramente y glorificará a Dios.

B. El santuario es abierto (15:5-8)

Las plagas finales de Dios son completamente justas. En verdad su justicia es tan transparente, que la iglesia triunfante alabará a Dios por causa de los castigos justos que ha infligido sobre los impenitentes. Ahora, el apóstol deja a la multitud triunfante del futuro y vuelve a la dispensación actual. ¿Qué ve? Se abre el santuario del tabernáculo del testimonio. Éste es el santuario que contiene el arca del pacto, y esa arca contiene «el testimonio», (Éx. 25:16, 21). Se abre ahora este santuario para que podamos entender que la ira que está por revelarse es la ira de Dios. Los siete ángeles salen del santuario. Estos ángeles están vestidos de lino puro y resplandeciente y ceñidos alrededor de los pechos con bandas de oro. Uno de los cuatro querubines (Ap. 4:6) pone en las manos de cada uno de estos siete ángeles una copa.

Estas copas son de oro, porque son usadas en el servicio de Dios. Están llenas, para indicar la dureza y el carácter completo de la ira de Dios. Es una ira eterna porque procede del Dios que vive para siempre jamás. El santuario se llena de humo, símbolo de la operación completa y perfecta de la ira santa de Dios (Is. 6:4; Sal. 18:8). Y nadie puede entrar en el templo, hasta que sean consumadas las siete plagas de los siete ángeles, es decir, ya no es posible la intercesión. Dios ha encerrado con ira sus piedades (Sal. 77:9).

C. Las siete copas de la ira (16:1-21)

Juan oye la voz del Todopoderoso. Es una gran voz porque el Señor está lleno de ira a causa de la impenitencia de los seguidores de Satanás. Dice la voz: «Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios». Al estudiar estas copas, observe su notable semejanza con algunas de las plagas de Egipto. Estas plagas descritas en Éxodo 7-10, son indicativas de todas las manifestaciones de la ira de Dios sobre los malvados (véase Dt. 28:20). A lo largo de toda la historia, especialmente durante toda esta nueva dispensación, Dios usa cada área del universo para castigar a los malvados e impenitentes perseguidores de su pueblo. El que se rehúse a ser amonestado por las trompetas de juicio (Ap. 8-11) será «destruido» por las copas de ira. Para una persona, cierta calamidad puede ser una trompeta de juicio, mientras que para otra el mismo evento puede ser una copa de ira. Así, la enfermedad que arrojó al Rey Herodes Agripa I al infierno sirvió como una advertencia a otros. Los que continúan impenitentes serán malditos en la ciudad y malditos en el campo (Dt. 28:16).

A veces nuestro Señor usa úlceras malignas e incurables o cualquiera otra enfermedad incurable para lanzar los inicuos al infierno. Esto viene de *la primera copa* (16:2; Éx. 9:10; Dt. 28:27; Hch. 12:23). Piense en Herodes y recuerde que durante esta dispensación entera nuestro Señor está haciendo continuamente lo mismo. Respecto a los creyentes en Cristo, las aflicciones de la carne no son nunca copas de la ira (véase Ro. 8:28). Por tanto, leemos que esta plaga afectaba solamente a aquellos que tenían la marca de la bestia (véase Ap. 13:15-17).

A veces se usa el mar como instrumento de destrucción. Éste es el propósito de *la segunda copa* (16:3; Éx. 7:17-21; 15:1; Sal. 48:7; 78:53). El mar, de acuerdo a la visión de Juan, se convierte en sangre como de un muerto, sangre coagulada que emite un olor repugnante. Aquí, de nuevo, tenemos que recordar que aunque el símbolo está arraigado en la historia del Antiguo Testamento, sin embargo, se está usando el

mar continuamente para ese mismo propósito. Así como todas las calamidades marítimas son advertencias para los inicuos, así también por medio de algunos de estos desastres los impenitentes son arrojados al infierno. Esto sucede repetidas veces durante toda la historia.

La tercera copa trae maldición sobre los ríos y las fuentes, haciendo que se conviertan en sangre (16:4-7; Éx. 7:24; 1 R. 17:1; 18:5, 40). El ángel de las aguas proclama la justicia de Dios que castiga así a los impenitentes. Es una retribución justa. Debajo del altar las almas de los mártires habían clamado por venganza (véase 6:9, 8:3-5). Por lo tanto, cuando se ejecuta esta venganza es el altar que contesta: «Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos».

Con frecuencia el Señor hace que el sol queme a los malvados, la calamidad que *la cuarta copa* produce (16:8, 9; Dt. 28:22: «Jehová te herirá de ardor, y de calor»). Pero estos hombres no son santificados por medio del sufrimiento. Al contrario, se hacen aún más inicuos y blasfeman al Dios del cielo que tiene potestad sobre estas plagas. No se arrepienten. Vemos claramente que esta descripción es verdadera respecto a todos los impenitentes perseguidores de Cristo y de su iglesia durante esta dispensación entera.

También se derrama a veces la ira de Dios sobre el trono de la bestia. Esto ocurre con *la quinta copa* (16:10, 11). Este trono de la bestia es el centro del gobierno anticristiano (véase Nah. 3:1; Hab. 3:12-14). Cuando caiga Asiria, o Babilonia, o Roma, parece que se arruina el universo entero del impenitente (véase Ap. 17:9-18). Los inicuos pierden todo su valor. Se desesperan. Continúan mordiendo de dolor sus lenguas, no solamente a causa de esta plaga sino también a causa de sus úlceras, recibidas cuando se derramó la primera copa.

Note que con las copas se hace hincapié en cuanto a su finalidad. Mientras que solamente murió la tercera parte de las criaturas vivientes que estaban en el mar cuando se tocó la segunda trompeta, en cambio la destrucción hecha por la segunda copa es completa: «y murió todo ser vivio». De nuevo, mientras que la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo cuando se tocó la tercera trompeta, en cambio al ser derramada la tercera copa todo el abastecimiento de agua existente se convierte en sangre, etc. Ésta es la ira final de Dios.

La sexta copa produce Armagedón (16:12-16). Últimamente se han oído muchos sermones y disertaciones respecto a Armagedón,[2] pero para poder interpretar correctamente esta batalla, empecemos con un breve resumen de la historia del Antiguo Testamento en el cual este

símbolo está probablemente radicado. Lo encontramos en Jueces 4 y 5. Israel está de nuevo en la miseria. En esta ocasión el rey Jabín, el cananeo, es el opresor. Los despojadores salen para saquear los sembrados y pillar las cosechas de los israelitas. Tan numerosos son estos despojadores que los israelitas se esconden y tienen miedo de aparecer en las carreteras (Jue. 5:6). ¿Pero acaso no pueden luchar y echar fuera a estos cananeos? No. El rey Jabín y el general Sísara son fuertes. ¡Tienen novecientos carros herrados! Israel no tiene siquiera un escudo o una lanza (Jue. 5:8). ¿Tendrá acaso que perecer el pueblo?

En las montañas de Efraín habita Débora (Jue. 4:5), quien un día dice a Barac el juez: «Levántate; porque éste es el día en que Jehová ha entregado a Sísara en tus manos. ¿No ha salido Jehová delante de ti?» (Jue. 4:14). Se pelea una batalla en Meguido (Jue. 5:19). En esta batalla los enemigos de Israel son derrotados. Jehová mismo venció a los enemigos de Israel. «Desde los cielos pelearon las estrellas; desde sus órbitas pelearon contra Sísara» (Jue. 5:20).

Por tanto, Armagedón es el símbolo de todas las batallas en las cuales, cuando la necesidad es más grande y los creyentes son oprimidos, el Señor manifiesta de repente su poder a favor de su pueblo angustiado y vence al enemigo. Cuando los ciento ochenta y cinco mil de Senaquerib son muertos por el ángel de Jehová, esto es una sombra del Armagedón final. Cuando Dios concede a un pequeño puñado de macabeos una gloriosa victoria sobre un enemigo que los excede grandemente en número, esto es un tipo de Armagedón.

Pero la verdadera, grande y final batalla de Armagedón coincide con aquel período cuando Satanás será desatado «un poco de tiempo» (véase Ap. 11:7-11). Cuando el mundo, bajo la dirección de Satanás, del gobierno anticristiano y de la religión anticristiana —el dragón, la bestia y el falso profeta— se congrega contra la iglesia para la batalla final, y la necesidad es mayor; cuando los hijos de Dios, oprimidos por todos lados, claman por ayuda; entonces Cristo aparecerá de repente y dramáticamente para librar a su pueblo. Aquella tribulación final, aquella aparición de Cristo en nubes de gloria para librar a su pueblo, esto es Armagedón. Es por esta razón que Armagedón es la sexta copa. La séptima es el día del juicio. Como ya hemos indicado, esta sexta copa, lo mismo que las anteriores, se manifiesta repetidas veces en la historia. Sin embargo, lo mismo que las otras copas, llega a su final y más completo cumplimiento inmediatamente antes y en conexión con el ultimo día.

Juan ve que se derrama la sexta copa sobre el río Éufrates. Este río representa a Asiria, a Babilonia, al mundo inicuo. Cuando leemos que el agua del río se secó, quiere decir que está preparado el camino para que todas las potencias anticristianas puedan atacar a la iglesia. El apóstol ve salir de la boca del dragón (Satanás) y de la boca de la bestia (el gobierno anticristiano) y de la boca del falso profeta (la religión anticristiana) tres espíritus inmundos. Estos espíritus o demonios son comparados a ranas para indicar su carácter abominable, repugnante y repulsivo. Representan ideas, planes, proyectos, métodos y empresas satánicas e infernales, nacidas en el infierno e introducidas por el infierno dentro de la esfera del pensamiento y la acción. Así, cuando los reyes de la tierra se congregan para hacer guerra contra los creyentes, esta batalla o persecución es inspirada por el infierno mismo. Aquí se dice muy poco respecto a esta batalla final, pero tenemos que recordar que en Apocalipsis 11:7-10 y especialmente en Apocalipsis 19:11-21 y 20:7-10 se describe este mismo conflicto de Armagedón.[3]

En este momento de tribulación y angustia, de opresión y persecución, Cristo aparece de repente (v. 15). Aparece repentina e inesperadamente como ladrón (véase Mt. 24:29-51; 1 Ts. 5:4; 2 Ts. 2:8-12; 2 P. 3:10). Por tanto, que el creyente se mantenga vigilante. Que guarde sin mancha sus vestiduras de justicia, para que los hombres no vean sus pecados (véase Ap. 3:18; 7:14).

Esta sección, lo mismo que las anteriores, termina con una descripción muy gráfica del terror del juicio final, que es simbolizada con *la séptima copa* (16:17-21). La caída final de Babilonia es un golpe devastador para los que tienen la marca de la bestia. Todo lo que les encanta ahora se derrumba. Se encuentra completamente arruinado. Se derrama esta copa por el aire. Cuando una maldición cae sobre el aire, la vida que hay en la tierra perece. De repente Juan oye salir del santuario una gran voz —la voz de Dios mismo— diciendo, «Hecho está». Ha venido la revelación final y completa de la ira de Dios, por tanto tiempo restringida; ha llegado el día del juicio. En la imagen el apóstol ve relámpagos, oye voces y truenos, ve un terremoto, el más grande de todos los tiempos. La gran ciudad de Babilonia se parte en tres y se derrumba. Así, el imperio anticristiano entero, considerado como un centro de seducción, el reino entero del mundo, cae y es destruido. Sus ciudades y naciones son arruinadas. En este gran día del juicio se ve claramente que, después de todo, Dios no ha olvidado los pecados de Babilonia. Su ira, por tanto tiempo detenida, estalla ahora completamente. El mundo recibe ahora el cáliz del vino del furor de

su ira (véase Ap. 14:10). Todas las islas huyen y no son hallados los montes (véase nuestra explicación de Ap. 6:14). Juan, estando en el espíritu, ve caer ahora sobre estos hombres endurecidos e impenitentes enormes piedras de granizo, ¡como del peso de 50 kilogramos! El significado es el siguiente: en el juicio final se destruye el imperio entero de maldad. Es completamente arruinado. Además, note que este granizo cae del cielo; simboliza el juicio de Dios, la efusión final y completa de su ira. ¡Pero aun en el infierno, a causa de la dureza de sus corazones y a causa de la plaga enormemente grande, estos pecadores impenitentes blasfeman contra Dios!

CAPÍTULO XIII



Apocalipsis 17-19: La caída de los aliados del dragón

Se han presentado a cinco enemigos del Cristo: el dragón, la bestia que sube del mar, la bestia que sube de la tierra o el falso profeta, la ramera Babilonia, y las personas que tienen la marca de la bestia. Hemos visto lo que sucede a las personas que reciben esta marca (cap. 15, 16). En la visión actual el apóstol nos muestra por medio de imágenes simbólicas lo que sucede a Babilonia, a la bestia que sube del mar y al falso profeta. En Apocalipsis 20 se describirá la derrota del dragón.

En general, se puede subdividir esta sección como sigue: El capítulo 17 describe la naturaleza y cuenta la historia de la gran ramera, Babilonia. El capítulo 18 nos muestra el carácter inevitable, completo e irrevocable de la caída de Babilonia. El capítulo 19 nos introduce al regocijo en el cielo a causa de la completa derrota de Babilonia y a causa de las bodas del Cordero. También presenta al autor de esta victoria, el jinete sentado sobre el caballo blanco, el cual triunfa sobre Babilonia, sobre la bestia y sobre el falso profeta, y ejecuta juicio final sobre todos sus enemigos.

A. El juicio de Babilonia

1. *La mujer y la bestia* (17:1-6)

Aparece a Juan uno de los siete ángeles que tenían las siete copas. El hecho de que aparece uno de estos ángeles indica que la visión es una de calamidad para los malvados y de felicidad para la iglesia (véase Ap. 21:9). Este ángel habla de una manera amigable a Juan y le dice:

«Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas». Así, en el Espíritu (véase Ap. 1:10) Juan es llevado al desierto donde ve una bestia escarlata.[1] Es la bestia que sube del mar, la cual simboliza al mundo como el centro de persecución. Este espíritu de persecución se manifiesta por medio de los gobiernos y pueblos de este mundo, especialmente por medio de los grandes imperios mundiales que en la historia siguen el uno al otro. Juan ve esta bestia en el desierto, porque había huido hacia allá la mujer radiante de Apocalipsis 12, la cual representa a la iglesia.

La bestia no está sola. Una mujer está sentada sobre ella. No debemos confundir esta mujer de Apocalipsis 17 con la mujer radiante de Apocalipsis 12. Las dos son enemigas. La mujer de Apocalipsis 17 —la que está sentada sobre la bestia— es la gran ramera. Está vestida suntuosamente y ataviada con exceso. Está «adornada con oro». Está vestida de púrpura y escarlata, porque está sentada como reina. Sus adornos son piedras preciosas y perlas. Los reyes de la tierra son sus amantes. Las gentes mundanas se embriagan con el vino de su fornicación. En su mano tiene un cáliz lleno de abominaciones: las cosas impuras relacionadas con su fornicación. En su frente, posiblemente una cinta atada a su frente, está escrito un nombre: Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra. No solo sus amantes, sino también ella misma, todos están embriagados, a saber, con la sangre de los mártires de Jesús. Juan se maravilla grandemente. No entiende el significado de esta imagen y, por lo tanto, el ángel se lo explica.

Esta ramera es evidentemente Babilonia[2] (17:5, 18; 19:2, 3). La cuestión es la siguiente: ¿qué representa Babilonia?[3] Para poder interpretar correctamente el significado simbólico de esta figura, tenemos que tener en cuenta primero que Babilonia se llama la gran ramera.[4] En otras palabras, el símbolo indica lo que atrae, tienta, seduce y distrae a las gentes, separándolas así de Dios.

En segundo lugar, tenemos que recordar que esta ramera es una ciudad mundana, a saber, Babilonia. Nos hace pensar en la antigua Babilonia, loca de placer, arrogante y presuntuosa.[5] La descripción de esta Babilonia simbólica de Apocalipsis 17-19 nos hace recordar también a Tiro, aquel centro pagano de maldad y seducción. Observe la semejanza notable entre Apocalipsis 17-19 y Ezequiel 27, 28. Además, cuando estudiamos el catálogo de las mercaderías que se encontraban en Babilonia (Ap. 18:11-16) es muy evidente que el símbolo se refiere a una gran metrópoli industrial y comercial. Por tanto, Babilonia tiene

que significar el mundo como centro de industria, comercio, arte, cultura, etc. Por medio de todas estas cosas, Babilonia procura atraer y seducir al creyente, es decir, distraerle de Dios. Simboliza la concentración del lujo, del vicio y del encanto de este mundo. Es el mundo visto como la personificación de «los deseos de la carne, y los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida» (1 Jn. 2:16).

En tercer lugar, Babilonia vista así es la Babilonia pasada, presente y futura. Su forma cambia; su esencia permanece la misma. Recordemos que la ramera, Babilonia, está muy estrechamente asociada con la bestia; en realidad la relación es tan estrecha que se dice que ella está sentada sobre la bestia (17:3). La bestia es todo el movimiento perseguidor anticristiano a lo largo de toda la historia, personificado en sucesivos imperios mundiales. Es obvio que la bestia es del pasado, presente y futuro (lea Ap. 17:8-10). Por tanto, concluimos que la ramera también representa el mundo como el centro de seducción anticristiana en cualquier momento de la historia. Que la ramera Babilonia existía en cierta forma o personificación en los días de Juan, se deduce de lo que dice Apocalipsis 17:9, «Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer». Aquí se refiere claramente a Roma. La ciudad imperial atraía con sus placeres a los reyes de las naciones, a los gobernantes de cada esfera de la vida: arte, industria, comercio, etc. (véase Ap. 17:2). El apóstol ve la Roma de su propio tiempo llena de vanidad, de lujo y de placer. Era una ciudad loca por los placeres. Hasta los santos eran despedazados en sus circos para la diversión y pasatiempo del público. La ramera estaba embriagada de la sangre de los santos (17:6). En Apocalipsis 18:4, cuando se da la admonición, «Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis participes de sus pecados», esta orden fue destinada no solamente para las personas que estarán viviendo cerca del fin de la historia del mundo, sino también para los creyentes que vivían en los días y tiempos de Juan; y, en realidad, para los creyentes de todos los tiempos.

Por lo tanto, Babilonia es el mundo como centro de seducción en cualquier momento de la historia, particularmente a lo largo de toda la dispensación actual. La ramera, Babilonia, es siempre aquella que se opone a la esposa, la Nueva Jerusalén (Ap. 21:9-27). Ambos símbolos son introducidos por «uno de los siete ángeles que tenían las siete copas». Pero son contrarios. En consecuencia, la caída de Babilonia se refiere no solamente a la destrucción final del mundo, visto como el centro de cultura y seducción anticristiana, en el momento de la segunda venida de Cristo, sino también a la demolición de cada concentración

anterior de tentación mundana. La ruina de Babilonia sucede repetidas veces a través de toda la historia, pero especialmente en el gran día del juicio final. La caída de la última gran Babilonia —Babilonia en su forma final— coincide con la venida de nuestro Señor para el juicio.

Ahora, según la figura usada aquí, la ramera tiene en su mano un cáliz de oro. Un cáliz de oro incita a la bebida, porque uno espera de un vaso tan precioso la bebida más preciosa. Sin embargo, el cáliz no contiene nada sino abominaciones, las cosas impuras relacionadas con la fornicación de la mujer. Sea lo que fuere la cosa usada por el mundo con el fin de distraer a los creyentes de su Dios, esta cosa está en este cáliz: las revistas pornográficas, los deportes en los cuales uno se obsesiona tan intensa y plenamente, el lujo, la fama y el poder mundano, las concupiscencias de la carne, etc. Haga cada uno su propia lista. La lista incluye cosas que son malas en sí, así como cosas que llegan a ser malas porque no se las considera como medios, sino como un fin en sí mismo, es decir, arte por amor al arte, etc. El ángel le revela a Juan el misterio de la mujer y de la bestia que la trae (vv. 7-18). Observe la asociación estrecha entre la bestia, o el imperio del mundo, y la mujer, o seducción. Esta asociación es real en un sentido doble: en primer lugar, las gentes mundanas toman el vino de la fornicación de la mujer y se entregan a sus placeres; en segundo lugar, el mundo como el centro de persecución y el mundo como el centro de lujo, cultura anticristiana y placer, trabajan siempre en estrecha cooperación al oponerse a la iglesia. El profeta Balaam estaba enterado de esto. Por tanto, aconsejó a Balac que hiciese uso del astuto arte del engaño con el fin de engañar y destruir a Israel (Nm. 31:16; Jud. 11; Ap. 2:14). En los días de Juan, Roma no solamente perseguía a la iglesia por medio de la espada, sino que también procuraba seducir a los creyentes por medio de las tentaciones de la gran ciudad. Lo mismo sucede también hoy día. Los gobiernos anticristianos no destruyen todos los edificios de la iglesia; ¡cambian algunos de ellos en lugares de diversión mundana! Así, durante su larga historia la bestia y la mujer siempre están asociadas. Siempre, hasta que... la bestia se vuelva contra la mujer (véanse los vv. 16-18).

2. *La historia de la bestia* (17:7-18)

En el versículo 8 el ángel relata la historia de la bestia, la cual era, y no es, y está para subir del abismo. Primero, la bestia *era*; se mostraba, por ejemplo, en la forma de la Babilonia antigua, el reino del poderoso Nimrod, en la tierra de Sinar: «hagámonos un nombre» (Génesis

10:8-11; 11:4), o en la forma de Asiria con su orgullosa capital, Nínive; o, una vez más, el espíritu de arrogancia y opresión mundana que se manifestaba en la Babilonia Nueva (piense en Nabucodonosor y la cautividad de los judíos); o en el reino de los medos y los persas; y muy definitivamente en el imperio greco-macedonio del cual apareció aquel gran precursor del anticristo final, Antíoco Epífanes de Siria (175-164 a.C). «Y no es». Todos estos imperios en los que había sido personificada la bestia perecieron. La bestia ya no existe en la forma de la Babilonia Antigua, de Asiria, de la Babilonia Nueva, de Medo-Persia, y de Greco-Macedonia. Sin embargo —y esto produce asombro y admiración en los hombres cuyos nombres no han estado escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo— ¡parece que esta bestia tiene poder de levantar de nuevo la cabeza después de cada derrota! Las personas mundanas se maravillan al ver la bestia, «que era y no es, y será». No entienden que bajo cada forma y en cada personificación, la bestia va a la perdición. Esta declaración, como nos indica la comparación entre los versículos 8 y 11, es verdad, especialmente respecto a la manifestación final del poder del anticristo inmediatamente antes de la segunda venida de Cristo. Ese imperio anticristiano también irá «a la perdición». Así una y otra vez la bestia aparece en una personificación nueva. Las formas cambian, pero la esencia permanece durante esta dispensación entera; sí, por toda la historia del mundo hasta el día del juicio.

Y ahora el ángel está por interpretar el significado de las siete cabezas y los diez cuernos de la bestia. Considerados superficialmente, su significado no es claro. Por tanto, es necesario usar la sabiduría para interpretarlos (véase 13:18). Las siete cabezas tienen un doble significado simbólico. Indican al mismo tiempo la personificación actual de la bestia y también todas sus personificaciones durante el transcurso de la historia. En primer lugar, estas siete cabezas simbolizan siete montes, las siete colinas de Roma considerada como ciudad y capital del imperio romano.[6] Es la gran ciudad que gobierna sobre los reyes, los poderosos de la tierra. En los días de Juan ésta era el centro de persecución anticristiana. Pero también era el centro de seducción, tentación e incitación anticristianas. ¡La mujer, la ramera, se sienta sobre estas siete colinas! En segundo lugar, estas siete cabezas simbolizan también a siete reyes, es decir, siete reinos.[7] Como ya hemos indicado, el libro de Daniel prueba claramente que estas siete cabezas no simbolizan a siete reyes o emperadores individuales, sino siete imperios mundiales anticristianos. Cinco de ellos cayeron, a saber, la antigua

Babilonia, Asiria, la nueva Babilonia, Medo-Persia y Greco-Macedonia. Uno es, a saber, Roma. El séptimo aun no ha venido, pero cuando venga será necesario que dure breve tiempo. El énfasis se halla en la palabra «durar». ¿Es esta séptima cabeza el título colectivo de todos los gobiernos anticristianos entre la caída de Roma y el imperio final del anticristo, que oprimirá a la iglesia en los días precedentes a la segunda venida de Cristo?[8] Según el lenguaje de Apocalipsis, esta época evangélica entera es solamente un breve tiempo (Ap. 11:2, 3; 12:6, 14; 13:5). La bestia que «era y no es» es el octavo y último dominio más terrible del anticristo que aparecerá hacia el final de la historia (2 Ts. 2:3-17). ¿Será que la cláusula «y es de entre los siete» indica, en cierto sentido, que uno de los imperios anticristianos anteriores será restablecido? Y si es así, ¿cuál de ellos?[9] Sea como fuere «va a la perdición» (véase Ap. 19:20).

Los diez reyes constituyen en realidad todos los poderosos de esta tierra, en todas las esferas de la vida: arte, educación, comercio, industria y gobierno, en la medida en que sirvan a la autoridad central. Su propósito es el engrandecimiento personal en oposición a Cristo. Para lograr esta meta, están dispuestos a ofrecer su poder y autoridad a la bestia. Reciben poder «por una hora» como reyes junto «con la bestia». Todo gobernante del mundo tiene sus satélites. Por lo general, duran solamente por «una hora». Todos estos reyes simbolizados por los cuernos tienen un solo propósito, a saber, el de ayudar a la bestia en su conflicto contra Cristo y su iglesia. El versículo 14 muestra claramente que éste es su propósito unánime. Este versículo, como ya hemos indicado en el capítulo 1 de este comentario, indica el tema del libro entero: «Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados y elegidos y fieles».

A lo largo de toda la historia, especialmente durante toda esta dispensación, el Cordero vence continuamente y vencerá toda forma de dominio anticristiano. Todo reino del anticristo perece. Esto se manifestará especialmente cuando el Cordero quebrante el poder del último gran anticristo al final de la historia del mundo (véase Ap. 11:11-19; 16:14-21; 19:11-21; 2 Ts. 2:8). Puede parecer por algún tiempo que las fuerzas anticristianas hayan ganado el dominio (Ap. 11:7; 13:7), pero cuando parece que el anticristo ha salido completamente victorioso, su absoluta caída es inminente. Así, Cristo se revela siempre como el Rey de reyes y el Señor de señores (Dt. 10:17). Y los creyentes vencen juntamente con Cristo. Han sido llamados por la irresistible gracia

de Dios (1 P. 2:9; Ro. 8:30). Este llamamiento «interior» prueba el hecho de que desde la eternidad han sido escogidos para salvación y victoria (Ef. 1:4). Además, su propia fidelidad o lealtad a Cristo ofrece evidencia adicional que son, de veras, hijos de Dios (véase Ap. 1:5; 2:10, etc.; respecto a Ap. 17:15, compare con 13:1). Evidentemente, Juan había visto en el desierto un lago o una laguna. En este lago había visto a la bestia y sentada sobre ésta, a la mujer. Las aguas de este lago simbolizan las naciones embravecidas, los pueblos, etc., de este mundo, los cuales están continuamente combatiendo y persiguiendo a la iglesia (véase Jer. 51:13).

Parece por algún tiempo que todo va bien: el mundo en general y especialmente los poderosos del mundo cometen fornicación con la gran ramera. Toman de su cáliz de oro y se embriagan con el vino de su fornicación. Llevan a la mujer; se entregan enteramente a sus tentaciones, a sus seducciones y a su cultura anticristiana. Son aficionados al lujo del mundo. A ellos «los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida» les agradan inmensamente. Pero, al final (vv. 15 y 16) estas mismas gentes que forman «el mundo anticristiano» se vuelven contra la ramera. ¡La gente del mundo, incluso también los poderosos de esta tierra —los diez cuernos— al final aborrecen a la ramera; la abandonan, le quitan sus vestidos extravagantemente suntuosos y sus adornos costosos, devoran su carne y la queman completamente con fuego!

El significado de esto es el siguiente: llega el tiempo cuando esta misma gente del mundo que juntamente con sus gobiernos anticristianos forman «la bestia» y que estaban infatuadas con la «ramera», es decir, con la seducción de este mundo, sus placeres y tentaciones, su cultura y lujo, descubren su propia insensatez, pero será demasiado tarde. Así, por ejemplo, Judas Iscariote, que tomó del cáliz de oro —Mammón era su dios— y que contempló por algún tiempo las treinta piezas de plata tan encantadoras, experimentó finalmente un cambio y arrojó las monedas delante de los sacerdotes y los ancianos. Después se ahorcó (Mt. 27:3-5; Hch. 1:18). Los placeres que proporciona el pecado desilusionan al final. Las jóvenes tontas pueden admirar al profeta encubierto, pero cuando se quita el velo y ellas ven su rostro tan horrible, se llenan de desesperación. Dios mismo endurece al final el corazón de aquellos que se han endurecido contra sus repetidas admoniciones (v. 17). Apocalipsis 17:16, 17 sirve como una lección para cada día. Revela el rumbo de las personas mundanas: primero, se sienten infatuadas con los placeres y tesoros del mundo y se endurecen contra

Dios, luego son endurecidas, y finalmente, cuando es demasiado tarde, experimentan un cambio. Son castigadas por los resultados de su propia insensatez.[10]

Cuando el mundo nos ofrece sus tesoros, debemos seguir el ejemplo de Jesús (Mt. 4:8-10). Asegúrese de leer este pasaje y téngalo muy en cuenta.

3. *La caída de Babilonia* (18:1-24)

Y ahora Juan ve a otro ángel descender del cielo. Este ángel tiene gran autoridad y su fulgor alumbra la tierra. Clama en voz alta:

«Ha caído, ha caído la gran Babilonia
(véase Is. 21:9; Jer. 50:2; 51:8).
Y se ha hecho habitación de demonios,
y guarida de todo espíritu inmundo,
y albergue de toda ave inmunda y aborrecibles.
Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación.[11]
Y los reyes de la tierra han fornicado con ella;
y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites».

Tan cierta es la caída de Babilonia que se anuncia aquí como si ya hubiese sucedido. ¡Que esto sea una advertencia para todos! La desolación total de Babilonia se describe muy gráficamente cuando se dice que aun los espíritus inmundos y las aves inmundas y aborrecibles la consideran una prisión (véase Is. 13:20-22; Jer. 50:39, 45; 51:37, 42; Sof. 2:14). Se da en Apocalipsis 18:3 la razón o justificación de la caída de Babilonia: las naciones y los reyes y los mercaderes llegaron a sentirse infatuados con los placeres y los tesoros de Babilonia. Estos mercaderes representan a todos los que han puesto toda su obsesión en las mercancías del mundo.

Una voz del cielo se dirige a los creyentes:

«Salid de ella, pueblo mío,
para que no seáis participes de sus pecados,
ni recibáis parte de sus plagas;
porque sus pecados han llegado hasta el cielo,
y Dios se ha acordado de sus maldades».

La admonición de salir de Babilonia es hecha al pueblo de Dios a lo largo de todas las épocas (véase Is. 48:20; 52:11; Jer. 50:8, 41-44; Zac. 2:7). Por este hecho entendemos también que Babilonia no es solamente la ciudad del tiempo postrero, sino el mundo como centro de seducción en cualquier época. Salir de Babilonia significa no participar de sus pecados y no ser engañado por sus tentaciones y seducciones. Los que ponen toda su obsesión en el mundo recibirán también de sus plagas. Puede parecer como si Dios hubiera olvidado los pecados de Babilonia, pero no los ha olvidado. El día que Babilonia caiga, será evidente que Dios los habrá recordado.

En ese tiempo Babilonia recibirá el doble según sus obras. Esto no quiere decir que recibirá dos veces más castigo del que merece, sino precisamente la cantidad de castigo que ha ganado. El castigo es el «doble», la contraparte del pecado. El tormento y llanto (v. 7) son el equivalente exacto de su orgullo y arrogancia. Las balanzas se equilibran exactamente. En su propia glorificación, su presunción, y su jactancia ha dicho en su corazón —lo que es aún peor que decirlo a otros— «Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto» (véanse Is. 14:13, 14; 47:8; Jer. 50:29). Por lo cual, en un día será arruinada por la muerte, el llanto y el hambre, porque es fuerte el Señor Dios, a quien ella ha resistido.

En la sección que sigue (vv. 9-20) se presenta una lamentación triple, a saber, por parte de los reyes, los mercaderes y los marineros, la cual es seguida por los regocijos del cielo.

Primero, los reyes u hombres poderosos, gente de influencia en la tierra, se lamentan. Han fornicado con esta ramera, Babilonia. En otras palabras, se han rendido a sus tentaciones y han gozado de sus deleites. Cuando vean el humo del gran incendio de Babilonia desde lejos, por el temor de su tormento dirán:

«¡Ay, ay, de la gran ciudad de Babilonia,
la ciudad fuerte;
porque en una hora vino tu juicio!»

Luego, los mercaderes —todos aquellos que han puesto su obsesión en las mercaderías y los deleites del mundo— lloran y se lamentan porque de repente sus posesiones han quedado sin valor alguno (véase Lc. 12:16-21). Repentinamente todo lo que les proporcionaba gozo es destruido. Se ven impotentes para salvarlo. Contemplan de «lejos».

Babilonia, el mundo loco de placer, la seductora, perece completamente desamparada.

Note la lista de los cargamentos que habían sido el deleite de Babilonia. Primero, había cargamentos de oro, de plata y de piedras preciosas, y de perlas (véase la descripción de la ropa suntuosa y de los adornos de la gran ramera, Ap. 17:4). Ninguna de estas cosas tiene valor duradero. Todas perecen. «La moda (σχῆμα, la apariencia exterior y el glamour) de este mundo se pasa» (1 Co. 7:31). Después, en estrecha conexión con lo anterior, se mencionan varias clases de vestidos costosos: lino fino, escarlata, seda y grana (de nuevo, compare Ap. 17:4, y también Lc. 16:19). Luego, varias clases de materiales que acostumbraban usar en la construcción de artículos de lujo: madera olorosa, usada para incrustaciones y para incienso, vasos de marfil y otros utensilios hechos de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol. Además, especias y ungüentos: canela, cardamomo (hierba aromática), perfume e incienso. Se hace hincapié en el lujo.

Luego, se mencionan las mejores clases de alimentos y bebidas: vino, aceite, flor de harina y trigo. Aquí encontramos el aceite y el vino de los ricos malvados, y la mejor harina también. Pero esto no permanece tampoco. ¡Perece! Después, se menciona el ganado, animales comerciales, tales como vacas y ovejas. Los últimos artículos son caballos, carros y cuerpos, aún las almas de los hombres. Estas personas perversas trafican con los cuerpos y almas de los esclavos como si fuesen meramente artículos de venta. Hacen cualquier cosa y todas las cosas con el fin de enriquecerse. La descripción dada por el apóstol se basa enteramente en las condiciones que prevalecían a su alrededor en el tiempo preciso cuando veía y escribía estas visiones. Sin embargo, en esencia la imagen de Babilonia que recibe y reproduce es válida para cualquiera época.

Observe que a esta lista de cargamentos que pertenecen a Babilonia y que perecen, todos los departamentos de la existencia les dan su contribución: el reino mineral (oro, plata, etc.); el reino vegetal (lino fino, seda, etc.); el reino animal (marfil, ganado, ovejas, etc.); y aun el reino humano (los cuerpos y almas de los hombres). Por tanto, cuando Babilonia perece, el caos económico es completo; se arruina el mundo del incrédulo, aquello en lo cual ha puesto su esperanza y edificado su confianza. Esto es verdad respecto a la caída de todas las Babilonias —sea la Babilonia literal o Nínive o Roma. Es verdad especialmente respecto al reino final del anticristo al cierre de la historia. Así, la ramera Babilonia ve huir de ella el colmo de la concupiscencia de su

vida; sus cosas exquisitas y suntuosas perecen, de modo que los hombres no pueden hallar en ella nada que sea atractivo. Al final resulta que la ramera es un engaño grande y amargo (véase Ap. 17:16). Completamente impotente se encuentra Babilonia; los mercaderes están «lejos» de ella y lamentan cuando hacen una comparación entre la condición actual de la ramera y su esplendor anterior —lino fino, púrpura, escarlata, oro, piedras preciosas y perlas. ¡En una sola hora han sido destruidas todas estas abundantes riquezas!

La tercera lamentación procede de la boca y del corazón de gente dedicada a la navegación marítima. Se mencionan cuatro clases: los pilotos, los pasajeros resueltos a negociar, los marineros y cuantos se ganan la vida en el mar, a saber, los exportadores, los importadores, los pescadores, los que se zambullen en busca de perlas, etc. Todos estos ven desde lejos el humo del incendio de Babilonia. Recuerdan su grandeza y esplendor pasados. Casi no pueden creer lo que sus ojos ven: la ruina y la caída completa de todas sus esperanzas y deseos. Echan polvo sobre sus cabezas en señal de aflicción (Ez. 27:30) y dicen:

«¡Ay, ay, de la gran ciudad,
en la cual todos los que tenían naves en el mar se habían enriquecido de sus riquezas;
pues en una hora ha sido desolada!»

Puesto que los malos basan toda su esperanza en las riquezas y placeres de esta vida, cuando la «moda» de este mundo perece, ellos perecen juntamente con ella. Desaparece el «todo» de su vida.

Pero los santos, los apóstoles y los profetas de Dios son llamados a regocijarse desde su habitación celestial, porque la caída de Babilonia es la retribución justa de Dios sobre el mundo porque perseguía a la iglesia.

El último párrafo de este capítulo indica el carácter completo, irrevocable e irreparable de la caída de Babilonia. El símbolo usado es muy llamativo (véase Jer. 51:63, 64). Un ángel aparece. Observe que es un ángel *fuerte*. Lo que va a hacer requiere fuerza. Sin ayuda alguna alza una gran piedra de molino. No es una piedra de molino ordinario que trabaja a mano, sino una gran piedra de molino, es decir, de un molino que gira por medio de un animal. ¿Qué hace el ángel con esta gran piedra de molino? ¿La deja caer sobre la tierra? No, la echa en el mar para que la piedra desaparezca completamente. ¿Sencillamente la deja caer? No, la alza y la arroja en el mar para que sea sepultada

en lo profundo del océano. Igualmente precisa y completa será la caída de Babilonia. Nunca jamás será recobrada la gran piedra de molino. Así, este mundo inicuo, como centro de seducción, perecerá para siempre.

Note el hecho de que la frase negativa «no/nunca... más» se encuentra seis veces en los versículos 21-23. Observe también el clímax en el orden de estas seis frases: «Nunca más será hallada» Babilonia. La ciudad como tal ya no existe. Ésta es una declaración general, no tan vívida como las que siguen. Después leemos: «Y voz de arpistas, de músicos, de flautistas y trompeteros no se oirán más en ti». Toda música ha desaparecido (véase Jer. 25:10). ¿Qué es el mundo sin música? Sin embargo, es posible vivir sin ella. En realidad, parece que algunas personas prefieren vivir sin ella. Lo que sigue hace las condiciones más serias. «Y ningún artífice de oficio alguno se hallará más en ti». Trate de imaginar lo que sería la vida en cualquier ciudad grande sin ningún artífice. Pero en lo que sigue a continuación parece que se quita todo lo que sustenta la vida. «Ni ruido de molino se oirá más en ti» (véase Jer. 25:10). La figura está acercándose a su clímax terrible. «Luz de lámpara no alumbrará más en ti» (véase Jer. 25:10). Reinan densas tinieblas, tan densas que pueden palparse, tinieblas que simbolizan la efusión final y completa de la ira de Dios sobre este mundo malo, seductor y amante del placer. Y aquella condición continúa por toda la eternidad.

Y ahora la última pincelada. Todo lo que imparte unidad, toda relación de amor, ha desaparecido completamente y para siempre. «Ni voz de esposo y de esposa se oirá más en ti» (véase Jer. 25:10). ¿Y cuál es la razón de esta terrible sentencia? Los mercaderes de Babilonia eran los «poderosos» de la tierra (véase Ap. 6:15). Se olvidaron completamente de Dios. Los mercaderes tenían una sola ambición, la de ser grandes, tener poder y autoridad a semejanza de Dios. Y a todo esto se añade: «pues por tus hechicerías fueron engañadas todas las naciones» (véase Is. 47:9-15). El oro y el encanto de este mundo engañaron a los malos. La bestia que subió de la tierra, que también se llama «el falso profeta», había tenido buen éxito en su esfuerzo de seducir a las gentes. Además, la ramera las había hecho alejarse cada vez más y más de Dios. Finalmente fue hallada en Babilonia la sangre de todos los profetas de Dios, de los santos, y aún de todos los mártires cristianos. Babilonia los había matado a todos ellos. Aquí tenemos otra razón por la que pensamos en el término «Babilonia» como mostrando el mundo como una realidad pasada, presente y futura, y no simplemente como una

ciudad que existirá en los últimos tiempos. Sin embargo, el punto principal que debemos observar es que este mundo arrogante y sediento de placer, con todas sus riquezas y placeres seductores, con toda su filosofía y cultura anticristiana, con sus multitudes que han abandonado a Dios y vivido conforme a las concupiscencias de la carne y los deseos de la mente, perecerá. Los malos sufren desesperación eterna. Esta sentencia no estará completa hasta el día del juicio final.

B. Regocijo en el cielo

1. *Las bodas del Cordero* (19:1-10)

Ahora escuchamos las aleluyas del cielo cuando Cristo viene en gloria para tomar para sí su esposa, la iglesia (19:7). El cielo celebra la victoria de Dios sobre la ramera, Babilonia. Juan oye primero el fuerte sonido de una gran compañía. Las huestes de los ángeles atribuyen a Dios la salvación, la gloria y el poder. Declaran que al juzgar a la gran ramera, Dios ha perfeccionado la salvación de su pueblo. Así, la gloria de sus atributos se ha manifestado, y se ha revelado su poder. Es Dios y tan sólo él quien ha obrado la salvación (véase Ap. 12:10). Además, al llevar a cabo la caída de Babilonia, se ha manifestado la justicia del Señor (véase Ap. 15:3) porque esta ramera había corrompido toda la tierra con su fornicación (véase Ap. 14:8; Jer. 51:7). Su principal deleite había sido el de exaltarse a sí misma y seducir a las gentes llevándolas cada vez más lejos de Dios. Además, había logrado la muerte de los santos (Ap. 17:6; 18:24). Ahora, Dios se ha vengado (Ap. 8:5; Jer. 50:13). Los ángeles se regocijan grandemente en la salvación del pueblo de Dios. Su corazón se llena de gozo cuando consideran que se ha apagado para siempre toda oposición. Por lo tanto, manifiestan de nuevo este gozo diciendo, «Aleluya». Parece que su corazón está lleno de éxtasis hasta el punto de quebrantarse, y en su alegría dicen, «Load al Señor». Este es el significado de «Aleluya», que se encuentra solamente aquí en el Nuevo Testamento. El humo de Babilonia sube para siempre (Ap. 14:11; 18:8, 9, 18, 21-24; Is. 13:20-22; Mt. 25:46). Nunca más se levantará para molestar a la iglesia.

Luego, los veinticuatro ancianos, que simbolizan a la iglesia entera, y también los cuatro querubines, que representan a todos los querubines, alaban a Dios (Ap. 4:2-6; 5:14; 7:15). Están agradecidos de tal manera que no pueden decir sino dos palabras, «¡Amén! ¡Aleluya!» Expresan su adoración a Dios que está sentado sobre el trono, es decir, sumamente exaltado, glorioso y soberano.

Después, Juan oye una sola voz (¿es uno de los querubines o uno de los otros ángeles?) saliendo de la región del trono y diciendo: «¡Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes!» El ángel más humilde y el santo más exaltado, todos son convocados para glorificar a Dios, el autor de la salvación, porque todos le sirven en señal de reverencia.

Juan oye ahora la voz de todas las huestes del cielo, tanto de los ángeles como de los hombres, como el sonido de muchas aguas y de grandes truenos, porque estas aleluyas son espontáneas y majestuosas, y salen de innumerables labios (14:2).

Estas voces proclaman al unísono que el Señor Dios Todopoderoso, se ha revelado ahora en la perfecta majestad de su gloria y poder reales (v. 6). Se exhortan los unos a los otros a regocijarse y alegrarse grandemente y, sobre todo, a atribuir a Dios toda la gloria (Ap. 1:6; 14:7). La razón de este estallido de júbilo se da en las siguientes palabras:

«Porque han llegado las bodas del Cordero,
y su esposa se ha preparado.
Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino,
limpio y resplandeciente;
porque el lino fino es las acciones justas de los santos».

Para poder entender el significado de este pasaje sublime, tenemos que considerar brevemente las costumbres matrimoniales de los hebreos.[12] Distinguimos los siguientes elementos en un matrimonio judaico: Primero, los esponsales. Para los judíos, los esponsales o promesa de matrimonio significan algo mucho más obligatorio que el «compromiso de novios» entre nosotros. Las obligaciones del matrimonio son aceptadas en presencia de los testigos y la bendición de Dios es pronunciada sobre la unión. Desde este día el novio y la novia están legalmente casados (2 Co. 11:2). Luego viene el intervalo entre los esponsales y las bodas. Durante este intervalo el esposo paga al padre de la novia la dote si no lo ha hecho antes (Gn. 34:12). A veces se paga la dote en la forma de un servicio prestado (Gn. 29:20).

Después, la procesión, al final del intervalo. La esposa se prepara y se atavía. El esposo, en su mejor traje y acompañado de sus amigos que cantan y llevan antorchas, prosigue al hogar de la novia. Recibe a la esposa y se la lleva, acompañados de nuevo de una procesión, a su propio hogar o al hogar de sus padres (Mt. 9:15; véase también Mt. 25:1-13). En caso de que el esposo tuviera que venir de lejos, se

preparaban a veces las bodas en el hogar de la esposa. Y por último, se llevan a cabo las bodas, que incluye la cena de bodas. Las acostumbradas festividades duraban siete o más días.

Las Escrituras comparan repetidas veces la relación de amor entre el esposo y su esposa con la que existe entre el Señor y su pueblo, o entre Cristo y su iglesia (Is. 50:1; 54:1-17; 62:5; Jer. 2:32; Os. 2:2; Mt. 9:15; Jn. 3:29; 2 Co. 11:2; Ef. 5:32; Ap. 21:9). Realmente, la relación de amor entre el esposo y su esposa es un símbolo, un débil reflejo de la gloria y la hermosura de esta misma relación entre Cristo y su iglesia.

Ahora, la iglesia se ha «desposado» con Cristo. Además, Cristo ha pagado la dote por ella; ha comprado a su esposa, la iglesia:

«Desde el cielo vino y la buscó
Para ser su santa esposa,
con su propia sangre la compró,
y murió para que ella tuviese vida».

Ha venido el «intervalo» de separación. Se trata de toda la dispensación actual entre la ascensión de Cristo al cielo y la segunda venida. Durante este período la esposa tiene que prepararse. Se viste de lino fino, limpio y brillante. El lino fino simboliza sus hechos justos, es decir, su carácter santificado (7:13). Sus hechos han sido lavados por la sangre de Cristo. Recuerde, sin embargo, que esta justicia «se le ha concedido» por la soberana gracia de Dios.

Al final de esta dispensación el esposo, acompañado de los ángeles de gloria (Mt. 25:31), viene para recibir a su esposa, la iglesia. Ahora empiezan las bodas. Nuestro pasaje se refiere a aquel momento de gran gloria en las siguientes palabras:

«¡Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado!»

¡Continúan las bodas no solamente durante una o dos semanas, sino por toda la eternidad! Estas bodas son el clímax de aquel procedimiento entero por medio de cual el esposo, Cristo, viene a su esposa, la iglesia. Es el objeto y propósito de esta siempre creciente intimidad, unión, compañerismo y comunión entre el Redentor y los redimidos. En Cristo, la esposa fue *escogida* desde la eternidad. Durante toda la dispensación del Antiguo Testamento las bodas fueron *anunciadas*. Luego, el Hijo de Dios asumió nuestra carne y sangre: los esponsales tomaron lugar. El precio —la dote— fue pagado en el Calvario. Y ahora, después de un intervalo, que a los ojos de Dios es solamente un breve tiempo, vuelve

el esposo y «han llegado las bodas del Cordero». La iglesia en la tierra, y asimismo la iglesia en el cielo, anhelan este momento. Entonces, estaremos todos con él por siempre jamás. ¡Será un santo, bendito y eterno compañerismo: la plena realización de todas las promesas del evangelio!

Aun durante esta dispensación actual —este «intervalo» de separación— los que son «efectivamente llamados», no los que son simplemente «convidados» a la cena del Cordero son considerados bienaventurados (v. 9). Aun antes del comienzo de la cena misma, los «llamados» son bienaventurados, y éstas son palabras verdaderas de Dios. Son genuinas y reales. Lleno de éxtasis, el apóstol se postra a los pies de aquel que habla con el fin de adorarle. ¿Se equivocó Juan al identificar al que hablaba por el Señor Jesucristo?[13] Sea como fuere, el que hablaba, que probablemente era uno de los querubines u otro ángel, impide el intento de adoración, y dice: «Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía». El espíritu y el contenido interior de toda verdadera profecía —es decir, de la Biblia entera— es el testimonio de Jesús, el testimonio qué él nos reveló. Esta revelación que nos dio no nos permite adorar a nadie sino sólo a Dios (Mt. 4:10).

Enterados con respecto a la caída de la ramera Babilonia, consideremos ahora a la bestia y al falso profeta. ¿Qué les sucede? Dejando las aleluyas del cielo durante y después del día del juicio, volvemos a los momentos anteriores al juicio final.

2. *El Vencedor glorioso* (19:11-21)

Juan ve el cielo abierto, no tan solo una puerta abierta en el cielo (Ap. 4:1). Sobre un caballo blanco —lo mismo que en Apocalipsis 6:2— está sentado Cristo. Su nombre es «Fiel y Verdadero». Éste es nuestro Señor al momento de su segunda venida, para juicio: para juzgar y pelear. Está a punto de juzgar con justicia, porque sus ojos penetrantes son una llama de fuego (1:14). En su cabeza el apóstol ve muchas diademas reales, porque él es Rey sobre todo. Son «diademas» reales ahora y no la corona de victoria o «στέφανος» (véase Ap. 6:2). Ninguno conoce su nombre sino él mismo.[14] ¿Expresa este nombre el carácter interior de su relación con el Padre? Considerando que ha llegado para el juicio, está vestido de una ropa teñida en sangre, no la sangre de la cruz sino, simbólicamente, por supuesto, la sangre de sus enemigos (Is. 63:1-6; Ap. 14:20). Se le llama «el Logos (o el Verbo) de Dios» (Jn. 1:1). Nadie sino él entiende el pleno significado de este

nombre. Todo lo que podemos decir es que se llama «el Verbo de Dios» porque en él Dios se expresa y se revela completamente (Jn. 1:18; 10:30).

En su segunda venida, vendrá acompañado de los ejércitos del cielo, es decir, los santos ángeles (Mt. 25:31). Son santos ángeles y, por tanto, están vestidos de lino finísimo, blanco y limpio. De su boca sale una espada aguda (Ap. 1:16; 2:12, 16). Esta espada no es la dulce historia del evangelio. Es símbolo de destrucción, como indica claramente el contexto entero. Viene para «herir las naciones» y «regirlas con vara de hierro» (Ap. 2:27; 12:5). Pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Viene para llevar a cabo la sentencia del Dios Todopoderoso (Mt. 25:31-46; Jn. 5:22; Hch. 17:31). Por medio de la destrucción de la bestia y sus aliados, él se revela completamente ahora como el Rey de reyes y el Señor de señores. Tan cierta es esta victoria de Cristo sobre la bestia y el falso profeta y sobre todos aquellos que les adoran, que un ángel que estaba en el sol clamó a todas las aves para que viniesen y se congregasen a la gran cena de Dios y para que comiesen las carnes de reyes, de capitanes, de fuertes, de caballos y sus jinetes, y aun las carnes de todos los malos, libres y siervos, pequeños y grandes (véase Ap. 6:15; 17:12, 15). ¡Es una enorme matanza! Es la matanza de Armagedón. Recuerde que Armagedón consta de dos elementos: el ataque final del poder anticristiano —la bestia— contra la iglesia, y la victoria de Cristo sobre este ejército inmenso al momento de su segunda venida para el juicio.

Juan ve a la bestia, el poder perseguidor personificado en el gobierno mundial y dirigido contra Cristo y su iglesia, y los reyes de la tierra y sus ejércitos congregados contra el que monta el caballo blanco y su ejército.[15] Por tanto, el apóstol ve a todo el mundo incrédulo congregado para el ataque final contra la iglesia. Observe, por favor, que no se describe la batalla misma. Esta batalla de Armagedón no es un conflicto prolongado, venciendo ahora con este ejército y después con el otro. No, «con el aliento de su boca» Cristo al momento de su segunda venida vence al enemigo. «Con el resplandor de su venida» destruye sus enemigos (2 Ts. 2:8). De la misma manera aquí en Apocalipsis. Se nos dice solamente que las fuerzas anticristianas están congregadas contra Cristo y su ejército, y que son vencidas. La bestia (Ap. 13:1-10) es tomada, y asimismo el falso profeta, es decir, la bestia de la tierra (Ap. 13:11-18), el gran engañador (Ap. 13:13, 14). Estos dos son lanzados vivos dentro de un lago ardiendo con fuego y azufre (Ap. 20:10). Como estos son los líderes de la persecución anticristiana y de la religión y

filosofía anticristiana respectivamente, se dice que son lanzados vivos a la perdición; mas los hombres que les adoran son muertos primeramente y después lanzados en el lago de fuego y azufre. Esto quiere decir que en la segunda venida de Cristo, la persecución de Satanás contra la iglesia y su poder para engañar en la tierra cesan para siempre. Toda influencia de Satanás, ya sea en el sentido de persecución o de engaño, marchará junto con él al infierno, y nunca jamás aparecerá fuera del infierno.[16] Cristo, el jinete montado en el caballo blanco, triunfa completamente. Tan perfecta es su victoria sobre sus enemigos que, según el simbolismo que empieza en el versículo 17, todas las aves se hartaron de las carnes de los malos (v. 21). Así, en un lenguaje simbólico se ha descrito de nuevo el día del juicio.

Hemos visto el fin de los hombres que llevan la marca de la bestia (Ap. 15, 16). Hemos contemplado también la caída de Babilonia (Ap. 17:1). Hemos leído la descripción de la victoria de Cristo sobre la bestia y sobre el falso profeta (Ap. 19:11-21). Todos ellos son derrotados. Su derrota no es consumada hasta el día de la venida de Cristo para el juicio. En aquel tiempo todos serán derrotados juntamente, aunque se hayan presentado sus historias bajo diferentes símbolos y en distintos párrafos. Queda un solo enemigo, el líder de todos ellos. Es el dragón, Satanás. En la sección final del Apocalipsis se describe su caída.

CAPÍTULO XIV



Apocalipsis 20-22: Victoria por medio de Cristo

A. Desde la atadura de Satanás hasta el juicio final

Apocalipsis 19:19-21 nos ha llevado al final de la historia, al día del juicio final. En Apocalipsis 20 regresamos al principio de la dispensación actual. Así, la conexión entre los capítulos 19 y 20 es semejante a la que existe entre los capítulos 11 y 12. Apocalipsis 11:18 anuncia «el tiempo de juzgar a los muertos». Ha llegado el fin. Sin embargo, en Apocalipsis 12 volvemos al principio del periodo neotestamentario, porque Apocalipsis 12:5 describe el nacimiento, la ascensión y la coronación de nuestro Señor. De la misma manera con el capítulo 20 empezamos de nuevo.

Ahora, hay un paralelo muy notable entre los capítulos 11-14, por una parte, y el capítulo 20, por otra. Ambos realizan las mismas divisiones respecto a los períodos de la historia, aunque el punto de vista es distinto. Observe usted el paralelo:

Apocalipsis 11-14:	Apocalipsis 20:
12:5-12. En conexión con el nacimiento, la muerte, la ascensión y la coronación de Cristo, Satanás es arrojado del cielo. Sus acusaciones pierden toda semejanza de justicia.	20:1-3. Satanás es atado y arrojado al abismo; su poder sobre las naciones es refrenado. En lugar de que las naciones venzan a la iglesia, la iglesia empieza a vencer (evangelizar) a las naciones.

11:2-6; 12:14-17. Un largo período de poder y de testimonio para la iglesia, la cual es mantenida «lejos de la presencia de la serpiente (Satanás)». La influencia del diablo es refrenada.	20:4-6. Un largo período de poder para la iglesia, ya que Satanás ha sido atado. Este permanece atado durante mil años, es decir, durante toda esta era evangélica (Ap. 20:2, 3). (En el cielo, las almas de los redimidos viven y reinan con Cristo).
11:7-19; 13:7. Un breve período de la más severa persecución. Éste es el «poco tiempo» de Satanás, la manifestación más terrible y final del poder perseguidor del anticristo.	20:7-10. Un breve período de la más severa persecución: Satanás congrega el ejército de Gog y Magog contra la iglesia. Ésta es la batalla de Armagedón.
11:17, 18; 14:14-20. La sola y única segunda venida de Cristo para el juicio.	20:11-15. La sola y única segunda venida de Cristo para el juicio.

Una vez que podamos ver este «orden de eventos» o «programa de la historia», no es difícil entender Apocalipsis 20. Solamente será necesario recordar el orden de sucesión: la primera venida de Cristo es seguida por un largo período en el cual Satanás permanece atado; éste a su vez es seguido por el «poco tiempo» de Satanás; y el poco tiempo de Satanás es seguido por la segunda venida de Cristo, es decir, su venida para el juicio. Debe quedar claro para cualquiera que lea con cuidado Apocalipsis 20, que los «mil años» anteceden a la segunda venida de nuestro Señor para el juicio. No se describe esta segunda venida para el juicio hasta que llegamos al versículo 11. Es claro que la teoría de los premilenarios está en contraposición a los hechos aquí.[1]

Sin embargo, aunque en Apocalipsis 20 recorremos el mismo terreno que en las visiones anteriores, a saber, esta dispensación entera desde la primera hasta la segunda venida de Cristo, la consideramos desde un aspecto diferente. Recuerde que Apocalipsis 12 introduce a cinco enemigos de la iglesia. ¡Todos caen juntos! Sin embargo, el relato de su derrota se encuentra en distintas visiones. Las visiones anteriores nos han contado lo que sucede a cuatro de los cinco enemigos presentados en el capítulo 12. Queda uno solo, a saber, Satanás mismo. Se describe su derrota en nuestra visión actual.

En esta conexión recordemos el tema principal del libro entero.[2] El tema es: La victoria de Cristo y de su iglesia sobre todos sus enemigos. Cuando Satanás también es arrojado en el lago de fuego y azufre (Ap. 20:10) no queda ni un solo enemigo para vejar a la iglesia. Somos vencedores; y aun somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó, porque no solamente triunfamos sobre todos los enemigos, sino también vivimos y reinamos con Cristo. Y en esta suprema felicidad

participarán muchos de los que nos resistieron en tiempos pasados (véase Ap. 3:9). En verdad, ¡somos más que vencedores!

1. *Satanás es atado* (20:1-3)

Estudiemos primeramente la visión en la cual Satanás es atado por mil años y arrojado al abismo.

Juan ve a un ángel descendiendo del cielo. El ángel tiene una llave con la cual va a cerrar el abismo (véase Ap. 9:1, 11). Este abismo es un hoyo profundo cuya entrada es un pozo (Ap. 9:1) que tiene una tapa. Esta tapa puede ser abierta (Ap. 9:2), cerrada (Ap. 20:3) e incluso sellada (Ap. 20:3). Sin embargo, tenga en cuenta que todo esto es simbólico. Colgada de la mano del ángel hay una cadena. Evidentemente está listo para atar a alguien con el fin de encerrarlo en el abismo. ¿Qué sucede? Juan ve de repente al «dragón» fuerte, astuto y grotesco. Es «la serpiente antigua», sagaz y engañosa. Para poder describirle aún con mayor exactitud, se le llama también «el diablo», es decir, «calumniador» y «Satanás», es decir, «adversario» o «acusador falso». Estando en el Espíritu, Juan nota ahora que el ángel prende a Satanás. Le hace impotente y le ata segura y firmemente. El diablo permanece atado durante mil años. El ángel le arroja al abismo y lo encierra, y pone un sello sobre él. Así, Satanás permanece «encerrado» durante mil años. Después tiene que ser desatado por un poco de tiempo.

¿Cuál es el significado de este símbolo?[3] Para poder entender lo que significa en verdad «atar y arrojar a Satanás al abismo» tenemos que plantearnos primeramente la pregunta: ¿qué significado o importancia tenía precisamente este pasaje para los cristianos perseguidos del tiempo de Juan?

Por tanto, transportémonos al mundo de Juan el apóstol, e imaginemos que la lenta manecilla del reloj de la historia nos indica el primer siglo d.C. Ahora, miremos a nuestro alrededor en todas direcciones. ¡Qué cuadro tan terrible de tinieblas y desolación espiritual! Trate de contar la abundancia de ídolos que hay por las calles y los santuarios de la Roma imperial. Son verdaderamente horribles las abominaciones, la suciedad, la corrupción, las supersticiones, los vicios, etc. que acompañan a las fiestas paganas. Por todo el mundo las capillas y los templos están llenos de adoradores ignorantes y medio desesperados. Vemos unas cuantas iglesias dispersas establecidas por medio de los esfuerzos de Pablo y de otros. Respecto a los demás, el paganismo triunfa por todas partes.

Ahora, retroceda la manecilla del reloj de la historia hasta aquel período largo antes de la ascensión de Cristo. Note que todas las naciones —salvo los judíos— están bajo el dominio de Satanás. Claro que no en el sentido absoluto de la palabra, porque el reinado de Dios es siempre supremo, sino en el sentido de Hechos 14:16: «En las edades pasadas él [Dios] ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos». Si durante esta época actual el diablo «ciega los entendimientos de los incrédulos» (2 Co. 4:4), ¡cuánto más durante la dispensación antigua! Con un suspiro de horror exclamamos, «¿No cambiará nunca esta condición? ¿Continuará para siempre esta época del Antiguo Testamento)? ¿Mantendrá el diablo su dominio sobre las gentes de la tierra? ¿Acaso no penetrará nunca en los palacios y las casas de Asia y de Europa la luz del glorioso evangelio? ¿Continuarán para siempre estas intensas tinieblas morales y espirituales? ¿Ha encerrado Dios con ira sus piedades?».

La respuesta es: «¡Regocíjense!» porque Cristo puede decir: «Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (Sal. 2:7-8). Además, «Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra. Ante él se postrarán los moradores del desierto, y sus enemigos lamerán el polvo. Los reyes de Tarsis y de las costas traerán presentes; los reyes de Sabá y de Seba ofrecerán dones. Todos los reyes se postrarán delante de él; todas las naciones le servirán... Será su nombre para siempre, se perpetuará su nombre mientras dure el sol. Benditas serán en él todas las naciones; lo llamarán bienaventurado» (Sal. 72:8-11, 17; véase también Gn. 12:3; Am. 9:11, 12; Miq. 4:12).

Aquella era la profecía. Las tinieblas espirituales que cubren las naciones no continuarán; Satanás no engañará más a las naciones. Y ahora el cumplimiento. Jesús nace y empieza su ministerio. Los fariseos le acusan de echar demonios por el poder del mismo Satanás. Él les contesta, «¿Cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte (es decir, Satanás), y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces saqueará su casa» (Mt. 12:29). Aquí Mateo usa exactamente la misma palabra *atar* que se encuentra en Apocalipsis 20. Esta obra de atar a Satanás empezó cuando nuestro Señor triunfó sobre él durante sus tentaciones en el desierto (Mt. 4:1-11; Lc. 4:1-13). Producto de ello, Cristo empieza a «echar fuera» demonios. El poder y la influencia que Satanás ejerce sobre el pueblo engañado empieza a reducirse.

Y cuando los setenta misioneros regresaron, dijeron: «Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre». Observe lo que sigue: «Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc. 10:17, 18). En este pasaje, la «caída del cielo» de parte del diablo se asocia con la actividad misionera de los setenta. Es un pasaje muy importante que servirá de mucha ayuda para explicar Apocalipsis 20.

En otra ocasión ciertos griegos quisieron ver a Jesús. Jesús les dice: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo». Observe que en este pasaje se usa una palabra que tiene en el original la misma raíz que la palabra que hemos traducido como «arrojar» o «lanzar» al abismo (Ap. 20). Aun más importante es el hecho de que en Juan 12:20-32, el echar fuera a Satanás se relaciona con el hecho de que no solamente los judíos, como era la regla en los tiempos pasados, sino «todos» —tanto griegos como judíos— serán atraídos a Cristo. Todo esto sucederá como resultado de los sufrimientos de Cristo en la cruz y el envío del Espíritu Santo. Colosenses 2:15 asocia claramente el «despojo» de Satanás y de sus ejércitos con el triunfo de Cristo en la cruz. Apocalipsis 12:5-17 demuestra claramente que «el lanzar fuera» a Satanás fue el resultado de la coronación de Cristo.

Observe, por tanto, que en todos estos pasajes el atar y el lanzar fuera o la caída de Satanás se relacionan de alguna manera con la primera venida de nuestro Señor Jesucristo. Cuando decimos «la primera venida», aludimos a todos los eventos relacionados con ella desde la encarnación hasta la coronación. Por tanto, podemos decir que el atar a Satanás, según todos estos pasajes, empieza con aquella primera venida. Además, en algunos de los textos que hemos citado, este atar, etc., se relaciona claramente con la obra de las misiones y con la expansión del testimonio de la iglesia entre las naciones. Antes de la venida de Cristo —su victoria sobre el diablo en las tentaciones, su ministerio, su muerte, ascensión y coronación— la salvación se limitaba mayormente a los judíos. Dios había permitido que Satanás cegara los ojos de las naciones, de modo que éstas andaban en sus propios caminos. Un gran cambio iba a acontecer. La «verdad» del evangelio reemplazaría gradualmente la «mentira» del diablo. Satanás es atado a fin de que no pueda engañar más las naciones. Cristo atraerá a «todos» a sí mismo. Los elegidos de todas las naciones serán salvos.

Por tanto, en estrecha armonía con todos estos pasajes bíblicos —y nuestra exégesis tiene que basarse siempre en la analogía de la Escritura— concluimos que también aquí en Apocalipsis 20:1-3 atar a

Satanás y arrojarlo al abismo para permanecer allí por mil años, indican que durante esta era evangélica actual, que empieza con la primera venida de Cristo y se extiende casi hasta su segunda venida, se restringe la influencia del diablo en la tierra. No puede impedir la extensión de la iglesia entre las naciones por medio de un activo programa misionero. A lo largo de todo este período se le impide que incite a las naciones —al mundo en general— a destruir la iglesia como una poderosa institución misionera. Por medio de la predicación de la palabra administrada por el Espíritu Santo, los elegidos de todas partes del mundo son traídos de las tinieblas a la luz. En este sentido la iglesia vence a las naciones, y no las naciones a la iglesia. Durante todo este período se establecen iglesias. No sólo individuos pero instituciones y leyes también son afectados más o menos por el evangelio de la gracia de Dios. ¡El aire mismo está lleno del evangelio! En las regiones donde al diablo se le había permitido ejercer autoridad casi ilimitada durante los tiempos del Antiguo Testamento, ahora se le fuerza a ver a los siervos de Cristo ganando poco a poco territorio. Dentro de un término comparativamente breve el cristianismo se extiende por todo el sur de Europa. Pronto conquista al continente entero. Y a medida que los siglos pasan es proclamado por dondequiera, de modo que todos los confines de la tierra oyen el evangelio del Crucificado y muchos se arrodillan delante de él.

La iglesia se ha hecho internacional. Esta iglesia internacional es muy poderosa: «La iglesia de Dios se mueve como un poderoso ejército». Los mapas del *Atlas Misionero Mundial (World Missionary Atlas)* están llenos de pequeñas líneas rojas subrayando los nombres de los lugares donde hay obras misioneras. El particularismo de la antigua dispensación ha dado lugar al universalismo de la nueva. Se ha traducida la Biblia a más de 1000 idiomas. No se puede estimar en un valor excesivo la influencia del evangelio sobre los pensamientos y la vida de la humanidad. En algunos países las benditas verdades del cristianismo afectan la vida humana en todos sus aspectos, a saber, político, económico, social e intelectual. La única persona que no puede apreciar las glorias de la era milenaria en que estamos viviendo ahora es la que carece del sentido histórico y, por tanto, es incapaz de ver el presente a la luz de las condiciones que prevalecieron por todo el mundo antes de la ascensión de Cristo. Realmente, está cumpliéndose delante de nuestro mismos ojos la profecía que se encuentra en el Salmo 72.

Le rogamos que no mal entienda nuestra interpretación. No estamos diciendo que el mundo va mejorando cada vez más, y que luego casi

todos se unirán a las filas del ejército del Señor. Muchos oirán el evangelio, pero no le prestarán atención. Además, las trompetas del juicio de Dios no convertirán un mundo que está endureciéndose debido a la incredulidad. La mayoría estará siempre del lado del diablo. Rechazamos muy enfáticamente el sueño de una era de paz, prosperidad y justicia universal en la tierra que logren los hombres y que antecederá la segunda venida de Cristo. De igual manera rechazamos en forma categórica la idea similar de que en el desarrollo de la civilización la todopoderosa «ley de la evolución» efectuará una tendencia siempre ascendente. No estamos cerrando los ojos frente a las maldades que nos rodean, ni tampoco ignoramos el hecho de que el humanismo contemporáneo, que se esconde detrás del disfraz de una mejor interpretación del cristianismo, es en realidad el gusano que está carcomiendo las raíces del árbol de la religión verdadera. Sin embargo, aunque estamos completamente enterados de todos estos síntomas de maldad y precursores de miseria, los hechos que hemos presentado son verdaderos y ningún argumento puede cancelarlos. La iglesia en verdad, ejerce una tremenda influencia para el bien de casi todo el conjunto de la vida humana. En este sentido —no en un sentido total— el diablo está atado.

Repetimos: el diablo no está atado en un sentido total. Su influencia no está destruida completamente. Por el contrario, dentro de la esfera en que se le permite a Satanás ejercer su influencia para mal, él brama furiosamente. Un perro atado firmemente con una cadena larga y fuerte puede hacer mucho daño dentro del círculo de su prisión. Sin embargo, fuera de aquel círculo el animal no puede hacer ningún daño a nadie. Asimismo Apocalipsis 20:1-3 nos enseña que el poder de Satanás ha sido refrenado y su influencia restringida respecto a una sola esfera definida de actividad: «para que no engañe más a las naciones». Claro está que el diablo puede hacer mucho durante este período actual de mil años. ¡Pero hay una cosa que él no puede hacer durante este período! Respecto a esta cosa está firme y definitivamente atado. No puede destruir a la iglesia como una poderosa organización misionera, publicadora del evangelio a todas las naciones. No puede hacerlo hasta que se cumplan los mil años.

Hemos visto, por lo tanto, que los «mil años» de Apocalipsis 20 significan algo glorioso para el pueblo de Dios en la tierra. Sin embargo, las glorias del cielo durante este período superan ampliamente a las que pertenecen a la tierra. Ahora, los tres versículos, que siguen (Ap.

20:4-6) describen la condición de los santos victoriosos en el cielo, no en la tierra.

Por supuesto, estos dos aspectos del milenio están muy estrechamente relacionados, es decir, el terrenal (vv. 1-3) y el celestial (vv. 4-6), el atar a Satanás y el dominio de los santos. Satanás está atado y su influencia en la tierra se encuentra parcialmente paralizada debido al dominio personal de nuestro divino y humano Mediador como resultado de su obra redentora (véase Ap. 5). Debido a la conexión con este mismo dominio personal de Jesús en el cielo y desde éste, que las almas de los santos muertos reinan en lo alto (véase Ap. 3:21). Este dominio personal de Cristo en el cielo y desde éste es la base fundamental de todas las visiones del Apocalipsis. Es la clave para la interpretación de los «mil años».

2. *El reinado de los santos* (20:4-6)

Para poder llegar a un entendimiento correcto de los versículos 4-6 tenemos que retroceder nuestros pensamientos hasta el primer siglo d.C. Las persecuciones romanas prevalecen. Los mártires colocan con calma la cabeza bajo la espada del verdugo. Pablo y asimismo Santiago ya lo habían hecho. Antes que decir «el emperador es Señor» o depositar incienso en el altar de algún sacerdote pagano en señal de adoración al emperador, los creyentes confiesan a su Cristo aún en medio de las llamas y cuando son lanzados a las fieras en los anfiteatros romanos. Pero Cristo no ha olvidado a sus discípulos tan penosamente afligidos. Los sustenta para que puedan continuar fieles hasta el fin. Es precisamente por esta razón que él da a su magullada iglesia la visión de «las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús» (1:2, 9; 6:9). Describe a estas almas, —junto con todos los cristianos que murieron y que a su Señor en esta tierra— reinando con Jesús en el cielo. De hecho, es como si dijera: «¡Aquí en la tierra unos pocos años de sufrimiento; allí en aquella tierra mejor que está arriba, viven y reinan con Cristo mil años!» ¡Qué consolación! ¡Verdaderamente, los padecimientos de este tiempo actual no son dignos de ser comparados con la gloria revelada a las almas de los creyentes que están reinando con su Señor exaltado en el cielo!

En conexión con este «reino de mil años» descrito en los versículos 4-6, contestaremos tres preguntas.

Primero, ¿dónde ocurre? Según el pasaje que estamos considerando, acontece en tres lugares:

a. El reino de mil años sucede donde están los tronos, porque leemos: «Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos». Ahora, según el libro entero de Apocalipsis, el trono de Cristo y de su pueblo está siempre en el cielo (Ap. 1:4; 3:21; 4:2-10; etc.).

b. El reino de los mil años sucede donde están las almas de los mártires separadas de sus cuerpos, porque leemos: «Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús». Juan ve almas, no cuerpos. Está pensando en almas sin cuerpos, porque leemos: «de los decapitados». En este pasaje entero no hay ni siquiera una palabra respecto a una resurrección de cuerpos. Se hace hincapié aún en la diferencia entre alma y cuerpo: «las almas de los decapitados». Es verdad que a veces la palabra «almas» significa «personas» como, por ejemplo, en Génesis 46:27 (Reina-Valera 1909). Pero en aquel caso se puede sustituir por «almas» la palabra «personas». !No podemos hacer lo mismo en Apocalipsis 20! Las almas reinan durante toda esta dispensación actual hasta la segunda venida de Cristo. Después, ya no serán las almas las que reinen. No, para ese entonces cuerpo y alma estarán juntos de nuevo. Por tanto, en ese tiempo los santos reinarán, no por un período limitado aunque largo —mil años— sino «por los siglos de los siglos» (Ap. 22:5).

c. El reino de los cielos sucede donde Jesús vive, porque leemos: «Y vivieron y reinaron con Cristo...» La cuestión, por consiguiente, es: ¿dónde, según el Apocalipsis, está el lugar desde el cual el Mediador exaltado gobierna el universo? ¿Dónde vive Jesús? Claramente, en el cielo. Es en el cielo que se representa al Cordero como tomando el rollo de la mano de aquel que estaba sentado en el trono (Ap. 5). Apocalipsis 12 claramente declara que Cristo fue «arrebatado para Dios y para su trono... Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos».

Por lo tanto, el reinado de los mil años sucede en *los cielos*.

La próxima pregunta que tenemos que responder es: ¿cuál es su carácter? Podemos resumir la naturaleza de este reinado de cuatro maneras:

a. Es juzgar junto con Cristo. Las almas redimidas en el cielo alaban a Cristo por sus juicios justos. Cantan continuamente: «Sus juicios son verdaderos y justos». Se describe continuamente a estas almas como tomando parte en todas las actividades del Maestro: se sientan con él en su trono (véase Ap. 3:21); están con él sobre el monte de Sión (véase

Ap. 14:1); cantan delante de su trono (véase Ap. 14:3; 15:3); verán su rostro (véase Ap. 22:4, etc.).

b. Es vivir con Cristo: «vivieron y reinaron» (véase Ap. 7:9-17). En el cielo estas almas se comportan de una manera perfecta en una atmósfera perfecta. ¿Y no es esto un ejemplo de lo que es la vida?

c. Es participar en la gloria real con Cristo. Estas almas celebran la victoria del Cordero y, por tanto, la de ellas. ¡Reinan con él! Son contestadas todas sus oraciones; se están cumpliendo continuamente todos sus deseos.

d. Es «la primera resurrección». La primera resurrección es el traslado del alma desde esta tierra pecaminosa al cielo santo de Dios. Es seguida por la segunda resurrección, al momento de la segunda venida de Cristo, cuando el cuerpo también sea glorificado.

Nuestra pregunta final es: ¿quiénes participan en este reinado? La respuesta es simple y fácil. En primer lugar, todas las almas de los mártires: «las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús». En segundo lugar, todos los otros creyentes que murieron en la fe: los que «no habían adorado la bestia», etc. Los demás muertos, es decir, todos los que murieron, los incrédulos muertos, no vivirán hasta que los mil años sean cumplidos. Cuando se cumpla este período, entonces habrá un cambio. Luego, entrarán en «la segunda muerte». En otras palabras, reciben el castigo eterno; no solamente —como antes— del alma pero ahora del cuerpo también. Por tanto, su situación no ha mejorado sino más bien ha empeorado. En cambio, los que tienen parte en la primera resurrección son bienaventurados y santos. Sobre ellos la segunda muerte no tiene poder. No solamente reinarán con Cristo, pero también como sacerdotes adorarán a Dios en Cristo durante los mil años (Ap. 1:6; 5:10).

3. *El conflicto final* (20:7-10)

Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión. Por lo tanto, es muy evidente que el propio Satanás instigará de una manera muy directa la más terrible y final persecución, por medio de la cual las fuerzas anticristianas oprimirán a la iglesia. El diablo congrega ahora a Gog y a Magog para un ataque final contra «el campamento de los santos y la ciudad amada». La expresión «Gog y Magog» se toma del libro de Ezequiel,[4] donde la frase indica sin duda el poder de los seléucidas, especialmente tal como había sido revelado en los días de Antíoco Epífanes, el cruel enemigo de los judíos. El centro de su reino

estaba en el norte de Siria. Seleuco estableció su residencia allá en la ciudad de Antioquía en el río Orontes. Hacia el oriente, este territorio se extendía más allá del río Tigris. Hacia el norte, el dominio bajo el gobierno de los seléucidas incluía Mesec y Tubal, territorios en Asia Menor. Por consiguiente, Gog era el príncipe de Magog, es decir, Siria. Por lo tanto, la opresión contra el pueblo de Dios por «Gog y Magog» se refiere en Ezequiel a la persecución terrible bajo Antíoco Epífanes, gobernante de Siria.[5]

El libro de Apocalipsis usa este período de aflicción y miseria como un símbolo del ataque final de Satanás y sus hordas contra la iglesia. Observe la semejanza.

En primer lugar, recuerde que el ataque de Gog y Magog (Siria bajo Antíoco Epífanes) fue la última opresión grande que el pueblo de Dios tuvo que sufrir en la dispensación antigua. Por tanto, es un símbolo apropiado del ataque final de las fuerzas anticristianas contra la iglesia durante la nueva dispensación.

En segundo lugar, tenga presente que estos ejércitos de Gog y Magog eran muy numerosos. Por tanto, podían simbolizar adecuadamente la oposición mundial contra la iglesia en los días precedentes a la segunda venida de Cristo.

En tercer lugar, piense en el hecho de que la tribulación bajo Antíoco Epífanes, aunque muy cruel, duró poco tiempo. Por tanto, puede indicar de una manera adecuada la breve y última tribulación que sucederá al final de la dispensación actual (véase Mr. 13:20; Ap. 11:11).

Finalmente, recuerde que la derrota de los ejércitos de Siria, es decir, de Gog y Magog, fue muy inesperada y total. ¡Era claramente la obra de Dios! Por esta razón también, el asalto contra Israel por Gog y Magog podía servir como un símbolo excelente del conflicto final del mundo impío contra la iglesia.

En el pasaje que estamos estudiando «Gog y Magog» son identificados con «las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra». Sin embargo, esta expresión no significa las naciones más lejanas. La expresión «los cuatro ángulos de la tierra» significa sencillamente «el mundo entero». Todo el mundo inicuo va a perseguir a la iglesia. La oposición será mundial. Por tanto, no hay motivo alguno para considerar que nuestro pasaje esté refiriéndose a un ataque final que ciertas naciones «periféricas» lleven a cabo, por ejemplo, China, Japón e India, contra las naciones de Europa occidental y de América. El Nuevo Testamento sencillamente no contiene ninguna predicción que se aplique específica y exclusivamente a ciertas naciones o estados de

nuestra era presente. Simplemente describe el conflicto entre la iglesia y el mundo. ¡No dice nada que se refiera exclusiva o aún específicamente a China, Japón a los Países Bajos o a Louisiana! El conflicto que se describe aquí no es el que sucede entre las naciones «civilizadas» y las «no civilizadas». Es simplemente el último ataque de las fuerzas del anticristo contra la iglesia. Nuestra interpretación se apoya también en la expresión: «Y subieron sobre la anchura de la tierra» (véase Hab. 1:6; Is. 8:8; Gn. 13:17; Job 38:18).

Entonces, el significado es el siguiente: la era en que la iglesia como una organización misionera poderosa podrá diseminar el evangelio por todas partes no va a durar para siempre, ni siquiera hasta el momento de la segunda venida de Cristo. Observe lo que está sucediendo en ciertos países aun hoy. ¿Están entrando ya en la época breve de Satanás ciertas regiones de esta tierra?[6]

En otras palabras, tenemos en Apocalipsis 20:7-10 una descripción de la misma batalla —no «guerra»— que se describió en Apocalipsis 16:12-21 y en Apocalipsis 19:19. En todos los tres casos leemos, en el texto griego, *la batalla*. Así en Apocalipsis 16:14 leemos: «para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso». Además, en Apocalipsis 19:19: «reunidos para *la batalla* contra el que montaba el caballo...». Asimismo, aquí en Apocalipsis 20:8: «a fin de reunirlos para *la batalla*». En otras palabras, éstas no son tres batallas diferentes. Tenemos aquí una misma batalla. En todos los tres casos, es la batalla de Armagedón. ¡Es el ataque final de las fuerzas anticristianas contra la iglesia! El «nuevo» dato que se revela en Apocalipsis 20 es lo que sucede a Satanás como consecuencia de esta batalla.

Este asalto final es contra «la ciudad amada» llamada también «el campamento de los santos». Así, a la iglesia de Dios se la describe aquí bajo el doble simbolismo de una ciudad y un campamento.

«Y descendió fuego del cielo, y los consumió». Note el carácter repentino de este juicio sobre Gog y Magog. Es tan repentino e inesperado como el relámpago que destruye cayendo desde el cielo (véase 2 Ts. 2.8). ¡Así Cristo aparecerá de repente y derrotará a sus enemigos! Ésta será su única venida para juicio. Satanás había engañado al mundo inicuo. ¡Había engañado a los malos de modo que les hizo creer que era posible una victoria absoluta sobre la iglesia y que se podía vencer a Dios! Por tanto, el diablo, el engañador, será lanzado al lago de fuego y azufre (esto indica que el infierno es un lugar de sufrimiento tanto para el cuerpo como para el alma después del día del juicio) donde están también la bestia y el falso profeta. El significado

no es que la bestia y el falso profeta fueron realmente lanzados en el infierno antes de Satanás, sino que el castigo de la bestia y del falso profeta ya han sido descritos (Ap. 19:20). Todos caen juntos: Satanás, la bestia y el falso profeta. Esto tiene que ser cierto, porque la bestia es el poder perseguidor de Satanás, y el falso profeta es la religión anticristiana de Satanás. Dondequiera que se encuentre Satanás, allí están los otros dos también. En este lago de fuego y azufre los tres son atormentados por los siglos de los siglos (Mt. 25:46).

4. *El gran trono blanco* (20:11-15)

Ahora se describe de una manera muy gráfica la venida de Cristo para el juicio. Juan ve un gran trono blanco. Sentado sobre este trono está el Cristo (Mt. 25:31; Ap. 14:14). La tierra y el cielo huyen delante de su presencia. No se indica aquí la destrucción o la aniquilación del universo sino su renovación. Consiste en la disolución de los elementos por medio de un intenso calor (2 P. 3:10); una regeneración (Mt. 19:28); una restauración de todas las cosas (Hch. 3:21); y una liberación de la esclavitud de la corrupción (Ro. 8:21). Este universo ya no será sujetado a «vanidad»[7]. Juan ve a los muertos, grandes y pequeños puestos de pie ante el trono.[8] Se ven delante del trono todos los seres humanos que han vivido en la tierra. Los libros son abiertos y se examinan los datos de la vida de cada persona (Dn. 7:10). Se abre también el libro de la vida, el cual contiene los nombres de todos los creyentes (Ap. 3:5; 13:8). Los muertos son juzgados según sus obras (Mt. 25:31-46; Ro. 14:10; 2 Co. 5:10). El mar entrega los muertos que están en él, y la Muerte y el Infierno (Hades)[9] también entregan los muertos que están en ellos. Aquí se refiere a la única resurrección general de todos los muertos. ¡La Biblia entera enseña solamente una resurrección general! (lea Jn. 5:28, 29). Esta única resurrección general sucede en el día postrero (Jn. 6:39, 40, 44, 54). En ninguna parte de la Biblia leemos de una resurrección de los cuerpos de los creyentes, seguida, después de mil años, por una resurrección de los cuerpos de los incrédulos. Todos resucitan al mismo tiempo. La Muerte, es decir, la separación del alma y el cuerpo, y el Hades, el estado de separación, dejan de existir. Después de la segunda venida de Cristo para el juicio, no habrá más una separación entre el cuerpo y el alma ni en el cielo nuevo ni en la tierra nueva, ni aun en el infierno. Por lo tanto, hablando simbólicamente, la Muerte y el Hades —ahora personificados— son lanzados en el lago de fuego. Una advertencia

final: «Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego».

B. El triunfo final de Dios

Y ahora, el tema final y el más hermoso: el cielo nuevo y la tierra nueva, Apocalipsis 21:1-8, y la nueva Jerusalén, 21:9-22:5. Hay una bella conexión entre el primer libro de la Biblia y el último. Las Escrituras son semejantes a una flor. Encontramos la semilla en Génesis, la planta creciendo en los libros que siguen, y en el Apocalipsis la flor completamente desarrollada y hermosa. Observe el siguiente paralelo:

Génesis nos dice que Dios creó los cielos y la tierra. Apocalipsis describe el *nuevo* cielo y la *nueva* tierra (21:1). En Génesis los luminares son creados: el sol, la luna y las estrellas. En Apocalipsis leemos: «Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera» (Ap. 21:23). Génesis describe un Paraíso perdido. Apocalipsis describe un Paraíso restaurado (Ap. 2:7; 22:2). Génesis describe la astucia y el poder del diablo. Apocalipsis nos dice que el diablo fue atado y lanzado al lago de fuego y azufre. Génesis describe aquella escena terrible del hombre huyendo de Dios y escondiéndose de la presencia del Todopoderoso. Apocalipsis nos muestra la más maravillosa e íntima comunión entre Dios y el hombre redimido: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos» (Ap. 21:3).

Finalmente, en tanto que Génesis nos muestra el árbol de la vida, «para que no alargue el hombre su mano y tome del árbol», el Apocalipsis restaura al hombre y le da el derecho de llegar a él: «para tener derecho al árbol de la vida (Ap. 22:14).

Entonces, preguntamos de nuevo: ¿cuál es el tema de este libro? La respuesta es la siguiente: Cristo es victorioso, no el diablo; el plan de Dios, aunque aparentemente frustrado por un tiempo, en realidad no lo está, y al final se le ve triunfar completamente. Somos vencedores. Sí, somos más que vencedores, porque no solamente somos librados de la maldición más grande, e incluso de todas las maldiciones, sino que obtenemos también la bendición más gloriosa (Ap. 21:3).

Ahora, ¿qué es lo que describe Apocalipsis 21:1-22:5? ¿La iglesia ideal tal como es ahora,[10] o el universo y la iglesia del futuro?[11] Ninguna de estas respuestas parece completa. Tenemos en esta sección una descripción de lo ideal. Aquí está incluido el resultado de la gracia redentora de Dios —ya sea en la actualidad o en el futuro. Esta gracia redentora y este poder transformador de Dios no se deben considerar

como perteneciendo solamente al futuro. No, ahora mismo, en esta época actual, ya están trabajando en el corazón de los hijos de Dios. Por consiguiente, lo que hallamos aquí en Apocalipsis 21:1-22:5 es una descripción del universo redimido del futuro, simbolizado por la iglesia redimida de la actualidad.

Consideremos Apocalipsis 21:3: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios».

Ahora, es muy claro el hecho de que estas palabras se refieren al cielo nuevo y a la tierra nueva, a la humanidad redimida completamente como ella existirá después del día del juicio. El contexto es muy claro. Observe que el primer cielo y la primera tierra han desaparecido (Ap. 21:1). Ha sucedido el juicio (Ap. 20:11-15).¿Pero se refiere este pasaje solamente al futuro? Cualquiera que conozca bien su Biblia podrá contestar esta pregunta. Reconocerá inmediatamente el pasaje que hemos citado (véase Is. 65:17; 66:22). Piense en la última frase de Apocalipsis 21:3, «estará con ellos como su Dios». ¿No es ésta la antigua promesa del pacto que se encuentra a lo largo de toda la Escritura? Busque Ud. Génesis 17:7, 8; Éxodo 20:2; Deuteronomio 5:2, 3, 6; Jeremías 24:7; 30:22; 31:33: Ezequiel 11:20; Zacarías 13:9; Mateo 13:17; Romanos 4:20-22; 2 Corintios 6:16. El cumplimiento o ejecución de esta gloriosa promesa, tal como los pasajes paralelos lo indican, es claramente una cuestión no sólo del futuro sino también (aunque de una manera incompleta) del presente. Dios mora incluso ahora en su iglesia por medio del Espíritu. Aquel morar divino será perfeccionado en el cielo nuevo y la tierra nueva después del día del juicio.

Lo mismo es cierto respecto a varios símbolos que se encuentran en esta sección. Cualquiera que se tome la molestia de buscar los pasajes donde están arraigados estos símbolos, observará inmediatamente que las verdades indicadas y las promesas hechas pertenecen al período entero de la existencia de la iglesia en la tierra. Pertenecen en un sentido especial a esta dispensación entera. La Nueva Jerusalén es siempre la antagonista de Babilonia. Se debe siempre contrastar a la esposa con la ramera. Sin embargo, es solamente después del día del juicio que se alcanza la realidad final y más completa.

1. *Cielos nuevos y tierra nueva* (21:1-8)

El primer cielo y la primera tierra han desaparecido. Procuremos ver este universo nuevo en nuestra imaginación. Los fundamentos mismos de la tierra se han sometido al fuego purificador. Toda mancha

de pecado, toda cicatriz de injusticia, todo rastro de muerte han sido quitados. De en medio de la conflagración grande ha nacido un universo nuevo. La palabra usada en el original implica que era un mundo «nuevo» pero no «otro» mundo.[12] Es el mismo cielo y la misma tierra, pero rejuvenecidos gloriosamente: no hay maleza, ni espinas, ni cardos, etc. Todos sus potencialidades inactivas por tanto tiempo son completamente realizadas ahora. Ha desaparecido el orden «antiguo». Ha desaparecido el universo en el cual el dragón, la bestia, el falso profeta y la ramera estaban llevando a cabo su programa de iniquidad. El mar, como lo conocemos ahora, no existe más. El mar es el emblema de inquietud y conflicto. Las aguas rugientes, turbulentas, agitadas y tempestuosas, las olas combatiéndose siempre las unas a los otras, simbolizan las naciones del mundo en sus conflictos e inquietudes (Ap. 13:1; 17:15). Es el mar de donde sube la bestia. Pero en el universo renovado —el cielo nuevo y la tierra nueva— habrá paz perfecta. Por tanto, el cielo y la tierra y el mar como son actualmente, desaparecerán. El universo va a ser gloriosamente rejuvenecido y transformado. «Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido» (Ap. 21:2).

Esta Jerusalén se llama «nueva» en contraste con la terrenal, la Jerusalén de Palestina. Se llama «santa» porque está separada del pecado y consagrada enteramente a Dios. Esta Jerusalén nueva y santa es claramente la iglesia del Señor Jesucristo. Esto es muy evidente por el hecho de que aquí y en otras partes de la Biblia se le llama la novia, la esposa del Cordero (Is. 54:1; Ef. 5:32, etc.). Aun en el Antiguo Testamento se representa a la iglesia bajo el simbolismo de una ciudad (Is. 26:1; 40:9; Sal. 48; etc.). Una ciudad nos hace pensar en los conceptos de una residencia permanente, un número grande de habitantes, protección y seguridad, compañerismo y belleza. Respecto a todas estas características, la iglesia, de manera incompleta ahora, pero luego en perfección, es como una ciudad. Esto también es cierto respecto a la iglesia ideal del presente como a la iglesia del futuro. Nace siempre de lo alto. Es siempre el resultado de la obra transformadora del Espíritu Santo (Ap. 3:12; 21:9-27; véase también Gá. 4:26; Heb. 11:10, 16; 12:22). Las palabras «dispuesta como una esposa ataviada para su marido» encuentran su comentario en Apocalipsis 19:7.[13]

Juan oye una gran voz del cielo que dice:

«He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres,
y él morará con ellos;

y ellos serán su pueblo,
y Dios mismo estará con ellos como su Dios.
Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos;
y ya no habrá muerte,
ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor;
porque las primeras cosas pasaron».

Así se describen de una manera hermosa las bodas sempiternas del Cordero, Cristo, y su esposa, la iglesia.[14] Es el clímax de aquel procedimiento entero por el cual Dios viene a su pueblo. Tan íntima es esta comunión eterna entre Dios y sus elegidos que él, por decirlo así, mora con ellos en un tabernáculo —su tabernáculo, la gloria de sus atributos (Ap. 7:15). El Cordero los pastoreará (Ap. 7:17). Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos (Ap. 7:17). Le adoran continuamente en su santuario (Ap. 7:15). Se sientan con él en su trono, y él cena con ellos (Ap. 3:20, 21; véase también Jn. 17:23; 2 Co. 6:18). De este modo, por medio de símbolos que llaman la atención, se explica el compañerismo eterno entre Dios y su pueblo. Hablando negativamente, la muerte no será más (Ap. 20:14; 1 Co. 15:26); tampoco habrá llanto ni clamor (Is. 25:8; 35:10; 51:11), ni dolor (véase también Ap. 7:16). El orden antiguo, «las primeras cosas», han pasado (2 Co. 5:17; Heb. 12:27).

Juan oye ahora la voz de aquel que está sentado en el trono, es decir, la voz de Dios en Cristo (Ap. 4:2; 22:1). Dice el Señor: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas». Es solamente Dios que puede hacer nuevas las cosas. Las personas pueden soñar en vano que, por medio de una mejor educación, un mejor ambiente, mejores leyes y una distribución más equitativa de la riqueza, van a introducir una nueva era, un siglo de oro, la utopía del deseo ardiente de los hombres, pero su sueño permanece como tal. Ni la economía política, ni las conferencias para deponer las armas, ni escuelas mejores, ni los programas para una distribución equitativa de la riqueza van a introducir un verdadero siglo de oro, un cielo nuevo y una tierra nueva, un orden nuevo. Es siempre Dios quien por medio de su Espíritu hace nuevas todas las cosas.[15] Es solamente él que puede restaurar y renovar a la humanidad y el universo. Lo hace ahora, aunque en un sentido muy limitado. No tardará en hacerlo cuando vuelva Cristo.

Nos es difícil imaginarnos que podremos algún día remover las consecuencias del pecado. Sin embargo, van a ser quitadas de modo que se harán realmente «nuevas» todas las cosas. Y para animarnos en nuestra fe de que el que prometió esto, realmente lo hará, leemos,

«¡He aquí!» La voz le ordena a Juan que tiene que considerar seriamente lo escuchado. Tiene que ponerlo por escrito para la consolación de otros, porque «estas palabras son fieles y verdaderas» (véase Ap. 19:9; 22:6). Tan cierto es el cumplimiento de esta promesa que la voz habla como si ya estuviese cumplida: «Hecho está» (véase Ap. 16:17). ¡En realidad, en lo que a la visión de Juan se refiere, estas transformaciones ya han sucedido! Él ve el cielo nuevo y la tierra nueva.[16] El «agua de vida» que se da gratuitamente se refiere a la vida eterna, la salvación perfecta y gratuita. Es la realización de todas estas promesas: Salmo 36:8; Joel 3:18; Ezequiel 47:1-12; Zacarías 14:8; Isaías 55:1; Juan 4:10; Apocalipsis 7:17; 22:17. Recuerde que a la persona «sedienta» se le da ahora de esta «agua». Y en la eternidad, en el cielo nuevo y la tierra nueva, esta agua pura y en abundancia será derramada en cada ser viviente. Esta agua procede siempre de Dios, que es la fuente. El vencedor recibirá estas cosas y en la vida de éste se cumplirá la promesa del pacto: «Yo seré su Dios, y él será mi hijo».

En principio, esa promesa, como ya hemos demostrado, que aparece a lo largo de toda la Escritura como un hilo dorado, se cumple aun en esta vida, pero se cumplirá en toda su perfección en la vida venidera, especialmente en el cielo nuevo y la tierra nueva. Es la gran promesa, ya que ella incluye todas las demás.[17] Observe el contraste terrible en el versículo 8; los que manifiestan las características de «la ramera» son lanzados al lago de fuego y azufre y sufrirán la muerte segunda.

2. *La nueva Jerusalén* (21:9-22:5)

Pero sobre las ruinas de la ciudad meretricia del versículo 8, aparece la gloriosa visión de la ciudad desposada, la ciudad de Dios, la Santa Jerusalén, descendiendo del cielo de Dios (Ap. 21:9-22:5). Es la iglesia ideal del futuro presagiada por la iglesia ideal del presente.

Viene y conversa con Juan uno de los siete ángeles que tenían las siete copas (véase Ap. 17:1). El ángel le dice a Juan: «Ven acá, yo te mostraré la desposada, esposa del Cordero».[18] Luego, el ángel lleva a Juan, no en forma literal, sino «en el Espíritu» (véase Ap. 1:10; 17:3) a un monte grande y alto (véase Ez. 40:1, 2). Solamente cuando nos paramos en el monte alto de la fe, podemos ver a la iglesia como existe idealmente. El apóstol contempla ahora una escena de trascendental hermosura y esplendor. Ve una ciudad. El ángel ha prometido mostrarle la esposa. La ciudad es la esposa; las dos son idénticas.

Se puede resumir la descripción de la ciudad, según se encuentra en Apocalipsis 21:9-22:5, de la siguiente manera.

a. *Es una ciudad, la santa ciudad, Jerusalén* (Ap. 21:10, 16, 18). Simboliza una comunidad de personas que disfrutan de la compañía de Dios. No hay nada en todo el universo tan glorioso como este compañerismo con Dios, de modo que él mora con nosotros y somos suyos. Además, como lo indica tan claramente el símbolo de la santa ciudad, esta comunión es santa y duradera y una innumerable multitud disfruta de ella. De esta manera, se simboliza el esplendor trascendental de la iglesia ideal. Observe además que el concepto entero es escatológico: se describe aquí a la iglesia del futuro y también a la iglesia del presente, por cuanto ella es una sombra de la que viene. La ciudad descrita aquí pertenece al reino del cielo: la ciudad está descendiendo continuamente del cielo. Es obra de la gracia soberana de Dios. Pertenece al futuro y se refiere siempre al futuro. «Reside temporalmente en la tierra». Es «la comunidad de los hombres que viven según la voluntad de Dios y que han sido predestinados para reinar eternamente con Dios».[19] Jerusalén es santa y nueva. Babilonia es grande y antigua.[20]

Esta ciudad, además, es de oro puro, semejante al vidrio limpio (véase Ap. 4:6; 15:2). Esto simboliza el carácter puro, santo, resplandeciente y benigno del compañerismo entre Dios y su pueblo. Disfrutamos aquí y ahora de este compañerismo, pero más adelante disfrutaremos de él en toda su perfección.

Finalmente, esta ciudad es un cubo perfecto: doce mil estadios en cualquier dirección.

Observe primeramente la hermosura del símbolo. Es una ciudad que se extiende dos mil trescientos kilómetros en cada una de sus tres dimensiones, también dos mil trescientos kilómetros hacia arriba, y toda de oro puro, transparente, uniforme y resplandeciente. Pero, ¿Qué significa todo ello?

Doce mil es el producto de tres (la Trinidad) multiplicado por cuatro (el universo) multiplicado por diez, multiplicado por diez, multiplicado por diez (que indica el grado más sublime de entereza y perfección). Por tanto, este número expresa el resultado completo y perfecto del poder salvador del Dios trino que opera en el universo. Este resultado completo y perfecto es la iglesia de Dios gozando del compañerismo con Dios en el universo nuevo. Esta comunión será completa y perfecta en todas las direcciones. Conocemos de antemano, aquí y ahora, algo del gozo de esta comunión (véase Sal. 48:13, 14: Ez. 40:3-47:23). Era prefigurada, además, por el lugar santísimo en el tabernáculo y en el templo de Salomón. El lugar santísimo también era un cubo perfecto.

Allí el sumo sacerdote entraba en comunión con Dios, pero en la ciudad santa todos los creyentes son sacerdotes y reyes. Todos ellos gozan de este compañerismo.

b. *Esta ciudad santa es la novia, la esposa del Cordero* (Ap. 21:9). En Apocalipsis 19:7 se explica completamente el símbolo.[21] Por medio de esta figura se simboliza el hecho de que el compañerismo entre Dios y sus hijos consiste en una relación de amor muy íntima y continua, y también la cosa más gloriosamente hermosa en el universo (véase Sal. 45).

c. *La ciudad santa tiene una lumbrera, la gloria de Dios en el Cordero* (Ap. 21:11, 23; 22:5). La lumbrera o el portador de luz es la gloria de aquel que está sentado en el trono (véase Ap. 4:3). El resplandor de un diamante[22] es solamente una débil sombra de la gloria de los atributos de Dios, tal como son revelados en la iglesia del Señor Jesucristo. Realmente, la lumbrera de la iglesia es el Cordero (véase Jn. 1:5; 8:12). La lumbrera es el Cordero porque nos imparte el conocimiento verdadero y salvador de Dios, el gozo espiritual continuo, y un estado de rectitud acompañado de la correspondiente condición de santidad. Cristo, la luz verdadera, echa fuera las tinieblas de la ignorancia, la miseria, el pecado y la corrupción moral. Por medio de él y su obra, la gloria de Dios se manifiesta en la iglesia. Por lo tanto, la ciudad santa no tiene necesidad de luz natural ni artificial, ni de sol, ni de luna (véase Is. 60:1, 3, 5, 19, 20; Zac. 14:7). ¡No habrá más noche! En principio, todo esto es cierto ahora, pero se verá en su plena perfección en el nuevo universo del futuro.

d. *No hay santuario en esta ciudad, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo* (Ap. 21:22). Los habitantes ya no tienen necesidad de ir al tabernáculo o al templo en alguna parte del campo o de la ciudad para tener compañerismo con Dios. La ciudad entera está llena del resplandor de la majestad y de la gloria de Dios en toda su plenitud. No está limitado a un lugar especial en la ciudad. Se manifiesta por todas partes. No hay necesidad de un santuario, porque el compañerismo de los creyentes con su Dios es directo e inmediato. Dios mora con su pueblo; ellos permanecen en su presencia inmediata, amante y continua (véase Ap. 7:15; 21:3; Zac. 2:5). La profecía en Jeremías 3:16 (véase también Jer. 31:33-40), que alcanza anticipadamente a su cumplimiento en la nueva dispensación en que

estamos viviendo ahora (véase Jn. 4:23, 24; Heb. 8:8-13), se realiza completamente en el nuevo universo.

e. *La Nueva Jerusalén tiene un muro grande y alto* (Apocalipsis 21:12, 17, 18).

Para su protección, seguridad y defensa, una ciudad tiene un muro. Por lo tanto, el significado del símbolo usado aquí es el siguiente: ¡la iglesia permanece segura en esa posesión de comunión con Dios! ¡El muro es grande y alto! (véase Zac. 2:5). Además, para acentuar el hecho de que el muro es simbólico más bien que literal, leemos que midió ciento cuarenta y cuatro codos (¿de altura o de espesor?). Es el muro tanto de la iglesia de la dispensación antigua como de la nueva.[23] Juan 10:28 proporciona una explicación hermosa del símbolo: «y nadie las arrebatará de mi mano». El símbolo es aplicable ahora y se refiere en un sentido aun más glorioso a la seguridad del pueblo de Dios en el nuevo universo. ¿Qué podría ser más glorioso que este sentimiento de absoluta seguridad?

f. *El muro tiene doce fundamentos* (Ap. 21:14,19, 20). En estos doce fundamentos aparecen los nombres de los doce apóstoles. Es fácil de entender su significado. Es por medio del testimonio de los doce apóstoles y, por medio de sus escritos, que los hombres son llevados a la bendita condición del compañerismo con Dios (Ef. 2:20; 1 Co. 3:9). De este fundamento, Jesucristo es la principal piedra del ángulo. Recuerde que son los apóstoles «del Cordero». Lo proclaman. Por medio de la predicación de los apóstoles resplandece la variedad del esplendor y brillo de todos los atributos de Dios. Es muy probable que éste sea el significado de las piedras preciosas que adornan los doce fundamentos (véase Is. 54:11). La multiforme sabiduría de Dios se manifiesta en la iglesia por medio de la predicación de la palabra, cada vez que esta palabra es aplicada al corazón por obra del Espíritu Santo (véase Ef. 3:10).

g. *La ciudad tiene doce puertas* (Ap. 21:12, 13, 21, 25, 27; 22:14, 15; véase también Ez. 43:1; 48:31-34; Ap. 22:14). En otras palabras hay (aunque desde el punto de vista del cielo nuevo y la tierra nueva, debiéramos decir que ha habido) oportunidad abundante de entrar en este glorioso y maravilloso compañerismo con Dios. Puertas abiertas simbolizan las oportunidades para entrar. Entramos en esta gloriosa comunión por medio de la fe que Dios nos da en sus benditas promesas. Cada puerta es una perla. Si recordamos que una perla de 20 granos

no es tan grande como una canica ordinaria con que juegan los niños, entonces tiene que haber sido una cosa sorprendente tanto en tamaño como en hermosura las perlas que Juan vio en la visión. Y el hijo de Dios que, por medio de su fe en las promesas, ha entrado en la ciudad, dice: «Ciertamente cada puerta es una perla». En las puertas están escritos los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel porque la ciudad es la morada del verdadero Israel, la iglesia redimida (véase Ap. 7:14). Hay tres puertas para cada dirección —oriente, norte, sur y occidente (véase Gn. 28:14; Is. 54:3). La iglesia se reúne de entre todas las naciones. En las puertas están doce ángeles. Por tanto, los que tienen las características de la ramera y sus aliados no pueden entrar.[24] Estas personas impuras y abominables no entrarán en la ciudad. Permanecen fuera. Pueden entrar solamente aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero (Ap. 3:5). Pero que nadie pierda las esperanzas, ya que las puertas nunca estarán cerradas. Las puertas cerradas simbolizan no solamente tinieblas, noche y peligro, sino también la falta de oportunidad para entrar. Ahora, durante esta era entera hay (aunque desde el punto de vista del cielo nuevo y la tierra nueva deberíamos decir que ha habido), por medio de la fe, oportunidad abundante para entrar en el bendito compañerismo con Dios.

h. *La ciudad tiene calles de oro puro, como vidrio transparente* (Ap. 21:21). Cada puerta da a una calle y la ciudad está llena de hermosas calles, calles de oro puro, porque simbolizan una verdad gloriosa. Estas calles indican que hay oportunidad abundante para comunicarse con el trono. Hay fácil acceso hacia los ríos y los árboles de la vida.

i. *La ciudad tiene ríos de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salen del trono de Dios y del Cordero* (Ap. 22:1). Al lado de cada calle corre un río. La calle y el río están separados solamente por un parque (véase j.). Este río es el río de vida, porque simboliza la vida eterna, la salvación perfecta y gratuita, el don de la soberana gracia de Dios. ¿Y qué es la vida sino compañerismo con Dios? (véase Jn. 17:3; véase también Ez. 47:1-12; Is. 55:1; Sal. 46:4; Jn. 4:10; 7:38, y nuestra explicación de Ap. 7:17; 21:6). Observe que este río sale «del» trono de Dios y del Cordero. No corre «al lado» del trono de Dios, como dice un hermoso himno popular. Cambiemos las palabras «al lado del trono» por «salen del trono» y cantemos el himno de esta manera. Esto, además, no es un punto de menor importancia. El significado del

simbolismo depende precisamente de esta cuestión. Cuando decimos que el río de gracia y vida sale «del» trono de Dios y del Cordero, acentuamos el hecho de que nuestra salvación fue llevada a cabo por la soberana voluntad de Dios y la recibimos por el mérito de la sangre redentora de Cristo. ¡A él sea toda la gloria! Observe la abundancia y el carácter santo de esta vida: el río está lleno de agua y el agua es cristalina. El pecado no corromperá nuestro compañerismo con Dios. En principio, este símbolo también se aplica a nuestra existencia presente, pero en forma perfecta en el futuro.

j. *Entre el río y la calle hay un paraíso, un parque o huerto lleno de árboles de vida* (Ap. 22:1-3a). Traducimos este pasaje de esta manera: «Entre su calle en este lado y su río en el otro lado, estaba el árbol de la vida, que da su fruto doce veces, un fruto cada mes; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y nunca más habrá nada que sea maldito».

Primero, entendamos la imagen. La expresión «árbol de la vida» es colectiva, lo mismo que las palabras «calle» y «río». La idea no es la de un solo árbol. No, hay un parque entero; hay filas enteras de árboles al lado del río y, por tanto, entre el río y la calle. Esto es cierto respecto a todas las calles de la ciudad. Por tanto, la ciudad está llena de parques (Ap. 2:7). Observe, por lo tanto, esta maravillosa verdad: la ciudad está llena de ríos de vida. Está llena de parques también, los cuales contienen árboles de vida. Estos árboles, además, están llenos de fruto. Dan con regularidad cada mes su fruto. ¡Incluso las hojas de estos árboles sirven para sanidad! Juntas, todas estas cosas simbolizan el carácter superabundante de nuestra salvación, una medida absolutamente plena de la comunión, bendecida y continua, con Dios para todos los habitantes de la santa ciudad.

Es un hecho muy notable que, según este simbolismo, ¡el parque o huerto está en la ciudad! Reflexione por un momento en esto: ¡el huerto de la abundancia precisamente en el centro de la ciudad! Tal como se ha indicado anteriormente, la ciudad simboliza, entre otras cosas, una multitud de gente. Esto es cierto especialmente respecto a la Nueva Jerusalén, cuya extensión es de doce mil estadios en todas sus direcciones. Entonces, la ciudad simboliza una multitud grande, y por lo tanto sugiere muchas necesidades y grandes deseos de adquirir lo necesario. Pero ¿de dónde vendrá la «provisión»? El huerto simboliza provisión abundante. ¡Pero al hombre se le ha sacado del huerto! Desde entonces la ciudad, por decirlo así, ha estado añorando con llanto el

huerto, y el huerto la ciudad, hasta que por fin aquí en la nueva Jerusalén ¡el huerto está dentro de la ciudad! ¡Hay una abundancia de vida eterna y salvación, para todos los ciudadanos! Ahora, regresemos de nuevo a Apocalipsis 18:22.[25] Durante todo este siglo presente las hojas del árbol son (luego diremos «han sido») para la sanidad de las naciones. La vida eterna sana las cicatrices del pecado y de la miseria. La palabra «árbol» de la vida es realmente «madero» de vida. Es la palabra usada para indicar la cruz de Cristo (Hch. 5:30; 10:39, etc.; véase Gál. 3:13, «Maldito todo el que es colgado en un madero»). Por medio de la cruz, Cristo mereció para nosotros la vida eterna. Y en la nueva Jerusalén aquel árbol de la cruz ya no es maldito (véase también Ez. 47:12; Ap. 2:7). No hay nada maldito.

k. *En esta ciudad está el trono de Dios y del Cordero* (Ap. 22:3, 4). En la iglesia de Dios su majestad y soberanía se manifiestan. El «trono» simboliza la soberanía. Por lo tanto, el río sale del trono (véase sección i.). Por supuesto, aquella soberanía de Dios se manifiesta por todas partes tanto en la ciudad como fuera de ella. Pero en la ciudad se manifiesta como una soberanía de amor, no de ira. Los ciudadanos, además, obedecen gozosamente la voluntad de Dios. Su voluntad es el deseo de ellos. Ven su rostro, gozan de su favor (véase 2 S. 14:24, 32; Sal. 17:15; 42:2; Mt. 5:8). Ellos le adoran (véase Ap. 7:15). Su nombre está en sus frentes,[26] porque él los reconoce abiertamente como suyos y ellos le confiesan alegremente como su Señor. Así, reinan por los siglos de los siglos en el nuevo universo. Todos estos símbolos son aplicables de una manera incompleta a este siglo actual, pero de manera perfecta en el nuevo universo.

l. *¿Quiénes son los habitantes de esta ciudad?* (Ap. 21:7; 12, 24, 27; 22:3, 14). Los ciudadanos son los vencedores; el Israel verdadero; los elegidos de todas las naciones (véase Ap. 7:9), incluyendo aun los reyes; aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero (véase Ap. 3:5); los que le adoran; la multitud sellada (véase Ap. 14:1).

3. *Conclusión* (Ap. 22:6-21).

En estas palabras finales hay poco que requiere un comentario especial. Por lo tanto, dirigimos al lector a todas las páginas anteriores de este libro para una explicación de los diferentes símbolos mencionados en este último párrafo.

Primero, el ángel que mostró a Juan estas visiones confirma el carácter genuino del Apocalipsis (véase Ap. 1:1; 19:9; 21:5). El libro es

verdaderamente de origen divino. El Dios de los espíritus de los profetas es el Autor; los espíritus de los profetas están bajo su continua dirección y control. Para una explicación de la frase, «las cosas que deben suceder pronto» véase Apocalipsis 1:1; 4:1.[27] El ángel cita las palabras de Cristo mismo: «¡He aquí, vengo pronto!» (véase Ap. 1:3; 1:7).

Después de esto Juan atestigua: «Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas». De nuevo, el apóstol está a punto de adorar al ángel, pero el resultado es el mismo que se encuentra en Apocalipsis 19:10.[28]

A continuación, el ángel le dice a Juan que no selle las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca. Las profecías empiezan a cumplirse inmediatamente (véase Ap. 1:1). Sigue una advertencia muy seria. La palabra «sea» en el versículo 11 tiene el mismo significado que la palabra «deje» en Isaías 55:7. Si tenemos presente que la palabra «dejar» puede significar cualquiera de dos cosas, no tendremos dificultad en explicar el versículo 11. En primer lugar, «deje» puede significar una exhortación positiva, por ejemplo, «Deje el impío su camino». Aquí se insta al impío a dejar su camino malo. Siempre viene primero este «deje», es decir, una exhortación positiva. Pero, supongamos que a pesar de todos los ruegos fervorosos, las admoniciones, las invitaciones y los juicios, el impío se rehúsa a obedecer y aceptar gratuitamente el agua de vida, ¿qué sucede entonces? En tal caso hay otro «deje». No es el «deje» de la exhortación positiva, sino el «deje» que significa «abandono». Dios dice en efecto, «que sea así».[29] El versículo 11 tiene el significado de este segundo «deje». Para los impíos es un «deje» terrible. Por lo tanto, podemos parafrasear el versículo de esta manera: «A todo hombre que, no obstante todos los ruegos, las admoniciones, las exhortaciones, etc., se haya endurecido completamente en su maldad, dejadlo que sea así; dejadlo que continúe en su iniquidad; también al hombre deshonesto dejadlo que continúe en su deshonestidad. De la misma manera, a la persona justa y santa dejadla que continúe en el camino de la santificación». En este caso, por supuesto, se puede aún considerar el «deje» en el sentido de una exhortación positiva. En realidad, respecto al «deje», el texto original permite la interpretación doble que hemos indicado (véase Mt. 13:30).

El ángel cita de nuevo las palabras de Jesús: «He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo». Esto es, en realidad, una admonición tierna. En otras palabras, «No te endurezcas en la incredulidad; arrepiéntete, porque cuando venga recompensaré en seguida a todos los hombres». En aquel tiempo cada uno recibirá según fuere su obra (véanse Ap. 14:14-20; 20:11-15).[30] Las promesas y también las amones-

taciones de Cristo tienen un significado eterno, porque él es el Alfa y la Omega. Tal es la conexión entre los versículos 12 y 13.

Y ahora, la beatitud final. Hay siete en total. Las siete se encuentran en los siguientes pasajes: Apocalipsis 1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7; 22:14. Algunas traducciones contienen: «Bienaventurados los que guardan sus mandamientos», pero la mejor lectura es: «Bienaventurados los que lavan sus ropas». Cada persona lleva consigo una ropa, y siempre está tejiéndola, porque todos los pensamientos, palabras y hechos de la persona forman parte de ella. Esa ropa está enlodada, sucia y manchada (véase Zac. 3:3). Además, en el mundo entero no hay ningún poder que pueda limpiarla.

Respecto a esta ropa, todos los detergentes terrenales son inútiles. No sirven (véase Jer. 2:22, un pasaje muy llamativo y hermoso). Esa ropa es su carácter. Sin embargo, Dios ha provisto un remedio. Es él quien dice, «Bienaventurados los que lavan sus ropas». Lavar su ropa significa recurrir a la fuente limpiadora de la sangre de Jesucristo. Aquella sangre no solamente quita todo pecado, sino también ha hecho meritorio para nosotros el Espíritu purificador y santificador. Por tanto, tenemos que recurrir continuamente a ella.[31] El que lava su ropa en la fuente limpiadora recibe, por medio de la gracia soberana de Dios, el derecho de llegar al árbol de la vida (véase 2:7; 22:2) y puede entrar a la ciudad por sus puertas. Fuera de la ciudad están todos los que tienen las características de la ramera (véase Ap. 17:2, 4, etc.).

Y ahora el tercer testigo. Aquí Jesús mismo atestigua respecto al carácter genuino del libro y de su origen divino: «Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias» (véase Ap. 1:1). El Apocalipsis está destinado para todas las iglesias en todas los siglos. El autor de este libro no es Juan sino Jesucristo mismo. Él es aquel exaltado, él es la raíz de David (de modo que David debe su origen, su fama y posición a él) y el linaje de David[32] (cotéjense Sal. 110:1; Mt. 22:42-45; Is. 11:1; 53:2; etc.). Él es el divino y humano Salvador. Aquel glorioso y exaltado Salvador es el autor del libro del Apocalipsis. Él es la estrella resplandeciente de la mañana.[33] Esta estrella es símbolo de la majestad (véase Nm. 24:17).

Cristo ha prometido venir pronto (véase Ap. 22:7, 12). Por tanto, la esposa, es decir, la iglesia, responde diciendo: «Ven». Es una oración fervorosa e inspirada en la esposa por el Espíritu Santo. El Espíritu y la esposa trabajan unidos siempre (véase Ro. 8:16). Están diciendo continuamente: «Ven». Observe que éste es un imperativo presente, el cual se refiere no solamente al evento verdadero, a saber, la venida

final de nuestro Señor, sino también al curso entero de la historia que todavía antecede a aquel evento. La palabra quiere decir: «Lleva a cabo tu plan en la historia con miras a tu venida». Aquel plan divino incluye los principios del gobierno moral que se manifiestan bajo el simbolismo de los candeleros, los sellos, las trompetas, el conflicto con el dragón y sus aliados, las copas de ira, las bodas del Cordero, etc. ¡En todos estos medios e instrumentos y por medio de ellos, cumple tu propósito y ven pronto! Cualquiera que oye esta profecía cuando sea leída en la iglesia —y cualquiera que la lea— que añada su propia voz al gran coro de voces y diga, «Ven». Deténgase aquí brevemente y guarde un momento de silencio semejante a aquel que precede al glorioso y final «Aleluya» en el coro de aleluyas del *Mesías,* compuesto por Handel.

¿Está listo? Escuche pues la voz que procede del trono. Es la voz suplicante del Maestro, su invitación tierna y final: «Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente».

¡El énfasis está en la palabra gratuitamente! ¡Gloriosa gracia soberana! Éste es el amor de Dios, tan conmovedor y tierno, que se dirige aquí a todos los que son conscientes de su necesidad del agua viva. Que no titubeen. Que vengan. Que tomen. No cuesta nada. ¡A ellos no les cuesta nada! Él pagó el precio. ¡Por lo tanto, que vengan, tomen y beban!

Dado que este libro del Apocalipsis es tan excelentemente glorioso y tan divino (¡puesto que Dios mismo es el autor!), entonces, cualquiera que oiga o lea este libro, que no añada ni quite ninguna palabra. Que no diga que este mensaje es falso. Que no diga que sus partes claves han sido añadidas. Que no niegue el carácter divinamente inspirado del libro. Que no diga que apenas vale la pena estudiarlo. Que no ridiculice este libro, el cual está lleno de invitaciones y promesas. Si se rehúsa a prestar atención a esta advertencia, se le enviarán las plagas que están escritas en este libro. ¡Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la santa ciudad!

Cristo contesta la ferviente oración de la iglesia por su venida y le dice: «Ciertamente, vengo en breve». Por lo tanto, que prestemos atención a sus advertencias. El corazón de Juan está lleno de éxtasis. Su alma está consumida de anhelo. Sus ojos procuran atravesar las nubes. Exclama él en un éxtasis de amor, «Amén; sí, ven, Señor Jesús».

NOTAS



Capítulo I

1 Para una nota descriptiva acerca de las diferentes teorías de la interpretación, véase M. C. Tenney, *New Testament Survey,* pp. 387ss.; y L. Morris, «Book of Revelation» en *The New Bible Dictionary.*

2 Véase el capítulo VI, sección A para una discusión completa de este punto.

3 Eusebio, *Ecclesiastical History,* vii. 25.

4 W. Beyschlag, *New Testament Theology,* II, p. 362.

5 Véase, por ejemplo, los escritos de F. Bleek y de J. Neander.

6 Esta opinión la comparten los miembros de la escuela de Tübingen.

7 Bousset, Harnack, Holtzmann, y Moffatt, son representantes de esto.

8 Una explicación interesante se encuentra en A. Pieters, *The Lamb, the Woman, and the Dragon,* pp. 18ss. Véase también A. T. Robinson, *Word Pictures,* VI, p. 274.

9 Para similitudes adicionales entre el Evangelio y el Apocalipsis, véase J. P. Lange, *The Revelation of John,* pp. 56ss.

10 Véase A. T. Robinson, *The Minister and His Greek New Testament,* p. 113.

11 Para un sumario de este tema, véase H. Gebhardt, *The Doctrine of the Apocalypse,* especialmente pp. 304ss.; y G. B. Stevens, *The Theology of the New Testament,* pp. 536ss, 547.

12 Véase la discusión en R. C. Lenski, *Interpretation of St. John's Revelation*, pp. 8ss.
13 Quiliasmo proviene del griego χίλιοι, «1000»; un término que describe posturas escatológicas que son fuertemente milenarias en carácter.
14 N. B. Stonehouse, *The Apocalypse in the Ancient Church*, p. 151.
15 *Ante-Nicene Fathers*, I-III. Véase también N. B. Stonehouse, obra citada, pp. 153ss.
16 *Ante-Nicene Fathers*, I, pp. 416, 559.
17 Para la fecha anterior, véase H. Cowles, *The Revelation of St. John*, pp. 17ss. Entre los que aceptan la fecha posterior se encuentran Alford, Godet, Moffatt, Ramsay, Siete, Warfield y L. Berkhof en *New Testament Introduction*, pp. 347s.
18 Véase A. Plummer, *The Book of Revelation*, p. 150.

Capítulo II

1 Véase W. Milligan, *The Book of Revelation (Expositor's Bible)*, VI, p. 836; E. H. Plumptre, *The Epistles to the Seven Churches*, p. 9; W. M. Ramsay, *The Letters to the Seven Churches of Asia*, pp. 30, 177ss.; R. C. Trench, *Commentary on the Epistles to the Seven Churches of Asia*, pp. 59ss.; C. F. Wishart, *The Book of Day*, p. 22.
2 Véase capítulo XIV, sección A.
3 Se encuentra esta perspectiva, de una forma u otra, en R. C. H. Lenski, obra citada, pp. 216, 240, 350, 358; S. L. Morris, *The Drama of Christianity*, p. 26; M. F. Sadler, *The Revelation of St. John the Divine*, pp. xvi ss. También véase B. B. Warfield, *Biblical Doctrines*, pp. 645, 661.
4 Aunque las visiones describen la *nueva* dispensación, tienen la dispensación *antigua* como punto de partida. Compare, por ejemplo, 12:1-4; 17:10; 20:3 («para que no engañase más a las naciones»).
5 S. L. Morris, obra citada, p. 64.
6 R. C. H. Lenski, obra citada, p. 553.
7 S. L. Morris, obra citada, p. 27; W. M. Taylor, *Daniel the Beloved*, p. 124.
8 Para uno de los muchos otros sistemas de división, véase H. B. Swete, *The Apocalypse of St. John*, pp. xxxiii y xliv.
9 Los diferentes sistemas de división en estas siete secciones pueden encontrarse en L. Berkhof, obra citada, p. 339; H. Siete (la división de Ewald), obra citada, p. xlv; P. Mauro, *The Patmos Visions*, pp.

11s.; W. Milligan, obra citada, en muchos lugares; S. L. Morris, obra citada, p. 29; M. F. Sadler, obra citada, pp. xvi ss.; C. F. Wishart, obra citada, p. 30; B. B. Warfield, obra citada, p. 645.

10 H. B. Swete, obra citada, p. xxxix.

11 Véase J. P. Lange, obra citada, p. 83; A. Pieters, obra citada, p. 159; A. T. Robinson, *Syllabus for New Testament Study,* p. 260; H. B. Siete, obra citada, pp. xl, lxii.

12 Véase C. J. Ellicott, *The Revelation,* p. 19.

13 I. T. Beckwith, *The Apocalypse of John,* pp. 254, 523.

Capítulo III

1 Ésta es la opinión, por ejemplo, de Harnack. J. Moffatt, *Introduction to the Literature of the New Testament,* pp. 489ss., da un informe completo de las diferentes perspectivas.

2 Véase el capítulo IX, sección C. La identificación que Ireneo, el discípulo del discípulo de Juan, hace en su obra *Contra herejías.* S. L. Morris, obra citada, p. 52, dice: «La iglesia... en toda la historia ha sido casi unánime al interpretarlo como el Cristo conquistando al entrar en su carrera militante en el mundo». Entre los comentaristas modernos que apoyan esta interpretación se encuentran J. P. Lange, R. C. H. Lenski, W. Milligan y A. Plummer en las obras citadas.

3 Los preteristas ofrecen una explicación más consistente que otros. Ven la unidad de Apocalipsis 6:3-11. Véase, por ejemplo, H. Cowles, obra citada, pp. 98ss.; P. Mauro, obra citada, p. 202; A. Plummer, obra citada, p. 184. R. C. H. Lenski, por otro lado, afirma que lo que ocurre a los creyentes no está incluido en el simbolismo de los caballos (obra citada, p. 223). Su razón para esta posición es que él toma el «Hades» en el versículo 8 como equivalente al «infierno»; en realidad Hades denota el estado de los muertos que es siempre posterior a la muerte.

4 Véase R. H. Charles, *The Revelation of St. John (International Critical Commentary),* vol. 1, p. 165; P. Mauro, obra citada, p. 200; H. B. Swete, obra citada, p. clvi.

5 A. T. Robertson, en *Syllabus for New Testament Study,* p. 265, menciona como una objeción a la perspectiva sincrónica (paralelística) que en 8:1 las trompetas parecen salir de los sellos. Esto es cierto, y sin embargo las dos series, sellos y trompetas, corren paralelas. Siempre en la historia los sellos de persecución ocasionan las trompetas de juicio. Así pues, ambas series abarcan el mismo

periodo de tiempo, y las trompetas siempre salen de los sellos. Entonces, la séptima trompeta no tiene contenido propio sino que introduce a las trompetas. Todo el problema surge porque los paralelistas han ignorado la unidad del libro.

6 Véase el capítulo II, sección C.

7 Esto, por supuesto, no está en duda. El hombre-niño es Cristo. Proveemos evidencias en el capítulo IX.

8 Note que el hombre-niño se representa como la simiente de la mujer, y el dragón se le opone. Todo el pasaje está basado en Génesis 3:15.

9 Véase R. C. H. Lenski, obra citada, p. 412; A. Pieters, obra citada, p. 412.

10 Véase el capítulo II, sección B.

Capítulo IV

1 R. C. H. Lenski, obra citada, p. 267.

2 J. P. Lange, obra citada, p. 81; véase también p. 5; B. B. Warfield, *Biblical Doctrines,* p. 645.

Capítulo V

1 Noten bien el primer versículo del libro, «y lo hizo saber a través de signos (o símbolos)».

2 S. L. Morris, obra citada, pp. 32, 46, etc.

3 Véase W. M. Taylor, *The Parables of Our Savior,* p. 14.

4 A. Pierce, obra citada, p. 71

5 B. B. Warfield, obra citada, p. 646.

6 A. Pierce, obra citada, pp. 132ss.

7 Véase el capítulo II, sección A.

8 Otros números en el Apocalipsis son: ½, 1, 2, 3, 3½, 4, 5, 6, 10, 12, 24, 144, 666, 1000, 1260, 1600, 7000, 12000, 144000, 100.000.000, 200.000.000. Véase C. F. Wishart, obra citada, pp. 19ss., para un tratado muy bueno sobre el significado de los números en el Apocalipsis.

9 Véase B. B. Warfield, obra citada, p. 646.

10 Véase, W. Milligan, obra citada, VI, pp. 860, 867; S. L. Morris, obra citada, p. 65; H. B. Swete, obra citada, p. ccxvi; C. F. Wishart, obra citada, p. 42.

Capítulo VI

1 Véase el capítulo I, sección C.
2 Véase H. Cowles, obra citada, p. 43; A. Pieters, obra citada, pp. 67ss.; H. B. Swete, obra citada, p. ccxiii.
3 Aquí es donde los preteristas con frecuencia yerran.
4 Véase el capítulo XIV, sección A.
5 Véase el capítulo I.
6 J. B. Lightfoot, *St. Paul's Epistle to the Galatians*, p. 361; A. Pieters, obra citada, p. 72; A. T. Robertson, obra citada, p. 254; H. B. Swete, obra citada, pp. cxxxix ss.; B. F. Westcott y F. J. A. Hort, *The New Testament in the Original Greek*, pp. 612ss.; C. F. Wishart, obra citada, pp. 14ss.
7 B. F. Westcott y F. J. A. Hort, obra citada, 612 ss.
8 F. Bleek, *Lecture on the Apocalypse*, p. 643; H. B. Swete, obra citada, p. cliii.
9 Véase B. B. Warfield, obra citada, p. 643.
10 R. C. H. Lenski (obra citada, p. 600) quien ha hecho un esfuerzo con mucho éxito para evitar novedades menciona algunas que se encuentran en otros comentarios.
11 Véase el capítulo I.

Capítulo VII

1 Véase C. A. Auberlen, *The Prophecies of Daniel and the Revelations of St. John*, pp. 81ss. Indica que aunque la profecía y el apocalipsis son el producto de una revelación especial divina, sin embargo, el predominio del hecho divino de revelación sobre el hecho humano de mediación es más evidente en el apocalipsis que en la profecía. La palabra misma «profecía» hace hincapié en el factor humano, mientras que la palabra «apocalipsis» (revelación) acentúa el hecho divino.
2 Una concordancia extraordinaria con la cristología del Evangelio de Juan. Véanse Juan 5:20; 7:16; 12:49; 14:10; 17:7, 8: «Porque las palabras que me diste, les he dado».
3 No creemos que la palabra «inmediatamente», como se usa aquí, signifique que los eventos se siguen rápida y sucesivamente uno a otro. Después de todo, una referencia a Santiago 1:19 y Hechos 22:18 no es decisiva. La cuestión es: ¿qué quiere decir esta palabra *aquí* en Apocalipsis 1:1? El contexto debe decidirlo. El versículo 3 nos da un comentario excelente: el tiempo está cerca. Los símbolos empiezan a manifestarse inmediatamente. Este punto de vista es

confirmado por el pasaje paralelo, Apocalipsis 22:10: «Y me dijo: No selles las palabras de la profecía de este libro; porque el tiempo está cerca» (Véase 20:7, 12). Interpretado así (y estamos convencidos que ésta es la interpretación correcta) el primer versículo del Apocalipsis anula cualquier opinión futurista.

4 Véase el capítulo I, sección D.

5 La expresión, «dar testimonio», es característica de los escritos de Juan.

6 Estas siete se encuentran en los siguientes pasajes: Apocalipsis 1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7; 22:14. Éste es otro argumento fuerte a favor de la unidad del libro entero.

7 Véanse el capítulo I, sección C, y capítulo 8.

8 No debemos juzgar prematuramente la gramática de Juan. Véase la traducción de Moffatt, y A. Pieters, obra citada, p. 83.

9 No estamos de acuerdo aquí con la opinión expresada en muchos comentarios excelentes. La segunda venida no es la nota dominante ni el tema principal del libro. Véase D. S. Clark, *The Message from Patmos*, p. 25.

10 ¡Otra conexión entre el cuarto Evangelio y el Apocalipsis! El autor del cuarto Evangelio (Juan 19:37) así como el autor del Apocalipsis (véase 1:7) siguen el texto hebraico masorético de Zacarías 12:10 y descartan a la Septuaginta, evidencia importante que indica que es el mismo autor el que escribió el cuarto Evangelio y el Apocalipsis.

11 W. M. Ramsay, obra citada, pp. 85, 98.

12 No se debe identificar «el día del Señor» en Apocalipsis 1:10 con el «Día del Señor» que se encuentra en otras partes del Nuevo Testamento. En Apocalipsis 1:10 «el día del Señor» significa el día que observamos en conmemoración de la resurrección del Señor, lo mismo que la Santa Cena (1 Corintios 11:20) es la Cena que observamos en conmemoración de la muerte del Señor en la cruz. «El Día del Señor» como se encuentra en pasajes tales como 1 Corintios 5:5; 1 Tesalonicenses 5:2; 2 Pedro 3:10, es una traducción del hebreo «el día de Jehová» y tiene un significado completamente distinto. Véase T. Beckwith, obra citada, pp. 20ss. No hay base alguna para identificar estas dos frases con el fin de apoyar la idea de que Juan en el espíritu fue llevado hasta el día de la segunda venida de Cristo.

13 Usamos aquí el artículo definido con propósito. Se debe considerar la frase «Hijo del Hombre» como un nombre propio que no necesita el artículo definido en el original.

14 Véase en el capítulo 5, las observaciones respecto a las reglas de interpretación.
15 Si estos «ángeles» indicaban a los mensajeros de las iglesias enviados para visitar a Juan, tal como enseña La Biblia de Scofield, entonces la expresión «Al ángel de la iglesia... escribe», no tendría ningún significado. Tampoco pueden significar los verdaderos ángeles, esto es, los seres celestiales. ¡Habría sido difícil entregarles el libro o sus epístolas! Y no creemos que la palabra «ángeles» pueda significar las iglesias como personificadas o como en la expresión «el espíritu de Éfeso». Dudamos sinceramente que la expresión así interpretada hubiera sido entendida por aquellos que primero leyeron y oyeron este libro. Para una excelente corroboración de la opinión de que estos ángeles significan los obispos, pastores o ministros de las iglesias, véase R. C. Trench, obra citada, páginas 53-58.

Capítulo VIII

1 Véase R. C. Trench, obra citada, p. 97; W. Milligan, obra citada, p. 841.
2 Véase capítulo II, sección C; R. C. Trench, obra citada, p. 90.
3 W. J. McKnight, «The Letter to the Laodiceans», *Biblical Review,* XVI, p. 519. A. Pieters, obra citada, pp. 100ss. La Biblia de Scofield defiende una posición contraria a ésta.
4 W. M. Ramsay, obra citada, pp. 210-236.
5 Esto no cambia si la obra es una epístola circular o no. R. C. H. Lenski defiende con habilidad que las palabras «que están en Éfeso» estaban originalmente en Efesios 1:1, *Interpretation of St. Paul's Epistles to the Galatians, to the Ephesians, and to the Philippians,* pp. 329ss.
6 Véase F. Godet, *Commentary on the Gospel of John,* pp. 43ss.
7 Véase R. C. Trench, obra citada, p. 80.
8 Todos los comentaristas notan esto.
9 Véase el artículo de E. L. Harris, «Some Ruined Cities in Asia Minor», en *The National Geographic Magazine,* Dic. 1908.
10 Véase nuestra explicación de las epístolas a Pérgamo y Tiatira.
11 Este punto lo resalta la mayoría de los exegetas.
12 W. M. Ramsay, obra citada, pp. 251-267.
13 *Ante-Nicene Fathers,* I, pp. 37ss.
14 Véase W. M. Ramsay, obra citada, p. 269. Parece que lo demuestra con respecto al significado del aoristo aquí.
15 E. H. Plumptre, obra citada, p. 91.

16 Véase W. Milligan, obra citada, p. 845.
17 Véase E. H. Plumptre, obra citada, nota en p. 97. No es la corona real (Trench) sino la guirnalda de victoria.
18 Acerca de la condición actual de Esmirna, véase E. L. Harris, obra citada.
19 W. M. Ramsay, obra citada, pp. 281-290.
20 Véase W. Milligan, obra citada, p. 846.
21 Véase el punto 4 más adelante.
22 Véase W. Milligan, obra citada, p. 846.
23 Rechazamos las siguientes sugerencias:
   a. Que la piedra blanca sea el boleto de admisión que le permita entrar a la fiesta del Gran Rey.
   b. Que la piedra blanca represente la piedrecilla de absolución que se usaba en las cortes de justicia.
   c. Que la piedra blanca con el nombre inscrito se refiera al Urim y Tummim del Antiguo Testamento.
   d. Que el significado se encuentre en la esfera de la superstición popular.
24 Esta perspectiva (que es muy popular), con algunas variaciones, es defendida por J. P. Lange, obra citada, p. 120, el cual, sin embargo, considera que la piedra indica absolución; R. C. H. Lenski, obra citada, p. 113; y por muchos otros.
25 Para una defensa de esta interpretación, véase M. Stuart, «The White Stone of the Apocalypse», *Biblioteca Sacra,* pp. 461-477.
26 W. M. Ramsay, obra citada, pp. 316-326.
27 W. M. Ramsay, obra citada, pp. 354-368.
28 Véase la carta a Éfeso.
29 Véase W. M. Ramsay, obra citada, pp. 391-400.
30 Véase W. M. Ramsay, obra citada, pp. 413-423. Véase también W. J. Mcknight, artículo citado, pp. 519ss.
31 Que los miembros de la iglesia de Laodicea se jactaban de sus riquezas espirituales y no principalmente de sus posesiones materiales es la opinión correcta la cual es corroborada por casi todos los comentaristas. Sin embargo, W. Milligan defiende la opinión contraria.
32 Es claro, por supuesto, que el hombre, y no Dios, es representado aquí como el que abre la puerta. El hombre se arrepiente. El abrir la puerta, por consiguiente, se refiere a la conversión; no puede referirse a la regeneración, porque la regeneración es enteramente la obra de Dios. En la conversión el hombre toma una parte activa.
33 Véase capítulo XI, sección D y capítulo XIII, sección A.

Capítulo IX

1 Esta representación es favorecida por muchos premilenarios. Véase la nota preliminar del Apocalipsis en la Biblia de Referencia de Scofield.
2 Véase C. A. Auberlen, *The Prophecies of Daniel and the Revelation of St. John,* pp. 76ss.
3 En diferentes momentos de la historia de la cosmografía la tierra, el sol y las estrellas han sido colocadas al centro del universo.
4 Para una posición opuesta, véase R. C. H. Lenski, *Interpretation of St. John's Revelation,* p. 171.
5 La traducción «jaspe» no es apropiada en Apocalipsis 21:11.
6 Véase R. H. Charles, obra citada, I, pp. 118ss.
7 Así, por ejemplo, el hecho de que cada uno de los querubines descritos en el libro de Ezequiel tiene *cuatro* rostros, para poder mirar simultáneamente hacia las cuatro direcciones, está enteramente en armonía con su misión, a saber, llevar el trono en cualquier dirección según la voluntad de su ocupante. En el Apocalipsis, los querubines no llevan el trono.
8 A. Pieters, obra citada, p. 112.
9 Para una perspectiva contraria, véase R. C. H. Lenski, obra citada, p. 182.
10 El trono (la soberanía de Dios) controlando y dirigiendo todas las cosas está al centro de esta visión.
11 Véase R. C. H. Lenski, obra citada, p. 194.
12 Véase los sinónimos de klai,w en *Greek-English Lexicon* de J. H. Thayer.
13 Esto no se explica enteramente por una referencia a Isaías 11:1, 10. Lo que necesitamos aquí es Mateo 22:41-45. El Mesías es el *Señor* de David. El Hijo no encarnado crea a su padre (David) según la carne.
14 Véase C. Hodge, *Systematic Theology,* II, pp. 635ss.
15 En *el cielo* las almas ya reinan con el Cristo resucitado y exaltado, lo que, por supuesto, no era posible en la dispensación antigua; respecto a *la tierra* Satanás ya está atado. (Véase nuestra explicación de Apocalipsis 20). Las Escrituras hablan continuamente de la vida futura en términos de tiempo. (Véase también Efesios 2:7 y nuestra explicación de Apocalipsis 10:6).
16 Véase A. Pieters, obra citada, p. 117.

17 Las versiones que traducen el pasaje como sigue: «Porque tú fuiste inmolado y nos has redimido», se basan en un lectura que es incorrecta.
18 Para el carácter universal y particular de la obra redentora de Cristo, véase L. Berkhof, *Vicarious Atonement Through Christ,* pp. 165ss.
19 Véase no solamente el círculo exterior, sino los círculos 4, 5, 6, 7. Toda la creación ofrece alabanzas.
20 Véase R. H. Charles, obra citada, I, p. 151.
21 Véase la Biblia de Scofield, nota f en Apocalipsis 6:2.
22 Apocalipsis 11:7; 13:7.
23 W. Milligan, obra citada, VI, p. 855.
24 Dondequiera que se encuentre en el original la palabra «νικάω» la hemos traducido por alguna forma del verbo «conquistar». Así el lector puede ver, por ejemplo, que en la versión original, en Apocalipsis 5:5, se usa la misma palabra que se usa en 6:2.
25 Véase K. Schilder, *Christ on Trial,* p. 381.
26 Véase el capítulo VI, sección B.
27 Véase la nota 23.
28 La objeción que se propone con frecuencia es ésta: Cristo no puede ser al mismo tiempo el contenido del primer sello y el que abre el sello. Pero, ¿por qué considerar esto como imposible? Por el mismo método de razonamiento, ¿no debemos llegar a las siguientes conclusiones, a saber, que Cristo no puede poner su diestra sobre Juan (1:17) porque en esta mano derecha sostiene siete estrellas (1:16); que un Cordero —con siete cuernos y siete ojos— no puede tomar un rollo de la mano de Dios (5:6, 7); que una estrella no puede aceptar una llave (9:1), etc.? El simbolismo del Apocalipsis nos sorprende muchas veces: se ordena a Juan que mire hacia arriba para ver un León, y lo que él ve es... un *Cordero* como inmolado (5:6). En otra ocasión espera ver a la esposa, y lo que ve es una ciudad: la santa ciudad, Jerusalén (21:9, 10). Sin embargo, cuando estudiamos estas aparentes irregularidades, encontramos una razón lógica para cada una de ellas: Lo que puede ser imposible respecto a un *símbolo,* es enteramente razonable y verdadero respecto a la realidad a la cual se refiere. ¿No está Cristo guardando continuamente en su diestra las siete estrellas? Es decir, ¿no está ejerciendo continuamente su autoridad y su cuidado protector sobre los ministros? Sin embargo, ¿no puede al mismo tiempo poner su mano derecha sobre Juan? Además, es posible que un cordero literal no pueda tomar un rollo, pero aquel a quien el Cordero se

refiere, a saber, Cristo, sí puede hacerlo y lo hizo cuando se sentó a la diestra del Padre. Una esposa no puede ser al mismo tiempo una ciudad, pero la iglesia de Dios a la cual la esposa y también la ciudad se refieren, puede ser y es al mismo tiempo, la esposa y una ciudad. Por esta misma razón, Jesucristo abre los sellos y también lleva a cabo el plan de Dios en la historia del mundo. Sin embargo, al mismo tiempo, la historia entera revela al Cristo como el conquistador y vencedor. Cristo abre los sellos y él mismo es el contenido del primer sello.

29 Véase R. H. Charles, obra citada, p. 158.

30 En Mateo se mencionan varias «señales» que no son mencionadas en Apocalipsis 6, por ejemplo, falsos profetas, falsos Cristos, la abominación desoladora, negligencia (como en los días de Noé); mientras en Apocalipsis 6 —véase nuestro resumen— se mencionan varias señales que no aparecen en Mateo 24. Apocalipsis 6 describe lo que sucederá después de la primera venida de Cristo; Mateo 24 describe lo que precederá a su segunda venida; el punto de partida es distinto; en realidad, la escena entera es diferente.

31 Véase el capítulo VI, sección B.

32 Véase la explicación del segundo y tercer jinete adelante.

33 A. Plummer, obra citada, p. 184.

34 Véase el capítulo III.

35 A. Plummer, obra citada, p. 185.

36 Véase también el comentario acerca del caballo amarillo.

37 N. L. Saloff-Ostakhof, *Christianity and Communism: Real Russia 1905 to 1932*. H. Taylor, *The Triumph of John and Betty Stam.*

38 Véase R. C. H. Lenski, obra citada, p. 227.

39 Véase nuestra explicación a la carta a Tiatira.

40 Véase para el color, 8:7; 9:4.

41 La preposición usada aquí es diferente que en otros casos.

42 Véase A. Pieters, obra citada, p. 122.

43 Véase el capítulo VII.

44 Véase R. H. Charles, obra citada, p. 169.

45 Éste es el número del universo: norte, sur, este, oeste.

46 Véase C. H. Lenski, obra citada, p. 231.

47 La enfermedad sufrida por los filisteos, después de haber llevado ellos el arca, era con toda probabilidad la peste bubónica:

a. En ambos casos tenemos como uno de los síntomas «tumefacciones redondas» o supuración de las glándulas linfáticas.

b. En ambos casos una parte del cuerpo donde estas tumefacciones aparecen es aquella parte que incluye la ingle.
c. En ambos casos la enfermedad está estrechamente asociada con ratas o ratones. Evidentemente tenemos aquí la transmisión de la peste por medio de la rata a la pulga y por medio de la pulga a las personas (véase H. Zinsser, *Rats, Lice and History*).
d. En ambos casos hay una rápida diseminación de la peste.
e. En ambos casos hay una mortandad sumamente grande. La enfermedad destruyó a los hombres de Asdod e hirió a los habitantes de Gad.

48 Las conversiones en masa y también la desintegración religiosa resultan de las calamidades semejantes a las mencionadas aquí. (Véase H. Zinsser, obra citada, pp. 86, 139).
49 Véase el comentario acerca del caballo rojo.
50 Véase el capítulo IV.
51 Véase R. C. H. Lenski, obra citada, p. 241.
52 Véase el capítulo V.
53 Véase nuestra explicación de Apocalipsis 2:17.
54 Véase C. F. Wishart, obra citada, pp.22 ss.
55 Véase C. F. Wishart, obra citada, p. 23.
56 W. Milligan defiende la interpretación que aquí se refiere a toda la iglesia (no solo a la parte judía), obra citada, pp. 861ss.
57 Véase en este capítulo, sección 4.
58 Note que el artículo definido precede cada uno de los siete temas de alabanza. Esto indica que en el sentido más completo y profundo estas excelencias pertenecen a Dios y sólo a Él. Estas siete excelencias tienen el siguiente significado:

a. ἡ εὐλογία: probablemente no sólo la invocación de la bendición, sino también la verdadera posesión de la bendita plenitud de los atributos divinos que son la base de nuestra salvación.
b. ἡ δόξα: la gloria que resulta cuando se reconoce el esplendor de los atributos de Dios (su soberanía, justicia, amor, gracia, etc.)
c. ἡ σοφία: la sabiduría de Dios revelada en el plan de salvación y en el cumplimiento de aquel plan. Dios usa siempre los mejores medios para alcanzar la meta suprema. Además, esta sabiduría significa la reconciliación de aparentes incompatibilidades (véase Efesios 3:10 a la luz de todo el contexto que le antecede).
d. y e. ἡ εὐχαριστία y ἡ τιμὴ: la acción de gracias y la honra resultan siempre que se reconoce esta sabiduría de Dios en nuestra salvación.

f. y g. ἡ δύναμις y ἡ ἰσχὺς: el poder y la fortaleza de Dios (el poder incluye a la fortaleza) se revelan tan claramente en la obra de salvación como en su sabiduría.

Capítulo X

1 Véase el capítulo V.
2 Véase R. H. Charles, obra citada, p. 223.
3 En todo el libro Dios es el Soberano del universo. Observe cuántas veces se usa la palabra «dado(a)».
4 En Apocalipsis 6:9 aparece como el altar del holocausto.
5 Véase R. C. H. Lenski, obra citada, p. 269.
6 Véase R. C. Trench, *Synoyms of the New Testament,* p. 176.
7 Es posible, tal vez, ampliar el significado de esta plaga de modo que, bajo el simbolismo de hacer amargas las aguas, indique todas las calamidades que obstruyen cualquier medio empleado por el hombre para satisfacer sus necesidades. Por lo tanto, el agua simboliza aquello que suple las necesidades del hombre, a saber, la industria y el comercio. Por tanto, el hacer amargas las fuentes y las aguas indicaría, entre otras cosas, el desarreglo de la industria, del comercio, etc.
8 Note el arreglo de los siete en dos grupos: uno de cuatro y otro de tres. Véase el capítulo II.
9 No tenemos que alegorizar al sol ni al aire. Es posible considerar al sol y al aire como indicando el sol literal y el aire literal como estos aparecen en la visión. En la visión el humo es tan espeso y negro que aun el sol y el aire son entenebrecidos a causa de él. Por tanto, la imagen considerada en su totalidad simboliza una lastimosa oscuridad moral y espiritual debida a las fuerzas del maligno.
10 La profecía entera de Joel está enfocada sobre estos tres temas: Pestilencia, 1:1-2:11; Penitencia, 2:12-17; Promesa, 2:18-3:21. Note la descripción tan vívida de las langostas en 2:2b-11.
11 Existen tantas explicaciones de estos «cinco» meses, que determinamos que no hacen falta más explicaciones.
12 Véase el capítulo V.
13 Los cuatro ángeles mencionados en 7:1 están sobre «los cuatro ángulos de la tierra». Los cuatro ángeles mencionados en 9:14 están atados en el gran río Éufrates.
14 En el Apocalipsis, Cristo nunca es llamado «un ángel». Además, no leemos que este ángel es adorado por Juan como él adora al Cristo (1:17).

15 En este salmo, donde se manifiesta la grandeza de Dios en la tempestad, se encuentra siete veces la expresión «la voz de Jehová».
16 Véase el énfasis que todo esto es visión y simbolismo, en R. C. H. Lenski, obra citada, p. 325.
17 No queremos decir que Ezequiel había llegado a la representación neotestamentaria de la iglesia como el cuerpo de Cristo.
18 En el texto griego, existen dos variantes textuales del verbo *querer*.
19 Véanse los capítulos 11, 12, 13 y 14 de este comentario.
20 La expresión «gran ciudad» se refiere siempre a Babilonia, nunca a la Nueva y Santa Jerusalén.
21 Véase la última parte del capitulo 4 de este comentario.
22 La palabra traducida «reino» significa muchas veces monarquía, gobierno, dominio, soberanía.
23 Véase también Hendriksen, *Covenant of Grace*.

Capítulo XI

1 Véase el capítulo II de este comentario, las proposiciones primera y segunda.
2 Véase el capítulo I de este comentario.
3 Véase A. Pieters, obra citada, p. 161.
4 Casi todos los comentaristas de todas las escuelas están de acuerdo que el hijo es Cristo.
5 Sin embargo, la expresión no se toma del Salmo en un sentido usual. ¡Recordemos que Cristo escribió el Salmo 2 y que reveló el Apocalipsis!
6 Respecto a los nombres de Satanás, véase nuestra explicación de Apocalipsis 20:2 en el capítulo XIV de este comentario.
7 Haga una comparación entre los capítulos 11, 12, y 20 de Apocalipsis: ¡un paralelo notable!
8 Véase la proposición 7, capítulo VI de este comentario.
9 Véase K. Schilder, obra citada, p. 141.
10 Véase la proposición 7, capítulo VI de este comentario.
11 Véase P. Schaff, *History of the Christian Church,* I, p. 381.
12 Véase A. Pieters, obra citada, p. 236.
13 Véase sección C de este capítulo.
14 Véase en la última parte del capítulo X de este comentario nuestra explicación de 11:7-10.
15 Las palabras «desde la fundación del mundo» modifican «escritos».
16 Aunque se omita el artículo definido con el fin de acentuar el carácter de esta bestia, sin embargo, sentimos seguidamente que este

monstruo es la imitación que el diablo hace del verdadero Cordero de Dios. En realidad esta segunda bestia es inspirada por «el» dragón, o Satanás.

17 Véase el capítulo VIII de este comentario.

18 Véase W. M. Ramsay, obra citada, p. 98.

19 Véase W. M. Ramsay, obra citada, pp. 100ss.

20 Véanse los capítulos VIII y IX de este comentario.

21 Por ejemplo, la marca de la bestia ha sido interpretada de varias formas: el símbolo de la francmasonería; Las fasces (insignia de los cónsules romanos, que se componía de una hacha grande contenida en un cilindro de varas bien apretadas) que aparecen en la moneda estadounidense de diez centavos; la observación del día de descanso en el primer día de la semana; las letras iniciales del anticristo las cuales aparecerán sobre la frente de los inicuos, etc.

22 Véase R. C. H. Lenski, obra citada, p. 409.

23 Véase el capítulo VIII de este comentario.

24 Véase C. W. Wishart, obra citada, p. 25. Los esfuerzos por llegar a una interpretación añadiendo los valores numéricos de las letras en los nombres de Nerón, Platón, etc., etc., no conducen a nada por la sencilla razón de que conducen a todo. El libro del Apocalipsis es un libro de símbolos; no es un libro de enigmas.

25 Véase R. C. H. Lenski, obra citada, p. 425.

26 «Descrito» es la palabra correcta ahora. Véanse los últimos tres párrafos del capítulo IV de este comentario.

27 Respecto a la diferencia entre στέφανος y διάδημα, véase R. C. Trench, *Synonyms of the New Testament,* p. 74. Sin embargo, aunque el στέφανος es la corona del vencedor, el vencedor es considerado a veces como rey, de modo que no hay siempre una distinción muy definida entre las dos palabras.

28 Véase C. F. Wishart, obra citada, p. 23.

Capítulo XII

1 Véase el párrafo de Principal Fairburn que S. L. Morris cita, obra citada, p. 96.

2 Hemos rechazado las siguientes posturas:

a. Hay los que opinan que la batalla de Armagedón ocurre entre dos grupos de naciones que existen hoy, por ejemplo, Rusia y las naciones mahometanas contra el mundo anglosajón; o Rusia, Italia y el Japón contra Inglaterra, Francia y los Estados Unidos;

o Alemania, Italia y el Japón contra Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

b. Según otra teoría, la batalla de Armagedón es el conflicto entre el paganismo y el evangelio de Cristo. Se interpreta la espada que sale de la boca de Cristo como significando el evangelio. Pero, según Apocalipsis 2:16, es evidente que se usa esta espada para destrucción y no para conversión (véase también Apocalipsis 19:15, «para herir con ella a las naciones»). Toda la escena es de ira y destrucción. Note la expresión, «el cáliz del vino del furor de su ira». Por lo tanto, no podemos estar de acuerdo con la opinión de A. Pieters, obra citada, pp. 275ss.

c. Una teoría muy común es aquella defendida por los premilenarios. Según ellos esta batalla tiene que ser entendida literalmente. Sucede inmediatamente después de los siete años de tribulación aquí en la tierra y de las bodas del Cordero en el cielo. Las naciones inicuas sitian a Jerusalén. Cristo y sus santos descienden de repente del cielo para libertar a los judíos sitiados (véase C. E. Brown, *The Hope of His Coming,* p. 231).

3 Véase nuestra explicación de estos textos en los capítulos X, XIII y XIV de este comentario.

Capítulo XIII

1 Véase el capítulo XI de este comentario.

2 A. Pieters, obra citada, p. 260.

3 Rechazamos las siguientes posturas:

a. Babilonia es literalmente la ciudad que será reedificada en la ribera del río Éufrates.

b. Babilonia es la iglesia apóstata (según Dean Alford, W. Milligan, S. L. Morris, y muchos otros). Pero la Babilonia de Apocalipsis 17-19 es la ramera, y no la adúltera. Además, Apocalipsis 18 (especialmente los versículos 11-13) coincide con la descripción de la ciudad mundial pero difícilmente se puede decir que armonice con la idea de la iglesia falsa. Finalmente todo lo que los profetas del Antiguo Testamento dicen sobre ella indica al mundo como oponiéndose al pueblo de Dios. Consideramos enteramente imposible la idea respecto a la «iglesia falsa».

c. Babilonia es Roma. Esto es una verdad pero demasiado restringida. Véase nuestra explicación. Es innecesario discutir la opinión de que Babilonia simboliza la Iglesia Católica Romana.

4 Babilonia no se llama nunca «μοιχαλίς», adúltera, sino siempre «πόρνη», ramera. Por tanto, Babilonia no era nunca la esposa del Cordero. Ella no es la iglesia falsa. Véase la nota anterior.
5 Los pasajes bíblicos que se deben estudiar, los cuales forman el fundamento de este simbolismo del Nuevo Testamento, son los siguientes: Génesis 10:10; 11:9; Isaías 13; 14; 21; 46; 47; 48; Jeremías 25; 50; 51; Daniel 2; 4:30; 7; Habacuc 3; también Ezequiel 27, la ruina de Tiro.
6 La mayoría de los comentaristas aceptan este punto.
7 Véase el capítulo VI.
8 Algunos mantienen que esta séptima cabeza es el papado; otros que es el imperio romano nominalmente cristiano empezando con Constantino el grande; y otros incluso dicen que representa las naciones germanas que vencieron a Roma.
9 Algunos dicen que Roma; otros piensan que en alguna forma o sentido el antiguo imperio babilónico será restablecido o que volverán las condiciones que existían en aquel imperio.
10 Por tanto, en un sentido, el mundo se destruye a sí mismo.
11 Parece que la lectura correcta es «han bebido» más bien que «han caído», Véase R. H. Charles, obra citada, p. 96.
12 L. Berkhof, *Biblical Archaeology,* p. 63; G. M. Mackie, *Bible Manners and Customs,* p. 122; J. S. Wright, J. A. Thompson, «Marriage», in *New Bible Dictionary.*
13 Véase el argumento en R. C. H. Lenski, obra citada, p. 549.
14 Véase en el capítulo VIII de este comentario nuestra explicación de Apocalipsis 2:17.
15 Respecto al ataque final de las fuerzas anticristianas contra la iglesia en los días precedentes a la segunda venida de Cristo, véase los capítulos XII, XIV.
16 El argumento de R. C. H. Lenski (obra citada, pp. 562ss.) es que Apocalipsis 19:20 no prueba que la bestia y el falso profeta son considerados aquí como dos personas reales que viven en la segunda venida de Cristo.

Capítulo XIV

1 Para la postura premilenarista, véase A. H. Burton, *The Apocalypse Expanded;* H. A. Ironside, *Lectures on the Revelation;* C. I. Scofield, *The Scofield Reference Bible;* J. Seiss, *Lectures on the Book of Revelation;* W. H. Simcox, *The Revelation of St. John.*
2 Véase el capítulo I de este comentario.

3 Rechazamos las siguientes opiniones respecto al significado de «atar a Satanás por mil años»:
   (a) Satanás está atado absolutamente. Véase W. Milligan, obra citada, Vol. 6, página 913.
   (b) Los mil años son simbólicos de la eternidad.
   (c) La opinión premilenaria.
   (d) Los mil años empiezan con Constantino, Carlomagno, etc.
4 Rechazamos las siguientes interpretaciones de la expresión Gog y Magog:

(a) Gog y Magog simbolizan a las naciones más lejanas, por ejemplo, la China, el Japón, la India. Estas atacarán a las naciones cristianas en una guerra física.

(b) Están indicadas las mismas naciones, pero ahora es una guerra espiritual: la cultura y la religión de las naciones lejanas invaden a las naciones cristianas.

5 Para nuestra interpretación de Gog y Magog, estamos en deuda con E. W. Hengstenberg, *The Revelation of St. John, II,* pp. 303ss.; W. Fairweather, *From the Exile to the Advent,* pp. 133ss.; *The Background of the Gospels,* pp. 95ss.; A. H. Sayce, *The Races of the Old Testament,* p. 73.
6 Lea en los capítulos X, XI, XII y XIII de este comentario las porciones donde se profundiza este tema.
7 Véase J. Orr, *The Christian View of God and the World,* p. 195.
8 Véase G. A. Gordon, «The Vision of the Dead» en *Great Sermons by Great Preachers,* ed. J. L. Hurlbut.
9 Véase nuestra explicación de Apocalipsis 1:18; 6:8.
10 Véase W. Milligan, obra citada.
11 Véase R. C. H. Lenski, obra citada, pp. 620ss.
12 En el original la palabra es «καινός», no «νέος».
13 Véase también en el capítulo XIII de este comentario la explicación respecto a las bodas del Cordero.
14 Para entender el significado completo de estas bodas del Cordero, véase la explicación en el capítulo XIII de este comentario.
15 Babilonia es «grande». Jerusalén es «nueva». La expresión «ciudad grande» se refiere siempre a Babilonia, nunca a la nueva y santa Jerusalén.
16 Respecto a la expresión, «Yo soy el Alfa y la Omega», véase el capítulo VII de este comentario.
17 Véase mi obra *The Covenant of Grace.*

18 Respecto a esta designación, véase el Capítulo XIII de este comentario.
19 Agustín, *De Civitae Dei,* xv. 1; véase xiv. 28; W. Walker, *Great Men of the Christian Church,* pp. 63ss.
20 La traducción en Apocalipsis 21:10 que aplique la expresión «gran ciudad» a Jerusalén es incorrecta. La expresión siempre se aplica a Babilonia.
21 Véase también el capítulo XIII de este comentario.
22 Véase nuestros comentarios sobre Apocalipsis 4:3.
23 Véase nuestra explicación de Apocalipsis 7:4.
24 Para una explicación de estas características de la ramera, véase Apocalipsis 17:4-6; 18:3, 9; 19:2.
25 Véase el capítulo XIII de este comentario, y observe el contraste.
26 Véase nuestra explicación de Apocalipsis 14:1 en el capítulo 11 de este comentario.
27 Véase los capítulos VII y IX de este comentario
28 Véase el capítulo XIII de este comentario.
29 Véase 1 Juan 5:16. Véase también nuestra explicación de Apocalipsis 15:8 en el capítulo XII de este comentario.
30 Para el significado del versículo 14, véase los capítulos VII y VIII de este comentario.
31 Véase el capítulo IX de este comentario.
32 Véase el capítulo IX de este comentario.
33 Véase el capítulo VIII de este comentario.

ÍNDICE GENERAL



ÍNDICE DE MATERIAS

